



L. MARIE ADELINE

S·E·C·R·E·T·

DESEOS REVELADOS

arroba|books®

L. MARIE ADELINE

S·E·C·R·E·T·
DESEOS REVELADOS

arroba**books**[®]

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Diez pasos](#)

[Prólogo. Cassie](#)

[1. Solange](#)

[2. Cassie](#)

[3. Solange](#)

[4. Cassie](#)

[5. Solange](#)

[6. Cassie](#)

[7. Solange](#)

[8. Cassie](#)

[9. Solange](#)

[10. Cassie](#)

[11. Solange](#)

[12. Cassie](#)

[13. Solange](#)

[14. Cassie](#)

[15. Solange](#)

[16. Cassie](#)

[17. Solange](#)

[18. Cassie](#)

[19. Solange](#)

[Epílogo. Cassie](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

A Lisa Laborde, con amor y gratitud

DIEZ PASOS

Paso uno:
ACEPTACIÓN

Paso dos:
CORAJE

Paso tres:
CONFIANZA

Paso cuatro:
GENEROSIDAD

Paso cinco:
AUDACIA

Paso seis:
SEGURIDAD

Paso siete:
CURIOSIDAD

Paso ocho:
ARROJO

Paso nueve:
EXUBERANCIA

Paso diez:
LIBERACIÓN

Prólogo

CASSIE

¿Había pasado tan solo una semana? ¿Una semana desde que me enfundé en aquel bodi de encaje blanco y negro, y medias a juego? Con la oreja pegada a la puerta, lo escuché subir las escaleras de dos en dos y me obligué a contar hasta cinco después de que llamara suavemente, intentando con todas mis fuerzas parecerle un poco menos emocionada de lo que en realidad estaba. Solamente conseguí aguantar tres segundos, y entonces abrí la puerta.

Ahí estaba mi Will, con un ramo de flores silvestres sin duda robadas de uno de los jarrones del café.

–Para ti –dijo, y sostuvo las flores bajo mi nariz antes de lanzarlas por encima de mi cabeza al suelo, a mi espalda–. Y para mí –añadió, y me levantó en brazos y me llevó hasta la cama.

Me echó sobre la colcha. Yo solté un chillido, encantada, mientras él me levantaba el top por encima de los pechos para besarme la barriga. Entonces me relajé y contemplé cómo el mero sabor de mi piel lo inflamaba, lo volvía más voraz, más inclemente, lo cual me resultaba insoportablemente electrizante. El sonido que salía de su garganta mientras me quitaba el top y lo lanzaba a un lado... Todavía puedo oírlo.

–¿Eres real? –me preguntó al tiempo que cogía mis pechos entre sus manos.

–Bueno, me planteé ponerme implantes, pero no soy de esa clase de chicas, ¿sabes? –le contesté mientras le pasaba perezosamente los dedos por el pelo espeso y oscuro.

Pero Will no iba a dejar que mi broma lo distrajera. Ya no éramos «solo amigos». Éramos amantes. Y él estaba perdido en mí, en mi cuerpo, mi pelo, mi piel. Yo era un océano que dejaba que el deseo me invadiera; la sangre bombeaba en mi interior y enviaba pequeños estremecimientos que me recorrían las piernas y despertaban mis ansias en lugares que él no tardaría en tocar. Me sacó las bragas y las lanzó por encima de mi cabeza. Se estamparon contra la ventana y cayeron al suelo. Él contempló mi cuerpo como si fuera un banquete, sin saber dónde besarme primero. Sus manos sí sabían dónde colocarse, sobre todo sus dedos, que se deslizaron trazando la curva de mi pelvis, y se detuvieron a venerar los lugares donde yo lo aguardaba mojada.

–Te deseo tanto –dijo mientras sentía la palma de su mano caliente sobre mi piel y un dedo dentro de mí.

Hubo más palabras, pero no las recuerdo. Tenía los ojos cerrados y la sangre me latía en los oídos; estaba tan excitada que levanté los brazos por encima de mi cabeza y le ofrecí mi cuerpo como si fuera un regalo, solo para ver qué hacía con él. Me dio la vuelta hasta dejarme tendida bocabajo, me levantó y clavó los dientes en una de mis nalgas, sin demasiada fuerza, la suficiente para marcarme como si fuera su posesión. Oí como se quitaba la ropa. Luego me agarró de las caderas y me obligó a arquear la espalda aún más, abriéndome a él con los brazos extendidos a ambos lados, mi mejilla contra la almohada. Noté su abultada erección y me retorcí para que entrara en mí, ardiente, ansiosa de que me

follara. Era como un animal y mis manos, garras clavadas a la almohada. Las de él se deslizaban por mi espalda acariciando la piel que se presentaba ante él.

–Oh, Dios, Will.

Yo era incapaz de explicar semejante deseo, de la misma manera que era incapaz de explicar la plenitud que sentí cuando él empezó a penetrarme centímetro a centímetro, con la palma de la mano en mi cadera para mantener el equilibrio, pues estaba claro que no tardaríamos en volvernos locos. Lo que primero recuerdo es esa perfecta y lenta penetración, y luego aquel maravilloso deseo al salir de mí. Me embistió una y otra vez, y yo empecé a sincronizar sus embestidas con mis gemidos, o mis gemidos se amoldaron a su ritmo, es difícil de decir. Mis muslos se abrieron, mi espalda se arqueó aún más. Notaba sus pulgares hundidos en mis caderas, miré por encima de mi hombro y vi la expresión de su cara: determinación, arrobamiento. Supongo que quise sacarlo de su trance de golpe; ¿por qué si no dije lo que dije? ¿Por qué le pedí que me diera un azote en las nalgas?

Él se detuvo.

–Hazlo –susurré con el pelo sobre mi cara.

Nunca antes había tenido esa necesidad. Pero estábamos en un lugar distinto, un lugar animal, y entonces lo sentí. Will me dio un azote rápido y dulce, así sin más, y luego me frotó delicadamente, y me encantó la sensación, la forma en que su piel pegada a la mía enviaba vibraciones directas al centro de mi ser, que en ese momento apretaba con fuerza su polla impetuosa.

–Sí. Hazlo otra vez –le ordené con la cara hundida en la colcha y los ojos cerrados. «¿Qué me está pasando?»

Él estaba perdido en el acto de follarme. Entraba en mí con tanta fuerza que ni aunque lo hubiera intentado habría podido cambiar el rumbo que habían tomado las cosas. Aturdida, me llevé un dedo al clítoris, ávida por correrme, pero él lo apartó con brusquedad y lo sustituyó por su propio dedo, que apretó contra mi nudo haciéndome sentir aún mejor. Lo único que pude hacer fue agarrarme a la colcha, esperar y contonearme hacia atrás mientras una nebulosa de estrellas blancas nublaba mi visión.

–Estás tan duro –le dije, y entonces sucedió, la ola cálida de mi orgasmo serpenteó todo mi cuerpo, lanzándome hacia lo más alto, mientras susurraba–: Oh, sí, sí; oh, Dios, oh, Will.

–Dios, Cassie, me voy a correr –anunció él a la par que salía de mí justo a tiempo de derramarse sobre mi espalda.

Los dos sabíamos que los condones eran básicos, pero joder, pasado cierto punto ya no hay vuelta atrás, no hay forma de parar, ni tampoco necesidad. Él era mío y yo era suya. Yo lo había elegido y él me había elegido a mí. Nos poseíamos mutuamente. Si había consecuencias, las aceptaríamos. Al cabo de unos segundos de estremecernos de dicha, él se derrumbó sobre mí, apretándome contra la cama, atrayéndome hacia él, los dos jadeando y riendo por nuestra buena suerte.

–Por... Dios... santo –susurró con la boca pegada a mi oreja.

–Lo sé –contesté, y cerré los ojos un segundo dando gracias a los dioses del sexo por

haberme enviado a aquel hombre.

–Y ¿a qué ha venido eso?

–¿El qué?

Se me había olvidado ya que, con el culo levantado, le había pedido a mi dulce Will que me diera un azote.

–Eso de «dame un azote» –dijo él sin haber recuperado del todo el aliento y despegándose con cuidado de mi espalda para dejarse caer junto a mí.

Yo me puse de lado para quedar de cara a él y alargué una mano hacia la parte de su barriga que más me gustaba, la parte que seguía pegajosa por nosotros. Pensé en cómo las ascuas de nuestra amistad se habían removido durante tanto tiempo que en un momento me había preocupado que nunca fuéramos capaces de generar suficiente calor.

Ahora eso ya no me preocupaba.

–No lo sé –contesté encogiéndome de hombros–. Supongo que... el deseo me ha superado. –Me reí con la cabeza hundida en la almohada. ¡Sonaba ridícula!–. ¿Por qué me lo preguntas? –pregunté mientras levantaba la cabeza para tomar aire–. ¿Te ha molestado?

–No, por Dios. Es solo que nunca te había tomado por una entusiasta de los azotes.

–No sé si yo me calificaría así, pero sí, en ese momento he sentido, no sé... que era la especia adecuada para aliñarlo todo.

–En el futuro tendré ese toque de sabor a mano –dijo él, y levantó la palma de la mano para chocarla con la mía, para cerrar una broma dulce y tonta.

Justo mientras yo pensaba: «Qué afortunada soy de tener a mi amigo Will en la cama a mi lado», acercó mi cabeza a su cara para darme un beso largo y profundo.

Su boca sobre mi boca: eso es lo que mejor recordaré de ese día.

–Quién iba a decir que eras una especie de diosa del sexo –susurró cogiéndome de la barbilla.

Yo eché la cabeza hacia atrás y me reí, porque Will no tenía ni idea de la existencia de S.E.C.R.E.T.

Antes de que transcurriera una semana, Will descubriría dónde había aprendido su supuesta diosa del sexo a ser tan divina... y me dejaría sola en un pasillo oscuro del Latrobe's. Me vería como a una zorra sucia, cubierta del olor de otro hombre, del placer de otro hombre, de ocho hombres distintos sin contar a Will: todos de S.E.C.R.E.T., nueve si incluía a Mark Drury, mi reclutador.

En breve yo ya no sería una diosa del sexo para Will, sino una mujer peligrosa.

En breve, el hombre que una vez había sido incapaz de saciarse de mí no vería el momento de alejarse de mi lado tan rápido como le fuera posible.

SOLANGE

Crecí en esta casa, así que me conozco cada superficie y rincón, cada recoveco y escondrijo: las grietas en el tejado de tejas debidas a los huracanes que apenas magullaban las paredes, la lechada que había que reparar en el único porche de piedra que daba a State Street. Siempre que aparcaba mi Volkswagen en el camino de entrada, no podía evitar fijarme en todos estos desperfectos. Mi padre había comprado esta casa de estilo artesanal a sus propietarios originales, y durante una época fuimos la única familia negra en dos manzanas a la redonda del Uptown. Así que yo seguía siendo consciente de la necesidad de que tuviera el mismo aspecto hermoso e impecable que en el pasado, pero últimamente la había descuidado. ¿Qué puedo decir? Había estado ocupada. Y nunca había sido una persona obediente.

Aun así, cuando ese cálido día de octubre paré el coche, supe que algo no iba bien. O que algo iba *muy* bien, dependiendo de cómo se mirara. Las tejas rotas del tejado habían sido sustituidas, y las nuevas tenían un color levemente más vivo que las viejas que las rodeaban. Y la lechada que habían aplicado entre las piedras del porche aún estaba fresca. Mi hijo de diez años, Gus, había ido a pasar el fin de semana con mi ex, Julius, que me había dicho que me ayudaría con esas tareas. Cuando tuviera tiempo. «No –le dije–, lo haré yo. Puedo cuidarme sola, muchas gracias.»

Pero entre los turnos de diez horas rodeada de periodistas malhumorados a la búsqueda de noticias de última hora y la presentación de los noticiarios del fin de semana, apenas tenía tiempo para buscar como era debido una empresa de mantenimiento adecuada o para preguntar en el trabajo si alguien podía recomendarme un buen contratista. Era muy difícil encontrar uno en Nueva Orleans, pues la mayoría estaban ocupados en el Warehouse District debido al *boom* de la construcción, o en grandes encargos gubernamentales de reconstrucción. Y Julius nunca había sido lo que podría decirse un manitas. Mi exmarido era un emprendedor del tipo creativo, o al menos así se veía él. Entonces ¿de dónde demonios habían salido aquellas reparaciones? Sin duda, si Julius se hubiera encargado de ellas, o hubiera encontrado a alguien que lo hiciera, me lo habría dicho.

Hasta que no aparqué el coche no vi la furgoneta blanca detenida frente a mi casa, con una escalera que asomaba de ella. Había alguien en casa. Salí del coche sin hacer ruido y no cerré del todo la puerta. En ese momento oí el sonido de metal al chocar contra metal, procedente del patio trasero.

Mis instintos de reportera estaban en alerta roja. «Deja el bolso en el coche; coge solo las llaves y prepárate para arrojárselas a quien sea. No entres en la casa. Mira al interior desde fuera.» Como llevaba zapatos de tacón me puse de puntillas para avanzar por el camino lateral, y al hacerlo me di cuenta de que la manguera que goteaba también estaba reparada. «Vaya, qué bien. Pero ¿cómo? ¿Y quién?»

Miré al otro lado de la calle. El doctor Franz, que vivía en la casa colonial de ladrillos, estaba lavando el coche. Vale, muy bien. Así habría un testigo, alguien que me

oiría gritar en caso de que se estuviera colando en mi casa la persona que estaba reparando y martilleando en el patio trasero.

Ding, ding, planc, planc. Los ruidos continuaban. En un alarde de audacia, llegué hasta la verja y levanté la mano para abrirla, pero el cerrojo había desaparecido: ¡lo habían desatornillado! El corazón me dio un vuelco. «¿Debería dejarlo y llamar a la policía?» Me palpé en busca del móvil, pero caí en la cuenta de que me lo había dejado en el bolso, en el coche. «Maldita sea.» Di un paso sobre el césped y los tacones se hundieron en la tierra húmeda. «¿Quién lo ha regado?»

Al mirar con cautela por la esquina, lo vi: un hombre joven inclinado sobre un caballete portátil, martilleando algo. Estábamos a veintidós grados, un día cálido para ser noviembre, así que iba sin camiseta dejando a la vista una musculosa espalda bronceada por el sol. Cuando la policía me pidiera su descripción les diría que probablemente era italiano, griego o hispano, atlético, con un cuerpo más propio de un bailarín que de un empleado de la construcción. No. No usaría el término «cuerpo de bailarín» con la policía, no. Yo medía metro sesenta y seis sin zapatos, así que calculé que él mediría metro setenta y cinco. La cabeza cubierta de pelo negro y rizado. Antebrazos musculosos. Aunque no los describiría así a la policía, no. ¿Gruesos, tal vez? ¿Fibrados? No. Un momento. ¿Para qué iba a describir sus antebrazos? Parecía tener unos veinticinco años, treinta como mucho. Llevaba pantalones de trabajo de un caqui desvaído, el torso desnudo y una camiseta blanca colgada del bolsillo trasero.

Siguió golpeando con el martillo algo que se le resistía y que descansaba en una plataforma colocada sobre los caballetes, con el cinturón de herramientas colgado de lado alrededor de sus esbeltas caderas. Había más herramientas dispuestas ordenadamente sobre una mesa de trabajo portátil montada en el jardín trasero. «Sí, agente, entonces me encontré con un joven italiano con cuerpo de bailarín, piel oscura y tersa, pelo negro y rizado, caderas esbeltas y antebrazos increíblemente atractivos. Estaba haciendo reparaciones en mi casa. Deténgalo.»

El hombre parecía relajado. Como en casa. En *mi* casa. A lo mejor no era necesario llamar a la policía.

–Ejem.

No me oyó.

–Hola –dije un poco más alto.

El martillo salió volando por encima de él y aterrizó a treinta centímetros de mí, sobre el césped.

–¡Por Dios! –exclamó al darse la vuelta–. ¡Me has asustado!

–¿Yo te he asustado? Eres tú quien está dando golpes con un martillo en mi jardín trasero.

Por fin pude verle el rostro. Era verdaderamente guapo, aunque de rasgos delicados: suaves ojos marrones, labios carnosos. Me dedicó una sonrisa relajada y apoyó una mano en la cadera, al tiempo que con la otra se sacaba la camiseta del bolsillo trasero y se secaba la frente.

–¿Cuánto rato llevas ahí? –preguntó.

Me di cuenta de que sujetaba las llaves del coche con tanta fuerza que me habían quedado marcadas en la piel.

–Acabo de llegar. ¿Cuánto rato llevas tú trabajando aquí?

–Todo el día. He arreglado las tejas rotas del tejado, reajustado algunas de las piedras del porche, regado el césped...

–Lo sé, lo he visto. ¿Quién te ha contratado? Porque yo no lo he hecho.

–... y estaba reparando el cierre de la verja, pero solo voy a poder hacer un apaño temporal. Tendrás que comprarte uno nuevo. Con cerrojo, creo. Bueno, esto es el Uptown y es bastante seguro, pero nunca se sabe.

Tenía un leve acento que no era de aquí. ¿Del este de Texas, tal vez? Como periodista, me percataba de esos pequeños detalles casi por instinto: era una de mis cualidades, que todos me reconocían. Di un paso al tiempo que él ladeaba la cabeza con gesto pensativo: estaba admirando mis zapatos, mis piernas, mi cintura, mis pechos. Yo llevaba una blusa de seda azul, de una intensa tonalidad zafiro, la misma que me había puesto para presentar las noticias esa mañana. Una corriente me atravesó el cuerpo y noté una calidez instantánea. «Solange, este hombre es muy joven. Y tú eres una profesional, divorciada, con un hijo pequeño y un trabajo importante en la ciudad. No sería adecuado que coquetearas. Con este hombre. Que se ha colado en tu propiedad. Que está reparando la casa. Que es más joven que tú.»

–¿Quién eres y quién te ha contratado? –repetí sin poder evitar llevarme la mano al cuello y frotármelo. Nervios.

–Tengo sed. Me preguntaba si podrías traerme un vaso de agua... Luego puedo ponerme con el escape del lavavajillas... Eso si me dejas entrar en la casa, claro.

No cabía duda de que era un hombre atractivo. Tenía rollo, y un aire travieso.

Con voz firme, aunque no enfadada, le dije:

–Te quedarás con sed hasta que me digas quién te ha enviado y qué haces en mi propiedad.

–Bueno, te lo contaré... si... tú aceptas el paso.

En cuanto pronunció esas palabras, lo supe. Por fin había empezado. Aquello. S.E.C.R.E.T.

Mi guía, Matilda, había dicho que comenzaría al cabo de un mes, que me advertirían acerca de algunas de mis fantasías, pero que otras simplemente... sucederían. Dios, cuántas veces había pensado en coger el teléfono y cancelar toda aquella tontería de las fantasías sexuales antes de que empezara. No tenía tiempo. Antes, el sexo era importante. Sin duda había constituido una gran parte de mi vida con Julius antes de que las cosas se torcieran entre nosotros. Pero tenía cuarenta y un años, por todos los santos. Y un hijo. Carecía de sentido que me dedicara a pasearme por la ciudad, o por mi jardín trasero, mientras mantenía relaciones con desconocidos, ni siquiera aunque tuvieran un hoyuelo en la mejilla izquierda y llevaran pantalones por debajo de unas caderas esbeltas. ¿Lo había

mencionado ya?

Se acercó a la manguera del jardín. Más bien se contoneó. «Maldita sea.»

–Si no vas a saciar mi sed, tendré que hacerlo así –dijo, y levantó un arco de agua fría hacia sus labios.

Alcé una mano.

–Espera. Puedes pasar.

–¿Y? –preguntó mientras dejaba que el agua cayera sobre el césped.

–Y...

La cabeza me daba vueltas. «¿Cómo irá todo? Oh, Dios, ¿y si soy un desastre en la cama? Ha pasado bastante...»

–¿Aceptarás el paso? –preguntó, y volvió a beber agua dejando que le salpicara los hombros y el torso desnudos.

Estuve a punto de echarme a reír.

–¿Sabes cuántos años tengo?

–¿Sabes lo buena que estás?

–¿Os instruyen para que digáis esas cosas?

–Sí, así es...

Mi expresión se ensombreció. «¿Se me ve decepcionada? Soy demasiado mayor para decepcionarme por esto.»

–Pero también nos instruyen para que digamos solo las cosas que pensamos de verdad.

Dejó caer la manguera, cerró el grifo y se quedó de pie frente a mí, inmóvil, con una expresión tranquila y sus hermosos brazos a ambos lados, la cadera ladeada y los músculos del estómago contraídos.

Cerré los ojos.

–De acuerdo.

–¿De acuerdo qué? –quiso saber él.

–De acuerdo. –Me encogí de hombros y agité la mano—. Acepto el... lo que sea. El paso.

–¿Lo aceptas?

–Claro, ¿por qué no? Y ahora ¿qué hago? ¿Se supone que tengo que subir y ponerme algo de lencería? ¿O lo hacemos aquí mismo?

Él se quedó con la boca abierta y las palabras de Julius acudieron a mi cabeza: «¿Por qué tienes que ser así, Solange? ¿Siempre has de estar a la defensiva? ¿No puedes relajarte y comportarte como una mujer?».

–Podemos hacerlo aquí si... si tú quieres –contestó él al tiempo que echaba un

vistazo al jardín, pensativo—. Pero antes tendría que darme una ducha.

—Vale. Sí, buena idea. Te enseñaré dónde está. Ven sígueme —le indiqué con una expresión tan seductora como la de una bibliotecaria acompañando a alguien hasta una estantería de libros.

Él permaneció detrás de mí mientras yo trataba de abrir la puerta trasera con las llaves temblándome en la mano. Cubrió mis dedos temblorosos con los suyos y me dio la vuelta para que quedara frente a él; me apretó la espalda con firmeza contra el revestimiento de la pared.

—Solange —dijo con mirada seria.

—Eeh... s-sí —balbuceé tragando saliva y mirando hacia el jardín por encima de su hombro.

—Si quieres, solo si quieres, voy a hacerte algunas cosas —susurró tras acorralarme con sus manos y recorrer mi cuerpo con los ojos.

Noté su aliento en mi escote y cómo se me calentaba la espalda pegada a la pared.

—Al principio, es posible que las cosas que te haga te resulten... incómodas. Pero creo que luego te van a hacer sentir realmente... bien.

Yo asentí con gesto nervioso.

—Para eso estoy aquí, para hacerte sentir bien. Es para lo único que estoy aquí. Es mi trabajo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Dominic —contestó.

—¿De dónde eres, Dominic?

—De Tyler, Texas. Mis padres son colombianos.

—¡Lo sabía!

—¿Qué es lo que sabías?

—Tu acento... Olvídalo. —Solté una risita. Otra vez los nervios.

«Solange, relájate. Deja que haga su trabajo. Hasta ahora lo ha hecho bien. No estropees el momento pensando demasiado.»

Él detuvo mi risa nerviosa al presionar sus labios contra los míos, y esperó un segundo para entreabrirlos con la lengua. Besaba con la intensidad y el virtuosismo de alguien experto en la materia. Besaba como un adulto, como un hombre experimentado. Besaba bien. Besaba como si lo deseara. Como si lo deseara de verdad. Aquel beso contribuyó a convencerme de que aquello era justo lo que tenía que hacer en ese momento.

Me agarró el torso con las manos y un pulgar se deslizó atrevidamente por mi pezón, que se estaba endureciendo a través de la seda, al tiempo que su boca se desplazaba de mi boca a mi oreja. Olía a hombre: a almizcle, a madera, a jabón. «¿Cuándo fue la última vez que aspiré este olor, este glorioso olor a hombre?»

Separó los labios de mi piel y me ordenó en voz baja al oído:

–Dame las llaves.

Las dejé caer en sus manos y se inclinó por encima de mí y abrió la puerta. En la casa hacía un frío vigorizante. Me había vuelto a dejar el aire acondicionado encendido. Él dejó las llaves en mi mano.

–Brrr. Detesto olvidarme de apagar el aire –dije apartándome de su cuerpo para entrar en casa, mareada.

Me dirigí al termostato y deslicé la aguja de veinte a veintidós grados.

–Si por mí fuera –dije–, me desharía del aire acond...

Al darme la vuelta, Dominic había desaparecido. La cocina y el comedor estaban vacíos. Segundos después, oí el siseo del agua al correr por las tuberías. ¡Estaba arriba, llenando la bañera! Oh, Dios. De repente tomé conciencia: estaba sucediendo exactamente como yo lo había descrito tres semanas antes, sentada a esta misma mesa de la cocina. Después de ese extraño y maravilloso día en la Mansión, en Third Street, Matilda me había pedido que las escribiera, todas y cada una de las fantasías sexuales que hubiera tenido en mi vida, todas las cosas que me gustaría que me hicieran pero que me daba miedo pedir.

En una de mis fantasías, había escrito: «... me gustaría llegar a casa... y que alguien se hubiera ocupado de todas las tareas y faenas interminables, un hombre atractivo..., que también me hubiera preparado la bañera». Lo escribí en la pequeña carpeta que me dieron. Y mientras lo hacía, empecé a tener dudas. Pensaba: «Esto es una locura, una broma. Estas cosas no pasan en la realidad. Y sobre todo no les pasan a las madres de cuarenta y un años adictas al trabajo».

–¡Solange! ¿Dónde guardas las toallas?

El corazón me latía con tanta fuerza que lo oía reverberar en mis oídos. Me quité el reloj y lo dejé junto al cuenco de la fruta. Luego me desabroché los puños de la blusa y me quité los zapatos de tacón, que dejé uno al lado del otro sobre el suelo embaldosado. Entonces me dirigí lentamente a las escaleras, hacia el sonido del agua, porque por lo visto me equivocaba. Por lo visto, estas cosas sí pasaban. Y estaban pasando ahora, me estaban pasando a mí.

Tres historias diferentes convergían en aquel acto benéfico de S.E.C.R.E.T., que fue donde conocí a Matilda Greene. Aunque la mayor parte de los periodistas allí presentes solo conocían dos.

Por supuesto, estaba la historia de Carruthers Johnstone. El recientemente reelegido fiscal del distrito se hallaba en una esquina soltando sus «sin comentarios» cuando le preguntaban por su nueva novia y su aún más reciente bebé en común. Y después estaba la historia de una pequeña organización filantrópica de la que nadie había oído hablar y que de repente había donado la asombrosa cifra de quince millones de dólares a varias asociaciones benéficas. Nos explicaron que las siglas S.E.C.R.E.T. respondían a la Sociedad para la Estimulación de la Caridad y la Responsabilidad Entre Todos, una asociación benéfica legalizada y registrada en la ciudad desde finales de los años sesenta,

pero no conseguí encontrar más información sobre ellos. (Solo más tarde supe a qué respondía en realidad el acrónimo.)

Pero la historia más relevante de la noche hizo su aparición estelar minutos después de que mi equipo se sentara cerca de la barra para entrevistar a Matilda. Pierre Castille, uno de los promotores inmobiliarios más ricos de Nueva Orleans, había irrumpido en la fiesta muy borracho. Por lo general era extremadamente celoso de su intimidad, así que el mero hecho de que se presentara allí resultaba raro. Verlo tan desaliñado y sin atisbo de prudencia fue sorprendente, aunque es posible que yo fuera la única periodista presente y supe reconocerlo. Existían pocas fotos de él, y ningún vídeo. Nunca había concedido ni un breve comentario, y mucho menos una entrevista sobre las vicisitudes de su empresa, que había heredado de su padre, igual de escurridizo que él. Su nombre era de los que tenían todos los números para constar en lo más alto de la lista de cualquier periodista al que le preguntaras a quién le gustaría hacerle un reportaje a fondo. Al fin y al cabo, era el dueño de media ciudad y estaba haciéndose con terrenos baratos a lo largo del río, cerca del French Market. Además, era soltero, y al mirarlo no podías evitar preguntarte por qué. Era sin duda el animal más atractivo sobre el que yo había posado los ojos en mucho tiempo. Y eso que ni siquiera era mi tipo. Y ahora estaba ahí, haciendo aspavientos a un grupo reducido en una esquina oscura cerca de la cocina.

Unos minutos después se desató un drama, y alguien pareció dar un puñetazo. Matilda surgió entre la refriega y le susurró algo a un guarda antes de reunirse conmigo para la entrevista. Cuando tuve ocasión de preguntarle a qué venía la pelea, los encargados de seguridad estaban acompañando a Castille al exterior. Al pasar por nuestro lado, entornó los ojos y miró a Matilda. Estaba a punto de decirle algo desagradable cuando se dio cuenta de que yo estaba a su lado y sus labios se curvaron en una sonrisita.

–Hombre, Action News Nightly –dijo–. Aquí tienes una noticia. Aunque no es la noticia por la que has venido.

Entonces, antes de que el gorila lo empujara por la puerta, gritó por encima del hombro:

–¡Adiós, putas!

Fue un momento intenso, aunque Matilda no se molestó en dar explicaciones cuando le pregunté de qué conocía a Pierre Castille y por qué demonios hablaba él de aquella manera.

–En realidad no lo conozco –me contestó quitándose una hebra imaginaria de los tirantes de su vestido de noche.

–Acaban de echar a la fuerza de su fiesta al multimillonario de Bayou, él la ha llamado a usted y al resto de sus invitadas «putas», ¿y dice que no lo conoce?

–Una buena anfitriona debe echar siempre a cualquiera que esté embriagado, sea multimillonario o no –contestó ella, y con un gesto de la mano cambió hábilmente de asunto y centró el tema de la entrevista en su objetivo benéfico de ayudar a las mujeres.

Al cabo de unos minutos abandonó nuestra conversación para consolar a una morena con un vestido de raso y hecha un mar de lágrimas que también abandonaba el acto apresuradamente.

Fue una noche desconcertante y teatral.

Más tarde, Matilda y yo intercambiamos nuestras tarjetas. Aunque no hubiera nada misterioso relacionado con S.E.C.R.E.T., los quince millones de dólares, un multimillonario alterado y una morena disgustada, archivé mentalmente aquella fiesta como una historia extraña que valía la pena revisar. Así que cuando Matilda me llamó un par de semanas después para invitarme a comer, me puse muy contenta y decidí indagar un poco más.

Quedamos en Tracey's, un lugar extrañamente masculino para una mujer tan femenina. Sin embargo, parecían conocerla, como si fuera clienta habitual de aquel bar deportivo. Matilda era más guapa de lo que recordaba; llevaba el pelo rojizo recogido en una gruesa cola de caballo y la tensión de la última noche había desaparecido completamente de su rostro. Al cabo de pocos segundos de encontrarnos, quedó claro que Matilda no estaba allí para hablar de Pierre, de su organización benéfica o de morenas llorosas. Por el contrario, estaba completa (y extrañamente) centrada en mí, en concreto en un perfil mío que la revista *New Orleans Magazine* había hecho recientemente, después de que saliera a la luz la noticia sobre los terrenos del puerto y me ascendieran para presentar el informativo del fin de semana.

—Muchísimas gracias por quedar conmigo, Solange. ¿O debería decir la Formidable Solange Faraday?

Uf. Matilda se refería al titular de la revista. El artículo en sí no hablaba de mi carrera, sino que estaba centrado casi por completo en el hecho de ser una madre soltera que no había tenido demasiadas citas durante los ocho años transcurridos desde mi divorcio.

—Cada vez que veo esa revista junto a las cajas del supermercado me muero de vergüenza.

—Yo creía que te había gustado el reportaje —dijo ella.

—Debería haber sido así, pero el artículo... era una broma. Sí, estoy divorciada, pero me llevo bien con mi ex por lo que se refiere a nuestro hijo; es un buen padre. Nos hemos esforzado mucho en ese aspecto. Calificarme de «madre soltera» es un insulto para cualquier mujer que realmente críe sola a sus hijos, y para los padres divorciados que sí cumplen con su parte del trabajo.

Y entonces di rienda suelta a años de indignación reprimida, cuyo alcance incluso yo desconocía hasta aquel momento.

—Me dijeron que se centrarían en las horas, días, semanas y meses que todo mi equipo dedicó a la noticia de los terrenos del puerto, la que reveló nuestra cadena el año pasado. Metimos a algunos políticos en la cárcel por el escándalo de los sobornos. Pero en lugar de eso, ¡me retrataron como una especie de divorciada solitaria y adicta al trabajo!

Casi podía ver las puntas del pelo de Matilda chamuscándose debido a mi diatriba, pero no me importaba. Era incapaz de confesarle ni a ella ni a nadie que había transcurrido casi una década desde que había tenido mi última relación seria. Sí que había quedado con hombres de vez en cuando. Había mantenido relaciones sexuales. Pero por lo general el sexo era pésimo y furtivo, y no me compensaba renunciar a las pocas noches que tenía

para mí misma. En realidad, no pretendía volverme a casar, y sin duda mi intención no era incorporar a otro hombre en la vida de mi hijo. Además, criarlo me llenaba tanto que no dejaba mucho espacio para nada ni nadie más. Y era cierto, yo amaba mi trabajo. Si estaba casada con alguien, era con él. Pero Dios mío, sentir unos pies cálidos en una cama fría de vez en cuando...

–¿Cómo era el sexo? Con tu exmarido –preguntó Matilda removiendo el café con gesto despreocupado.

Aún hoy sigo sin entender cómo fui capaz de hablar de mi vida sexual con una completa desconocida, pero Matilda tenía un don, actuaba de tal forma que me resultaba fácil contárselo todo, aunque ella pareciera un libro cerrado.

–En ese aspecto Julius y yo éramos compatibles –contesté–. Luego di a luz a Gus, y todo... cambió. Yo cambié. Él cambió, o más bien no lo hizo. Y poco a poco el sexo se enfrió. Al principio, porque yo tenía un bebé del que ocuparme. Luego porque él lo cuidaba mientras yo trabajaba. Mucho. Luego mi ambición se despertó y empecé a estar siempre ocupada. Y él... él no. Eso le pasó factura.

¡Mi boca no paraba de moverse! Me sentía como si me hubieran hipnotizado.

–Por lo que dices, parece que tuvo una crisis de confianza –señaló Matilda.

–Sí. Fue exactamente eso.

Le expliqué que a Julius le había parecido bien quedarse en casa con el niño. Al principio. Después, sus negocios empezaron a ir de mal en peor..., y el sexo siguió el mismo camino que su autoestima. A pesar de que fue a terapia, nos habíamos distanciado tanto que resultó imposible recuperar lo perdido.

–¿Fue una separación traumática?

–La verdad es que no. El caso es que mi padre murió y mi madre tuvo un derrame cerebral, así que me mudé a la casa de mis padres para cuidarla. Nos lo tomamos como un período de reflexión, pero tras la muerte de mi madre, me quedé en la casa. Como te he dicho, somos buenos padres. Él es el mejor padre imaginable. Y Gus nunca nos ha visto discutir. Porque no lo hacemos. Ya no. No fue amargo. Solo fue... muy triste...

De repente se me hizo un nudo en la garganta. No soportaba pensar en lo que nuestro divorcio había supuesto para nuestro dulcísimo hijo, al que todo mi cuerpo echaba de menos cuando estaba con su padre. Por una parte, el hecho de separarnos antes de que él cumpliera los tres años estaba bien. No nos recordaba juntos, siempre tensos y de mal humor. Por otra parte, tampoco había visto nunca a su madre tener una relación tierna, cariñosa y adulta. Aunque tal vez yo leyera demasiados libros sobre la paternidad tras el divorcio.

En ese momento, ansiosa por cambiar de tema, me fijé en la pulsera de Matilda y alargué la mano para tocarla. El oro era cálido, sólido; los dijes tenían pequeñas inscripciones que no pude distinguir sin mis gafas de lectura.

–Qué joya más bonita. ¿Herencia familiar?

–Podría decirse que sí. –Sonrió.

–¿De dónde procede?

Ella apartó el brazo.

–Lamento que no te gustara ese artículo, Solange –repuso ignorando por completo mi pregunta. No cabía duda de que aquella mujer habría podido dar una clase magistral sobre evasivas–. Sin embargo, de algún modo, fue ese enfoque el que me ha llevado a llamarte.

Así que aquella comida *tenía* un propósito.

–El hecho es que he venido aquí para hablarte sobre ese artículo... y sobre tu vida sexual. O tu carencia. Y sobre cómo podría... ayudarte.

Su franqueza hizo que me sonrojara. «Vaya, ahora lo entiendo.» Me limpié la boca con la servilleta y puse una mano sobre las suyas al tiempo que me aclaraba la garganta.

–Tengo que decirte, Matilda, que me siento profundamente halagada, pero el caso es que... soy hetero. Aunque si fuera lesbiana...

–No, no, no. Oh, Dios mío, ¡no quería decir eso! –contestó ella sonriendo–. Discúlpame, por lo general no soy tan clara, pero mi enfoque cambia con cada mujer y tengo la sensación de que contigo ser directa es la mejor forma de proceder. Me refería a tener sexo con hombres. Y no relaciones serias. Solo... encuentros.

–Oh.

Se inclinó hacia delante en la silla, adoptando de pronto el aspecto de alguien que me ofrecía un gran trato, la clase de trato que no se puede rechazar.

–Las relaciones de las que te hablo son puramente sexuales –añadió–. Encuentros divertidos, libres, seguros y anónimos, en los que tú tendrás todo el control. Y que tú definirás: no serán ellos los que te definan a ti. Situaciones que tú propongas, llevadas a cabo exactamente de la forma como quieres que se lleven a cabo. ¿Qué te parece la idea?

–Te refieres... ¿Estás hablando de fantasías sexuales? ¿De hacerlas realidad? –Miré a mi alrededor, al bar animado y bullicioso lleno en su mayor parte de hombres animados y bulliciosos inmersos en sus propias conversaciones. Era el lugar perfecto para tener una charla como aquella.

–Sí. Bien, tú eres periodista, Solange, así que lo que estoy a punto de contarte tiene que quedar entre nosotras. Para siempre. Es confidencial. Tan confidencial que, si me lo preguntaran oficialmente, negaría haber mantenido esta conversación.

Eché un vistazo al restaurante. Matilda había picado mi curiosidad más allá de lo imaginable; mi cuerpo estaba en alerta y la expectación me hacía sentir mareada. Pero me esforcé por mantener una apariencia fría.

–Muy bien. De acuerdo.

Fue entonces cuando me lo desveló todo: lo que significaban en realidad las letras de su grupo filantrópico, S.E.C.R.E.T., su historia y las funciones que ella desempeñaba, pues era una de las fundadoras y guía responsable. Después de todo, S.E.C.R.E.T. no significaba Sociedad para la Estimulación de la Caridad y la Responsabilidad Entre Todos, sino que era un acrónimo de Segura, Erótica, Cautivadora, Romántica, Eufórica y Transformadora: las condiciones que definían las fantasías sexuales que su grupo

organizaba y llevaba a cabo para mujeres. Mujeres a las que seleccionaban. Mujeres como yo. Mujeres que necesitaban algún tipo de ayuda en ese terreno.

A mí me dominaba el escepticismo.

Y el asombro.

Y estaba completamente fascinada.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Diriges una organización que ofrece fantasías sexuales a las mujeres? ¿Por qué me cuentas todo esto? Como bien has dicho, soy periodista.

—Lo sé, pero confío en ti. Y... bueno, nos gustaría que fueras nuestra próxima candidata. Y es bastante probable que la última, al menos durante un tiempo.

—¿Candidata? ¿Por qué yo?

—Bueno, en los últimos años hemos seleccionado a mujeres cuya sexualidad estaba aletargada, y otras que estaban profundamente heridas. Esta vez, para nuestra última candidata, queremos a alguien que sencillamente haya dejado de considerar el sexo una prioridad. Alguien con más experiencia vital. Y, además, ¿por qué no tú? Eres hermosa, una mujer de éxito y muy ocupada. Como comentaste en ese artículo, tener citas no es algo «en lo que pierdas mucho tiempo». Afirmaste que el tema ya no te importa. Lo que te propongo es que nos dejes hacer algo por ti que nunca harías por ti misma. Es lo que mejor se nos da.

Por un momento me quedé sin palabras, y luego pregunté:

—¿A qué te refieres con «última candidata»?

Su mente pareció vagar por un instante, antes de sacudir la cabeza para apartar lo que parecían pensamientos tristes.

—Bueno, me temo que S.E.C.R.E.T. ha llegado al final de su camino. Ha sido un camino bonito, pero después de nuestra próxima candidata vamos a cerrar el chiringuito, queramos o no —contestó cambiando de nuevo de tema y haciendo señas para que nos trajeran la cuenta—. Si te decides, llámame. Organizaré un encuentro para que conozcas al Comité.

—¿El Comité?

—Sí. Otras mujeres como tú, que han cambiado a mejor después de hacer esto. Algunas son miembros destacados de la sociedad de Nueva Orleans: doctoras, abogadas, artistas... Nombres que conoces. Otras son camareras, peluqueras, profesoras. Los hombres a los que reclutamos para cumplir las fantasías son cocineros, trabajadores de la construcción, emprendedores, empresarios de éxito. E incluso algunos se cuentan entre los hombres más famosos del mundo.

¡Y entonces lo relacioné todo!

—¡Pierre Castille! De eso lo conoces. Él es uno de esos... reclutados, ¿verdad?

Matilda Greene habría sido una jugadora de póquer excepcional. No varió un ápice su expresión. No se inmutó, y sopesó cuidadosamente sus palabras al hablar:

–Aunque lo fuera, Solange, jamás contestaría esa pregunta. Si por algo nos caracterizamos es por nuestra discreción, algo que espero que te proporcione seguridad si finalmente decides confiar en nosotras, y que confío que tú también puedas garantizarme.

Bajé la mirada hacia el dorso de mis manos, sintiéndome mal por mi arrebatado acusatorio. Los cuarenta años que ya había cumplido se manifestaban en los sitios más extraños: la forma en que la piel se arrugaba alrededor de los nudillos, el pliegue de piel en el codo, la rigidez en las lumbares por la mañana, una o dos canas en mis zonas íntimas. Aún era capaz de hacer que un hombre volviera la cabeza, pero Matilda tenía razón: ya no me preocupaba. El sexo ya no me importaba. Tal vez una cita de vez en cuando, en ocasiones las suficientes con el mismo hombre para desnudarme con las luces apagadas. Pero la idea de renunciar a una de las pocas noches de relax que tenía para acudir a una cita que no me iba a llevar a ninguna parte, la idea de no dormir en mi cama, de no tener a mano mis artículos de aseo, de alterar mi rutina... bueno, cada vez tenía menos aliciente para tomarme la molestia.

–Me lo pensaré –le dije al tiempo que me guardaba en el bolsillo con gesto nervioso la tarjeta que me había dado.

Sorprendentemente, me costaba despedirme; Matilda era la clase de compañía de la que una no quería separarse.

Esa noche, la casa estaba vacía. Gus se había ido a pasar el fin de semana con su padre, algo que de pronto me llevó a sentir un nudo en el estómago. Aunque en una época había deseado esos momentos de soledad, en el sofá, un libro, una copa de vino, mi pijama cómodo, de repente todo eso me dio miedo. De joven, me encantaba salir. Me encantaba todo el ritual: vestirme, maquillarme, ir a las discotecas de moda y no ser la clase de chica que tenía que esperar en la cola. ¡Por Dios santo, si me pagaba parte de la matrícula con bolos como cantante, y cerraba clubes de jazz en los que Julius pinchaba y los dos bailábamos canciones lentas hasta que salía el sol!

Todo eso había terminado.

A pesar de sus problemas laborales, la vida sexual de Julius pareció florecer tras el divorcio. Había tenido por lo menos dos novias serias en los últimos ocho años. Y si esas dos mujeres no se hubieran portado tan bien con Gus, le habría prohibido que permitiera entrar a ninguna más en su vida.

Aun así, la vulnerabilidad no era lo mío; tenía fobia a pedir ayuda. Así que tuve que hacer acopio de todo mi valor para coger el teléfono dos angustiosos días después y llamar a Matilda. Principalmente dije que sí porque sería una historia alucinante. No sería una historia que pudiera contar, pero por otra parte no todas las historias están destinadas al *prime time*.

Mientras me acercaba a la Mansión en Third Street para reunirme con el Comité, mi cuerpo era un manojo de nervios. Pero Matilda tenía razón: las mujeres que había allí se parecían a mí. No lo digo porque varias de ellas fueran también afroamericanas, aunque fue un alivio comprobar que no todo el Comité era blanco. Todas tenían cierta edad: no eran jovencitas bonitas sino *mujeres*, mujeres que me miraban de frente, que brillaban con una especie de encanto sexual que yo había abandonado hacía tiempo a favor de un lustre profesional. Llevaban su feminidad sin miedo, cómoda y orgullosamente.

Una vez mis nervios se calmaron, se llevaron a cabo las presentaciones y me aseguraron que todo aquello sería anónimo. Obviamente, yo tenía preguntas que hacer. Si cambiaba de parecer en cualquier momento, ¿podía parar? «Sí, por supuesto.» Tenía un hijo; ¿tendrían en cuenta el tiempo que pasaba con él? «Ese es el plan.» Yo no buscaba una relación seria. «Bien, no te la prometemos, aunque sabemos que ha ocurrido en otros casos.»

Al final estaba más intrigada que asustada, lo cual, siendo periodista, siempre es una buena señal.

Así que dije que sí, y me sonrojé ante el aplauso que obtuvo mi respuesta.

–Ese sí va acompañado de un símbolo de nuestro vínculo contigo y entre nosotras – dijo Matilda colocando una caja lila frente a mí.

Dentro había una cadena de oro, del mismo color y textura que las que llevaban las mujeres allí presentes, solo que las suyas estaban cubiertas de dijes tintineantes.

–¿Esto es mío? –pregunté sosteniendo la pesada cadena de oro de dieciocho quilates bajo la luz.

–Es tuya.

Después de los abrazos y las felicitaciones, me mandaron a casa con una carpeta que me advirtieron que no abriera hasta que Gus estuviera dormido.

Esa noche pagué a la canguro, me aseguré de que la luz de mi hijo estuviera apagada, me preparé té y puse música clásica. Comprobé una vez más que Gus dormía antes de sentarme a la mesa de mármol de la cocina, en la que yo había comido de niña, y abrí la carpeta con manos temblorosas. Dentro había una larga lista de fantasías y escenas, algunas sorprendentes, otras más habituales, una lista de deseos sexuales de toda clase, con algunas líneas en blanco para improvisar ideas. Matilda me había dicho que fuera específica y sincera, que ninguna fantasía sexual era demasiado sosa o disparatada para ser tenida en cuenta.

Saqué punta a un lápiz y procedí a dedicarle más reflexión a aquella tarea que a la lista de invitados de mi boda. No me fue difícil plantear mi primera escena:

«Solo por una vez, me gustaría llegar a casa después de un largo día de trabajo, y que alguien se hubiera ocupado de todas las tareas y faenas interminables, un hombre atractivo, alguien sexi, que también me hubiera preparado la bañera, y para el que no tuviera que cocinar o limpiar o con el que ni siquiera tuviera que hablar si no quiero. Tan solo... –aquí fue donde vacilé– tan solo... ¿tendríamos sexo?»

Incluí los interrogantes al final. El sexo no era el final ineludible, al menos no por mi parte.

Y ahora, tres semanas después, aquella escena se estaba desarrollando exactamente tal y como la había escrito. Aquí estaba. El hombre de mi fantasía.

El sonido del agua al correr aumentó de volumen a medida que me acercaba a la escalera. Al agarrar la barandilla vi la pulsera sin dijes de S.E.C.R.E.T., que asomaba de la manga de la blusa. Subí sin hacer ruido, con cuidado de pisar la parte enmoquetada de los

escalones. El sonido del agua se detuvo y yo hice lo mismo.

–¿Dominic?

–¡Estoy en el baño de la habitación! –gritó–. He encontrado las toallas.

Me llevé la mano al corazón para calmarlo un poco.

–Puedes entrar, Solange. Estoy presentable.

«Oh, Dios mío.» Llegué a lo alto de las escaleras y avancé por el pasillo hacia mi dormitorio, con un nudo en el estómago. «Nunca me he acostado con un desconocido. ¿Qué estoy haciendo? ¿Me he vuelto loca?» El baño del cuarto tenía ducha y bañera, y Dominic estaba saliendo de la ducha, con una toalla enrollada alrededor de su cintura esculpida. La luz mortecina que entraba por la ventana de doble cristal desdibujaba la estancia, o tal vez fuera el vapor, o el hecho de que yo estaba vibrando. Pero aquel Adonis de bronce estaba goteando en mis baldosas y nunca nada me importó menos. Me di cuenta de que me quedaba sin aliento y me obligué a hacer llegar el aire a mi organismo para no desmayarme con su visión: piel tersa, gruesos brazos, pies desnudos plantados sólidamente sobre el suelo. Hice que el oxígeno se introdujera aún más hondo en mis pulmones como había aprendido en las clases de Lamaze... «¡Lamaze! ¡Tengo un hijo! No debería... DEJA de pensar.»

En la cara de Dominic se dibujaba la sonrisa de un hombre que sabía el efecto que producía en una mujer. «Vas a desnudarte delante de este hombre, Solange. Y vas a estar a gusto.» Junto a él, la bañera llena de agua, con burbujas flotando en la superficie y una hilera de velas en la repisa. Quedaba muy bonito.

–Me he dado una ducha rápida y he llenado la bañera al mismo tiempo. Probablemente he acabado con el agua caliente de toda la casa. Te pido disculpas. –Otra vez esa sonrisa.

–No pasa nada –contesté masajeándome la nuca.

–Creo que la temperatura del agua es la correcta. ¿Quieres comprobarlo?

No apartó los ojos de mí mientras yo cruzaba el baño. Me incliné e introduje los dedos en el agua espumosa.

–Muy agradable –dije.

–¿Por qué no te metes? Mientras... te traeré algo para beber –añadió tal vez percibiendo mi timidez por el hecho de tener que desnudarme delante de él–. ¿Alguna petición?

«Oh, gracias a Dios.»

–Sí, eso estaría bien. ¿Un poco de agua, quizá? Los vasos están en el aparador del comedor. O vino. ¿Vino, tal vez? Hay una botella abierta en la puerta de la nevera.

Lo vi desaparecer. «Hazlo, hazlo, hazlo.» Me quité la falda y la blusa, y las apilé (ordenadamente) en el tocador. Luego me desprendí del sujetador y las bragas y los metí debajo de la ropa. Comprobé la temperatura del agua con el dedo del pie: «Ay», un poco caliente, pero buena, y no tenía tiempo para meterme poco a poco.

Me sumergí hasta el escote de modo que mi cuerpo quedaba casi oculto bajo las burbujas, las rodillas convertidas en dos montañas marrones con copos de espuma deslizándose por los lados. Me encantaba mi bañera, un hermoso modelo blanco ovalado que había elegido cuando me di cuenta de que Gus y yo íbamos a quedarnos en la casa de mi infancia y reformé la habitación principal y el baño. En su momento, instalar una bañera de hidromasaje me había parecido muy decadente, pero lo cierto era que la usaba. A menudo era mi único modo de relajarme.

Unos minutos después, Dominic subió de nuevo las escaleras y entró en el baño con una copa empañada por la condensación en una mano y su toalla en la otra. Me eché hacia delante para rodearme las rodillas con los brazos y ocultar los pechos, y aparté la mirada de sus abdominales, que parecían dibujados. Era tan... La situación era demasiado...

–Aquí tienes –dijo él, y me tendió la copa.

La acepté.

–¿Estás cómoda?

Asentí, di un sorbo y dejé con cuidado la copa en la esquina embaldosada de la bañera. Él se arrodilló en el suelo, a mi lado.

–Porque si no estás cómoda...

–No, estoy bien –contesté y tosí al atragantarme con el vino. Sabía que la sonrisa que se dibujaba en mi rostro era muy poco convincente—. De verdad. Es solo que esto es... Ya me acostumbraré.

«¿Ya me acostumbraré? Ya ves, Solange, qué sexi.»

Él me devolvió la sonrisa y casi me entraron ganas de llorar, no sé por qué. No tenía miedo; no estaba triste. Más bien al contrario. Me sentía... agradecida. Incluso *conmovida*. Su torso estaba a centímetros del borde de la bañera. Si yo hubiera alargado el brazo, lo habría podido tocar; lo deseaba tanto. No solo era guapo; también era afectuoso.

Cogió una toalla doblada del borde de la bañera, la sumergió en el agua jabonosa y, tras retorcerla para eliminar el exceso de agua, me la colocó sobre los hombros y los relajó. Le dejé dibujar círculos largos y lentos con su mano a través de la toalla al tiempo que echaba la cabeza hacia delante y me relajaba. «Una mano sobre mí, el contacto humano. Dios, sí que he estado sola. ¿Cómo es posible que no fuera consciente?»

El tejido áspero, el agua caliente, su mano tan cerca de mi piel: todo aquello sirvió para calmarme. Cerré los ojos.

–¿Cómo te sientes?

–Bien –murmuré.

Al cabo de un momento, noté que apartaba la toalla y la sustituía por sus suaves labios, que se posaron sobre mi omoplatto.

–¿Y ahora?

–También bien –dije.

Me dio otro beso en la espalda y me secó con la toalla mientras trazaba un camino

entre un omoplato y el otro. «Oh, Dios.» Me estaba derritiendo dentro del agua. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que alguien me había tratado con tanta ternura?

–Está empezando a hacer un poco de frío aquí fuera –susurró Dominic al tiempo que apretaba su boca detrás de mi oreja izquierda–. ¿Puedo meterme en el agua contigo?

«¡Está pasando! Respira.» Me eché hacia delante en la bañera para dejarle sitio a mi espalda. Por el rabillo del ojo vi cómo se desprendía de la toalla y atisbé una mata de pelo oscuro y corto, y un pene semierecto muy bonito. Se metió en el agua y sus rodillas se agarraron a mis caderas mientras se sumergía. Echó mi torso hacia atrás con delicadeza hasta que toqué su pecho cálido. Noté su erección en la parte baja de mi espalda, cada vez mayor mientras sus manos se desplazaban desde mis hombros hacia delante. Mis propias manos seguían cubriendo mis pechos mojados, y él rodeó mis muñecas con las suyas.

–Déjame –dijo apartándomelas.

–¿Que te deje qué? –pregunté yo, y solté una risita nerviosa.

«Tienes cuarenta y un años. No deberías reírte así.»

–Es hora de que te entregues, Solange. Tan solo... déjame.

Tras una breve vacilación, mis brazos se relajaron y él..., bueno, él me «desenvolvió»: separó primero un brazo y luego otro, y los colocó alrededor de sus fornidos muslos. Resultaba fascinante, una experiencia que estaba disfrutando al mismo tiempo que la observaba. Deslizó las manos hacia arriba por mis suaves brazos hasta mis hombros y luego volvió a bajarlas, esta vez ahuecándolas debajo de ambos pechos, que ahora estaba resbaladizos y mojados y emergían del agua jabonosa. Lo vi dibujar círculos con los pulgares alrededor de mis pezones, cosa que desató un calambre de deseo detrás de mi ombligo. Inspiré apresuradamente y presioné la espalda contra su torso; notaba su rabiosa erección contra mi columna vertebral al tiempo que encajaba mi cabeza bajo su barbilla, que lucía una barba de dos días. Me cuidé muy mucho de mantener el pelo seco. Aunque era capaz de apuntarme a muchas cosas, mojarme el pelo no era una de ellas. Acoplé mis manos a las suyas mientras me frotaban los pechos y sus muslos seguían apretando con fuerza los míos. Juro que era como estar sujeta entre dos troncos.

–Mmmm... –dije, y cerré los ojos al tiempo que sus manos se relajaban en mis pechos y se deslizaban hacia abajo, entre mis piernas, sumergiéndose bajo el agua.

¿Se daría cuenta de lo mojada que estaba? Juntó los dedos y tironeó de mi vello; tuve que esforzarme por no salir del agua para de ese modo permitirle un mejor acceso. Estaba tan excitada que lo apretaba contra la bañera. Lo deseaba. Dejé que mis brazos se levantaran hacia atrás y le rodearan el cuello mientras él me provocaba y jugueteaba conmigo; sus manos me separaron los muslos tanto como era posible contra las paredes de la bañera.

Mientras sus dedos se desplazaban por mis pliegues, hundió la boca en mi cuello, los labios cubriendo los dientes, succionando, besando con fuerza mi piel. Sentí que me consumía mientras dos dedos se escurrían entre las dos partes más tiernas de mi carne, y luego entraban en mí.

–Oooh –exclamé al tiempo que arqueaba la espalda y el agua que había entre

nuestros cuerpos se agitaba levemente.

Pasé los dedos por su denso pelo negro. Su otra mano me masajéo el costado y volvió a cerrarse sobre mi pecho, esta vez con más fuerza, con más urgencia, mientras la otra me trabajaba, los dedos entrando hasta el fondo, moviéndose con rapidez. Entonces se interrumpió y dio vueltas con ellos y yo me hinché con su toque. La otra mano se desplazó de mi pecho a mi barbilla y me hizo volver levemente la cabeza para que su lengua pudiera jugar con mi oreja. Hacía conmigo lo que quería, moviéndome a su antojo, y yo me había entregado por completo a él. Se apartó de mí y dejó una mano en mi espalda en un gesto tranquilizador. Miré hacia atrás y lo vi sacar una caja de condones de debajo de un montón de toallas, abrir uno y ponérselo en su polla dura.

–Date la vuelta, Solange, para que pueda verte mientras te follo –susurró.

Con una fuerza que me sorprendió, me levantó del agua y me dio la vuelta de modo que su magnífica erección me quedó justo debajo. Yo lo cogí con la mano para guiarlo hasta lo más hondo de mí y suspiré mientras él entraba y me atraía con fuerza hacia él, sujetándome y latiendo en mi interior, con mis piernas alrededor. Era una sensación exquisita. Empezó a contonearse debajo de mí con los brazos alrededor de mi cintura.

–Échate hacia atrás y apóyate en las manos –dijo–. Quiero que mires cómo te follo.

Hice lo que me decía, y ambos nos concentramos en su polla, que entraba y salía de mí al principio lentamente, haciendo que el agua se agitara y rebotara contra las paredes de la amplia bañera.

Sus dedos solo tuvieron que acariciar mi clítoris, que estaba tan hinchado que supe que podría correrme en cualquier momento.

–Mmm –dije involuntariamente, y me agarré con una mano a su hombro mientras con la otra me sujetaba al borde de la bañera hasta que pude seguir y acoplarme a su ritmo.

Me resultaba imposible sostener la mirada de sus ojos oscuros sobre mí. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos con fuerza. «No me puedo creer que esto me esté pasando a mí, aquí, ¡en mi propia bañera!»

–Joder, Solange, eres preciosa –gimió al tiempo que me embestía y su pulgar rodeaba mi clítoris, los músculos de su brazo tensos con el esfuerzo preciso.

El agua jabonosa salpicaba entre nosotros y hacia los lados, y acabó por apagar una vela y luego otra. Se inclinó hacia delante para cogerme de la nuca y acercó su boca lujuriosa a mi oreja.

–Córrete para mí, Solange –susurró–. Quiero que te corras. Para mí...

Entonces lo sentí: el tenso centro de mi ser derritiéndose, entregándose. Mis piernas se apoyaron contra los bordes de la bañera mientras ondas de placer me recorrían desde el centro hasta la punta de las extremidades. Me recosté sobre las manos. Su mirada era ardiente. Empujaba la polla dentro de mí, hacia arriba, follándome con fuerza mientras masajeara con suavidad mi clítoris, una combinación magistral que hizo que al final la sensación fuera imposible de soportar y de repente me dejé ir, lo dejé salir todo, y me corrí con fuerza y salvajemente, mientras él me embestía sin cesar y yo gemía con el rostro vuelto hacia el techo («Oh, sí, oh, sí...»). Y entonces él también se corrió («Sí, oh, Dios»),

se vació dentro de mí, y nadie podía oírnos con la ventana cerrada, ni los vecinos de la parte de atrás, al otro extremo del pinar, ni los del otro lado de la calle que limpiaban sus coches, ni los que paseaban a sus perros por delante de mi acogedora casa de State Street.

Jadeando y extenuada, caí hacia delante y cubrí su torso con mi cuerpo mojado, los brazos colgando sobre su espalda, aspirando como alguien que se ahogara. Me abrazó con fuerza y me besó en los hombros. Permanecimos unidos en ese nudo mojado hasta que mi respiración se calmó y el agua comenzó a enfriarse. Entonces él se despegó de mí con cuidado y se quedó de pie en la bañera mientras regueros de agua le caían por los espléndidos muslos. Salió de la bañera, descolgó mi albornoz de la parte de atrás de la puerta y lo sujetó con los dedos, invitándome a entrar.

–Su albornoz, señora –dijo.

Yo estaba de pie, aturdida, un poco adormilada, feliz.

Puse un pie sobre la alfombrilla y me di la vuelta al tiempo que introducía las manos en las mangas del albornoz. Él me envolvió con él y me lo anudó desde atrás, para después frotar mis brazos y mis costados enérgicamente para secarme.

–Gracias.

«¿Ha sido una estupidez decir esto?»

Mientras se inclinaba para envolverse con una toalla, él dijo:

–Mira en el bolsillo, Solange.

Metí la mano y saqué una pequeña caja lila. Dentro estaba mi primer colgante, una gota dorada en el centro de una nube esponjosa. En un lado estaba grabada en cursiva la palabra «Aceptación» y en el otro un número romano. Era igual que los de la pulsera de Matilda, y los de las pulseras que llevaban todas las mujeres de la Mansión aquel día.

–¿Te importa? –le pedí al tiempo que le tendía el colgante.

El corazón me latía con fuerza.

–Por supuesto –contestó, y con sus hábiles dedos prendió el dije a la cadena.

Me acerqué al tocador para mirarme en el espejo.

–Es precioso –dije balanceándolo delante de mis ojos.

–Igual que tú.

Me di la vuelta para quedar frente a él.

–Gracias, Dominic, por... encargarte de todas esas tareas engorrosas. Y por eso... –añadí señalando la bañera–. ¿Y ahora qué?

–Bueno, ahora te sugiero que descanses un poco. Y que dejes que me ocupe de ese lavavajillas y de cualquier otra cosa que quieras que arregle antes de marcharme.

–Se me ocurren unas cuantas de mi lista de cosas pendientes –contesté dedicándole una mirada tímida desde el espejo.

Él recogió su ropa del suelo y me dejó en el baño, de pie, muy quieta, con las piernas

temblorosas y las ventanas cubiertas de vaho. «Lo he hecho. He hecho algo que nunca pensé que haría: acostarme con un joven guapísimo al que probablemente no vuelva a ver nunca. Y estoy... estoy orgullosa de mí misma.»

Conseguí llegar a la cama, retiré la colcha, dejé caer el albornoz al suelo y me metí desnuda entre las sábanas frías. Al tiempo que cerraba los ojos, dejé que una mano se deslizara hasta donde empezaba a notar un leve escozor. «Oh.» Vaya. Lo oí abajo, encendiendo y apagando el lavavajillas, y luego escuché el clinc, clinc de las herramientas al repararlo. «Qué bien.»

Mientras me iba adormeciendo, se me ocurrió al menos una cosa más que podría reparar antes de marcharse. Solo una cosa más...

CASSIE

Todo había sucedido tan deprisa... Algo me decía que no llevara a Will al acto para recaudar fondos de S.E.C.R.E.T., pero no lo escuché. Algo también me decía que lo alejara de Pierre Castille en cuanto este abrió la boca para desvelar la verdad sobre mi relación con S.E.C.R.E.T. (el sexo, las fantasías, los hombres) utilizando los términos más repugnantes: zorra, puta, guarra.

Pero esa fatídica noche me quedé petrificada en una esquina oscura del Latrobe's. No dije nada cuando Pierre le contó a Will que el mandato de S.E.C.R.E.T. era «utilizar y desechar hombres». Cuando Pierre le soltó que yo haría lo mismo con Will, si él me lo permitía, este pareció creérselo.

«¿Cuántos hombres, Cassie? ¿Cuántos? Y ¿desde cuándo?»

Vivía rodeada de secretos y mentiras, como su ex, Tracina, una mujer que había convencido a Will durante casi un año de que el bebé que esperaba era de él. Tan solo había pasado un mes desde que a Will se le rompiera el corazón al descubrir que no era cierto, que el bebé era fruto de la relación de ella con Carruthers Johnstone, el fiscal del distrito que se había casado y separado, y que era a quien ella amaba en realidad. Aunque tampoco Will amaba a Tracina. Lo que en realidad había amado era la idea de tener un bebé. Yo esperaba que nuestro dichoso reencuentro contribuyera a sanar sus heridas, pero en lugar de eso las había abierto de nuevo, y era yo quien había arrancado los puntos.

–L-lo siento, siento no habértelo contado antes, Will, pero tenía miedo de que reaccionaras así –tartamudeé.

Con las manos sobre su pecho, traté de explicarle lo que significaba S.E.C.R.E.T., lo que había hecho por mí. Pero él no me escuchaba. Miraba a Jesse Turnbull, mi ex amante y ahora amigo, que se había acercado a donde yo me encontraba para ver si estaba bien.

–¿Él es de la hornada de este año o es el modelo del año pasado, Cassie? –siseó Will–. A lo mejor te apetece que él también te dé un azote.

Jesse dio un paso adelante. Ya había derribado a Pierre y yo no dudaba de que si era preciso haría lo mismo con Will.

–He tenido suficientes dramas de alcoba para una puta vida entera –me soltó Will antes de marcharse enfurecido del Latrobe's, dejándome hecha un guiñapo. Guiñapo que Jesse tuvo que recoger y llevar a casa.

Y así sin más, Will Foret dejó de estar enamorado de mí.

En el camino a casa desde el Latrobe's, yo estaba desconsolada. Jesse intentó explicarme que Will no me rechazaba a mí, sino la hipocresía. Yo le escuchaba mientras miraba la ciudad pasar por delante de mis ojos desde la ventana del acompañante. Aparcó la furgoneta junto a la acera, delante del hotel Spinster, y apagó el motor antes de volverse hacia mí.

–¿Quieres que suba?

Cuando el amor de tu vida te deja debido a tu pasado, es fácil imaginarte corriendo hacia los brazos del hombre que lo acepta todo de ti, sobre todo cuando esos brazos son cálidos y firmes y acogedores. Pero, aunque sí invité a Jesse a subir, ni siquiera lo besé.

Puso agua a hervir para hacer té y me quité el horrible, hermoso vestido de raso y me enfundé el chándal. Mientras se hacía el té, sollocé durante unos minutos en el sofá futón, rechazando los intentos de mi gata *Dixie* por consolarme. Jesse se sentó a mi lado y me escuchó. De vez en cuando me ponía la mano en el antebrazo en un gesto tranquilizador y me aseguraba que todo iría bien, que Will volvería, que yo no había hecho nada malo y que solo tenía que tener paciencia.

–Tú has oído lo que ha dicho esta noche, Jesse –repliqué lanzando a la mesa otro pañuelo de papel hecho una bola–. Se ha acabado.

Jesse estudió mi cara en busca de una brecha. Iba a ser sincero conmigo y en ese momento supe que no me iba a gustar lo que estaba a punto de decirme.

–Bueno, Cassie, la cuestión es que yo soy un hombre... y creo... creo que después del año que ha pasado él, también yo estaría asustado.

–No está asustado, está cabreado.

–Deja que te diga algo sobre los hombres, Cassie. Cuando nos asustamos no nos mostramos «asustados», nos mostramos «enfadados».

Tal vez hubiera algo de cierto en ello, pero no estaba preparada para perdonar a Will, ni a mí.

–Qué va. Está pensando: «Putá zorra, me alegro de haberme enterado».

Era un exabrupto, pero Jesse se inclinó hacia mí y me miró a la cara como si fuera un médico preocupado.

–¿Por qué dices esas cosas, Cassie?

–Ya lo has visto, Jesse. Él me odia. Y lo que he hecho le repugna.

–No, no te odia, y no le repugna. Odia que la mujer a la que ama haya estado llevando una especie de... no sé... de doble vida extraña y sexual... Y no tiene ni idea de qué hacer al respecto, aparte de sentirse asustado y amenazado. ¿Entiendes lo que te digo?

–Sí. Es que... la he cagado. He arruinado lo que había entre Will y yo. Lo que había entre tú y yo. ¿Por qué te portas tan bien conmigo después de la forma en que te traté?

Llevábamos más o menos un mes sin vernos, desde el día en que nació el bebé de Tracina y quedó claro que el corazón de Will era mío y el mío, suyo, y que lo que fuera que tuviera con Jesse no iba a ir mucho más allá del sexo.

–Otra vez con la puta autocompasión. Tienes que dejar de hacerte esto, Cassie. Lo digo en serio. Si Matilda estuviera aquí, te daría un sopapo para que esas palabras no volvieran a salir nunca de tu boca.

–Es verdad. Lo siento.

La expresión de Jesse se suavizó, y la preocupación dejó paso a la amabilidad.

–No me pidas perdón a mí. Nunca me has hecho nada malo. Pídete perdón a ti misma.

Tenía los ojos hinchados de llorar. Apoyé la cabeza en el brazo, que tenía extendido sobre el respaldo del futón. Dejé que mis dedos rozaran el hombro de Jesse y lo miré a través de las pestañas mojadas. ¿Estaba coqueteando? No. Quizá. Buscaba consuelo, conectar. Jesse respondió acercándose a mí y dándome un beso suave y dulce en la sien.

–Adiós, muñeca. Duerme. Te llamaré.

Si me hubiera cogido de la barbilla y hubiera atraído mi boca hacia la suya, ¿me habría resistido? Creo que sí. Quizá. No. ¡Sí! ¿Quién sabe? La verdad era que no tenía ni idea de lo que quería esa noche. Pero la ambivalencia, las líneas difusas, la confusión y la tristeza no eran afrodisíacos para los hombres de S.E.C.R.E.T.

Jesse se puso de pie y se estiró, y su firme barriga asomó por debajo de su camiseta. Nunca habría dicho que yo fuera un animal visual, pero desde que había entrado en S.E.C.R.E.T., había descubierto que me equivocaba en muchas cosas.

Demasiado cansada para levantarme del sofá, me despedí de Jesse con la mano. Él me dedicó su saludo con dos dedos marca de la casa y se marchó cerrando silenciosamente la puerta a su espalda. Entonces miré mi brazo, mi reluciente pulsera con sus diez dijes, cada uno de los cuales había deseado y me había ganado. De repente parecía pesar mucho en mi muñeca.

A la mañana siguiente, me vestí meticulosamente para mi turno habitual de desayunos en el Café Rose. Quería dar una imagen de calma y tranquilidad, de adulta, y que no se notara que me había pasado la noche llorando. Aunque tampoco es que Dell fuera a darse cuenta. Durante el último mes no nos había prestado demasiada atención a Will y a mí mientras nos besábamos por los rincones, así que me imaginé que apenas se daría cuenta de que habíamos roto.

Me asaltó otro recuerdo de la noche anterior. En medio de un ramalazo de profundo cariño hacia mí, Will no solo me había pedido que fuera la encargada de su nuevo y moderno restaurante del piso superior, sino que al mismo tiempo me había anunciado que lo iba a llamar Cassie's, por mí, un gesto que había hecho que se me saltaran las lágrimas. Ahora ni siquiera estaba segura de querer trabajar allí.

A lo mejor lo que tenía que hacer era dejar el trabajo. Para siempre. Tal vez no vernos durante una larga temporada, no estar cerca del otro ni hacernos daño era lo que nos hacía falta a los dos. En ese momento, un sudor frío me subió por las piernas: era posible que Will me despidiera. Seguro que podría reclamar por despido improcedente, pero no tenía intención de gastarme los ahorros en abogados. Conociéndome, me limitaría a marcharme con el rabo entre las piernas y aceptaría el puesto que me había ofrecido Angela Rejean como auxiliar en la Mansión.

Al llegar a Frenchmen Street, giré a la derecha. El sol otoñal que me bañaba los hombros me reconfortaba y continué caminando más despacio. Si tan solo pudiera hacerle entender a Will lo que S.E.C.R.E.T. había hecho por mí, no solo sexualmente... Aunque también podía defenderme. Podía perseguir lo que quisiera. Ahora era más audaz, más segura, ya no era esa persona dependiente y miedosa. No era una de esas mujeres que

preferieren estar con cualquiera antes que solas. Estar sola ya no me daba miedo. Estar sola era un reto, pero también resultaba profundamente satisfactorio. Estar sola no significaba sentirse sola.

Cuando llegué al Café Rose, estaba segura de que aquel sería el último día que trabajaría para Will Foret. Y también estaba segura de que estaría bien. Miré escaleras arriba al restaurante nuevo, las ventanas recién instaladas que todavía lucían la pegatina del fabricante. Durante un tiempo me sentiría triste, pero sobreviviría. La capacidad de recuperarme era una de las muchas cosas que me había proporcionado S.E.C.R.E.T., y ese día era lo único que necesitaba.

El desayuno fue un recuerdo borroso. Dell y yo nos cruzamos una y otra vez en las puertas batientes, ella saliendo con fuentes de huevos y yo entrando con los platos sucios amontonados en los dos brazos. Las dos nos encontramos varias veces tamborileando con los dedos mientras esperábamos a que el café estuviera listo. Fue en el momento más calmado de última hora de la mañana cuando Will se coló en la cocina en un momento en que yo le daba la espalda. Estaba rallando cortezas de lima mientras Dell preparaba la masa para una de sus famosas tartas. Al darme la vuelta, mi corazón tardó un segundo en reaccionar a lo que veía: la hermosa cara de Will ahora demacrada, sus ojos oscuros inyectados en sangre, sus párpados hinchados por el dolor.

–Eh –saludó mirándonos a las dos al tiempo que dejaba una caja de naranjas en el mostrador de metal.

Dell lo ignoró, sabiendo que el saludo iba dirigido a mí.

–Eh –dije imitando su estilo inexpresivo.

–¿Llegaste bien a casa? –preguntó con voz ronca.

–Sí –contesté con sequedad, sin darme del todo la vuelta para quedar de cara a él y conteniéndome para no decirle que Jesse me había llevado a casa, pero que no había pasado nada.

–Bien. Bien –dijo–. Siento haberme marchado tan bruscamente. Pero me imaginé que estarías en buenas manos.

Ahí estaba, una puya sobre Jesse.

–Will, yo...

Dell no estaba interesada en oír más de lo que no estábamos diciendo.

–Chicos, si me necesitáis, estaré en mi puesto, trabajando –dijo y se dirigió de vuelta al café a través de las puertas batientes.

Will se dio la vuelta para acabar de descargar las frutas y las verduras. Yo fui a acompañarlo fuera, para ayudar, como hacía siempre.

–¡No! –exclamó él volviéndose. Di un paso atrás–. Quiero decir que puedo descargar solo. Tú ocúpate de los clientes.

Claire, la sobrina de Will, que debía de haberlo acompañado al trabajo esa mañana, entró en la cocina dando saltitos, con el pelo rubio amontonado en lo alto de la cabeza en un moño ceñido. Yo le había suplicado que se recogiera el pelo, pues muchos clientes

encontraban sus pelos en las tortillas. Al final cedió cuando su tío la amenazó en tono de broma con enviarla de vuelta a vivir con sus padres en Slidell, algo que yo sabía que Will nunca haría. Le entusiasmaba que Claire viviera con él mientras estudiaba en la escuela de arte. Y a mí me camelaba tanto como a él.

–Eh, tortolitos, marchaos a una habitación –canturreó al tiempo que se quitaba la chaqueta.

Era una frase que no había dejado de utilizar en las últimas semanas, pues nosotros apenas éramos capaces de no tocarnos. Cogió una fresa enorme de lo alto de un montón que había en el fregadero y se la metió en la boca. Nuestras caras inexpresivas y nuestro denso silencio debían de transmitir una tensión palpable. Claire me miró a mí y luego a Will.

–Vaaale pues. Iré... a buscar a Dell –dijo y se escabulló al comedor, asustada con razón de la tormenta que se estaba cerniendo sobre nuestras cabezas.

Yo miré los ojos angustiados de Will.

–¿Así van a ser las cosas a partir de ahora? –susurré–. ¿Todo el mundo andando de puntillas a nuestro alrededor? Porque si es así, entregaré encantada mi renuncia. Hoy. Ahora.

Me asombró mi propia determinación. Pero lo decía en serio. Y él lo sabía. Se pasó los dedos por el pelo aplastado de dormir. ¿Lo tenía más canoso que el día anterior?

–Por favor, no lo hagas –murmuró–. Lo siento.

–¿Qué sientes, Will? ¿Todo?

–No, todo no. Pero sin duda siento el modo en que me comporté ayer por la noche. Sé que me marché y te dejé allí sintiéndote mal contigo misma. Lo lamento mucho. No era en absoluto mi intención.

Di un paso hacia él como si fuera la cosa más natural del mundo rodearlo con los brazos, aceptar sus disculpas. Levantó una mano a modo de barrera y mantuvo un tono de voz calmado, inalterable, como si hablara con un animal asustado.

–Espera. No. El caso es, Cassie..., que he estado pensando... he estado toda la noche despierto pensando... y me he dado cuenta de que seguramente he ido demasiado deprisa contigo. Está claro que tienes todavía algunos cabos sueltos que atar, a lo mejor con ese chico, a lo mejor con ese... grupo en el que estás.

–No hay cabos sueltos, Will. No hay ningún chico. Jesse es un amigo. Y no hay ningún grupo. Abandoné ese... grupo en cuanto me di cuenta de que tú y yo éramos... de que podíamos...

–¿De que podíamos qué? ¿Estar por fin juntos? Muy bien. Como si hubieras sufrido mucho por mí.

La indignación me embargó.

–¿Eso es lo que querías que hiciera?

–No; quiero decir... quería decir... que eso era lo que yo hacía.

–Ja. Espera. ¿Me estás diciendo que tú sufrías por mí mientras vivías y dormías con una chica joven y guapa que estaba a punto de tener al que tú creías que era tu hijo? Y mientras, ¿se supone que yo tenía que guardar celibato, no salir ni acostarme con nadie, sino quedarme sentadita esperando a que tu relación agonizara para poder tenerte por fin?

–Joder –murmuró él frotándose la cara con rabia e intentando dar con una respuesta mejor–. Soy un gilipollas.

–No te lo voy a discutir –repuse–, porque sí, tienes razón, Will: no me senté a esperarte. Y la verdad, ahora que parece que todo ha vuelto a terminar entre nosotros, tampoco te esperaré.

Ahora estábamos a menos de medio metro, sin poder creer ninguno de los dos las cosas que salían de la boca del otro. Parecíamos estar marinándonos a base de dejarnos sin habla y conmocionados.

–En serio, dímelo ahora, Will. ¿Tengo que presentar mi dimisión?

Se irguió y, al hablar, su voz sonó dulce, apremiante.

–Cassie, como intenté decirte anoche, pero no pude, eres una de las mejores empleadas que he tenido nunca. No quiero que eso cambie. Quiero que continúes trabajando aquí y formando a tu sustituto en el café para poder encargarte del restaurante de arriba. Se va a llamar Cassie's, pues es el nombre que registré, el que aparece en la licencia de bebidas alcohólicas, en todas las facturas y menús que he impreso, y en el cartel que van a traer en cualquier momento –dijo mirando el reloj–. No he cambiado de idea respecto a eso.

Me pasé todo el rato que él habló mirándole los labios, deseando besarle, deseando darle un bofetón por las palabras que salían de ellos, obligándome a no llorar, a no tartamudear. Me puse una mano en la barriga y con la otra me apoyé en el mostrador.

–Will, dime una cosa.

–¿Qué?

Dejó caer los hombros. Sabía lo que venía a continuación.

–¿Alguna vez me has querido?

Bajó la mirada como si la respuesta estuviera garabateada en un trozo de papel hecho una bola en uno de sus puños.

–Yo... sí. Y sigo... pensando que eres increíble, Cassie. De verdad. –Se apretó el puente de la nariz con dos dedos antes de continuar–: Aún siento... muchas cosas por ti, Cassie. Pero no puedo estar enamorado de ti. No voy a estarlo, no me lo permitiré. Porque quiero... no, necesito, necesito de verdad que mi vida sea menos complicada de lo que es ahora. Ahora tengo que ocuparme de Claire, lo está pasando mal en la escuela, y también tengo que llevar un nuevo negocio. Ya he superado lo de Tracina y el bebé, y solo tengo que concentrarme en que mi vida sea más tranquila y sencilla. Lo necesito. Para mantener la cordura.

El silencio que se hizo a continuación lo dijo todo.

Lo nuestro se había acabado. Por completo.

–Ya veo.

–Pero podemos trabajar juntos, Cassie. No somos niños, y no es fácil encontrar un buen trabajo. No te castigues solo por orgullo. Quédate; te necesito.

¿Qué dice una ante eso? ¿Qué hace? ¿Le golpea en el pecho y le pide a su corazón que la deje entrar, porque el corazón tiene razones que la razón ignora? ¿O se limita a asentir y decir: «Vale, me quedaré. Por ahora»?

Eso fue lo que dije, mientras un hilillo de mercurio líquido se introducía en mis venas, solidificándome y endureciéndome ante cualquier futuro rechazo, o ante la posibilidad de volver a abrir mi corazón. Fue tan automático que habría resultado sublime si no hubiera una señal funesta. Aquel hombre me había condenado por amor. Yo le había mostrado una parte de mi yo más real, la que no me impedía sentirme segura. Pero en cuanto revelé mis secretos más profundos, me rechazó. No solo era rechazo, también era negación, negación de todo lo que yo era y de todo lo que me había pasado.

–Entonces ¿ya está? –pregunté.

–Creo que sí –contestó–. Hemos sido amigos durante mucho tiempo, y espero que podamos volver a serlo. Yo creo que con el tiempo podré serlo.

Me tendió una mano. ¿Quería que se la estrechara? Le miré como si estuviera en llamas. «No llores ahora. Lloro después.»

Y eso fue lo que hice. Trabajé como una mula durante el resto de mi turno, entrenando tanto a Claire como a nuestra nueva empleada, Maureen, una camarera que le habíamos robado al Spotted Cat, el local de enfrente, y que cuando llegara el momento sería mi sustituta en el café. Esperaba que, pese a sus diferentes estilos (Claire era hippie y Maureen, punk) y la leve diferencia de edad (Claire tenía casi dieciocho años y Maureen, veintitrés), acabaran por llevarse bien.

Hice la caja y me marché en el preciso momento en que un camión aparcaba delante del local. Un enorme cartel cubierto con lona sobresalía de la cabina y proyectaba una sombra sobre el coche de detrás. Pude ver la parte superior de la gran C roja de Cassie's, y en ese instante me sentí completamente desbordada. Hui Frenchmen Street abajo, pasé frente a la tienda de bicicletas, el Praline Connection y el Maison, y giré con brusquedad a la izquierda en Chartres hasta llegar al hotel Spinster, maravillada de cuánto puede cambiar la vida en veinticuatro horas. El día anterior a aquella hora, Will y yo nos dirigíamos al Latrobe's vestidos con nuestras mejores galas y esperando anhelantes el futuro que se abría ante nosotros. Hoy, llevaba zapatillas deportivas y una camiseta manchada, y mientras abría la puerta y subía las escaleras que llevaban a mi apartamento del tercer piso, apenas era capaz de contener las lágrimas.

Dentro de mi pequeño piso, me quité la ropa de camino al baño, abrí el agua de la bañera, me metí y dejé que el chorro caliente cayera sobre mí. Me quedé así un buen rato, con la frente apoyada en los azulejos, incapaz de sentir mis lágrimas. Debí de escaldarme la piel, porque al salir y secarme me dolió. Mientras me envolvía el pelo con una toalla, el teléfono sonó en la habitación de al lado.

Tal vez fuera Will, y todo aquello no era más que un malentendido y estuviera de camino porque al ver el cartel del Cassie's solo había podido pensar en lo mucho que me

quería. O quizá fuera Jesse, para ver cómo estaba mientras una chica guapa hacía la siesta a su lado. Al ver que en la pantalla aparecía el nombre de Matilda, sentí el alivio antes incluso de oír el sonido de su voz calmada.

–Cassie, llevo todo el día pensando en ti. ¿Cómo va?

Se lo conté todo: lo que Will había dicho ayer y hoy, y lo que había decidido por el camino. Matilda dejó escapar un profundo suspiro. Se hizo un silencio más largo de lo habitual antes de que volviera a hablar:

–Esto no es una crítica a Will, Cassie, pero hay hombres que siguen sin creer que para una mujer sea tan importante satisfacer su apetito sexual como para ellos. O que no creen que la vida sexual de una mujer pueda o deba ser tan variada, compleja e interesante. Cosa que me desconcierta porque..., porque, vaya, ¿con quién se acuestan esos hombres?

Yo no estaba de humor para discursos en torno al sexismo o para debatir sobre el machismo de Will o el temido doble rasero.

–Eso ya lo sé, Matilda. Pero el caso es que tengo el corazón roto –contesté mientras me resbalaban las lágrimas por la cara–. Le quiero. Y él ya no me quiere.

Ella me dejó lloriquear un poco más.

–Yo no estaría tan segura de eso.

–Entonces ¿qué hago?

–Nada. Y espero de corazón que no pidieras perdón, porque no has hecho nada malo. Tu historia sexual es cosa tuya. Will se habría beneficiado del tiempo que pasaste en S.E.C.R.E.T. Él se lo pierde, Cassie.

–Entonces ¿no hago nada?

–Bueno, haz lo que siempre te sugiero que hagas cuando sufres: sigue con tu vida lo mejor que puedas. Y recuerda que es solo un hombre, un ser humano. No dejes que esto se interponga en tu camino; has hecho grandes progresos. Sigue a lo tuyo. Espera a ver qué pasa. Vive tu vida.

–En este momento no sé qué hacer conmigo misma.

–Al Comité le serías de gran utilidad.

Había dejado S.E.C.R.E.T. un mes antes, cuando decidí apostar por mi relación con Will. Y aunque me había alegrado de marcharme, una parte de mí echaba de menos la camaradería, la diversión que compartía con esas mujeres, por no hablar de los hombres. Pero otra parte de mí estaba enfadada con S.E.C.R.E.T.: todavía no había reconciliado mi pasado en la organización con mi presente disyuntiva.

Hice una pausa.

–¿Hay una candidata nueva?

–Todavía no –contestó–, pero ayer por la noche, en el acto benéfico, conocí a alguien intrigante.

—¿Quién?

—Aún no me he puesto en contacto con ella. Pero Jesse ha vuelto, así que estoy segura de que...

—¿Jesse ha vuelto a S.E.C.R.E.T.?

¿Por qué me ponía eso levemente enferma?

—Sí, así es.

—¿Cuándo? Creía que él también lo había dejado.

—Y así fue. Pero después de que lo nuestro se acabara estaba desorientado, y decidió volver a un sitio que le daba consuelo y distracción, y un poco de alegría. S.E.C.R.E.T. te ayudó a ti a superar la pérdida de un amor, ¿no?

—Sí.

—Y puede volver a ayudarte, si se lo permites. Además, es nuestro último proyecto. Me temo que nos hemos quedado sin dinero, y después de nuestra próxima candidata S.E.C.R.E.T. tendrá que cerrar las puertas.

Eché un vistazo a mi diminuto ático del hotel Spinster y a *Dixie*, que trataba de cazar motas de polvo con gestos perezosos.

—No tengo mucho que ofrecer —dije.

—Piénsatelo —me sugirió Matilda—. Mientras tanto, no dejes un buen trabajo debido a una mala relación. Nunca le des ese poder a ningún hombre. Hay oportunidades enterradas en este sufrimiento; solo tienes que buscarlas.

SOLANGE

Había dedicado la mañana del domingo a leer perezosamente los periódicos y beber café en la cama mientras Gus, tendido a mis pies, jugaba a videojuegos, algo que nunca le había dejado hacer en mi tele. Incluso jugamos juntos una partida de tenis en la Wii.

–Coges mal el mando –me dijo al tiempo que lo colocaba bien–. Aunque no pasa nada. Cada uno lo hace diferente.

¿Qué puedo decir? Perdimos la noción del tiempo, algo que no me suele pasar, así que cuando llegó el mediodía me encontré revisando mi armario, escogiendo zapatos y blusas, y lanzándolos sobre la cama en un gran y colorido montón. Llegaba tarde. ¡Otra vez!

La cadena de noticias había programado la sesión de fotos publicitarias para esa tarde, señalando que era la única hora que tenía disponible el nuevo y moderno fotógrafo. Me fastidiaba tener que trabajar en domingo, aunque posar para unas fotos no era ni de lejos la parte más difícil de mi trabajo. Por suerte, la sesión era en el Warehouse District, donde vivía Julius, así que el plan era dejar a Gus allí de camino. Julius se había ofrecido a llevarlo a la escuela al día siguiente, algo a lo que por lo general me mostraba reacia. Pero esta vez le había dejado. «¿Por qué no? –me dije–. Quiere hacerlo. Déjale.»

Durante las semanas posteriores a esa tarde tan sensual con el manitas, había hecho el vago más que en toda mi vida. Una y otra vez me ponía a soñar despierta, pero eran sueños que afectaban a todo mi cuerpo, no solo a mi cabeza. También me había descubierto contoneándome, caminando por los pasillos y las salas de edición del canal como si una banda sonora sexi y vibrante resonara en mi cabeza. Mis tacones repiqueteaban, mis caderas se balanceaban. Notaba cómo un nuevo sentido del ritmo arraigaba en mi cuerpo, una sensación que recordaba de mi época de cantante en la universidad.

De repente me encontraba en los ascensores, sola, cogida a la barandilla de mi espalda, cantando para mí misma, balanceándome levemente mientras rememoraba la bañera, el agua, el vapor, la copa de vino exudante, la espuma resbalando por los brazos y los muslos de Dominic, por mis brazos y muslos. Dios mío. Había sido sexo del bueno, e iba a disfrutar de más sexo, en cualquier momento, una idea que hacía que me recorriera un hormigueo solo de pensarlo. ¿La mejor parte? No tenía que currármelo. No tenía que emperifollarme y ligar; no tenía que soportar citas insoportables o poner en peligro mi reputación; y no tenía que exponerme al rechazo. Lo más importante era que no tenía que presentarle a nadie a mi hijo. Esto era solo para mí, la Formidable Solange Faraday...

–¡Mamá! Vas a llegar tarde –dijo Gus haciendo estallar la burbuja de mi sueño.

–¡Ya casi estoy, cielo! –contesté mientras cogía un puñado de blusas del armario y las lanzaba encima de la cama.

El Warehouse District era uno de mis barrios preferidos de Nueva Orleans. Siempre había pensado que después de que Gus fuera a la universidad (suponiendo que no fuera a

Loyola o Tulane), vendería la casa y me mudaría a un loft moderno, pero Julius se me adelantó. Cuatro años atrás, había reformado un espacio de setenta y cinco metros cuadrados en el cuarto piso de una antigua fábrica de cuerdas. Al principio me preocupaba que no hubiera patio ni un espacio ajardinado donde Gus pudiera jugar. Luego me preocupé por las grandes y viejas ventanas de guillotina, de las que pueden acabar cayendo encima del cuerpo de un niño curioso. Pero superé mis miedos al ver lo que Julius había construido en aquel amplio espacio abierto: una estructura para que Julius jugara, con cuerdas para trepar y colchonetas. Además, el sitio era lo bastante grande como para que Gus pudiera incluso aprender a montar en bici dentro de casa. Tras aprender a dar vueltas en el loft de su padre, Gus adquirió la suficiente confianza para ir en bicicleta por los caminos del parque. Yo le agradecía a Julius que se hubiera ocupado de la parte difícil de correr detrás de la bici a su ritmo antes de lanzarlo. Ahora mi trabajo era caminar tras él agarrándome el jersey y gritándole que tuviera cuidado.

Eché un vistazo al montón de ropa que había sobre la cama. Los tonos joya y los colores vivos quedaban mejor en cámara, así que mi armario parecía un almacén de banderas de Naciones Unidas. Tenía que elegir seis conjuntos para la incómoda foto promocional de los cuatro presentadores de la cadena: Jeff, Tad, Bill Rink, el chico del tiempo (y capullo residente), Marsha Lang y yo.

Marsha era la estrella de la cadena, y también mi mentora y amiga. Como primera presentadora de informativos afroamericana de Nueva Orleans, había ganado un premio Peabody por sus editoriales sobre el testimonio de Anita Hill en el juicio de Clarence Thomas. Ahora había superado ya con creces los sesenta y aseguraba que oía la cuenta atrás del reloj de su carrera. Pero lejos de tratarme como a una competidora, me había acogido bajo sus alas y me consideraba su sucesora.

Cada año me ponía una falda negra y zapatos de tacón también negros, de los cuales tenía nada menos que once pares entre los que escoger, con diferentes alturas y puntas: redondeadas, afiladas, cada uno con una finalidad. Los de tacón de aguja de ocho centímetros eran para cuando presentaba sentada al escritorio con la parte baja de cristal, el fin de semana; las plataformas de seis centímetros, para cuando hacía un directo delante de algún edificio oficial, y los de tacón de cuatro centímetros con la punta redonda, para correr tras los imputados del ayuntamiento de la ciudad o de la Asamblea Legislativa de Louisiana.

–¡Mamá! –volvió a gritar Gus.

–Eh, chico, ¡ya lo sé! –chillé–. ¿Por qué no vienes a ayudarme a elegir la ropa para las fotos del trabajo?

¿Por qué le preocupaba tanto que llegara tarde? Era un niño ansioso. ¿Se debía al divorcio? Según Julius, él mismo había sido así de niño, lo cual me tranquilizó un poco. Pero una de las profesoras de Gus me había dicho una vez que era «un niño demasiado serio», a lo que yo repliqué: «¿Y qué significa eso? A lo mejor es su carácter».

Sin embargo, el miedo a ser una «mala madre» siempre estaba presente, merodeando tras las bambalinas de la maternidad, un espectáculo al que todo el mundo asistía y se sentía con derecho a comentar.

Gus asomó la cabeza por la puerta de mi cuarto.

–Has dicho a las doce y ya son menos cuarto.

La última vez que Julius lo había llevado a cortarle el pelo, el barbero se lo había dejado demasiado corto. Apenas empezaba a crecerle, y no estaba muy segura de cómo quería que lo llevara. ¿Estilo afro? ¿Algo más elaborado, ahora que su pandilla se estaba volviendo más sofisticada, más en la onda de la cultura pop y sus espantosas a la par que maravillosas influencias? Dejaría que Julius lo decidiera.

–¿Qué te parece? –le pregunté sosteniendo la blusa roja con el lazo junto a la dorada de escote bajo.

–Hum, creo que la roja.

–Pero ya la llevé el año pasado.

–Entonces la dorada –dijo en un tono que reproducía la impaciencia de su padre.

–Me las llevaré todas –decidí, y metí una docena en una funda para ropa con cremallera, junto con varios pares de zapatos negros.

–La llevaré abajo –se ofreció él.

–Pesa mucho.

–No pasa nada –repuso cargándosela al hombro.

Caramba, la visión de la nuca de mi hijo de diez años aún era capaz de hacer que se me encogiera el corazón: era tan vulnerable, tan delgado y escuálido. Me la imaginé envuelta en músculos, lo bastante fuerte para sujetar no solo una bolsa de ropa sino una cabeza llena de los pensamientos y preocupaciones habituales de un joven negro de esta ciudad. Pero esas preocupaciones no eran nada comparadas con las de sus padres, pensé. Absolutamente nada.

Al detener el coche frente al loft de Julius, Gus salió disparado y gritó por encima del hombro:

–Adiós, mamá.

Antes solía cubrir su rostro oscuro con miles de besos antes de dejarlo marchar. Pero estaba empezando a reclamar su espacio, y yo tenía que dejárselo. Ya no era el monstruo de las cosquillas, y no recordaba la última vez que me había cogido de la mano sin darse cuenta mientras andábamos por la calle. Contemplar cómo mi hijo se hacía mayor podía dejarme deprimida para todo el día, así que aparté esos pensamientos de mi cabeza y me alejé con el coche.

El loft del fotógrafo estaba a tan solo dos manzanas, pero los cristales tintados de las ventanas y las puertas dobles de estilo *art déco* dejaban claro que aquel edificio se había sometido a una reforma que entraba dentro de otro nivel de pija. Era la primera vez que la cadena había decidido renunciar a su fotógrafo comercial habitual. Habían contratado a un tipo llamado Erik Bando, un retratista con varios premios en su haber y que también trabajaba para el *National Geographic*. Marsha y yo habíamos buscado fotos suyas en Google una semana antes de la sesión y las dos nos quedamos impresionadas. Ella pensó que se trataba de una señal de que la filial estaba mejorando; en ese momento íbamos terceros en las audiencias locales.

–No tengo muy claro en qué pueden ayudarnos a mantener las audiencias unas fotos más atrevidas –señalé.

–No es asunto nuestro hacernos preguntas –repuso ella–. Nuestra misión es posar y sonreír.

Una rubia con gafas de montura grande y roja me dio la bienvenida en el vestíbulo del edificio del fotógrafo y me cogió la bolsa de ropa de las manos.

–Siento llegar tarde –me disculpé.

–Oh, no te preocupes; tenéis todo el día –contestó ella al tiempo que pulsaba el botón del ascensor.

Yo la miré.

–¿De verdad? Creía que la sesión era de tres horas.

–Bueno, me refiero a que puedes... tomarte tu tiempo.

«Muy bien, pues.» Mientras subíamos se quedó callada, mirando fijamente al frente.

En el piso superior, las puertas se abrieron dando paso a un espectacular estudio, el doble de grande que el loft de Julius. Tenía por lo menos quinientos metros cuadrados de ladrillo visto y suelos de parqué. La mayoría de las paredes estaban pintadas de blanco, con pequeños tabiques que organizaban el espacio en zonas temáticas, como un laberinto: en algunas había amplios sofás de asiento bajo; en otras, grandes fondos de colores que caían desde el techo y se desenrollaban hasta el suelo. Oí trajín de actividad en una esquina intensamente iluminada, donde había extendido un fondo de croma junto a los ventanales que ocupaban toda la pared. En las paredes exteriores había fotos de paisajes sombríos y hermosos, y de las cosas terribles que la guerra hace a los lugares y las personas, una imagen fascinante tras otra, y algunas panorámicas asombrosas que sin duda habían requerido hazañas muy osadas para poder tomarlas.

La misma rubia desvió en ese momento mi atención de las fotografías hacia una silla de director vacía, junto a la cual otra maquilladora parecía pelearse con la base de maquillaje de Marsha. Yo ocupé el asiento vacío.

–Buenas tardes, cielo –me saludó sin levantar la mirada de su smartphone–. ¿Te has enterado? Por lo visto Madonna se ha decorado los dientes con grill. Y además está aprendiendo a hacer *booty pop*, que no sé qué coño es.

Marsha me enseñó una captura de pantalla del accesorio dental de oro de la cantante.

–Vaya. Bueno... ahora que lo llevan las mujeres mayores blancas, al menos sé que Gus no va a querer uno.

Ella sonrió y se puso las gafas.

–Bueno, se acabó –dijo levantándose de la silla–. ¡Nos vemos mañana!

–¿Espera! Creía que... ¿No nos van a hacer las fotos juntos? ¿Dónde están Jeff y Tad? ¿Y dónde coño está Rink?

–Han venido y se han ido. La magia del Photoshop: no tenemos que posar juntos para parecer una gran familia feliz de presentadores.

–¿Acaso no lo somos?

–Claro –contestó ella guiñándome un ojo.

–¿Has visto el trabajo de Erik en la pared del fondo? –le pregunté–. Échale un vistazo cuando salgas. Unas imágenes asombrosas.

–Lo sé. Pero ¿has visto tú a Erik? –murmuró Marsha señalando con la cabeza a un hombre con un cuerpo de complexión fuerte y metro noventa que charlaba con su rubia ayudante.

–Vaya. Eso no salió cuando buscamos en Google –susurré mientras me fijaba en su ondulado pelo castaño, casi del mismo color que su piel.

Desde la otra punta de la habitación, también se podían distinguir sus antebrazos de escalador tensándose mientras limpiaba meticulosamente un gran objetivo redondo.

–Nacido en Kenia. Padre diplomático, medio japonés, medio suizo; su madre era una especie de princesa africana. Un gran escándalo. Se crio en París –susurró Marsha al tiempo que lo miraba por encima de las gafas–. Soltero. Quedó tercero en las Olimpiadas del noventa y ocho. Biatlón. Es ese deporte en el que esquías, querida, con una puta escopeta. Competía por Suiza.

–¿Cómo te has enterado de todo eso?

–Dedicó la mayor parte del invierno pasado a documentar las escaramuzas en las fronteras del norte de Afganistán. ¿Esas fotos de la pared? Estuvieron nominadas al Pulitzer. Habla farsi. Ah, y es leo.

–Apuesto a que no se ha dado cuenta de que tú eres periodista.

–Dios, si tuviera veinte años menos. Qué digo veinte, ¡diez!

–¡Marsha! ¿Estás tratando a ese hombre como un objeto?

–Así es.

–Pero eso va en contra de todo lo que defiendes.

–Sí, totalmente en contra de todo lo que defiendo –dijo riéndose por lo bajo. Luego se volvió hacia mí–: Solange, ¿sabes lo que le sucede a tu sentido del decoro cuando cumples los sesenta?

–No, no lo sé.

–Yo tampoco, y no tengo ningún interés en saberlo. Bueno, hasta luego pues. Y prueba los canapés. Están deliciosos.

La asistente rubia me puso una copa de champán en la mano.

–Aquí tienes. Para relajarte.

–No, gracias –contesté y la dejé con cuidado sobre la mesa de maquillaje–. Ya estoy relajada.

Marsha miró el champán y luego a mí.

–Oh, me dan ganas de llorar –dijo antes de despedirse con un beso en la mejilla.

Luego giró sobre sus talones y se marchó.

–Permíteme que te presente a Erik –dijo la ayudante rubia cogiéndome del codo para guiarme por la habitación.

El resto de los ayudantes se apartó como las aguas del mar Rojo cuando entré en la órbita de Erik.

–Erik, esta es Solange Faraday. La presentadora del fin de semana.

Él daba indicaciones a un iluminador subido a lo alto de una escalera, los músculos de sus brazos tensos, su voz dominante y grave.

–A la izquierda y abajo. Quiero el foco justo... ahí... donde el croma se dobla sobre el suelo.

–Si no es un buen momento... –le dije.

–Tonterías –repuso al tiempo que se volvía para quedar frente a mí, y me miraba de arriba abajo–. Es un honor conocerte.

Por todos los santos, casi me quedé sin respiración. De cerca era como un dios africano-asiático-nórdico, y aunque yo detestaba el término «exótico», no se me ocurría otra manera de describir sus ojos almendrados con motas grises, su densa mata de pelo castaño ondulado, su sonrisa torcida y traviesa, su piel marrón, que parecía en parte genética y en parte fruto de alguna aventura en la que había desafiado a la muerte y que le había llevado demasiado cerca del sol. Su edad estaba más cercana a la mía de lo que me había parecido en un principio, cosa que me supuso un tremendo alivio, aunque no sabía por qué me importaba. ¿Cuándo había empezado a hacer eso, a comparar las edades de los hombres con la mía? ¿Al cumplir los cuarenta? ¿Al darme cuenta de que los que tenían menos de cuarenta ya no me hacían caso?

–Hola. Bueno, pues esto... ¿Dónde puedo cambiarme? –pregunté convirtiéndome en una colegiala. Al lado de este hombre casi me sentía menuda, incluso delicada.

«¡Cálmate, Solange! Tú también has hecho reportajes importantes y peligrosos.»

–Usa mi habitación.

Señaló una puerta que quedaba a la altura de un amplio tabique blanco.

–¿Vives aquí? –pregunté sorprendida.

–Duermo aquí –me corrigió.

Volvió a sonreír dejando al descubierto un incisivo un poco roto, la clase de defecto involuntario que siempre me ha resultado increíblemente atractivo. Noté cómo el calor me subía a la cara.

Su dormitorio era grande y espacioso, con ventanas de acero tipo fábrica que iban del suelo al techo y con un marco pulido blanco. Las paredes también eran blancas, y la cómoda de roble teñido de blanco con acabado mate. El colchón extragrande descansaba sobre una plataforma de roble y estaba cubierto con una colcha y cojines blancos. Era la clase de habitación donde se practicaba mucho el sexo, una habitación donde no se permitiría la entrada a los niños.

Mi bolsa para la ropa estaba colgada en un burro en el centro de la estancia. Decidí ponerme la blusa dorada, que no solía llevar al trabajo porque se abría un poco, pero ese día me sentía... no sé, con ganas de llamar la atención. De que me miraran, de que me mirara él.

Al entrar de nuevo en la zona de trabajo todo estaba en silencio; no había iluminador ni ayudantes de cámara, tan solo la asistente rubia colocando ordenadamente brochas de maquillaje frente a un espejo iluminado.

Me senté y crucé las piernas.

–Vamos a centrarnos en tus ojos, creo –dijo mirándome a través del espejo–. Para que destaquen. Aunque no hace falta mucho; brillas por ti misma.

Hablaba de mí, no conmigo, y aun así me sonrojé.

–¿Va bien esta blusa? –pregunté sintiéndome de pronto nerviosa y cohibida, como si el escote de la blusa fuera demasiado pronunciado o quizá no lo bastante recatado.

–Es preciosa –contestó ella mientras rebuscaba entre las brochas.

No daba la sensación de tener muy controladas las herramientas de su profesión, por no hablar de los colores. No tardé en empezar a tener un aspecto chillón. Cuando la vi apretar el tubo del rímel de una manera inquietante, me vi obligada a pararla.

–Mira, sé que para las fotos hace falta un poco más de maquillaje del habitual, pero no estoy segura de que este pintalabios me quede bien.

Su cara se desencajó. No cabía duda de que estaba nerviosa.

–Normalmente me maquillo sola para salir en la tele –continuó–. ¿Te importa si lo hago?

–¡Sí! Quiero decir que no, por supuesto que no me importa. Solo queremos que te sientas cómoda y atractiva. –Soltó aire claramente aliviada.

–Yo solo... quiero parecerme a mí misma.

–Claro, por supuesto –dijo retrocediendo mientras yo me quitaba parte de su entusiasta maquillaje y me lo volvía a aplicar con mi toque, mucho más discreto.

¿Por qué contrataría alguien como Erik a una maquilladora tan incompetente? Lo que también resultaba extraño era lo silencioso que estaba todo de repente. Me bajé de la silla de director y me puse a dar vueltas buscando a Erik o a quien fuera. Lo encontré midiendo la luz frente a un gran croma, sobre el que se proyectaba la imagen de la sala de redacción y un paisaje de la ciudad.

–Aquí estás –dije–. ¿Qué tal si empezamos?

Erik me colocó con mano experta donde aparecería en el anuncio, el codo apoyado en una peana, un sustituto perfecto de Bill Rink. No se mostró tímido: me puso las manos en los hombros, me movió de un lado a otro. Y yo estaba... disfrutándolo. Lo encontraba casi... relajante.

–Muy bien, así. Con gesto de autoridad. Sí, perfecto –murmuró mirando el visor y disparando–. Ahora con los brazos cruzados, así. Con el hombro hacia mí. Me gusta. Muy

bonito. Elegante. Bien.

Yo posaba para la cámara como si lo hubiera hecho un millón de veces, pero también posaba un poco para Erik. Estaba sacando mi lado más sexi y atrevido.

–Precioso, Solange. Vamos a probar con otra ropa.

–Venga.

Volví dando saltitos (¡saltitos!) al dormitorio, me puse mi reluciente blusa roja y regresé para colocarme frente al croma verde. Todo aquello resultaba tan femenino, embriagador, como si fuera una modelo. La verdad era que me lo estaba pasando bien.

Volví al taburete mientras Erik se concentraba en colocar un foco en su lugar exacto. Luego se quedó de pie frente a mí, terriblemente cerca, para mover un mechón de mi pelo... para dejarlo... en su lugar exacto. Mientras hacía fotos, observándome a través del visor, me sentía bien. Pero ahora, con él ahí de pie mirándome del modo en que un hombre mira a una mujer, con la cadera ladeada, sujetando con una mano su enorme cámara como si no pesara nada, y rascándose la nuca con la otra, me entró flojera sentada en el taburete.

–Se te da bien estar frente a la cámara, como si lo hubieras hecho toda la vida. Vaya, tu trabajo lo deja claro. Pero también resulta increíblemente sencillo fotografiarte. Te saque desde donde te saque, estás preciosa.

Clic, clic, clic.

–Vaya, gracias. Supongo –contesté.

¿Acaso se estaba pasando de la raya? Daba esa impresión, y sin embargo me sentía halagada.

–No era mi intención ofenderte.

–¿Ofenderme? No, no estoy ofendida –repuse–. Creo... que a veces me pongo en guardia cuando me dedican esa clase de cumplidos.

–¿Por qué?

Clic, clic, clic. Se movía adelante y atrás frente a mí con la cámara, atravesando mi línea de visión como un péndulo.

–No lo sé. Supongo que pretendo que me tomen en serio.

Él tomó algunas fotos más, esta vez desde más cerca.

–¿No crees que una mujer puede ser sexi y que al mismo tiempo se la tomen en serio?

–Por supuesto –contesté.

Pero ¿lo creía de verdad?

Él sonreía mientras miraba el visor.

–Resulta más fácil hacer esto sin todos mis colegas por aquí –admití.

–Cuando están solas, las personas tienden a cohibirse menos. Son más ellas mismas. Por eso prefiero hacer las fotos de grupo de esta forma. Luego utilizo el Photoshop para

ponerlos a todos juntos. Vamos, quiero sacar algunas más antes de que se ponga el sol – añadió mirando por encima de la cámara mientras un mechón de pelo ondulado le caía sobre uno de sus ojos grises.

Me di cuenta de que las sombras se alargaban sobre el parque. El día se estaba acabando. También me percaté de que la ayudante rubia ya no estaba allí y que desde unos altavoces ocultos sonaba música de jazz. «¿Estamos solos?» Me llevé la mano a la barriga, sintiéndome un poco mareada, tal vez hambrienta. ¿Dónde estaba la mesa de los canapés? ¿No había comentado Marsha que había comida?

–Solange, me gustaría verte vestida con algo que no fuera tu ropa de trabajo.

«¿Qué?»

–Ah. Bueno, no he traído nada más, pero...

–Algo que deje al descubierto tu verdadero yo. Lejos del trabajo.

Me miró con intensidad, como si fuera un desafío.

–Ya te he dicho que no he traído ropa de calle. ¿Para qué iba a hacerlo?

La situación se estaba volviendo extraña.

–Tengo algunas cosas que podrías probarte. Están colgadas en mi cuarto. Mira a ver si algo te llama la atención.

«¿Qué demonios?»

–Si aceptas el paso, por supuesto –añadió en un tono aparentemente indiferente.

En ese preciso instante tomó una fotografía de mi rostro, que sin duda revelaba el asombro que me embargaba. La habitación estaba en silencio salvo por los crujidos y golpes de los lofts colindantes. Ah, y por mi corazón, que me martilleaba en el pecho.

–¿Eres uno de los hombres de...?

Él asintió con expresión serena. Me miró con aire pensativo tras bajar la cámara y dejarla junto a su muslo.

–¿No sueles acostarte con supermodelos?

–Te puedo asegurar que nunca desvelo con quién me acuesto. ¿Entonces?

–Entonces.

–Entonces... ¿aceptas el paso, Solange?

Al sonreír, se dibujaron algunas arrugas alrededor de sus ojos y su boca. Me escurrí para bajar del taburete. Sentía las piernas como si fueran líquidas.

–¿Puedes recordarme qué paso es?

–Coraje –contestó él al tiempo que se llevaba la mano libre al estómago, por debajo de la camiseta. ¿Era posible que él también estuviera nervioso?

–Sin duda, me iría muy bien un poco de valor en este momento.

–Esta es una forma de conseguirlo.

–Perfecto pues. ¿Por qué no voy me pongo algo más cómodo? –dije todo seguido mientras me dirigía a su habitación.

Cerré la puerta a mi espalda y respiré hondo. Todo estaba pasando muy deprisa. La primera fantasía había tenido lugar en el jardín de mi casa, y eso estaba bien. En este caso estaba muy cerca del trabajo y eso me ponía un poco nerviosa. Examiné la estancia. Había algo distinto: el burro en el que estaban colgadas mis prendas de trabajo había desaparecido, sustituido por una serie de cosas chics, finas y con transparencias, adornadas con plumas, mucho encaje y lazos. Al examinarlas de cerca quedó claro que en su mayoría eran sujetadores y bragas negros y color crudo, con toques de rojo y blanco aquí y allí. Todo era lencería: prendas elegantes, caras; bodis, chales transparentes, un camisón largo negro transparente y, en el suelo pintado de blanco, un par de preciosas zapatillas negras con plumas. Encima de la cama había un albornoz blanco. Sobre la cómoda, otra bendita copa de champán frío, que me bebí (algo impropio de mí) casi de un solo trago.

¿Qué estaba a punto de hacer? Estaba a un tris de acostarme con un fotógrafo de guerra sensual del demonio, pero no antes de que él sacara algunas fotos sensuales. De mí. Vestida con esa ropa sensual.

Cogí el camisón transparente y lo sostuve contra la ventana. Joder, yo jamás me habría comprado algo así. ¿Cuándo iba a ponérmelo? Pensé en Julius, en cuando estábamos casados. Si hubiera aparecido en la habitación vestida con algo así, él se habría reído. No con maldad, sino de una forma que diría: «Cariño, no hace falta que me hagas ningún numerito». Me imaginé hasta qué punto me hubiera sentido herida. ¿Por qué reírse en un momento así, cuando lo único que intentaba era estar sexi para él, tal y como sugirió en su momento el caro terapeuta de pareja al que acudimos?

Y así sin más, me puse a discutir mentalmente con mi exmarido y experimenté esa vieja y conocida rabia, la que me hacía meterme hecha una furia en el baño dando un portazo y gritarle: «¡Olvídalo!», a lo que Julius contestaba: «Solange, vaaaaamos. ¡Solo bromeaba! ¡Estás muy guapa!».

«Que te den, Julius.»

Abandoné mi pelea mental. «Maldita sea, esto no es para Julius y, para ser sincera, ni siquiera es para Erik. ¡Esto es para mí!»

Me desprendí de la ropa de trabajo, elegí el salto de cama negro, largo y con transparencias, y tras ponérmelo con cuidado por la cabeza, me quedé sorprendida por lo apretado que era. La gasa caía sobre mis piernas, la cintura de corte imperio me ceñía con firmeza los pechos. Apenas era capaz de mirarme en el espejo, pero me obligué a evaluarme.

«Vaya. Vale.»

No solo se me veía sexi: yo misma me sentía así.

«¡Puedo hacerlo!»

Al acercarme al espejo cambié de opinión. ¡Podía ver mis pezones apretados a través de la tela! Me cubrí instintivamente.

«De hecho, no puedo hacerlo. No puedo salir del cuarto así.»

Eché un vistazo al colgador, al resto de las prendas preciosas y sexis. Pensé en Erik, en sus brazos, en mis dedos en su pelo. Volví a mirarme en el espejo. Después de tantos años de soltería, de ser madre, madre trabajadora, y madre muy trabajadora, había perdido la capacidad de jugar, simplemente jugar.

Alguien llamó con suavidad a la puerta.

—¿Solange? ¿Va todo bien?

El champán me estaba calentando la piel.

—Enseguida salgo.

Deslicé los pies en las zapatillas con tacón y conté hasta cinco. «Mírate con este salto de cama negro. ¿De verdad vas a seguir adelante con esto?» En el último minuto, cogí el albornoz y me lo eché por encima para taparme.

Pasito a pasito.

«Sal. ¡Sal y ya está!» Procurando no caerme subida a los tacones, me dirigí a la puerta y la abrí. La luz del ocaso se colaba por las ventanas.

—Estoy aquí, Solange.

Seguí el sonido de su voz mientras los talones repiqueteaban y resonaban sobre los suelos de madera. Me asomé por el tabique y encontré a Erik inclinado sobre una cámara con aspecto de ser muy compleja montada sobre un trípode, distinta de la pequeña que había usado para las fotos anteriores. El fondo también era diferente, en este caso azul oscuro, con enormes cojines de colores y colchas esparcidos sobre un sofá casi a ras de suelo.

—Hola —dijo levantando la mirada con expresión tierna.

—Hola —dije yo apenas capaz de esbozar una sonrisa.

—Ponte cómoda.

Agarrándome el albornoz, me acerqué a los cojines y me hice un hueco en el sofá, donde me senté con el mismo estilo que una gallina acomodándose en su nido. Definitivamente, nada sexi.

Seguía con el albornoz puesto cuando Erik empezó a hacer fotos.

Volvió a mirar por encima de la cámara.

—¿Qué te preocupa?

—Nada —contesté mirando las sombras oscuras que me rodeaban, y sintiéndome horriblemente cohibida. El azul del cielo era crepuscular—. Es mi segunda fantasía.

—¿Y qué me dices de esta situación? ¿Qué era lo que habías fantaseado?

Recordé el día en que había rellenado el formulario de la carpeta sentada a la mesa de mi cocina. ¿Qué había escrito sobre el «Coraje»? No había especificado nada acerca de acostarme con un atractivo fotógrafo, pero sí había escrito algo sobre «verme a mí misma»

como una mujer deseable.

–Se trataba de que... me miraran, me vieran, me hicieran sentir hermosa –contesté.

–¿Por qué te cuesta tanto?

–No lo sé. En mi trabajo, eso puede distraer tanto como atraer. Cuanto más guapa eres, menos en serio te toman, por lo visto.

–Pues sin duda yo te estoy tomando muy serio en este momento –dijo mientras me miraba fijamente por encima de la cámara. Clic. Clic.

–¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué haces esto?

–¿Por qué quieres saberlo? –replicó riéndose a medias.

–No creo que te cueste mucho conocer a chicas.

«Allá voy. La periodista que hay en mí a punto de cargarse toda la química.»

–No es ningún problema conocer a chicas. Las hay por todas partes. –Clic–. Por otra parte, en realidad no conozco a muchas mujeres –continuó y añadió–: Te propongo algo: en lugar de contarte por qué hago esto, déjame que te lo muestre.

La propuesta hizo que me diera vueltas la cabeza.

–Empezando con ese albornoz. Vamos a aflojarlo, Solange. Y luego quiero que me ignores y que te relajes en el sofá.

Tal vez fuera por la firmeza con la que hablaba, o porque la luz agonizante destacaba lo mejor de mí, y el sofá era muy cómodo, pero el hecho es que me descubrí desabrochando el albornoz y lanzándolo a un lado. Luego me apoyé de costado, sobre un codo, y la mano sobre el vientre, que todavía tenía revuelto.

Al principio no sabía dónde mirar, cómo comportarme. Y entonces... comencé a relajarme. Cerré los ojos y me tendí sobre los cojines. Tras estirarme y holgazanear durante unos minutos, Erik se interrumpió y se dejó caer a mi lado en el sofá, sujetando la cámara. Olía maravillosamente bien, a almizcle y cítrico. Su cálido brazo rozó el mío mientras colocaba el visor frente a mí y preparaba las imágenes.

–Quiero que te veas.

Y ahí estaba yo, o alguien que se parecía a mí, bañada en una luz preciosa; mi piel parecía brillar y sombras aterciopeladas abrazaban mis curvas. Entonces vi mis pezones oscuros ceñidos por la tela transparente y cubrí el visor con la mano, con el corazón desbocado.

–Vaya –dije–. Supongo que eres consciente de que, debido a mi trabajo, tendrás que destruirlas.

Él sonrió.

–Quería que vieras lo que veo yo cuando te miro. Vamos a hacer unas cuantas más –añadió levantándose.

Ahí estaba ese tirón tan familiar, ese pinchazo tras el ombligo. Me estaba excitando. Tener el valor de mostrarle esa parte de mí a alguien me excitaba.

–¿Te sientes un poco más atrevida?

Asentí.

–¿Quieres ponerte otra cosa? ¿O quitarte algo?

¡Menuda elección!

–Creo que... echaré otro vistazo al colgador –contesté no muy segura de si lo que quería era posponer la situación o alargarla. ¿Qué importaba? Iba a hacerlo.

Prácticamente troté hasta la habitación y fui pasando las prendas del colgador, sintiéndome un poco más audaz. Elegí un sujetador de encaje rosa pastel con ribetes grises y unas braguitas a conjunto. El sujetador me ceñía el pecho de una manera que por lo general nunca lucía. Cubrí el conjunto con un chal vaporoso gris a juego, y decidí que iría descalza. Por esa razón no me oyó acercarme al tabique divisorio, detrás del cual se dedicaba a toquetear los filtros y añadir gasas sobre la caja de luz.

Levantó la mirada. Dejé caer los brazos a los lados para que el chal se abriera y pudiera apreciarme bien.

«Coraje.»

–Guapísima –susurró, y con un gesto de la cabeza me indicó que me acomodara de nuevo en el sofá.

No apartó la mirada de mí mientras me instalaba entre los cojines. Al acercarse al sofá, me di la vuelta para quedar de espaldas y acoplé mi mirada a la suya. Él se quedó de pie sobre mí, accionando la cámara.

–Ábrete el chal –me pidió con voz gutural, urgente–. Bien. Ahora pásate las manos por el cuerpo.

Cerré los ojos y dejé que mis manos me recorrieran los pechos y los costados.

–Así... sí.

Mis manos se deslizaron por mi vientre y se detuvieron en las bragas. Abrí los ojos y nuestras miradas volvieron a cruzarse. Estaba arrodillado frente a mí. Alargó la mano que le quedaba libre, la cerró sobre mis dedos y los apretó por debajo de la cinta elástica, alentándome a que me tocara. Yo deslicé los dedos hacia abajo y me quedé asombrada de lo mojada que estaba.

–Dime cómo te sientes –me pidió casi a horcajadas sobre mí sin dejar de fotografiarme.

Me estiré hacia atrás, avergonzada, y hundí la cara en un cojín que había a mi lado mientras mis dedos no dejaban de moverse dentro de las bragas de seda.

–Estoy... mojada –murmuré al fin–. Mucho.

–¿Sí? Enséñamelo –me pidió con los ojos fijos en mi mano.

Yo vacilé.

–Esas fotos. Nunca las... –le advertí.

–Son tuyas. No te preocupes. Cuando hayamos acabado, te daré los fotogramas. Te lo prometo. Recuerda: coraje, cariño.

Me quité las bragas y las lancé al suelo con un pie. Con las rodillas juntas, introduje las manos entre los muslos y volví de nuevo la cabeza. Sencillamente, no podía creer que estuviera haciendo aquello. ¡Marsha se habría quedado de piedra! ¡Por no hablar de Julius!

Erik se situó a los pies del sofá. Mientras yo separaba las piernas, él empezó a pulsar el botón de la cámara, paralizado. Mis manos volvieron a desplazarse hacia arriba, y me desprendí del chal gris. Luego arqueé la espalda, me desabroché el sujetador, y lo lancé por encima de mi hombro. Mis manos ocuparon el lugar del sujetador y me descubrí apretándome los pechos y retorciéndome, y excitándome de manera sorprendente con su reacción.

–Eso es, Solange. Eso es –murmuró acercándose un poco más.

Me senté, envalentonada.

–¿Y tú, Erik?

Él se detuvo y volvió a dejar la cámara en el trípode a nuestro lado, ajustando el objetivo de modo que nos enfocara, y pulsó un botón.

–Vamos a grabar esto en vídeo, ¿de acuerdo?

Respiré hondo. ¿Era capaz de hacerlo? Sí. Era capaz. Asentí y él apartó las manos de la cámara y se sacó la camiseta, dejando al descubierto un torso suave y cincelado.

–Quítatelo todo –le dije con *mi* voz, con palabras que salían de *mi* boca. Sin duda me estaba armando de coraje.

Él me dedicó una sonrisa irónica mientras se desabrochaba los tejanos, y se detuvo un instante para sacar un condón del bolsillo delantero y dejarlo a mi lado. Para ser un hombre tan corpulento, su cuerpo era esbelto, compacto, suave. Tenía unas cuantas cicatrices, una muy vistosa en un pectoral, debajo de las costillas. Se dio cuenta de que yo la miraba.

–Antes hacía esgrima –dijo.

Arqueé una ceja.

–Se me daba de pena –añadió.

Me reí. Desnudo, empezó a recorrer lentamente mi cuerpo. Ahora estaba a gatas sobre mí, con el pelo cayéndole hacia delante; apreté el cuerpo contra el cojín de debajo, encogiéndome, con los nervios en llamas. «¿Seré capaz de seguir adelante?»

–Tócame la cicatriz –suspiró al tiempo que me cogía una mano y la acercaba a su cálido estómago, que se elevaba y descendía con su respiración acelerada.

Mis dedos resiguieron la fina línea de suave vello y los bordes dentados de la cicatriz en la carne, para luego seguir hasta su erección, rígida e insistente.

–Oh, sí –murmuro él cerrando los ojos.

Lo cogí entre mis manos. La mueca que hizo, dejando caer el labio inferior, fue lo

que más me excitó. Él se puso de pie y tiró de mis tobillos hacia abajo, separando mis piernas y colocando sus rodillas en medio. Me besó al tiempo que su cuerpo se ondulaba sobre el mío y mis manos abrazaban su erección, acariciándolo con más urgencia. Él se metió mis pechos en la boca caliente y húmeda y los devoró: aquel hombre tenía hambre de mí. Cuando miró mi cuerpo a través del pelo despeinado, supe adónde se dirigía y lo que quería hacerme.

Me sujetó por la cintura con ambas manos y alargó el momento antes de deslizarlas hasta mis nalgas y levantarlas levemente, con gesto reverente, y con sus dedos progresivamente firmes me abrió para comenzar su festín. Su lengua encontró mi raja y sus labios succionaron los míos y me lamieron. Fue asombroso e increíble. ¿Qué tienen los desconocidos que te permiten abandonar todas tus reglas y moral? Aunque tal vez fuera ese desconocido en particular, todo apetito y deseo.

Gemí con la cara vuelta hacia un lado y hundida en los cojines. El calor irradiaba por todo mi cuerpo, haciéndome cosquillear la piel debido al deseo. Miré por encima de mis pechos mientras él se interrumpía y se volvía con una mano tendida para coger el condón, la otra todavía debajo de mí, y luego se lo llevó a la boca, lo abrió y se lo puso. Yo cerré los ojos con fuerza y noté el calor de su polla erecta empujando en mi interior, centímetro a centímetro, hasta el fondo, al tiempo que sus manos agarraban mis caderas ahora con fuerza y él empezaba su lento y maravilloso asalto. No vi nada aparte del fondo negro de mis párpados cerrados, pero lo sentí todo... «Así que esto es lo que se siente cuando un hombre guapo te folla bien y fuerte.»

Y este es el aspecto que tiene...

En la seguridad de mi dormitorio, con un cuenco de palomitas al lado y el volumen del ordenador bajo, repasé con rapidez las fotos que me había hecho Erik, primero aquellas en las que posaba con lencería; algunas me gustaron, otras me dieron vergüenza y me obligaron a cerrar la pantalla. Luego llegué a los desnudos, en los que aparecía con las piernas abiertas, todo mi cuerpo anhelante, mirada hambrienta. «Oh, Dios mío, ¡mírame!» Hundí la cabeza en la almohada y solté un grito de turbación dichosa.

Y luego puse el vídeo y adelanté hasta la parte donde Erik me abría los muslos de par en par y se quedaba un momento justo encima de mí para mirarme bien, sus músculos negros tensos, el primer plano cuando se hundió para lamer y chupar mi clítoris, mis dedos en su pelo, mis ojos cerrados. «Dios mío, menuda expresión tengo.» Puro éxtasis sexual. Ahí estaba: la razón por la que a los hombres les gustaba mirar. La verdad era que mi aspecto resultaba delicioso. Su cabeza entre mis muslos, ah, y cuando me dio la vuelta para que me apoyara en las rodillas (un ángulo que no me sentaba nada mal, todo hay que decirlo), la forma en que me follaba con furia, y cómo yo me arqueaba y me ponía rígida antes de correrme. Contemplé todo esto por encima del borde de la sábana, mi rostro iluminado por la luz azul de la pantalla, los ojos como platos.

¡Había grabado un vídeo sexual! ¡Un puto vídeo sexual! Luego venía la parte en que Erik me embestía, cada vez más rápido y con más fuerza, sin piedad, con su grueso pene entrando y saliendo mientras hundía los dedos en mis caderas. Mientras veía el vídeo supe cuándo me había corrido, y ahora volví a correrme, con mis dedos, recordando sus movimientos al verme contemplada por él, sus ojos en mi espalda, mientras entraba en mí

una y otra vez y repetía mi nombre: «Solange», y añadía: «Sí, oh, sí, oh, Dios, cariño, me voy a correr, me voy a correr ya»... y se corría. Y lo mismo hice yo, otra vez, dejándome caer sobre las almohadas de la cama de mi casa, con los ojos de nuevo en blanco de puro gozo. Congelé la imagen de Erik derrumbado sobre mi espalda, con el brazo alrededor de mi cintura, porque ahí estaba la prueba de mi coraje para hacer algo que nunca me habría creído capaz de hacer.

Y en realidad, todo resultaba hermoso.

Por la mañana, antes de ir al trabajo, miré el vídeo una vez más, mientras el lavavajillas zumbaba y el café se hacía. Luego rompí el encantador lápiz de memoria en miles de trozos en el jardín trasero y enterré los pedazos debajo de un pino viejo.

CASSIE

Cuando Matilda finalmente me llamó y me explicó su dilema, no pude negarme.

—Cassie, no te lo pediría si no fuera una emergencia —dijo—. Necesitamos a alguien que no estuviera en la iniciación.

Me contó que Bernice estaba organizado una fantasía muy elaborada que incluía una sesión de fotos para la nueva participante de S.E.C.R.E.T., pero que se había puesto enferma. Necesitaban desesperadamente a una voluntaria que acudiera a la sesión, alguien a quien la nueva candidata no conociera y no pudiera reconocer. Y así, de golpe, regresé a S.E.C.R.E.T., esta vez no como guía sino como facilitadora de fantasías. Aún no tenía disponibilidad para ser miembro a tiempo completo del Comité. Tal vez cuando el restaurante hubiera abierto y estuviera más rodado, y dispusiera de más tiempo. Pero era lo mínimo que podía hacer después de todo lo que S.E.C.R.E.T. había hecho por mí.

Mis instrucciones para mi primera fantasía fueron que acudiera al Warehouse District el domingo siguiente. Matilda sugirió que llevara una peluca rubia y una buena capa de maquillaje para asegurarme de que no me reconocieran. Mi tarea: actuar como si fuera la ayudante del fotógrafo. Estaba emocionada, entusiasmada por la distracción, aunque tengo que admitir que cuando Matilda me contó que la nueva participante de S.E.C.R.E.T. era la Solange Faraday de Action News Nightly, me quedé patidifusa. Era alguien de quien jamás pensarías que necesitara una organización como S.E.C.R.E.T., pero tuve que recordarme que era una mujer como el resto de nosotras: como yo, como Dauphine, como Kit y Angela habíamos sido también en su momento, una mujer que necesitaba un pequeño empujón sexual.

No cabía duda de que aquella fantasía era un proyecto elaborado. Primero, S.E.C.R.E.T. tuvo que convencer a la cadena de televisión de que contratara a un nuevo fotógrafo llamado Erik Bando para que tomara las fotos de sus anuncios, sin que descubrieran la estratagema. Angela lo había reclutado y entrenado. Erik no le cobraba nada a la cadena, S.E.C.R.E.T. cubría los costes de Erik y al final las fotos para el anuncio fueron espléndidas. Y Matilda tenía razón: colaborar en la fantasía de Solange fue toda una aventura y (casi) me quitó a Will de la cabeza. Solo había un problema: ¡tenía que maquillarla! ¡Lo había hecho fatal! Gracias a Dios, Solange me relevó en la tarea.

De hecho, me había impresionado muchísimo. Interpretar el papel de una rubia mandona, transformarme en otra persona, alguien más atrevido, atractivo y seguro de lo que yo era no solo resultaba emocionante: también inspiró una idea, una idea que necesitaba desesperadamente compartir con Will antes de la noche de inauguración del Cassie's.

Habíamos decidido abrir en Nochevieja. Y las semanas anteriores estaban siendo un barullo de planificación de menús, probar platos, comprar equipo, y contratar y formar a personal nuevo para la sala y la cocina. De alguna forma, en medio de todo aquello Will y yo habíamos conseguido evitarnos la mayor parte del tiempo y nos comunicábamos únicamente a través de mensajes. Muchas de las tareas las hacíamos por separado: Will

compró las vaporeras y las freidoras, y yo entrevisté a los cocineros, contraté a los ayudantes de cocina y al camarero de la barra. Will negoció los descuentos en el aparcamiento del solar que había un poco más arriba, y yo preparé lotes y lotes de helado casero de praliné, probando una receta única, hasta que gracias a Dios Dell acudió en mi ayuda. Mientras tanto, cubrí algunos turnos en el café para formar a Maureen, y Claire me sustituía cuando hacía falta.

Estaba tan ocupada que me olvidé de hacer planes para Navidad. Me habría encantado pasarla con *Dixie*, lejos de las recetas y las listas de ingredientes que cubrían la mesa de mi cocina. Pero Matilda me convenció para pasarla con Jesse y ella, que tampoco tenía planes porque su hijo estaría con su ex.

Fue un encuentro entrañable, aunque un poco incómodo. Nos reunimos en la cocina-comedor de la Mansión. Matilda pensó que sería divertido utilizar la casa para algo no relacionado con el sexo. Al fin y al cabo, el lugar era impresionante, y los electrodomésticos de la cocina eran de gama alta. Abrió la puerta lateral con tejanos, zapatillas y una sudadera, con un aspecto radiante y sorprendentemente joven sin maquillaje, el pelo rojizo suelto sobre los hombros. Yo me había arreglado con un top brillante y tacones altos.

–Cassie, estás guapísima –me dijo cogiendo mi abrigo.

–De repente me siento como un árbol de Navidad.

–Debería haberte dicho que podías venir en pijama.

Le tendí una botella de champán ni muy caro ni muy barato, y me maravillé por los aromas procedentes de la cocina.

–Claudette ha preparado un pavo estupendo –dijo Matilda.

Claudette era la asistente interna de la Mansión. No solo era discreta, sino también una cocinera excelente. Mientras seguía a Matilda a la cocina, aprecié los enormes electrodomésticos que hacían horas extras y la mesa de pino, puesta con tres servicios, una cesta de pan, una sopera y un gran cuenco de ensalada.

–La última vez que estuve en esta habitación... –empecé a decir, pero no pude acabar la frase porque en ese momento Jesse salía del baño, donde había tenido lugar mi cuarta fantasía, en la que había intervenido el famoso cantante de hip hop y en la que había practicado sexo oral mientras una gran olla de quingombó hervía en el fuego.

Jesse se secó la mano en la sudadera.

–¿Qué pasó la última vez que estuviste aquí? –preguntó, y me besó en la sien—. Bah, no me lo cuentes. Prefiero imaginármelo. Espero que hayas venido con apetito.

Habían pasado más de dos meses desde lo del Latrobe's, y no había visto mucho a Jesse. Nos habíamos mandado algún que otro mensaje y habíamos planeado vagamente ir al cine, pero sin concretar nada. Ambos estábamos ridículamente ocupados, pero en realidad lo que pasaba era que yo no quería saber demasiado de lo que hacía en S.E.C.R.E.T. El problema era que, aunque colaborar en la fantasía de Solange había apartado mis pensamientos de Will, los había dirigido de nuevo hacia... el sexo.

Ahora, con Jesse a mi izquierda, guapo de morirse con su camisa de cuadros roja, las mangas arremangadas para dejar a la vista sus tatuajes, el pelo engominado hacia atrás, la cara recién afeitada, resultaba difícil no mirarlo a hurtadillas. Me revolví en mi asiento mientras observaba cómo los músculos de su mandíbula se tensaban al masticar un palito de pan. Dios, qué sexi era. Me había olvidado de lo mucho que me gustaba mirarlo comer. Trabajaba con comida, así que sentía pasión por ella, y si algo era, era un hombre de grandes apetitos.

Tras la cena, se inclinó hacia delante y le sirvió más vino a Matilda y luego a mí, antes de rellenar su propia copa.

—Por los marginados de la Navidad —brindó Matilda levantando la copa—. Para que siempre encontremos consuelo en nuestra mutua compañía.

—Y por los examantes. Para que estén siempre en nuestros corazones —dijo Jesse—, aunque no estén en nuestra cama.

Noté que me ponía roja.

—Jesse Turnbull, estás bebido —lo regañó Matilda—. En la mesa no se habla así. Pide perdón a Cassie de inmediato.

—¿A quién? —repuso él con una sonrisa cansada en la cara. Sin esperar la respuesta, se volvió hacia mí y me puso la mano en el antebrazo—. Cassie, perdóname, estoy un poco borracho y lo que he dicho ha sido una grosería. No pretendía ofenderte.

—Voy a preparar café para todos —decidió Matilda levantándose de la mesa.

Me volví hacia Jesse, quien de repente parecía inquieto.

—¿Estás bien? —susurré.

No podía ser que siguiera disgustado por nuestra ruptura, si es que podía llamarse así, ¿no?

—Perfecto, pero creo que es hora de que me largue —contestó—. Matilda, dile a Claudette que la comida estaba increíble.

Yo esperaba que ella insistiera para que se quedara, al menos para tomarse un café. Pero no dijo nada y se limitó a llamar a un taxi.

—Tengo mi furgoneta.

—Y yo tengo tus llaves —repuso ella—. Ya vendrás a recogerla mañana. Buenas noches, Jesse.

Jesse se puso en pie, se estiró, se despidió dándonos un beso a cada una en la mano y se marchó sin decir una sola palabra más.

—No sé qué es, pero hay algo que le preocupa —observé.

—Bueno, el vino y el resentimiento no son una combinación excelente —contestó ella al tiempo que dejaba la cafetera en la mesa.

—No me había dado cuenta de que aún estaba tan... enojado.

Matilda me dedicó una sonrisa cariñosa.

–Ya sabes que no me gustan los cotilleos, Cassie. Y hablar de un invitado que acaba de irse es lo peor que se puede hacer.

Yo era lo bastante lista para entenderlo. Matilda tenía razón, así que cambié de tema.

–Matilda, hay algo que quería comentarte. Sobre Will y el restaurante nuevo.

Le conté que Will había insistido en que el local se llamara Cassie's.

–Así que he tomado una decisión: quiero invertir. Quiero poner mi dinero en el negocio. Tengo lo que me dieron del seguro de Scout; está sujeto a unas cláusulas, pero no será difícil liberarlo. Tú eras una mujer de negocios. ¿Qué te parece? ¿Es una estupidez?

Matilda sopesó cuidadosamente su respuesta.

–Creía que guardabas ese dinero para la jubilación, Cassie. Es todo lo que tienes. Es difícil que un restaurante dé beneficios, aunque vaya muy bien. Puedes invertir el dinero en activos menos arriesgados.

–Lo sé, pero...

–Y ¿qué sucederá si el negocio fracasa? ¿Qué harás entonces para cubrirte las espaldas?

–No fracasará. Si invierto, me dejaré la piel para que funcione.

Ella se rio.

–Me cuesta decir esto, pero conociéndote, sé que harás que funcione. Pero por favor, hazlo por ti, no por Will. Sería tonto si no aceptara asociarse contigo.

La abracé y le di las gracias. Ahora solo me quedaba convencer a Will.

El Boxing Day,¹ mientras Claire y yo sacábamos brillo a la cubertería, mi mente estaba ocupada en preparar mi charla con Will. Me sentía cada vez más unida a Claire, que en ese momento trataba de resolver un drama romántico que vivía en su nueva escuela, uno de esos que cada generación de adolescentes parece recrear.

–No. A Olivia le gusta Ben, pero ella cree que me gusta a mí, solo porque nos acostamos... ¿qué? ¿Una vez? Bueno, dos. Pero el caso es que no me gusta. Bueno, como amigo sí. Y si a él le gusta Olivia, ¿por qué queda conmigo? Y ¿por qué debería dejar de quedar con él solo porque cabe la posibilidad de que le guste ella? Menuda tontería. Y todas las chicas están enfadadas conmigo. Si tienen que enfadarse con alguien, ¿por qué no con Ben por acostarse conmigo si la que le gusta es Olivia?

–Por lo que dices es un buen lío, cielo –fue mi única respuesta.

La veía todavía como una niña, con la clase de problemas que acaban por olvidarse. Y sinceramente, estaba distraída. Consulté el reloj de pulsera: eran casi las cuatro. Había accedido a quedar con Jesse esa tarde, después de que por la mañana se hubiera disculpado tímidamente por sus comentarios de borracho en la Mansión la noche anterior. Me preguntaba si era Matilda quien le había instado a hacerlo.

–¿Un lío? ¿Sabes lo que es un lío? Lo que os traéis entre manos el tío Will y tú –contestó sentándose de un salto en el mostrador de metal de la cocina, que me recordaba indefectiblemente a mi fantasía con Jesse–. A ver, ¿por qué ya no estáis juntos?

La única respuesta que Claire había recibido de Will era un «No es asunto tuyo, chiquilla», así que yo le di una contestación igualmente vaga:

–Hemos decidido que es mejor que sigamos siendo solamente amigos.

Me entraron ganas de añadir: «Y con suerte, también socios». Se suponía que esa noche iba a venir para el cierre, pero aún no había dado señales de vida.

–Sí, claro. Lo que tú digas –repuso Claire mascando ruidosamente su chicle.

En ese preciso instante Will entró en la cocina con una caja de fundas de plástico en las que íbamos a meter los menús del restaurante nuevo. Y aunque seguía adorando ver de nuevo su rostro, detestaba el modo en que conseguía dejarme sin respiración.

–Siento llegar tarde. Recién salidos de la imprenta –añadió, y extrajo un menú de la caja y me lo tendió.

Se lo arranqué de las manos. Todavía estaba caliente.

–Son perfectos –comenté, consciente del contacto entre nuestros dedos cuando me había pasado la carta.

Aunque tuve que esforzarme para no manifestar ninguna reacción ante ese contacto fortuito, Will parecía perplejo.

–Así que, ¿el lavavajillas nuevo sigue dejando manchas? –le preguntó a Claire alejándose de mí.

–Sí –contestó ella.

–Maldita sea. Entre eso y la instalación eléctrica nueva, estaríamos en números rojos incluso antes de abrir.

Era el momento: ahí tenía la excusa perfecta para contarle mi propuesta. «Ahora. Pregúntaselo ahora.»

–Will, me gustaría comentarte algo antes de que te vayas.

–¿Y tú qué? –le preguntó a Claire ignorándome–. ¿Has averiguado quién te dejó ese comentario tan desagradable en el Facebook?

Claire irguió los hombros.

–Ben me dijo que había sido Olivia –contestó–. Pero he hablado con ella y dice que no lo hizo.

La sangre tiñó las mejillas de Will, que blandió un dedo frente a su cara.

–Te aviso, Claire, si alguien vuelve a escribir algo así en tu muro, no podré mantenerme al margen. Tendré que hablar con sus padres.

–Claro, tío Will, porque a los adolescentes nos encanta que los adultos solucionen nuestros problemas.

Puso los ojos en blanco, bajó de la mesa de un salto y se escabulló de nuevo hacia el comedor.

–¿Qué comentario? ¿De qué va todo esto?

Will soltó aire con fuerza.

—Por lo visto, alguien, aunque no quiere decirme quién, ha insultado a Claire en su página de Facebook. Los comentarios los cuelgan desde los perfiles de sus amigas, y ellas dicen que les han hackeado el ordenador o no sé qué. No sé cómo funciona toda esta mierda. Lo único que sé es que ella está muy disgustada y que eso le está afectando en la escuela. La semana pasada se quedó dos días en casa.

—¿Qué es lo que le dicen?

—Zorra, puta, cosas así.

De repente me sentí culpable por no haber insistido en el tema cuando ella lo había sacado.

—Es espantoso.

—Lo sé. Las chicas pueden ser muy desagradables entre ellas —dijo meneando la cabeza, desconcertado.

—Ah, bueno, ya sabes, los tíos también son unos gilipollas.

¡Zas! Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera contenerme.

Un agujonazo de dolor cruzó el rostro de Will, pero cambié de tema antes de abrir de nuevo la caja de los truenos. No era el momento.

—En fin, Will, me alegro de que estés aquí. Porque... el caso es... que quería hablar de algo contigo. Tengo una propuesta que hacerte, más o menos.

—Vaale —aceptó él con los brazos cruzados, en un gesto profesional.

—Es sobre el nombre del restaurante. Me preguntaba si...

—Ya hemos hablado de eso, Cassie. No pienso cambiarlo.

—Lo sé, soy consciente. Y tú también eres consciente de que eso me genera sentimientos contradictorios.

—Lo soy, pero ya te acostumbrarás.

—Quizá. Pero el caso es que, si va a llevar mi nombre, entonces quiero... que signifique algo. Quiero invertir en el restaurante.

Parpadeó varias veces con expresión plácida.

—Ya te dije que con que lo des todo hay más que suficiente.

—Para mí no. Ya te conté que Scout me había nombrado beneficiaria de su seguro de vida. Y he gastado muy poco. El resto, unos sesenta mil dólares, quiero invertirlo en este negocio. Quiero ser... tu socia. En el negocio, me refiero.

No se tomó ni un momento para pensarlo.

—No. Ni hablar. Es tu fondo de pensiones, Cassie. Todo lo que tienes.

—No. Mi fondo de pensiones es esto. Este lugar. Y necesitas el dinero, lo sabes. Invertir hará que... no sé, que me merezca más el nombre. No digas que no. Necesito que lo aceptes. Quiero hacerlo. Si no...

–¿Si no qué?

«Si lo dices, tienes que hacerlo en serio. Ya basta de amenazas vacías.» Pero en ese momento, no me parecía una amenaza. Me parecía más necesario que nunca.

–Entonces no puedo quedarme aquí.

–No hagas eso, Cassie. No me vengas con ultimátums.

–No es un ultimátum; es un hecho. Tengo que hacerlo porque me siento fatal. Ser dueña de una parte de este restaurante hará que me sienta mejor. Arriesgarme. Y con suerte, si al final me involucro, también formar parte de su éxito.

Will se rascó la cabeza. Por su expresión, fui incapaz de deducir si estaba enfadado o satisfecho.

–La verdad es que nos iría muy bien el dinero para los gastos imprevistos, ¡como arreglar el puto lavavajillas que acabamos de instalar! Y me encantaría encargar publicidad escrita y anuncios en la radio...

–Entonces no hay más que hablar –dije sin esperar un sí definitivo o una negativa firme. Me bastaba con que a Will le pareciera que la inauguración le resultaría más sencilla, y además a esas alturas yo ya llegaba tarde–. Te extenderé un cheque certificado y más adelante ya nos ocuparemos del papeleo. Y, por cierto, mañana tengo la cata de vinos. Tenemos que elegir el tinto y el blanco de la casa. Sé que te gustan esos añejos de Texas Hill Country, pero no son baratos.

–Vale –contestó él; se le veía aturdido.

–Y te dejaré arriba los papeles del seguro para que los firmes.

–De acuerdo, vale. ¿Te vas?

–Sí.

Cogí mi abrigo del colgador de la cocina. «Vete. Vete ya antes de que cambie de opinión.» Pero no dijo nada.

–Perfecto. Que vaya muy bien –le dije y salí disparada de la cocina.

Me despedí con un gesto de Claire, que apenas levantó la vista de su móvil para mirarme; sin duda su reciente drama se estaba transformando en algo nuevo. Me dirigí a la furgoneta que estaba parada a media manzana del Café Rose. Will y yo no seríamos compañeros de vida, pero sí de negocios, una relación que esperaba encontrar igual de satisfactoria algún día. El sexo tendría que buscarlo en otra parte.

Al abrir la puerta de la furgoneta, Jesse se sobresaltó.

–¿Qué tal? –dijo lanzando a un lado su periódico–. Llegas tarde.

–Lo siento. Estaba en... una reunión.

Llevaba gafas de espejo y le colgaba un palillo de los labios. Parecía un anuncio de su furgoneta. Me senté en el asiento del acompañante, le quité las gafas y me las puse. La adrenalina me embargaba.

–¿Cuál es el plan?

No estoy segura de lo que proclamaba mi sonrisa, pero los dos nos dimos cuenta de inmediato de que no íbamos a ir a tomar un café, a cenar ni al cine. No íbamos a charlar. No nos quedaban muchas cosas de las que hablar.

–¿A tu casa o a la mía? –preguntó.

–A la tuya.

Se apartó del bordillo y cuando se detuvo en Frenchmen Street, alargó la mano derecha y me acarició dulcemente la nuca.

–Creo que ha llegado el momento de que te desnude, Cassie Robichaud.

A pesar de que aún albergaba sentimientos hacia Will, aquel hombre me ponía jodidamente húmeda al instante.

–Yo estaba pensando lo mismo.

Había esperado más de dos meses. Tiempo suficiente para que Will cambiara de idea. Tiempo suficiente para que hubiera habido un deshielo o un cambio por su parte, algo que me indicara que no todo había terminado entre nosotros. Y sinceramente, Matilda tenía razón: practicar el sexo hacía que tuvieras ganas de practicarlo más. Era como un músculo: ejercitarlo generaba apetito. Y yo estaba hambrienta. Sentada al lado de Jesse, algo se liberó en lo más hondo de mí, igual que cuando el sujetador se te desabrocha y al principio no te das cuenta... Tan solo te das cuenta de que respiras con más facilidad.

Permanecimos en silencio durante el corto trayecto. Jesse aparcó delante de su casa en Tremé y yo dejé que rodeara la furgoneta para abrirme la puerta. Salí y lo seguí de cerca, sin decir nada, por el camino de entrada a su casa. Necesitaba sexo; necesitaba a ese hombre.

En el vestíbulo, dejé que me quitara el bolso del hombro y lo pusiera sobre el montón de juguetes para niños sin envolver que había bajo el árbol de Navidad, que seguramente se quedaría allí un mes más. Él me dio la vuelta y me besó con fuerza, apretándose contra mí para llevarme hasta su habitación en penumbra, con muebles de teca y ropa de cama marrón oscuro. Una vez allí, me puso frente a su espejo de cuerpo entero colgado de la pared y me desvistió lentamente, apartándome la mano cada vez que yo trataba de ayudarlo.

–No te muevas. Límitate a quedarte aquí, de pie –me ordenó al tiempo que se agachaba para quitarme las botas y los calcetines.

Apoyé la mano en su hombro mientras él me desabrochaba los tejanos, los bajaba y me los quitaba. Al despojarme de las bragas, me di cuenta de lo mojada que estaba. Lo siguiente fueron mi camiseta y mi sujetador, que acabaron en lo alto del montón de ropa que había en la silla de al lado. Una sensación extraña me embargó, algo que iba más allá de la excitación. Por primera vez en mi vida me di cuenta de que no era más que un cuerpo. Mi corazón no estaba en ese cuarto. Lo único que había eran sensaciones, movimientos, contacto.

Me cubrió los pechos con sus manos desde atrás. Jesse conocía bien mi cuerpo. Me

apreté contra él y noté la erección en mi espalda a través de su ropa: todo mi cuerpo se tendió hacia él, frotándose con suavidad, entregándose de nuevo. Estaba volviendo a dar el paso uno. «Necesito sentir unas manos sobre mí. ¿Qué hay de malo en ello?»

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, hacia su cuerpo.

–¿Quieres hacer esto? –susurró con la lengua en mi oreja.

Asentí con los ojos cerrados.

–¿Quieres que te folle?

Volví a asentir.

Él deslizó una mano entre mis piernas, sobre mi pelvis, y echó mis caderas hacia abajo. Yo eché los brazos hacia atrás y le rodeé el cuello. En ese momento él me introdujo un dedo y luego otro. Dios, qué mojada estaba.

–Vamos a tener que poner normas.

Me miré en el espejo, la forma en que mi cuerpo se arqueaba hacia él. Se me aceleró el pulso. «¡No! ¡Ni se te ocurra aparecer, corazón!»

–Los dos estamos en S.E.C.R.E.T. Eso puede ser complicado. Emocionalmente.

–¿En qué sentido?

–Dentro de poco tendrá lugar mi paso.

Yo miraba su cara, ahora hundida en mi cuello.

–Lo sé –contesté.

Me acercó al espejo e hizo que apoyara las manos en él. Nuestras miradas se cruzaron en el reflejo.

–Entonces ¿no te preocupa que vaya a acostarme con la nueva, la última candidata? –preguntó, y me besó en el hombro sin apartar la mirada de la mía en el espejo.

«No flaquees ahora, Cassie. Ya sabes lo que hay con este hombre. No tiene nada que ver con el amor.»

–No tengo ninguna expectativa.

–Yo tampoco –contestó él apartándose el pelo y besándome en el cuello–. Me gustas mucho. No. Te adoro, Cassie, pero tú y yo somos distintos. Tú anhelas el amor. Yo solo... anhelo.

–Pero dijiste... dijiste que yo podía ser la mujer que habías estado esperando.

¿Por qué había sacado el tema justo en ese momento?

Seguía con las manos apoyadas en el espejo. Él me pasó los dedos por la cara y los dejó debajo de mi barbilla. Los deslizó por mis labios y me metió uno en la boca; cerré los labios firmemente alrededor de él y noté el sabor a jabón. Me contemplé chupándolo y noté cómo se le ponía aún más dura a mi espalda. Su respiración se aceleró. En una ocasión, Matilda me había dicho que lo que un hombre te cuenta sobre él mismo es verdad. Si dice que es un imbécil superficial, suele ser cierto. Si dice que no se le dan bien

las relaciones o que tiene problemas para comprometerse y lo ignoras tendrás que atenerte a las consecuencias.

–Lo decía en serio. En ese momento.

Su dedo seguía dentro de mi boca mientras su lengua jugueteaba con mi oreja. Sentí flojera en las rodillas.

–Y a las primeras de cambio volviste con Will –susurró–. He aprendido la lección.

Sacó el dedo de mi boca con un leve sonido de succión.

–Te dije que lo sentía, que sentía cómo te había tratado, que...

Me había parecido detectar un atisbo de enfado en su voz.

–No busco una disculpa. Pero me hizo darme cuenta de que estoy hecho para esto. Y para las fantasías. No forzosamente para el amor real. O para el compromiso. Me temo que para ti es todo lo contrario.

Se separó de mí y se quitó la camiseta. Aquel hombre se pasaba el día comiendo crema de mantequilla. ¿Cómo era posible que tuviera un cuerpo tan escultural?

–¿Qué quiere decir eso?

–Que lo que tú quieres es amor.

–¿No es lo que quiere todo el mundo?

Me dio la vuelta.

–No, no es lo que quiere todo el mundo. Algunos solo queremos follar.

Me dio un empujoncito que me lanzó sobre su cama. Ya no sonreía. La cara del amigo cariñoso y comprensivo que me había llevado a casa desde el Latrobe's había sido sustituida por la de un joven intenso, cuyos tatuajes le conferían una pátina amenazante que me daba un poco de miedo y me resultaba increíblemente atractiva. Me eché un poco hacia arriba sobre la colcha para que mi cuerpo quedara en el centro de la cama, mientras él se quitaba el resto de la ropa. Su desnudez resultaba magnífica, con la polla erecta y apremiante. Se quedó allí de pie, acariciándose como si nada mientras me miraba de arriba abajo.

–Abre las piernas, Cassie –me ordenó al tiempo que se inclinaba sobre su mesilla de noche para sacar un condón.

Vacilé. No estaba segura de que me gustara su tono de voz.

–Hazlo –añadió con voz ronca.

Se puso el condón ignorándome y luego se subió a la cama, se puso de rodillas frente a mí y colocó las manos sobre mis rodillas.

–¿Quieres que te obligue? También podemos jugar a eso, Cassie. Solo tienes que decirlo.

Aquello me excitaba tanto como me espantaba. ¿Era eso lo que quería? ¿Que me forzara?

–¿Esto te pone cachondo? –susurré—. ¿Dar órdenes?

–A veces.

–Creía que los hombres de S.E.C.R.E.T. solo respondían a señales claras.

–Ya no soy el encargado de cumplir tu fantasía, Cassie. Soy solo un hombre que quiere follarte.

Me separó las rodillas y se dejó caer entre ellas con las manos en mis costados. Acarició con la polla el hueco entre mis muslos y la pelvis, apretando con fuerza mi piel. En la habitación a oscuras las sombras se proyectaban sobre sus mejillas y su barbilla. Respiraba pesadamente y sus ojos me recorrían el cuerpo. Alargué la mano y pasé las yemas de los dedos por el vello de su pecho, el esternón, y luego el dorso por su cuello, la barbilla, las mejillas. Por alguna razón, quería aportar algo de ternura que contrastara con su repentina agresividad, pero él me cogió la mano y la colocó sobre mi cabeza igual que quien vuelve a poner en su sitio original una palanca. En un momento dado me pregunté mí misma: «¿Debería dejar que me folle así? ¿Debería dejar que me inmovilice y me utilice? ¿Debería utilizarlo yo?». Me dije que sí al tiempo que con mis rodillas lo apartaba en un complicado «no».

–¿Demasiado duro para ti? –preguntó en un tono que resultó casi... triunfante.

Me embargó una oleada de algo (¿indignación?).

–La verdad es que no me importa hacerlo con dureza a veces, Jesse. –Recordé los azotes que me había dado Will, lo bien que nos lo habíamos pasado traspasando nuestros límites—. El problema es que estás enfadado, y no me gusta.

Parpadeó un par de veces como si tomara conciencia de lo que le había dicho. Luego rodó para apartarse de mí y se tumbó de espaldas con un brazo sobre los ojos.

–Lo siento, Cass. Te llevaré a casa –murmuró—. Además, debería estar en otro sitio.

Me levanté de la cama y empecé a recoger mi ropa.

–No te molestes. Iré andando.

–Cassie. –Alargó el brazo y me agarró del mío—. Deja que te lleve a casa. Me he comportado como un capullo integral. No tenemos que...

Me liberé de su mano y empecé a vestirme dándole la espalda. Experimenté una oleada de extraño poder, una fuerza de voluntad que desconocía.

–Es verdad, Jesse, no tenemos que follar, porque soy yo quien decide si follamos o no. Y quien decide qué clase de sexo quiero. Y lo que no quiero es quedarme ahí estirada y dejar que alguien me folle de esa manera. Eso es lo que hacía con mi puto exmarido, esperando a que se corriera y acabara.

Me había quedado sin respiración. Me di la vuelta para mirar a Jesse y vi su expresión, en la que se traslucía su conmoción, pero también su asombro.

–¿Te has sentido así?

–¡No! –exclamé. Scout y Jesse eran personas distintas, pero aquella sensación me resultaba familiar—. No, no es lo mismo. Pero te estás comportando como un capullo.

–Lo sé. Lo siento. –Jesse me miró desde la cama–. Seguro que esto está fuera de lugar –susurró–, pero cuando te pones así estás muy sexi, Cassie.

Tendió las manos hacia mí como si yo fuera un animal acorralado que pudiera morderle. Me quitó la camiseta que tenía en las manos y la dejó caer al suelo. Luego tiró de mí cogiéndome del botón superior de los tejanos y empezó a desabrochármelos uno a uno, al tiempo que una cálida sonrisa se dibujaba en su rostro. Tenía la polla tan dura que daba la sensación de no haber oído una sola palabra de lo que yo acababa de decir.

–Creo que tienes que compensarme –susurré.

–¿Qué te parece si empiezo por besarte el coño? ¿Eso ayudaría?

–Quizá –contesté llevándome las manos a los pechos.

¿Qué iba a hacer con ese hombre? En un momento tan solo deseaba abofetearlo con fuerza y al siguiente quería follármelo con más fuerza aún.

–Dime lo que quieres que haga. Usa las palabras, Cassie, las que te enseñé –me pidió al tiempo que colocaba mi pie sobre la cama, junto a su muslo, dejándome abierta frente a él, y se lamía los labios.

–Quiero que me chupes, Jesse –dije con los dedos entre su pelo.

–¿Quieres que te chupe el clítoris?

Una mirada traviesa bailaba en sus ojos. Así era como le gustaba verme, consentida y transgresora.

–Dime qué más quieres que haga, Cassie.

–Quiero que me folles –contesté colocándome encima de él–. Quiero sentir tu polla en mi coño.

–Síííí, así –dijo él dejándose caer de espaldas y arrastrándome con él.

Recordé la forma en que Matilda había ejercido su poder sobre Mark aquel día en la Mansión, mientras yo los observaba detrás del espejo falso. Me dejé llevar por su ejemplo e imité sus movimientos, arremetiendo contra él con gestos salvajes. Empujé a Jesse hacia abajo sobre la cama, ignorando su erección, para obtener placer de su boca solo para mí. Él deslizó con rapidez la lengua en mi hueco mientras sus suaves dedos exploraban mi cuerpo, cada curva y cada pliegue, y la movió arriba y abajo sobre mi clítoris con todo mi cuerpo sobre él, retorciéndose de deseo. Me conocía a las mil maravillas, sabía cuándo tenía que ir rápido y cuándo lento. Sabía cómo llevarme al borde del orgasmo antes de darme la vuelta y tenderme bocabajo sobre la cama para entrar en mí rápidamente, atrapada entre sus caderas.

–Eres tan jodidamente sexi, Cassie –murmuró con los brazos fuertes y tersos, al tiempo que los músculos de su estómago se tensaban cada vez que me embestían febrilmente.

Mientras me follaba, la excitación invadió todo mi ser, hasta que no pude sino correrme, siguiendo órdenes, sus órdenes.

–Eso es, Cassie, eres mía... córrrete para mí, pequeña, córrrete ahora.

Se consumía de placer con los ojos en llamas mientras me miraba. Lancé los brazos hacia arriba en un gesto de rendición. Con los ojos abiertos, me corrí tan intensa y ardientemente, que sentí algo parecido a la incredulidad: por que pudiera provocarme algo así, a mí, a mi cuerpo; por que pudiera hacer que me corriera así, haciendo que mi orgasmo apretara tanto su polla que casi hizo que se vaciara en mí. En el último momento la sacó y se masturbó y se corrió sobre mi estómago, que subía y bajaba desatado, con chorretones calientes e imparables.

–Madre de Dios –dijo al tiempo que se desplomaba a mi lado.

Abracé su cabeza sudada entre mis pechos. Tras jadear durante unos segundos, aún en estado de shock, Jesse se separó de mí y cayó cómicamente al suelo, derrotado. Ambos nos echamos a reír por la forma en que habíamos dejado al otro exhausto.

–Madre de Dios –repitió.

Estuve a punto de responder: «Lo sé, ha sido increíble», pero él ya se había puesto de pie y corría hacia el lavabo para ducharse.

–Joder, lo siento, Cassie. ¡Casi se me olvida que tengo algo a las nueve!

–Ah –dije yo levantándome para recoger mi ropa–. ¿Qué tienes que hacer a las nueve? ¿Otra chica? Ja, ja, ja.

–Está noche tengo que ir a S.E.C.R.E.T. a ayudar.

–Ah –repuse–. Iba en broma.

Se me cayó el alma a los pies al darme cuenta de lo que eso significaba. Solange. Jesse iba a «ayudar» a la nueva candidata. Iba a acostarse con ella. Aquello me hizo sentir fatal. Mierda, mierda, mierda.

–Relájate –me gritó desde el lavabo leyéndome el pensamiento, antes de cerrar el grifo–. Yo no soy la atracción principal.

¿Qué quería decir eso? Unos segundos después, volvió al cuarto desnudo y goteante. Cogió apresuradamente los tejanos del suelo y se los puso sin calzoncillos.

–¿Me llevas al barrio francés, Cassie? Es donde me han citado. Puedes dejar mi furgoneta en tu casa; pillaré un taxi para recogerla.

–¡Ni de coña voy a llevarte a tu fantasía! ¡Acabamos de follar!

Y ahí estaba: mi Voz de Novia Celosa.

–¡Vaya! Tranquila, Cassie. No voy a acostarme contigo y con una candidata de S.E.C.R.E.T. el mismo día. Sería de mal gusto, y no soy un puto cabrón. Solo tengo que interpretar un papel secundario para facilitar lo que va a pasar. Ya te he dicho que yo no era la atracción principal.

Me daba miedo abrir la boca.

–Sabía que esto iba a ser demasiado complicado –continuó–. Creo que será mejor que nos ciñamos a la amistad.

–No, no pasa nada, estoy bien –contesté poniéndome la camiseta.

Mi estómago rugió con tanta fuerza que los dos lo oímos.

–Tienes que comer. Por eso estás de mal humor –dijo–. Si me visto en la furgoneta nos da tiempo de comer algo rápido. Ven. Por favor.

Me estaba ofreciendo una tregua y yo quería demostrar que era capaz de manejar aquello: el hecho de que los dos estuviéramos en S.E.C.R.E.T. y poder disfrutar mutuamente del sexo sin mostrarme posesiva. Me sacudí de encima las dudas y la negatividad, y cogí las llaves que sostenía frente a mí.

Conduje hasta el barrio francés mientras él se vestía con lo que parecía una especie de uniforme de guarda de seguridad.

–Bueno, me imagino que ya sé qué papel vas a interpretar –observé.

–Ja –dijo él mientras se abrochaba el cinturón–. Aunque fuera el protagonista de la fantasía, dudo que aceptara el paso. Parezco un puto idiota.

Después de aparcar cerca de Jackson Square, los dos nos dirigimos a una hilera de variopintos puestos móviles de comida y pedimos unos rotis al estilo criollo. Encontramos un sitio para sentarnos delante del Stanley's. Me dije a mí misma que todo iría bien: solo habíamos tenido un rollo puntual.

–¿La fantasía la van a hacer aquí? Hay bastante gente –comenté para provocarle.

–De eso se trata, en parte. Estar en público. En un sitio abarrotado –contestó mirando pensativamente a su alrededor mientras masticaba.

No me estaba dando mucha información.

–Ajá. Yo tuve una así, una fantasía en un lugar público.

–¿Cómo fue?

–Fue en el Halo, en el bar. Mientras tocaba un grupo.

–Ooooh. Dame detalles, por favor.

Sentí un aguijónazo de orgullo. Estaba más que dispuesta a soltarle toda la historia en aquel preciso momento y lugar, pero «me cago en todo», en ese momento vi nada más y nada menos que a Solange Faraday apresurándose a través de la multitud en dirección al viejo museo militar que había en un extremo de la plaza.

–Jesse –siseé interceptando con mi cuerpo la visión de Solange–. Tenemos que irnos. Ahora.

Lo cogí de la manga para que se agachara, su cara justo enfrente de la mía.

–¿Qué pasa?

–Es ella. Solange. –Señalé hacia atrás por encima de mi hombro–. No puede verte.

Él agachó la barbilla y se encogió. De espaldas a ella, hice que se levantara y ambos nos escabullimos a hurtadillas desde Saint Ann a Chartres, donde apresuramos el paso y nos dirigimos a toda prisa al lugar donde estaba aparcada la furgoneta, en Royal Street.

–Ha ido de poco –dijo él apoyándose en la puerta para recuperar el aliento.

–Por los pelos.

–Entonces ¿era ella? Esa es Solange, vaya, vaya... –dijo.

–¿No la has visto nunca en las noticias?

Me dedicó una mirada que me recordó que no estaba muy al tanto de la actualidad.

Debo reconocer que se me encogió el corazón al ver su entusiasmo. Aunque fuera vestida con un abrigo y unas botas, su aspecto era espectacular. Las mujeres como ella siempre resultaban más atractivas debido a que no eran conscientes de su atractivo. Si a eso le añadía el hecho de que el hombre que estaba sentado a mi lado mantendría con ella relaciones sexuales de infarto, si no esa noche, en breve, hizo que la cabeza me diera vueltas. ¿En qué me había metido? Si lo único que compartíamos Jesse y yo era sexo, ¿por qué me molestaba tanto? Y si eso era todo lo que había entre Jesse y yo, ¿a qué venía aquello?

–Muy bien, cariño. Tengo que irme. Es hora de que empiece el espectáculo.

–¿De qué va la escena? –pregunté.

–Ya conoces las normas, Cassie. En S.E.C.R.E.T. no se cuenta con quién se acuesta uno o qué hace en la cama. Si no es tu fantasía, no es asunto tuyo. Por lo menos los chicos se rigen por esa norma. Podrías esperarme, si quieres. Y quedar luego en el Coop's. No tardaré mucho.

–¿Ah, no? Pobre Solange –dije sin el mínimo atisbo de sarcasmo–. Me marcharé a casa. No estoy de humor para esperar.

–Eh –me dijo apretándome contra su furgoneta–. Ya sabes de qué va S.E.C.R.E.T., ¿no? –Y colocó los brazos a ambos lados de forma que yo no pudiera moverme–. Es posible que tú también vayas a hacer cosas de las que yo no sabré nada ni podré opinar.

Aquello sería cierto, si estuviera formando a los nuevos reclutados. En aquel momento tan solo contribuía a facilitar fantasías, pero no había ninguna necesidad de que Jesse supiera eso. Una parte de mí quería que pensara que mi implicación era más sexual de lo que en realidad era.

Sonreí y recuperé la compostura.

–No puedo quedarme. Te llamaré luego –dije, y le tendí las llaves.

Él me dedicó una última mirada penetrante y se alejó contoneándose exageradamente como Charlie Chan, porque sabía que yo lo miraba, hasta que dobló la esquina y desapareció de mi vista.

Si el precio de salir con él era compartirlo con S.E.C.R.E.T., tenía que plantearme muy en serio si podía pagarlo.

SOLANGE

Seguí al pie de la letra las instrucciones de la tarjeta de mi paso tres: «Debes ir vestida tan solo con lo que hay en la caja, nada más. Dirígete a Jackson Square justo antes de las nueve de la noche y da vueltas en el sentido de las agujas del reloj por el perímetro de la valla. Cuando den las nueve entra en el museo por la puerta sur. Estará abierta».

Dentro de la caja había una bonita gabardina, un sombrero gris de tweed de ala corta, botas negras con tacón de aguja..., un liguero y medias. Nada más.

«¿Esto es lo que se supone que tengo que llevar? ¿En pleno invierno?»

La verdad era que no se me daba bien ser obediente. Pero aquel paso estaba relacionado con la confianza, así que seguí las instrucciones. Me puse la ropa como me habían dicho, aparecí en la plaza en el momento indicado, un poco más pronto incluso, y rodeé el perímetro con las manos cerradas y hundidas en los bolsillos. «Tranquila. Nadie sabe que vas desnuda debajo de la gabardina.»

Entre los nervios, el zumbido constante de los puestos de comida y los olores que emanaban de ellos, mi estómago comenzó a rebelarse. Me ceñí el cinturón de la gabardina, con todos los sentidos alerta. El barrio francés estaba abarrotado y la noche era cálida para ser Boxing Day. Sospechaba que la fantasía que me habían preparado iba a suponer un verdadero reto. Sabía que al escribir «transgredir» en mi carpeta de fantasías, el Comité interpretaría que me refería a cometer una travesura en público; «pero que no me pillen», había añadido; una aclaración relevante. Aquel paso implicaba tantear ese límite, confiar en que cuidarían de mí, en que saldría de allí sin que tuviera ninguna repercusión en el resto de mi vida.

Consulté la hora en mi reloj: era el momento. Me deslicé por el hueco de la verja metálica que rodeaba el terreno del museo. Todas las luces de la vieja fortaleza española, que en su época había sido un palacio de justicia, luego una cárcel y ahora un museo militar, estaban apagadas. Aún no había llevado a Gus allí, a pesar de su obsesión por los soldados y la historia, sobre todo porque por lo general evitaba el barrio francés. Demasiados turistas y, sinceramente, encontrar aparcamiento era una tortura.

Probé con la primera puerta, pero estaba cerrada. La siguiente también. Finalmente, la última cedió. Me adentré a oscuras en el vestíbulo de ostentoso mármol. Lo único que veía a través de las ventanas eran las sombras de la gente que paseaba por la plaza.

–Solange.

El corazón me dio un vuelco.

–¡Dios!

Me volví hacia un hombre muy alto y de hombros anchos que estaba en una esquina, con un fedora cuyas alas proyectaban sombras sobre sus ojos y su nariz. Distinguí la línea firme de su boca carnosa curvada en una sonrisa traviesa.

–Lo siento –dijo en voz demasiado alta para mi gusto–. Pero antes de que te acerques,

dime, ¿aceptas el paso?

«Diablos. Acento británico.» Además, transmitía la sensación de estar completamente relajado. «¿Y si nos pillan aquí?»

«Confianza. Puedes hacerlo.»

–¿Estamos solos? –susurré con la sensación de que mi corazón sonaba más alto que mi voz.

–Eso creo –contestó él desconcertado.

Se metió las manos en los bolsillos y salió de las sombras en dirección a mí, confirmando que era, sin duda, un hombre negro de muy buen ver, originario del otro lado del charco.

–¿Eso crees? No pareces muy convencido.

–¿Aceptas el paso, preciosa? –volvió a preguntar sin un ápice de preocupación. Y con ese acento...

Eché un nuevo vistazo al vestíbulo. Pero, aunque alguien nos viera, ¿qué podía decir? ¿Que Solange Faraday se había colado en el museo del barrio francés después del cierre? ¿Y qué? ¿Que un hombre atractivo rodeaba mi pequeña muñeca con su gran mano? ¿Qué más daba? Tranquilamente podía ser mi novio. Tal vez trabajaba allí y se había dejado algo en el despacho.

Pero una vez dentro, era imposible que hubiera testigos. Nadie podía verlo llevarme hasta un ascensor antiguo, meterme y cerrar la puerta a su espalda. No podían oír cómo mi corazón se desbocaba cuando se dio la vuelta hacia mí, se quitó el fedora y lo tiró al suelo dejando al descubierto su cara cincelada, la mirada divertida de sus ojos negros e intensos, su magnífica cabeza meticulosamente rasurada.

–Solange, por última vez, ¿aceptas el paso?

–¡Sí! –contesté de inmediato en voz muy alta.

Aquel hombre era tan atractivo e irresistible que era imposible rechazarlo, pese a mis temores sobre la privacidad de nuestro encuentro. Quería que siguiera hablando con aquel acento aterciopeladamente líquido.

Tragué saliva mientras él se acercaba y se cernía sobre mí, su voz grave ahora ronca. Se agarró a la pared de la jaula del ascensor que quedaba a mi espalda.

–Bueno, cielo, ¿cómo quieres que juguemos?

A excepción de dos chicos de la universidad y un breve encuentro organizado el año anterior, yo había salido casi siempre con hombres negros, incluido mi marido. No es que no me atrajeran otras razas –estaba claro que sí–, pero el ejemplar que tenía ante mí resumía todo lo que Dios había hecho bien al crear al hombre. Sin esperar mi respuesta, pulsó un botón y el ascensor cobró vida con un zarandeo y nos elevó peligrosamente por encima del suelo. Él me quitó el sombrero y lo lanzó también al suelo.

–Mírate –susurró–. Aquí, toda para mí. ¿Es así?

Noté la vibración de la pared del ascensor a mi espalda mientras veía alejarse el suelo

de mármol del vestíbulo del museo. Sus manos se cerraron sobre el nudo del cinturón de mi gabardina.

–Sí –contesté desviando la mirada.

No quería parecer una colegiala ansiosa, pero me había quedado completamente sin palabras.

Lo vi deshacer el nudo con facilidad. Volvió a pulsar el botón y el ascensor se detuvo con una sacudida, dejándonos suspendidos en el aire por encima del vestíbulo. Desde allí se veía todo lo que quedaba debajo, incluido el desfile de paseantes que habían salido a pasar la noche en la plaza intensamente iluminada, pero desde fuera nadie podía vernos a nosotros.

O eso suponía. Esperaba. Rogaba.

–Estamos muy arriba –dije, y tragué saliva.

–Me gustan las alturas –repuso él–. ¿Y a ti?

–La verdad es que no.

Lo cierto era que estaba un poco mareada.

–Estás en buenas manos. Soy piloto de avión.

Sin duda estaba en buenas manos. Manos firmes, experimentadas, manos de piloto.

Deslizó una de esas manos por la abertura de mi gabardina desabrochada. Cuando su piel rozó la piel de mi vientre, me estremecí. Literalmente. ¿Cuándo era la última vez que me había pasado? ¿Alguna vez me había estremecido con Julius? Con la otra mano, me cogió de la barbilla y me levantó la cabeza, mientras la luz del ascensor proyectaba sombras en su rostro cincelado.

–Bien; hay una norma. Tenemos que ser muy, muy silenciosos, cariño. ¿Podrás hacer eso por mí? –me preguntó bajándose la gabardina y dejándose el torso desnudo al descubierto.

¡Se me había olvidado que estaba desnuda debajo de la gabardina! Me miró los pechos al tiempo que sus manos reseguían mis curvas con una expresión de profunda concentración en la cara, como si yo fuera una obra de arte muy valiosa que no estaba permitido tocar. Aquel hombre tenía un plan en mente, enseguida me di cuenta, y antes de que pudiera abrir la boca para hablar, él me cogió los brazos, los separó y los levantó por encima de mi cabeza, al tiempo que me ordenaba en el más leve de los susurros:

–Agárrate a las barras y no te sueltes.

Hice lo que me decía.

–¿Y si alguien nos ve desde ahí abajo? ¿Y si nos pillan? Perdería mi trabajo, mi credibilidad...

–Quiero que me escuches. –Su voz era tan cálida y tranquilizadora como un chal de cachemira–. Te haga lo que te haga, quédate callada y todo irá bien. Relájate. Yo me encargo de todo.

Ahora su boca estaba sobre mí, besándome el cuello y los pechos, acariciándome hasta conseguir que me excitara. Gemí muy bajito y eché la cabeza atrás, hacia las barras de la caja del ascensor, y noté las bocanadas de aire frío allí donde me besaba y me mordisqueaba bajando hasta mi vientre, haciendo que me temblaran las piernas. Para no perder el equilibrio, apoyé las manos en su cabeza. Aunque la verdad era que a él no le hacía ninguna falta que lo guiaran. Ese hombre sabía lo que hacía. Ese hombre sabía *adónde* iba. Colocó las palmas sobre la suave mata de mi pelo y me abrió como si fuera un tesoro. Impaciente, me levantó una pierna y la apoyó en su hombro mientras me apretaba contra la fría barandilla de metal de la pared del ascensor. Al principio noté su aliento cálido sobre mi clítoris, con sus brazos rodeándome por debajo. Dejé escapar un gemido involuntario, una súplica, de hecho, cuando sus anchos hombros se adelantaron hacia mí y me abrieron más para él.

–¿Quieres que te haga correrte aquí mismo, ahora mismo, cariño? –me preguntó con voz musical.

–Sí –contesté–. Sí.

–Pídelo por favor, Solange.

–Por favor.

El deseo se estaba volviendo insoportable. Tenía que mirar, necesitaba verlo. Nuestras miradas se cruzaron, la suya pícara y traviesa. Entonces la punta de su lengua entró en contacto con mi clítoris, y en mi cabeza dije: «Sí», hasta que oí algo...

Clac.

¿Qué?

Y luego más.

Clac-clac, clac-clac.

Unos pasos a lo lejos. Ahogué un grito y mi hombre levantó la mano y me tapó la boca. Los pasos fueron acercándose, hasta que el intruso quedó justo debajo de la caja del ascensor. Mi desconocido retiró la mano y, oh, Dios, volvió a lamerme, ¡con más ansias todavía! «Callada. ¡Tengo que quedarme callada!»

El aire de mis pulmones se espesó. «Mierda, mierda.» Me quedé inmóvil con la mano sobre su cabeza. Miré hacia abajo horrorizada, pero él parecía estar tranquilo, concentrado, mientras su boca continuaba con su deliciosa tarea y sus labios me lamían con más insistencia. Sus dedos no tardaron en unirse a la fiesta introduciéndose en mí. Cerré los ojos con fuerza y traté de aplacar la urgencia de su hermosa boca, de detenerlo por un momento, hasta que el intruso se marchara. ¡Pero los intrusos éramos nosotros! Y el riesgo de que nos pillaran parecía enardecerlo aún más. Siguió jugando conmigo, las mejillas ahuecadas, dos dedos insistentes, hambrientos, sumergidos en mí. Disfrutaba con mi agonía silenciosa, y en un momento dado retiró un dedo de mi humedad goteante y se lo llevó a sus labios relucientes.

«Shh», articuló sin hablar.

Por el rabillo del ojo vi aparecer el haz de luz de una linterna. Moví las caderas hacia

delante y me apreté contra la cara de mi hombre, abriéndome por completo a la embestida de sus labios, agarrándome a la caja del ascensor en busca de apoyo.

–¿Quién anda ahí? –se oyó la voz del intruso desde abajo.

«Joder. ¡No!» El terror se mezcló con mi excitación mientras cerraba los ojos. Cometí el error de mirar hacia abajo, a aquel hombre que se moría por satisfacer mi deseo, moviendo la cabeza adelante y atrás. En silencio, con un placer candente atravesándome el cuerpo, eché la cabeza hacia atrás y mis manos casi se soltaron de la caja, mientras el flujo de la sangre inundaba mis oídos y ahogaba cualquier otra cosa, incluso, por un breve instante, mi temor a que nos descubrieran.

Me iba a correr con fuerza, a pesar de mí misma, gracias a él.

Y me corrí como no me había corrido nunca, en contra de mi voluntad, algo que nunca me había pasado y que era poco probable que volviera a pasarme. Aquel hombre estaba haciendo que me corriera, y yo intentaba evitarlo al tiempo que lo saboreaba, mientras los pasos se alejaban de nosotros en dirección al pasillo. Y él no apartó la boca de mí ni siquiera cuando mi cuerpo se destensó.

Tras esperar unos cuantos latidos más, apoyé la mano en su hermosa cabeza.

–Madre mía, ¡casi nos pillan! –suspiré todavía sin aliento–. Podrías haberme metido en un buen problema.

Él se apartó y se secó delicadamente la boca con dos dedos.

–Confianza, Solange –dijo.

Noté cómo la energía abandonaba mis extremidades. Él se puso en pie y eclipsó la luz del ascensor. Dejé colgar mis brazos flácidos sobre sus hombros y él me levantó como si no pesara nada, apoyándome en la barandilla de metal del ascensor.

«¡Dios! ¿No hemos terminado?»

–Jamás te pondría en peligro –dijo al tiempo que me apartaba el pelo de la cara con sus grandes manos–. A menos que sea eso lo que quieres.

De pronto se desabrochó el cinturón y los pantalones, y los dejó caer. Con una destreza incomparable se puso el condón en un segundo y luego, tras quedarse quieto un momento para ver si oía algún sonido más procedente de abajo, frotó el glande duro de su exquisita polla contra mi coño húmedo y me penetró. Me folló con un deseo lacerante, con los brazos musculosos entrelazados bajo mis muslos, inmovilizándome como si nada. Cada vez que me embestía, el mundo exterior de paseantes mudos, turistas adormecidos y guardas de seguridad que vivían en la inopia se alejaba más y más de mi conciencia. Me folló con tanta fuerza, y aun así tan silenciosamente, empujada contra la pared del ascensor, que descubrí partes de mi cuerpo que nunca antes había sentido. Y por mucho que yo intentara retrasar la oleada de placer, la pura dicha de que me follaran de esa forma, en ese momento y en ese sitio, hizo que volviera a correrme antes de poder darme cuenta. Un aire denso penetró en mis pulmones y sus manos se agarraron a mí mientras me embestía, una y otra vez.

–Sí –dijo mirándome a los ojos.

Segundos después se corrió, con la boca en mi oreja y moviendo la lengua hasta marearme.

–Sí, sí... ¡oh, sí!

Sus palabras nos persiguieron cuesta abajo, mientras él pulsaba el botón para que el ascensor nos devolviera a la tierra.

Una sensación de calidez me acompañó durante todo el camino hasta el aparcamiento del muelle, mientras sujetaba en la palma de la mano el colgante de mi paso tres. Tal vez fuera porque mi piel seguía sobrecalentada. Aunque sabía muy bien que no experimentaría por completo el efecto que había tenido en mí el hecho de haber tenido una relación sexual en un lugar público hasta que estuviera a salvo en mi casa, hundida hasta la barbilla en una bañera de agua caliente.

–¡Solange!

«¿Qué coño?» Di un respingo y el colgante se me cayó en la acera, donde rebotó con un sonido metálico. No era el atractivo desconocido del ascensor sino mi exmarido, Julius, de pie delante de mí con una expresión triunfal en la cara.

Con el pie, había evitado que mi colgante acabara debajo de unos de los puestos ambulantes de comida. ¿Qué demonios hacía aquí? ¿En Boxing Day? Y ¿dónde estaba Gus? En un gesto automático, me llevé las manos a la cintura para ceñirme la gabardina.

«No sabe que estoy desnuda. Es imposible que sepa de dónde vengo o lo que estaba haciendo. Relájate. Tranquila.»

Se agachó para recoger el dije.

–Se te ha caído esto –dijo al tiempo que me tendía el colgante de «Confianza» sin echarle un vistazo.

«Diosmíodiosmíodiosmío.»

–¡Gracias! ¡Hola, Julius! ¡Vaya!

Me metí el dije en el bolsillo.

Me miró con curiosidad. Hacía mucho tiempo que no estábamos tan cerca el uno del otro. Saludarnos con la mano e intercambiarnos a Gus después de la escuela se había convertido en una especie de norma a medida que mi hijo se hacía mayor. Casi no lo reconocía. Se le veía... bien. Feliz.

–¿Qué haces por aquí?

«Rápido. Piensa.»

–Bueno, yo podría preguntarte lo mismo. ¿Dónde está Gus?

–Sigue en casa de Janet. He decidido pasarme por el barrio para ver cómo va mi nuevo negocio en un día festivo.

Janet era su hermana pequeña. Ella y yo manteníamos contacto porque sus hijos y Gus eran más o menos de la misma edad. Miré por encima del hombro de Julius la caravana de comida que había a su espalda y que emitía un zumbido constante. No se

parecía a los demás puestos. Estaba pintada de un negro brillante, y en uno de los laterales estaba escrito «Delicias Julius Bayou» en letras cursivas rojas. Tenía una barra reciclada que parecía plegable y estaba hecha de madera de cedro.

—¿Es tuya?

—Sí, es mía.

—Y ¿cómo es que no me lo habías contado?

—No lo sé. Hace solo una semana que me dieron el permiso. No quería decir nada hasta que abriéramos. La acogida ha sido increíble; hasta ahora todo va de lujo.

A través de la ventana de la caravana, un empleado joven le tendió a un cliente lo que parecía un pequeño burrito marrón envuelto en papel encerado, rodeado de croquetas de maíz. Una ráfaga de aire frío se coló por dentro de mi gabardina y me dio un escalofrío. Apreté los muslos.

—¡Eso tiene muy buena pinta! —dije.

—Es como un roti, pero al estilo criollo. ¿Te acuerdas de la salsa de mi madre? La cocino a fuego lento para usarla como base, la reduzco, añado pollo, gambas o cerdo, o solo verduras, y echo queso para espesarlo. Luego lo horneo en una bolsa, y ¡tachán! Todo orgánico, con carne de granja y nada de frituras. ¿Quieres probar uno?

—¡Claro!

Julius desapareció en el interior de la caravana. Segundos después, me trajo un manjar caliente envuelto en papel y me lo tendió. El grupo de artistas y músicos callejeros que hacía cola junto a la valla de hierro forjado, esperando su turno, me dedicó una mirada asesina por haberme colado para que me sirvieran la comida. Di un mordisco voraz a lo que me había traído Julius.

—Está buenísimo —dije con la boca llena.

Tenía hambre, y aquello estaba delicioso.

Julius me observó comer con una expresión radiante de orgullo.

—Creía que detestabas el barrio francés —comentó—. Nunca conseguí convencerte de que bajáramos aquí. Sobre todo en una noche fría como esta.

—No lo detesto —repuse—. Lo que detesto es no encontrar sitio para aparcar.

Me sonrió con su característica sonrisa, la misma que exhibía cuando lo pillaba mirándome cantar en los clubes, tantos años atrás.

—Esto tiene una pinta estupenda, Jules. Te lo digo en serio. Una caravana de comida con mucha clase. Comida tradicional cocinada de forma distinta. Sana. Muy buena idea. Una idea genial.

—Gracias. Significa mucho viniendo de ti —contestó en un tono levemente avergonzado, los brazos hacia atrás, sacando pecho.

¿Cuántas veces le había dicho a ese hombre que irguiera los hombros, no solo físicamente sino en todos los sentidos? Después de pasarme tantos años echándole la

bronca, había acabado por convertirme en su madre. En lugar de crecer, el hombre se había encogido.

–Bueno, si va bien, voy a crear franquicias.

–Espero que funcione –le dije–. Parece que lo hará... Bueno, feliz Navidad, Jules. Tengo que levantarme pronto, así que... Mañana pasaré a buscar a Gus. A las doce en tu casa, ¿verdad?

–Sí.

Me acerqué a él para darle un abrazo incómodo, pero Julius se inclinó hacia delante y me dio un beso en la mejilla al tiempo que chocábamos el uno contra el otro. ¿Sería posible que detectara el olor a sexo que yo desprendía?

–Estaría bien ir a cenar un día de estos para ponernos al día –propuso–. Así nos aseguramos que estamos de acuerdo en todo lo referente a Gus para el año que viene.

–Sí, claro –contesté colocándome bien el sombrero, que había quedado ladeado durante nuestro embarazoso abrazo–. Ya lo organizaré.

–No, lo haré yo. Dentro de un par de semanas te digo algo.

–Vale –contesté casi en forma de pregunta.

¿Julius organizando una reunión «de padres»? Vaya.

–Me he alegrado de verte fuera de tu zona habitual de confort, Solange. Y espero que lo hayas disfrutado.

«No tienes ni idea de hasta qué punto, Julius –quise responderle–. Ni idea.»

CASSIE

Habíamos contratado al personal y cursado las invitaciones, y la mayoría de la gente había contestado con un rotundo «sí». Hacía bastante tiempo que no se abría un restaurante nuevo en Frenchmen Street. Los establecimientos cambiaban a menudo de nombre, pero el Cassie's era un espacio y un lugar completamente nuevos. La gente tenía curiosidad.

Yo ya no tenía el nombre cruzado, ahora que era socia a partes iguales. Además, como tal tenía derecho a decidir en un cincuenta por ciento a quién contratábamos, y cuando nos planteamos quién debía ser el cocinero, me dio la sensación de que nuestra única opción era Dell.

Will se negó.

–No tiene la formación adecuada.

–Bah, formación. Ha probado todas las recetas. Prácticamente ha diseñado el menú.

–Sería una locura dejar el café sin ella.

–Como camarera cualquiera puede sustituirla. Como cocinera, no. De hecho, sus platos hacen venir a la gente, y los espanta cuando les sirve.

–Bien visto.

Will tardó un día en dar su brazo a torcer, con la condición de que contratáramos a un ayudante de cocina para ayudarla con los platos más elaborados.

–Sin problemas –dije–. Ya sabes lo bien que se le da a Dell dar instrucciones en la cocina. Sobre todo si es a jóvenes listillos recién salidos de la escuela de hostelería.

Dell casi se echa a llorar cuando le ofrecí el gorro de cocinera y prácticamente le doblé el sueldo, aunque no me dio las gracias. Una de las cosas que más admiraba de ella era que sabía que el favor nos lo estaba haciendo ella aceptando, no nosotros ofreciéndole el puesto.

–¡Tengo muchísimas ideas! –exclamó poniéndose el gorro en la cabeza y admirando su imagen en el espejo–. Muchísimas.

Mi inversión también había supuesto que el Cassie's abriera sin ninguna deuda, algo excepcional para un restaurante. Y aún me quedó algo de dinero para derrocharlo en Saks, porque como muchas mujeres, sigo creyendo en la antigua superstición de que un vestido puede hacerte brillar o arruinarte la noche. En mi caso, la elección fue un vestido corto de cóctel color carmesí con mangas largas transparentes.

Quince minutos antes de abrir las puertas, me coloqué frente al espejo de cuerpo entero del cuartito del personal para admirar mi transformación. Dos años atrás era una camarera tímida y deprimida, resignada a llevar una vida rutinaria e insignificante. Ahora era una empresaria segura de sí misma, una mujer soltera llena de vida que tenía un amante y un socio, y que vestía un vestido rojo y sexi la noche de Fin de Año para la inauguración de un restaurante que llevaba su nombre. Y, aun así, pese a mis logros, tenía

que admitir que los tacones altos, el maquillaje, el lápiz de labios a juego y mi melena convertida en un torrente de rizos oscuros todavía me daban la sensación de ser una capa colocada encima de mí, no una parte de mí.

Al cruzar la cocina de camino a la escalera de servicio del nuevo restaurante, escuché un silbido largo y lento que me hizo parar en seco.

–Vaya, vaya, mírate, jefa –dijo Dell sonriéndome. Casi me hizo saltar las lágrimas–. ¿Qué ha pasado con la camarera asustadiza?

«Ha sido gracias a S.E.C.R.E.T.», me entraron ganas de decir, mientras con la mano agarraba mi pulsera de colgantes tintineantes. Casi nunca la llevaba al trabajo, porque no quería responder preguntas al respecto, pero esa noche el oro reluciente daba el toque perfecto al conjunto.

–Gracias –dije tirando del vestido hacia abajo–. ¿No te parece demasiado?

–¿Demasiado qué?

–No sé. Tengo la impresión de que es el vestido el que me lleva a mí.

Dell parpadeó, con una expresión de genuina incompreensión. Aunque entendiera mi inseguridad, se negaba a darle importancia, una actitud que yo haría muy bien en imitar.

–Rezaré una oración para que el negocio vaya bien –dijo al tiempo que se daba la vuelta para remover algo que olía increíblemente bien.

Me entraron ganas de darle un beso. Tal vez ella no me considerara su amiga, pero esperaba que hubiera acabado por respetarme.

En ese momento, Claire y Maureen entraron dando saltitos en la cocina desde el café, y dejaron un montón de platos sucios en la banda transportadora.

–Zipi y Zape, ¡os he dicho que dejéis las bolsas de basura en el suelo! –gritó Dell. Las dos tenían que ganarse todavía su aprobación–. ¡Esta noche llega un lavavajillas que se ocupará de la descarga!

–Vaya, lo siento, pero tenemos que limpiar el café y luego voy a una fiesta –contestó Claire, que metió la mano en la riñonera y sacó su móvil para mirarlo.

Lo hizo con un gesto tan ausente, tan automático, que no estaba segura de que fuera siquiera consciente de lo que hacía. Una mueca se dibujó en mi cara: la generación pantalla.

Claire se había ofrecido a ayudarnos arriba la noche de la inauguración, pero cuando la invitaron a una fiesta, Will insistió en que debía comportarse como una joven cualquiera e ir. Una fiesta significaba que era posible que tuviera amigos en su vida.

–¿Está Will? –pregunté al aire con un tono tan despreocupado como me fue posible.

–Arriba –contestó Dell–. La máquina de hielo no funciona. Acaba de subir una bandeja grande.

–Como si aquí abajo no nos hiciera falta hielo –se quejó Maureen.

Me largué de la cocina y dejé que Dell se encargara de solucionar la tensión que

generaba el hecho de compartir una cocina entre dos restaurantes cuyos turnos se solapaban.

La nueva escalera de servicio que lleva al Cassie's en el piso de arriba aún olía a madera recién barnizada. Aquella noche suponía un nuevo comienzo. Pensé que era el inicio de una carrera, más que de un trabajo. Desde que había invertido en el negocio, había recibido un curso acelerado de gestión empresarial, y consideraba que aquello era lo mío. En cuanto a dinero y negocios, era capaz de tomar decisiones. En cuanto al sexo, posiblemente también. Y con respecto al amor, no tanto. No había visto a Jesse desde Boxing Day, cuando me dejó en Jackson Square para colaborar en una fantasía. Desde entonces me había concentrado en el trabajo, en abrir el restaurante y que fuera un éxito. Y la verdad, cuando Jesse me dijo que aquella noche tenía a su hijo y no podría acudir a la inauguración, me sentí aliviada. No me apetecía especialmente ver interactuar a Jesse y Will, y no me hacían ninguna falta ni dramas ni distracciones.

La única persona que estaba en el comedor era Will, que me daba la espalda mientras ponía las mesas con las relucientes vajillas y cuberterías. Nunca lo había visto vestido con ese traje: azul marino y con aspecto de ser caro, confeccionado con la clase de tela que te apetecía tocar. Por detrás también se le veía más delgado, más ágil. La última vez que lo había visto vestido con traje fue la funesta noche que fuimos al Latrobe's. ¿Alguna vez había estado más atractivo que entonces?

Quizá esta noche, ahora.

Will se dio la vuelta y mi corazón se encogió al ver la expresión de su cara: alegre, abierta, aunque sin mostrar ninguna reacción ante cómo me quedaba el vestido.

–Hola, Cassie. ¿Te lo puedes creer? Ha llegado la noche de la inauguración –dijo, y con gesto despreocupado volvió a ocuparse de montar las mesas–. Ah, y feliz Año Nuevo.

–Sí. A ti también.

«¿Eso es todo lo que vas a decirme?», quería chillar mientras mis tacones se hundían en los suelos de vieja madera reciclada.

–Estás muy guapo, Will.

–Gracias. Claire ha elegido el traje. Resulta que tiene gustos caros –comentó volviéndose de nuevo hacia mí y alisándose las solapas.

Traté de conjurar algunos de los poderes de mis colgantes: «Coraje. Exuberancia. Confianza». Esa noche los necesitaba todos.

–Bueno, pues ahí vamos –dije apoyando las manos en las caderas.

Desde la cocina subían por las escaleras olores apetitosos: el pollo con mantequilla y la salsa criolla de Dell, sus minitartas de pollo, degustaciones de un guiso de cucúrbita moschata, pinchos de gambas picantes, pan de maíz relleno de *roux* con nueces pecanas y sus bolas de arroz al estilo cajún.

–¿Lo hueles? –preguntó Will.

–Huele a gloria.

Di un paso hacia él y casi juraría que se encogió al verme alargar la mano y decir:

–Felicidades por esta noche. Por la inauguración.

Su mirada se desvió hacia la pulsera antes de cogerme la mano y estrechármela una, dos veces. «Tira de él y dale un beso. Acaba con este distanciamiento, con esta tontería.» Antes de que pudiera reunir el valor, un técnico de sonido corpulento entró cargando un micrófono gigante y un equipo de grabación.

–¿Esto es el Cassie’s? –preguntó sin aliento.

–Sí –contestamos Will y yo al unísono.

–Soy de Action News Nightly.

–Excelente –dijo Will impresionado.

Matilda me había contado que iba a pedir a Solange que mandara a un productor con un equipo para grabar algunas tomas de nuestra inauguración, ¡y ahí estaban!

–Solo me hace falta saber dónde puedo enchufar las luces –dijo el operario en tono impaciente, probablemente cabreado por tener que trabajar en Nochevieja.

Will señaló un enchufe que había junto a la barra. Consulté la hora en mi reloj.

–¡Cielos! ¡Es la hora! Voy a abrir las puertas de entrada.

–Es la hora. Vaya –dijo Will–. Ah, y Cassie... –Desde lo alto de las escaleras, me volví a mirarlo–. Estás... espectacular –añadió llevándose una mano al corazón, y haciendo ver que le temblaban las rodillas.

Mi sonrisa fue involuntaria, y probablemente tan bobalicona y amplia que dejó en nada cualquier *sex-appeal* que pudiera tener con mi vestido. Pero ahí estaba. Necesitaba y deseaba oír eso, y él no me había fallado.

Bajé las escaleras con un vigor renovado y abrí de par en par la puerta principal. Al cabo de un minuto llegaron los primeros clientes, en su mayor parte restauradores locales que querían tomar el pulso a la competencia y probar la comida de Dell. Entre bocados y charlas intrascendentes, yo estaba pendiente de Will, al que nunca se le había dado muy bien hacer de anfitrión. Pero esa noche había algo nuevo en él, cierta jactancia, orgullo y determinación. Ambos lo teníamos, creo. Nos repartimos la sala entre los dos y nos reunimos al cabo de la primera hora de cháchara para informarnos brevemente.

–Creo que va bien –dijo él asintiendo con la cabeza.

–Sí. ¿Y la comida? Los pinchos de gambas vuelan de las bandejas.

–Sabía que triunfarían.

–Dell es un genio.

–No, lo eres tú por insistir en que fuera la cocinera jefa.

Le dediqué otra sonrisa, y de manera instintiva me entraron deseos de cogerle la mano, cuando él apartó su mirada de adoración de mí y todo su rostro se tensó al ver algo por encima de mi hombro izquierdo. Me di la vuelta y vi entrar a Tracina, con su hija Neko en brazos, seguida por su prometido, el único e inigualable Carruthers Johnstone.

«Ya estamos.»

–Ve y salúdalos, Will. Acaba con esto cuanto antes.

–Dame un segundo –repuso él al tiempo que les daba la espalda.

No había visto ni a Carruthers ni a Tracina desde la noche en que nació su hija Neko. Invitarla no había sido una buena idea. Yo lo había propuesto meses atrás, cuando disfrutábamos del subidón de los primeros tiempos de nuestro reencuentro, una noche, en la cama, con los brazos y las piernas entrelazados. Will se mostró tajante: «No. ¿Acaso no podemos disfrutar de un nuevo comienzo sin que el pasado venga a acecharnos? ¿Por qué nuestro futuro tiene que implicar que perdone a Tracina?». »

«No tienes que perdonarla, pero sí que tienes que sentirte a gusto si viene al café. Todos queremos ver al bebé. Al fin y al cabo, ¡lleva el nombre del local!»

La niña se llamaba Rose Nicaud, como el café, que a su vez debía su nombre a la primera mujer emprendedora afroamericana de Nueva Orleans, una esclava que vendía café en un carro que empujaba arriba y abajo por Frenchmen Street. Al final había conseguido ahorrar dinero suficiente para comprar su libertad. El relato de su hazaña estaba escrito en el reverso de todos los menús.

«Para Tracina el café es importante. Sus amigas trabajan aquí, Will. Es hora de hacer las paces, y así todos podremos seguir adelante con nuestra vida.»

«¿Desde cuándo te preocupas por Tracina? ¿Cuándo se convirtió en amiga tuya?»

Era una buena pregunta, y me costó responderla.

«No lo sé. Pasó sin más.»

Era cierto: Tracina y yo éramos amigas. Había empezado con alguna llamada para ver cómo estaba justo después de dar a luz. Los bebés son imanes: atraen a la gente hacia ellos, y aquella niña tenía una fuerza magnética particularmente intensa. Tracina y yo habíamos salido a pasear por Audubon Park, hablando como hacen las amigas, y nadie se alegró más que ella cuando le conté que Will y yo por fin estábamos juntos, en gran parte porque eso la hacía sentir menos culpable por haberlo abandonado por el hombre al que amaba realmente, el padre de su hija.

Pero cuando poco después le conté que Will y yo habíamos roto, se enfadó. Y aún se enfadó más cuando le conté el porqué.

–Pero ¿qué mierda de doble rasero machista es ese? ¿Es que tú no puedes tener un montón de sexo sin que él se sienta amenazado? Si no me odiara a muerte, me presentaría en su casa y le daría en la cabeza con la sartén de hierro de mi abuela.

Hacía tiempo que Tracina había deducido mi implicación en ese «pequeño grupo sexual» al que pertenecían sus mejores amigas, Kit y Angela.

–¿Por qué razón si no quedarían Kit y Angie con vosotras? –dijo sin ninguna malicia, con su más puro estilo franco.

También reconoció que después de que Kit y Angela le hablaran de su participación en S.E.C.R.E.T., les suplicó que la incluyeran, al menos en la parte de las fantasías. Pero le dijeron que no cumplía los requisitos.

–En el tema del sexo, por lo visto lo tengo todo demasiado solucionado. ¿Eso es

malo?

Le dije que no; Tracina era la clase de mujer que todas quisiéramos ser, al menos en lo referente a su relación con el sexo y con su propio cuerpo, que esa noche tenía un aspecto increíble con una nueva capa de exuberancia debida al embarazo que atenuaba sus rasgos afilados. Al verla con Neko en brazos, mientras se balanceaba sobre sus tacones con un vestido corto y brillante, me maravilló lo sumamente atractiva que la hacía la maternidad.

–Ve –le dije a Will, dándole un empujoncito para que la saludara a ella, al bebé y a su prometido.

Tras respirar hondo, Will cruzó la habitación y con gesto resuelto le tendió la mano a Carruthers, no como si fueran viejos amigos o como si fueran a convertirse en nuevos, pero sí con cierta familiaridad, como si se hubieran enfrentado desde lados opuestos en una agria batalla y ninguno hubiera acabado ganando del todo. Luego Will se volvió hacia Tracina y le dio un beso rápido en la mejilla, con la mirada clavada en el bulto que sostenía. Cuando ella abrió la pequeña solapa y dejó a la vista a la pequeña Neko, Will sonrió por primera vez en semanas, una sonrisa auténtica, de oreja a oreja.

En ese momento se me rompió el corazón por él. Otra vez.

Tracina le colocó a la niña en brazos, y él la arrulló y la acunó, sin dejar de sonreír, cosa que aproveché para llevarme a Tracina, liberada del bebé, a un rincón tranquilo.

–Por cierto, ¡estás espectacular de la muerte! –me dijo agarrándome las manos y separándomelas para admirar mi vestido rojo.

–¿Tú crees? Me siento como una impostora.

–¿Qué dices? ¡Es maravilloso! ¿Will sigue comportándose como un capullo? –me preguntó al tiempo que cogía una copa de champán de la bandeja que transportaba un camarero–. Ya me he sacado la leche, así que hoy pienso beber.

–Will se comporta... bueno, ya sabes, como Will.

–¿Quieres mi consejo? Evítalo tanto como puedas. Deja que se acuerde de lo que se está perdiendo.

–Solo somos socios empresariales, Tracina. Nuestra oportunidad ya pasó.

Ella me ignoró.

–A lo que me refiero es a que no estés emocionalmente disponible para él, si lo que quieres es que vuelva contigo.

–Te he dicho que solo somos...

–Sé misteriosa. Siempre ocupada. Vuelve a quedar con hombres. ¿Quién era ese chico con el que saliste el año pasado?

–¿Cuál? ¿El músico o el repostero?

Me miró de reojo.

–Vaya, no sabía que estabas *tan* ocupada.

Las dos nos reímos.

–Te conozco, Cassie. Todo lo que te dices a ti misma sobre Will yo me lo he dicho sobre Carr. Así que te repito: ¿de verdad te gusta alguien? Pues compórtate como si no te interesara.

Ambas miramos a Will. Si fuera posible ver cómo un hombre se enamoraba instantáneamente, tendría la expresión que exhibía el rostro de Will en ese momento: el mundo que lo rodeaba se había evaporado y toda su atención se centraba en el objeto de su afecto. Estaba claro que la niña se regocijaba en su raptó, y sus risas llegaban altas y claras hasta donde nos encontrábamos. Con las manos golpeaba dulcemente la barbilla y la nariz de Will, hasta que de repente se echó a llorar y todo el cuerpo de Tracina se puso en tensión. En ese momento, Will se acercó a nosotras, seguido por Carruthers, al que se le caía la baba.

–Ah, claro, se pone a llorar y hay que devolvérsela a mamá –dijo Tracina.

–Si pudiera ayudar, lo haría –repuso Will, que intercambió a regañadientes el bebé por la copa vacía de Tracina.

–No, no pasa nada. Quiere estar con su madre. Y también le hace falta un pañal limpio.

Tracina se llevó a Neko, que había empezado a desgañitarse, a la sala del personal del piso de abajo y nos dejó a los otros tres allí de pie, incómodos, durante unos instantes.

–Gracias por venir –le dije a Carruthers dándole un golpecito en el brazo.

Su sonrisa era rígida.

–Siempre me alegra poder ayudar a los negocios locales.

Matilda llegó en ese preciso momento, gracias a Dios, y me disculpé ante la incómoda compañía para saludarla, a pesar de la expresión de Will, que sin duda decía: «Ayúdame, no te vayas». Mientras me acercaba a Matilda, mi teléfono vibró en el bolsillo. Un mensaje. De Jesse.

«¿Quieres venir después de la fiesta? Finn está dormido.»

¿Finn? Ah, sí, su hijo. Me maldije por no haber preguntado su nombre hacía mucho tiempo. Antes de que pudiera contestar, Matilda me atrajo hacia ella y me dio un abrazo.

–¿Cassie? Estás espectacular.

–Gracias. Aunque empieza a preocuparme que inaugurar en Nochevieja no haya sido la mejor idea.

Justo en ese momento un nuevo grupo de invitados llegó a lo alto de las escaleras. Antes de que pudiera apartarme de Matilda para saludarlos, Will ya los había alcanzado, e indicaba a unos dónde colgar los abrigos y les mostraba la barra a otros.

–Bueno, a juzgar por la cantidad de gente que hay, parece la mejor idea del mundo.

Matilda se entretuvo un momento en deleitarse con el julepe de menta que nos tendieron en una bandeja. Cogí uno y me lo bebí tan rápido que me produjo un dolor de cabeza instantáneo.

–Te lo has bebido como si fueras una camionera sedienta –comentó al tiempo que levantaba delicadamente una copa de la bandeja.

–Estoy hecha un manojo de nervios –contesté.

–Bueno, no se te ve alterada.

–Tracina también está aquí –explicué–. En el piso de abajo. Con el bebé.

–Estupendo. Me encanta empezar el año perdonando antiguas transgresiones. Es muy bueno para la piel. Por cierto, dentro de poco habrá una oportunidad interesante en S.E.C.R.E.T. He pensado en ofrecértela a ti antes que a nadie.

Arqueé una ceja.

–Podemos hablar de ello mañana –continuó–. Pero creo que será muy divertido.

Angela se acercó a nosotras vestida con un elegante mono, el pelo ondulado y con un recogido estilo años veinte.

–¿Estabas hablando de diversión? –preguntó mientras sacaba la aceituna de su bebida–. Porque la diversión está aquí.

Al cabo de unos minutos, dejé a Matilda charlando con Angela y fui a echar un vistazo al piso de abajo. Encontré a Tracina en la cocina, deleitándose con los deliciosos platos de Dell, y a esta y a Maureen deleitándose con el delicioso bebé. Sonreí al ver la escena. Todo parecía estar en su lugar, solucionado, lleno de amor y promesas después de todos los secretos y las mentiras. De repente sentí unas ganas desesperadas de estar junto a Will, y cuando me marché para volver arriba, me sorprendió encontrarme que en la fiesta estaban en plena cuenta atrás para la medianoche. Las parejas comenzaron a juntarse en la oscuridad. Miré a mi alrededor y al final distinguí a Will, que gesticulaba como un loco hacia mí.

¿Me había estado buscando?

Respiré hondo y crucé la habitación, que se me hizo eterna, nerviosa, maldiciendo los montones de gente, recordando el día en que éramos solo nosotros dos, aquella primera vez sobre el viejo colchón raído después del espectáculo de burlesque, y luego esa otra ocasión, no hacía tanto tiempo, sobre un colchón distinto en esa misma habitación.

«... DIEZ, NUEVE...»

Decir que el breve trayecto hacia él constituyó una experiencia extracorpórea no sería una exageración.

«... CINCO, CUATRO...»

La expresión de su rostro era tan expectante, su sonrisa se abría tanto a mí...

«... TRES, DOS...»

«... ¡UNO!»

Aterrillé junto a Will en el preciso instante en que una lluvia de luces caía sobre nosotros, tan brillantes e intensas que tuve que usar mi mano a modo de visera para protegerme la vista. ¿Qué demonios era aquello? ¡Ah, claro! El foco de la cámara. Era

para la entrevista. Will me había llamado para reunirme con él no porque quisiera darme un beso de Año Nuevo, sino para la entrevista con la productora televisiva, una chica insoportablemente guapa y joven.

–Cassie, ¡feliz Año Nuevo! Encantada de conocerte –dijo la productora, colocándose bien las gafas hipsters de pasta.

Will y yo nos quedamos uno junto al otro, rígidos como la pareja de *American Gothic*, mientras la cámara rodaba un plano de la multitud a oscuras y luego se centraba en nosotros.

–Juntaos un poco –gritó la productora por encima de la algarabía general.

Will me rodeó con el brazo en un gesto incómodo. Yo le miré a los ojos, pero él mantuvo la mirada clavada en la chica. Curvé mis labios en una tensa sonrisa.

–Bueno, estamos grabando. Cuéntanos dónde nos encontramos hoy, Will –chilló ella.

–Estamos en la inauguración de nuestro nuevo restaurante, el Cassie's, un exclusivo establecimiento de comida casera en Frenchmen.

–Me han dicho que le pusiste el nombre en honor a esta encantadora mujer que está a tu lado. Debe de ser muy especial.

–¡Cassie es mi socia! –repuso él dedicándome una mirada jocosa, como la que le dedicarías a una hermana o a una compañera de clase–. Es dueña de la mitad del negocio, ¡así que no tuve otro remedio!

Ja, ja, ja. ¿Qué?

–Cassie, ¿cómo te sientes hoy? –preguntó la productora colocando el micrófono frente a mí.

Yo lo miré durante un segundo al tiempo que me aclaraba la garganta.

–Nerviosa. Emocionada... –De repente, fui incapaz de seguir hablando. Una sensación funesta me recorrió el cuerpo. Agarré el micrófono con ambas manos y me lo acerqué a la boca–. Estamos convencidos de que el Cassie's es exactamente lo que Frenchmen Street necesita en este momento. Es un sitio cálido, atractivo, un local que combina lo mejor de la comida tradicional sureña con algo de glamur. Nuestro menú le da un nuevo giro a la hospitalidad sureña. Y me enorgullece decir que nuestra carta de vinos es increíble. Medio estadounidenses, medio franceses, igual que esta ciudad.

–Y de vez en cuando habrá actuaciones en directo –añadió Will, con el brazo todavía por encima de mis hombros.

Después de que la productora nos diera las gracias y bajara el micro, el foco de la cámara se apagó y Will dejó caer el brazo rápidamente.

–Perfecto, Cassie. Me has dado la toma que necesitaba –dijo la productora–. Muchas gracias a los dos. Me voy enseguida para poder tener esto preparado para el resumen de la una.

–No. Quédate a tomar algo –insistió Will–. Seguro que tu equipo puede llevarse la cinta, y así te quedas para un brindis.

–¡Claro! –dije intentando mostrar el mismo entusiasmo que Will–. ¡Quédate a tomar una copa!

–Bueno, me imagino que como es Nochevieja... –aceptó sacándose las gafas.

Luego se volvió hacia el cámara y le dio instrucciones para que volviera a la cadena sin ella.

–¡Genial! Deja que te traiga una copa de champán –dijo Will–. Y Cassie, también insisto en ocuparme yo del cierre. No hace falta que te quedes hasta el final. Llevas aquí desde la mañana.

El alma se me cayó aún más a los pies. Apenas había sido capaz de tocarme durante la entrevista y ahora trataba de deshacerse de mí para poder ligar con una productora jovencita y adorable.

–¿Seguro que no te importa? –le pregunté sin alterarme.

–En absoluto –contestó.

–Genial. Gracias –contesté apartándome de ellos.

–La noche de Fin de Año deberías estar con tu novio. Además, la fiesta ya está decayendo.

¿Era dolor, rabia o, aún peor, antipatía lo que percibí en su voz? No me quedé a comprobarlo. Lo dejé con la guapa productora y di una última y dolorosa vuelta por la sala. Luego saqué el móvil y escribí a Jesse.

«Deja la puerta abierta. Ahora voy.»

En una ocasión, Matilda había dicho que la seña de identidad de la madurez consistía en saber cuándo marcharse. De repente, me sentí muy madura.

La puerta de Jesse estaba cerrada sin llave cuando llegué. La abrí poco a poco y me quité con cuidado los zapatos brillantes de tacón en el vestíbulo a oscuras, antes de lanzar el abrigo sobre el respaldo de un sillón. Avancé en silencio hasta la habitación de Jesse, con la pulsera de S.E.C.R.E.T. pegada a la cintura para que el leve tintineo no se extendiera por el pasillo. Al ver la luz encendida por debajo de la puerta, pensé que aún estaría despierto. Pero ¡sorpresa!, al abrirla me encontré a Jesse dormido y a su hijo Finn con las piernas, sorprendentemente largas, extendidas sobre el muslo de su padre, ambos roncando ligeramente. Como yo no solía tratar con niños, no podía compararlo con nadie, pero por su tamaño parecía tener seis o siete años. Era una escena conmovedora, demasiado conmovedora para interrumpirla, así que cerré la puerta y regresé de puntillas al recibidor, cogí mi abrigo y me lo puse de nuevo. Ya fuera en el porche, saqué el móvil del bolsillo y volví a llamar al taxi que acababa de dejarme. Mientras esperaba en los escalones no podía dejar de temblar. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía otro mensaje, este de Will.

«No te he visto marcharte. Ha sido una gran noche, Cassie. Gracias por estar a mi lado. Nos vemos mañana. Beso. W.»

El corazón me dio un vuelco al leer «beso». Me sentí como una adolescente tonta, agarrándome a cualquier pequeña señal de que le gustaba a un chico. ¿Qué hacía

acurrucada en un porche oscuro en medio de una noche fría agarrándome a un «beso»? Porque los momentos difíciles lo son más cuando los tienes que pasar sola, pero aún es peor que te suceda algo bueno y no tener a nadie con quien celebrarlo. Con lo bien que habría estado brindar con Will por el Año Nuevo, en *nuestro* restaurante, después de que todo el mundo se marchara: un par de copitas de coñac, un beso en la oscuridad...

–Hola.

Di un respingo. Era Jesse, sin camisa, con un pantalón de pijama ancho que le colgaba del esbelto torso y rodeándose con fuerza el cuerpo con los brazos.

–Lo siento, encanto. Me he quedado dormido y Finn debe de haberse metido en mi cama. He intentado que abandone esa costumbre.

–No pasa nada. Vuelve adentro; hace frío. He llamado a un taxi para que venga.

–Lo meteré otra vez en su cama –susurró él inclinándose para rodearme con sus brazos y acariciarme el pelo con la nariz.

Le recorrió un estremecimiento y le froté los brazos con vigor.

–Podría volver a despertarse –repuse–. No quiero que sea así como nos conocamos. Ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta hoy. Finn. Es bonito. Me gusta.

–¿Seguro que no quieres esperar dentro?

–No. Estoy bien.

–Te llamo dentro de unos días –se despidió, y me besó en la nuca antes de meterse de nuevo en casa.

No pude por menos que reírme.

Al cabo de unos minutos, con la cabeza apoyada en la ventanilla fría del taxi, tomé otra decisión: no iba a permitir que mi vida girara alrededor de un hombre, de ningún hombre. Me dedicaría al Cassie's, lo cual no se refería solo a mi trabajo sino también a mi inversión, mi vocación, mi futuro, mi vida. También iba a aceptar lo que me había propuesto Matilda, fuera lo que fuese. A partir de esa noche, el trabajo iba a ser lo más importante. Velaría por mis propias pasiones. Se acabó lo de centrarme en un hombre.

Una vez en casa, lancé mi vestido rojo sobre el respaldo de una silla de la cocina, demasiado cansada para colgarlo, y me dejé caer en la cama. *Dixie* no tardó en reunirse conmigo, no en busca de amor o afecto, sino tan solo de un cuerpo cálido, cosa que me parecía perfecta.

SOLANGE

Enero fue un torbellino de trabajo y viajes en coche arriba y abajo. El negocio de comida de Julius estaba despegando y ahora era su horario el que marcaba las prioridades. Pero la llegada de febrero supuso el punto de partida hacia el Mardi Gras, y el pobre Gus se encontró en más de una ocasión dibujando en la mesa de cristal de mi despacho, matando el tiempo después de la escuela hasta que su padre pudiera recogerlo. Tuve que tragarme mis quejas porque durante años Julius había tenido que hacerse cargo de él mientras yo investigaba alguna noticia o tenía que hacer guardias de vigilancia que se alargaban más de lo esperado.

—¿Por qué tarda tanto papá? Me aburro —me dijo mientras jugaba con mi móvil en mi despacho, harto ya de los libros para colorear.

—Siento que te aburras, cariño —le contesté mirando por encima de la media docena de jarrones con flores que se acumulaban en mi escritorio—. Tienes unos padres muy ocupados que lo hacemos lo mejor que podemos.

¿Lo estábamos haciendo lo mejor que podíamos? Su padre estaba ocupado intentando levantar un nuevo negocio y su madre trataba de recuperar su vida sexual. Noté una fría oleada de culpa maternal extenderse por mi cuerpo.

Consulté la hora en mi reloj de pulsera. Matilda y yo teníamos una celebración esa noche. Mi noticia sobre los terrenos del puerto, la que habíamos lanzado el año anterior y que había acabado con un buen puñado de políticos en la cárcel, había sido nominada para un Emmy local esa misma mañana. Más bien era yo la que estaba nominada, de ahí todas aquellas flores.

En ese momento, Julius apareció por la esquina de mi despacho con un ramo de rosas amarillas.

—¡Hola! Siento llegar tarde. He oído lo de la nominación en la radio. ¡Bien hecho, Solange! —dijo con una sonrisa.

Cuando lo abracé, me levantó por los aires con una familiaridad que hizo que varias personas de la redacción volvieran la cabeza para mirar.

—Sí, bueno, gracias —contesté mientras él me dejaba de nuevo en el suelo.

Me remetí la camisa por dentro de la falda.

—Vas a ganaaaaar —canturreó Gus.

—¿Cómo estás tan seguro, enano? —le pregunté mientras Julius recogía la chaqueta de su hijo, la mochila y varios juguetes desperdigados por el suelo de mi oficina, y yo le cogía el móvil de las manos.

—Porque eres la Formidable Solange Faraday —repuso él.

Julius me arqueó una ceja.

—Ah, ya veo —dije, no muy segura de si lo decía como un cumplido.

Era cierto que cuando quería algo, iba por ello a cualquier precio; le había enseñado a mi hijo que aquella era la forma de alcanzar el éxito. ¿Estaba mal ser formidable?

–Muy bien, vámonos, cariño –declaró Julius, que no quería alargar el tema de la ambición ni un segundo más–. Te veo dentro de unos días, Solange. Intenta pasártelo bien esta noche. Suéltate el pelo. ¡Diviértete!

–Lo haré, gracias –contesté, y me despedí de Gus con un beso.

Me entraron ganas de decir: «Mi vida no es solo trabajo, Jules. También juego. De hecho, después de la cena de celebración, que reconozco que en parte es trabajo, me espera un poco de diversión. Más de la que podrías imaginar que soy capaz de disfrutar». Pero el hecho de estar nominada por aquella noticia había despertado mis ganas de hacer otra muesa en mi cinturón periodístico, una que esperaba que Matilda me ayudara a tallar.

A aquellas alturas teníamos ya nuestra propia mesa en el Tracey's, una para dos en una esquina cerca de la zona de camareros, delante de la cocina. Matilda me esperaba con otro ramo de flores –cuatro peonías enormes, mis favoritas– y dos copas de champán. Por mucho que disfrutara las fantasías y esperara las que estaban por llegar, también apreciaba la recién descubierta camaradería femenina. Antes de S.E.C.R.E.T., no tenía ni idea de cuánto la echaba de menos. Y como Matilda eran tan lista, estimulante y sincera, su compañía era particularmente bienvenida. Tenía mucho en común con Marsha Lang, exceptuando todas las preocupaciones sobre mantenerse en lo más alto con el mejor aspecto posible.

–Felicidades, cielo –dijo entrechocando su copa con la mía–. Por que destapes más grandes noticias de esta ciudad.

«Más grandes noticias.» Sí. Aquello me daba pie para lo que quería hablar con ella.

–Ya que hablamos de grandes noticias, ¿sabes cuál sería mi logro soñado, la persona a la que de verdad me gustaría entrevistar?

–¿Michelle Obama?

–No, me refiero a nivel local.

–¿Quién?

–Pierre Castille, el multimillonario de Bayou. ¿No crees que sería fascinante?

–Me imagino que es un hombre ocupado.

Su cara de póquer era increíble. Desde que había visto cómo echaban a Pierre borracho de la gala de recaudación de fondos de S.E.C.R.E.T., estaba convencida de que existía alguna clase de vínculo entre la organización y él. Pero Matilda no me desvelaba nada. Al darme cuenta de que andarme con rodeos no daba resultado, dejé los cubiertos y junté las manos. Después de veinte años trabajando de periodista, había aprendido que en ocasiones hay que poner las cartas sobre la mesa.

–Matilda, sé que conoces a Pierre Castille. Y que tenéis algún tipo de relación comercial. Es más, creo que sabes cómo ponerte en contacto con él.

Me estudió con una expresión sosegada.

—¿Qué es lo que te fascina tanto del señor Castille?

—Te lo he dicho. Es un pez gordo, un hombre poderoso en una ciudad donde vive mucha gente sin ninguna clase de poder. Y es escurridizo. Ninguna otra cadena de noticias lo ha entrevistado, así que podría colgarme una medalla. Y me gustaría hacerle algunas preguntas sobre sus planes para unos terrenos de los que es propietario y sobre cómo su fortuna podría usarse mejor para...

Matilda dejó escapar un suspiro.

—Era uno de nuestros reclutados, Solange. En S.E.C.R.E.T. Estoy segura de que ya lo sospechabas.

Sí lo sospechaba, pero aun así traté de disimular mi asombro.

—¿De verdad? ¿Y qué pasó?

—Sin entrar en muchos detalles, llevó a cabo algunos ardides que dejaron a nuestra organización en una situación comprometida, tanto económicamente como por lo que se refiere a nuestro anonimato. El año pasado se comportó de manera fraudulenta, casi delictiva, con una candidata. Así que sí, teníamos una relación comercial con el señor Castille. Pero no salimos ilesas de esa asociación, querida. Nadie lo hace. Ni siquiera, sospecho, la Formidable Solange Faraday.

En un mismo día dos personas cercanas a mí me habían llamado «formidable». En esta ocasión, sin embargo, me di cuenta de que no era un cumplido sino una advertencia que procuré ignorar.

—No estoy segura de entenderte. Si S.E.C.R.E.T. tenía problemas económicos, ¿por qué el año pasado vuestra organización renunció a quince millones de dólares?

—Era dinero de Pierre —contestó Matilda, y a continuación me explicó cómo Pierre había comprado fraudulentamente un cuadro que debía haber financiado a S.E.C.R.E.T. durante varios años—. Si nos hubiéramos quedado el dinero, se habría convertido de manera efectiva en nuestro benefactor. Y eso era precisamente lo que él quería: tenernos bajo su control. No podíamos aceptarlo.

Con todo aquello podría crearse una noticia escandalosa, llena de intrigas, sexo y un trato viciado de quince millones de dólares.

—Bueno, debo prevenirte que voy a solicitar una entrevista con él —dije—. Pero evitaré cualquier tema que pueda... irritarlo.

Si existía una forma de dejar al descubierto a Pierre sin perjudicar a nadie de S.E.C.R.E.T., en especial a mí misma, quería encontrarla.

—Solicitar la entrevista y que te la conceda son dos cosas distintas —señaló ella—. Es difícil engatusarlo para que salga de su agujero.

Matilda se bebió el resto del champán y luego meneó la cabeza como si quisiera sacudirse los malos recuerdos. La sesión de indiscreciones había terminado oficialmente.

—No quiero dedicarle ni un minuto más a ese hombre. Porque tú, querida, tienes mucho más que celebrar. Al fin y al cabo, tu noche acaba de comenzar —añadió haciendo señas para que nos trajeran la cuenta.

¡Por supuesto! Por un momento me había olvidado del otro propósito de nuestra cena: en aquel momento empezaba la fantasía de mi paso cuatro.

–¿Lista?

Eché un vistazo al abarrotado bar deportivo.

–¡Más que nunca!

Matilda metió una mano en el bolso y sacó el juego de llaves de un coche. Miré el logo y me eché a reír.

–¿Estás de coña? ¿Un Rolls?

Dejó caer las llaves en mi palma.

–Aquí tienes: un Rolls-Royce Phantom. Puedes disponer del coche durante veinticuatro horas. El GPS está preprogramado. Basta con que pulses «Ir» en el menú principal y sigas las indicaciones.

–Es un pedazo de coche. ¡Demasiado para mí!

–Es mucho coche. Si algo somos es generosas. Pero te hará falta... el espacio.

«Vale.»

–Y ¿qué es lo que busco exactamente?

Matilda miró a su alrededor y se inclinó hacia mí.

–Ya lo sabrás –susurró.

Le di las gracias y me despedí, y de camino a la puerta hice girar el llavero alrededor del índice.

El Rolls estaba aparcado justo enfrente del Tracey's, en Magazine Street. Algunos fumadores que apuraban sus cigarrillos en la calle, todos hombres, oyeron el bip al abrirlo con el mando. Un silbido largo y lento me acompañó mientras lo rodeaba pavoneándome hasta la puerta del conductor y me escurría dentro a tiempo de evitar la lluvia. Nunca sabré si el silbido era por mí o por el coche, pero tampoco me importó.

En el interior, los asientos de cuero color mantequilla y el olor lujoso a coche nuevo me dieron un subidón momentáneo. Busqué a tientas el mando del limpiaparabrisas y encendí el GPS. Una dulce voz femenina me indicó: «Por favor, siga la ruta señalada». Me abroché el cinturón de seguridad, puse en marcha el vehículo y emprendí mi camino, mientras los tres colgantes de mi pulsera tintineaban cada vez que giraba el volante forrado.

La voz del GPS resultaba relajante, sensual. Las indicaciones me alejaron del centro, fuera de la ciudad, más allá del parque y hacia la carretera 90. Cada lluvioso kilómetro que dejaba atrás me alejaba de las preocupaciones del trabajo. Ya encontraría la manera de conseguir la noticia sobre Pierre en otro momento. Esa noche era para mí. Tenía ganas de decir: «¿Ves, Julius? Mi vida no es solo trabajo y nada de placer. Es posible tener las dos cosas. Es posible».

Dejé vagar mis pensamientos. Tal vez estuviera dirigiéndome a algún motel apartado.

O a una mansión remota cerca de Slidell, donde un atractivo desconocido me estaba preparando una bebida. Lo único que sabía era que los acontecimientos del día, en especial la nominación, me habían puesto... bueno, cachonda, así que iba a permitirme disfrutar de aquella fantasía. Al fin y al cabo, la de esta ocasión estaba relacionada con la generosidad.

En algún lugar cercano a la reserva natural de Bayou Savage, la carretera se transformó en Pontchartrain Drive. Si no hubiera sido por la lluvia torrencial, habría disfrutado de mi creciente excitación. Pero hacía tan mal tiempo que en medio de una curva particularmente abrupta tuve que reducir la velocidad, pues la visibilidad no alcanzaba más allá de unos centenares de metros. Empecé a experimentar «pánico maternal», esa sensación de que no debía correr riesgos porque lo que estaba en juego era algo más que mi propia vida, pese a lo mucho que deseaba aceptar aquel paso. Me imaginé las noticias: «... y nadie sabe por qué la presentadora local de las noticias, Solange Faraday, conducía un Rolls-Royce alquilado por las afueras de la ciudad en esta noche fría y lluviosa...».

Estaba a punto de dar media vuelta cuando tropecé con un bache de la carretera y la parte delantera derecha se hundió instantáneamente. Cerré las manos con fuerza sobre el volante y pisé el acelerador, para poder bajar por un camino lateral de grava. A duras penas conseguí parar en la cuneta. Para entonces llovía a cántaros, pero dejé los faros encendidos y me eché el impermeable por encima de la cabeza para comprobar los daños. Como era de esperar, la rueda derecha delantera estaba pinchada.

«Mierda, mierda, me cago en la puta.» Adiós a mi paso cuatro, pensé, al tiempo que me hundía en el asiento delantero y sacaba el móvil. Pulsé el número de marcación rápida de la aseguradora del coche.

Nada.

—No puede ser —murmuré.

No había señal. Estaba en una zona sin cobertura.

Segundos después, la cosa pasó de estar complicada a dar miedo: unos faros se acercaban por detrás, cada vez más, hasta que pude distinguir el frontal de una vieja *pick-up* blanca.

Más allá del parabrisas la oscuridad era total. A mi espalda, la única luz procedía del reflejo de los faros de la furgoneta sobre la carretera mojada. Oí que apagaba el motor y vi la silueta del conductor bajar y cerrar la puerta. Era un hombre, que se acercó corriendo a mi coche bajo la lluvia. «Mierda.»

Pulsé el botón para cerrar el seguro de las puertas.

Toc, toc, toc.

—¿Va todo bien? —gritó el conductor a través del cristal mojado.

No distinguía su cara, pero tenía los antebrazos y las muñecas cubiertos de vistosos tatuajes negros. El contraste con su piel pálida me provocó un escalofrío.

—Estoy bien —grité—. Se me ha pinchado una rueda. Enseguida llegará alguien.

¡Gracias! ¡Adiós!

Él vaciló y volvió el torso, la única parte de su cuerpo que quedaba a mi vista, a izquierda y derecha, calibrando la oscuridad que ahora nos envolvía a los dos. Su cabeza quedaba por encima del coche y tenía la camiseta blanca empapada, pegada a los músculos, y a través de la tela cada vez más translúcida se le veían más tatuajes.

–De acuerdo, solo quería asegurarme –chilló a través de la ventana–. Pero no quiero dejarte aquí sola. Esperaré en la furgoneta a que llegue alguien. ¡No te preocupes!

«Oh, Dios. ¿Piensa seguirme cuando logre largarme de aquí? ¿Cuánto queda hasta Mandeville?»

Lo miré por el retrovisor trotar de vuelta a su *pick-up*, empapado hasta el punto de que los tejanos le colgaban de la delgada cintura. Puse en marcha el motor y encendí la calefacción, preparada para arrastrar el Rolls hasta el lugar habitado más cercano cuando lo vi pelearse con su puerta. Al cabo de unos segundos, corrió hacia el otro lado del coche y trató de forzar con todo el cuerpo la del acompañante.

«Esto no está pasando. ¿Por qué está pasando esto?»

Se interrumpió y se quedó pensando unos tres segundos antes de volver corriendo hasta mi coche, derrotado, rodeándose el cuerpo con los brazos.

«Vete. Vete, Solange. Así es como la gente acaba asesinada. Se comportan de forma estúpida. No reaccionan con suficiente rapidez.»

Toc, toc, toc.

–Perdona que vuelva a molestarte –gritó–. ¡He cerrado la furgoneta con las llaves dentro!

–Lo lamento –grité metiendo el cambio de marchas en la posición de conducción.

–¡Espera! ¡No tengas miedo! Soy inofensivo: ¡un amante, no alguien peligroso! De hecho... Mierda, de acuerdo: si aceptas el paso, cabe la posibilidad de que no pille una neumonía.

Me embargó una sensación de alivio y me recliné en el asiento, con el motor todavía en marcha.

–Se suponía que tenía que preguntártelo más tarde –gritó–, pero creo que te estoy asustando. ¡No soy una amenaza, te lo juro! ¿Puedo...?

–¡Claro! ¡Sí, entra! –grité desbloqueando los seguros.

Rodeó el coche a grandes saltos hasta el lado del acompañante, abrió la puerta y se dejó caer en el asiento, salpicándome de agua.

–Soy un idiota –dijo con una sonrisa–. No puedo creer que me haya dejado las llaves dentro de la furgoneta. Y el abrigo. Y sin cobertura en el móvil. Y ahí fuera hace un frío que te mueres. –Colocó las manos por encima de los ventiladores de calefacción del salpicadero–. No hay fantasía en que no la cague.

La lluvia empezó a amainar.

–¿Entonces? –preguntó frotándose las manos con energía.

–Entonces ¿qué?

–El paso... ¿lo aceptas? Sé que mi aspecto no debe de ser muy apetecible, así que si te lo has repensado lo entenderé.

En eso se equivocaba. No me había repensado nada. Me había percatado del modo en que sus tejanos mojados se ceñían alrededor de su esbelta cintura y cómo la camiseta mojada se pegaba a un torso bien torneado cubierto de tatuajes. Por lo general no lo habría considerado mi tipo, pero había algo endiabladamente dulce en aquel chico. Y era divertido. La chica que se enamorara de él tendría un buen problema.

Oí cómo le castañeteaban los dientes.

–Estás helado.

–La verdad es que sí.

–Vale. Acepto el paso, aunque solo sea para hacerte entrar en calor.

–Joder, gracias a Dios. ¡Bien! Muy bien, sube la calefacción. Necesito activar mi circulación antes de ponerte las manos encima.

«Ahí vamos.»

–La idea era que todo esto fuera mucho más sensual. Se suponía que tenía que seducirte en una gasolinera. La chica del GPS estaba a punto de avisarte de que se estaba acabando el combustible, ¿verdad?

Miré el indicador de la gasolina y sin duda el depósito estaba casi vacío.

–Y cuando pararas en la gasolinera cerca de Mandeville y te dieras cuenta de que habías perdido la billetera, yo me ofrecería a pagar y...

–¿Mi billetera?

–No te preocupes; la tiene Matilda. Te la cogió en el restaurante. Y el depósito no está vacío: he manipulado el indicador. Pero entonces se te ha pinchado la maldita rueda, y eso no estaba previsto. Hablando de ello... mira en el capó –me pidió adoptando de pronto una actitud resolutiva–. ¿Tienes algo de abrigo?

Abrió la guantera mientras yo cogía mi impermeable del asiento trasero.

–¡Sí! –exclamó–. Es la primera vez en la puta historia que hay de verdad un par de guantes en la guantera. Quédate aquí sentada, encanto. Cuando acabe con la rueda, empezaré contigo. Confía en mí. Esta fantasía no ha terminado.

Resultaba adorable. Tardó menos de diez minutos en cambiar la rueda, e insistió en que me quedara calentita dentro del coche. Al terminar, encontró unos trapos reutilizables Handi Wipes debajo del asiento delantero y se limpió los dedos antes de volver a frotarse vigorosamente las manos delante de los ventiladores de la calefacción.

–Hecho. Ya puedes conducir. Ahora yo seré tu GPS, cielo. Solo tienes que ir poco a poco, necesito entrar en calor.

Puse la marcha y me aparté de la cuneta. Él volvió a inclinarse hacia mí y descansó

una mano en mi rodilla. Me estremecí, no por rechazo sino debido al frío. ¡Pobre chico! Empezó a frotarme la parte interior del muslo, robándome calor y generándolo para mí.

–No solo estás caliente, también estás muy buena –murmuró.

A continuación, desplazó los dedos hasta el borde de mis bragas y ahogué un grito. Él se detuvo, esperando recibir una señal, con la boca en mi oído. Me retorcí y me moví un poco sin decir nada para que pudiera introducir los dedos por debajo de la cintura de mis bragas.

«Sí.»

–¿Alguna vez te has preguntado cómo sería tener un orgasmo mientras conduces a cien kilómetros por hora? –susurró.

–¿Es posible hacer eso?

–Todo es posible en este coche. Conmigo.

Puso una mano entre mis piernas y echó mi asiento hacia atrás, de modo que aún pudiera alcanzar el pedal del acelerador y el del freno. Con la espalda apoyada en el cálido asiento, noté cómo sus dedos reseguían mis pliegues, húmedos al pensar en lo que vendría. Dejé escapar un suspiro involuntario, deseando cerrar los ojos, pero tenía que mantener la mirada en la carretera.

–Ahora quítate ese zapato –susurró– y dobla la rodilla izquierda apoyándola en la puerta.

Liberé el pie izquierdo del zapato y levanté la rodilla, de modo que la falda se me enrolló por encima de los muslos hacia la cintura. Él agachó la cabeza hasta que acabó prácticamente en mi regazo. Me besó en la parte interna del muslo mientras me apartaba las bragas con la mano. Bajó aún más la cabeza y apoyé una mano en su pelo húmedo. Por un breve segundo, noté su aliento en el clítoris mientras su lengua jugueteaba con él. La lluvia, que había caído a cántaros sobre la carretera oscura, había amainado. Todo mi cuerpo vibró mientras su lengua llevaba a cabo un pequeño baile y sus dedos empujaban suavemente deslizándose dentro y fuera de mí ¡mientras yo conducía! Me concentré en la carretera que se extendía frente a mí y bajé la ventanilla para mantenerme alerta. Él me lamía al tiempo que me follaba con el dedo. Nunca había sentido un ansia tan deliciosa: la adrenalina de la velocidad y la cara de ese hombre entre mis piernas, frotándome con la lengua mientras atravesábamos la noche.

Al llegar a una amplia curva, se interrumpió y levantó la cabeza.

–Gira en la próxima carretera secundaria y acelera –dijo introduciendo los dedos hasta lo más hondo de mí mientras bajaba de nuevo la boca para fascinarme un poco más.

El reflejo de las luces del salpicadero jugaba con su pelo; yo deseaba sentir dentro de mí a aquel hombre delicioso, y lo deseaba ya. Los focos iluminaron un cruce y puse el intermitente, aunque nadie pudiera verlo, para girar hacia una carretera oscura bordeada de árboles, mientras el coche levantaba la grava del suelo. Por un momento me entró pánico al pensar en arañazos y abolladuras, pero aparté esos pensamientos de mi mente al tiempo que subía el volumen de una emisora de radio de jazz sensual.

–Quiero sentirte más –susurró él.

Se apartó de mí y luego se arqueó y se inclinó al emprender la difícil y casi cómica tarea de quitarse los tejanos mojados de las piernas frías y sacar un condón. Sonaba como un hombre luchando con otro dentro de una cabina telefónica. Y, sin embargo, cuanto más ropa se quitaba más me excitaba yo, lo cual fue toda una revelación para mí. Tal vez tuviera más propensión a excitarme visualmente de lo que creía.

Él alargó el brazo para cogerme la mano derecha y la colocó sobre su pecho frío.

–Para el coche y apaga las luces del salpicadero, Solange. Voy a necesitar que me calientes todo el puto cuerpo –añadió echando su asiento hacia atrás.

Pisé el freno y me deslicé hacia el arcén de la carretera vacía. Una vez aparcado, apagué las luces del salpicadero, aunque dejé el motor encendido por la calefacción. Desplacé una mano por su estómago y la palma de mi mano entró en contacto con su erección. Aquel hombre estaba bendecido. O a lo mejor era yo la que lo estaba. Se colocó un condón en el glande y lo desenrollé a lo largo de su gruesa polla, calentándola por el camino. Él se echó hacia arriba al notar mi contacto, gimiendo de placer. Miré por el parabrisas. La carretera estaba vacía y oscura; no se veía una luz a kilómetros. Él tenía las manos en la nuca mientras lo observaba todo.

–Quítate las bragas –me ordenó–. Me la has puesto durísima.

Mientras me las quitaba frenéticamente y me levantaba la falda hasta la cintura, lo único que podía pensar era: «¿Qué me está pasando? Este joven descarado se mete en mi coche y me lo come todo mientras conduzco, ¿y ahora me muero de ganas de tenerlo dentro de mí?».

Al pasar por encima del reposabrazos central me di cuenta de lo mojada que estaba; apreté mis pechos contra el suyo mientras rozaba el techo con la cabeza a pesar de que él había echado su asiento hacia atrás casi noventa grados. Me agarró y con un dedo hizo que me saliera aún más flujo. Bajé la mirada y contemplé cómo me separaba las piernas y la punta de su polla me besaba y se metía levemente en mí mientras mis rodillas se hundían en el asiento. Me dejé caer sobre él y oh, Dios, qué sensación más exquisita, sus manos agarrándome las caderas. Lo ceñí y lo apreté mientras él me llenaba por dentro.

Deslizó la mano hacia mi nuca, me agarró del pelo y acercó mi boca a la suya. Me besó largamente, con dulzura, mientras me embestía primero con suavidad, sus músculos ondulándose debajo de mí. Pero entonces se convirtió en una máquina, haciendo oscilar sus caderas, flexionando los abdominales, embistiéndome con mis rodillas ahora dobladas sobre su torso, follándome con fuerza hacia arriba, de modo que tuve que apoyar las manos en el techo del coche para no golpearme con la cabeza.

Con las dos manos me desabotonó la blusa y me desabrochó el sujetador, y mis pechos quedaron liberados bajo el encaje de las copas. Él los cogió con las manos, convertidos los dos en una maraña de dedos y pechos y encaje mientras follábamos maravillosamente, entrando primero un poco y luego hasta el fondo, y luego más hasta el fondo aún. Su boca encontró un pezón y lo succionó mientras me miraba a los ojos. Me recorrió una oleada de placer inconcebible. Subió una mano entre mis pechos hasta la garganta y me rodeó el cuello. Con el otro brazo me cogió de la parte baja de la espalda y

me acercó a él. Sus embestidas denotaban cada vez más urgencia, los gemidos se multiplicaron. Estaba a punto y yo iba a adelantarme; mi orgasmo era una bola prieta cuyo centro era mi clítoris palpitante, y notaba cómo se acercaba. Presioné el techo del Rolls con mis manos, follándolo hacia abajo contra el asiento de cuero, obteniendo placer de su polla hasta que fui incapaz de detenerme. Me corrí con un grito en medio de la oscuridad de la noche mientras compartíamos el calor de nuestros cuerpos.

–¡Oh, Dios! –grité.

–Joder, sí –dijo él al tiempo que aceleraba el movimiento de sus caderas.

Hasta que se corrió, marcando mi piel con sus dedos con cada latido de su polla mientras se vaciaba dentro de mí, deslizándose dentro y fuera, y dentro, y luego fuera, mientras se calmaba.

–Santa María madre de Dios –dijo sin aliento, su voz una octava más baja.

–Ni que lo digas –murmuré deslizándome para salir de él.

Rodé de nuevo hasta mi asiento y me bajé la falda a regañadientes. Me quedé allí tendida, regodeándome en la sensación de estar completamente desarreglada después de un excelente polvo. No me importaba que mi carne estuviera al descubierto, mis pechos asomando por encima del sujetador desabrochado y la blusa abierta. Necesitaba recuperar el aliento.

–Vaya, ha sido... estoy... –Era incapaz de acabar la frase.

Al cabo de unos minutos, con el sujetador en su sitio, la blusa abotonada, la falda alisada, me arreglé el pelo y me limpié el lápiz de ojos que se me había corrido en el fragor de nuestro sudoroso intercambio. Encendí el Rolls, metí la marcha y di media vuelta en dirección a la carretera donde había dejado su furgoneta.

–¿Quieres que llamemos a una grúa para que te abra el coche? –le pregunté–. No me importa esperar hasta que llegue.

–Eres muy generosa –dijo él al tiempo que se ponía los tejanos y sacaba un juego de llaves del bolsillo–. Pero estoy bien.

–Así que todo era...

–Sí, era un juego para ver tu empatía.

Le di un golpe en el brazo.

–¡Estaba desesperado! Ah, esto es para ti –añadió sacándose el colgante del paso cuatro del mismo bolsillo. Lo sostuvo frente a mí, cogido entre el pulgar y el índice: «Generosidad».

–Gracias –dije sintiendo que no lo merecía–. La verdad es que al principio no me sentía muy generosa contigo. Me has dado un susto del quince.

–Ya, pero al final te has dejado convencer.

–Tengo el mismo sentimiento que la mayoría de las mujeres. Y tú tienes eso.

–¿Qué es lo que tengo? –preguntó volviéndose hacia mí.

–Eso que hace que las mujeres quieran dar... y dar.

–Vaya, ojalá fuera verdad. Por ahora, sigo siendo yo quien da.

Me cogió la muñeca y, en la oscuridad del coche, me colgó el nuevo dije de la pulsera, que brillaba bajo las luces de las farolas.

CASSIE

Me mantuve fiel a mi decisión. Me convertí en una mujer centrada en el trabajo y me entregué a la tarea de ser la dueña y encargada del nuevo restaurante con el mismo placer y fervor con el que había visto a Tracina entregarse a su papel de madre y a Dell, al de encargada de la cocina. No tenía mucho tiempo para Jesse, y con Will no compartía nada más allá de conversaciones profesionales.

Pero las decisiones se toman para romperlas. Y cuando me pasé por la Coach House justo antes de Mardi Gras para hablar con Matilda sobre un posible encargo de S.E.C.R.E.T. que había estado postergando, un vistazo a la pizarra de fantasías me confirmó que Jesse había jugado algo más que un papel secundario en la más reciente fantasía de Solange. Ahí estaba, una tarjeta del paso cuatro, «Generosidad», con el nombre de Jesse escrito en ella y la palabra «completada» estampada encima en un rojo brillante.

Tuve que apoyarme en la mesa para recuperar el equilibrio.

—¿Cassie? —Matilda me miró a mí, luego a la pizarra y de nuevo a mí—. ¿Por qué no vamos a mi despacho y charlamos, te parece?

La seguí de mal humor. Al cruzarnos con Danica, Matilda le pidió que nos trajera café... y así sin más, toda mi vida volvió a centrarse en un hombre.

Quería saberlo todo: qué habían hecho, adónde habían ido. Pero un vistazo a la cara de Matilda me dejó claro que no iba a contarme ningún detalle. A los miembros del Comité no se las informaba de las fantasías en las que no intervenían de manera directa. Y Matilda seguía una política de tolerancia cero con el chismorreo. Meneé la cabeza. «Eres una mujer centrada en tu trabajo. S.E.C.R.E.T. es parte de tu trabajo. Supéralo. Ya.»

—¿Has visto la pizarra?

—Sí —contesté.

«Ahí viene: el sermón de que no tengo que implicarme emocionalmente con Jesse, ni quedar con alguien de S.E.C.R.E.T. Ni provocar complejos sentimientos de celos y posesión y blablablá...»

Danica entró con nuestros cafés.

—Gracias, cielo —dijo Matilda al tiempo que dejaba el mío frente a mí—. Entonces habrás visto lo que ya hemos planeado para el paso siete de Solange. Hemos decidido probar con Ewan, el amigo de Dominic. ¿Te acuerdas? Es el que reclutaste el año pasado.

Ewan era el atractivo pelirrojo al que había visto jugando a fútbol con uno de los reclutados de Matilda. Fui incapaz de resistirme a su sonrisa pícaro, así que cuando le pedí el teléfono a Dominic, me emocionó que él también me diera el suyo. Vale, en ese caso, o bien Matilda no iba a sacar el tema del paso de Jesse con Solange, o bien no creía que yo lo hubiera visto.

—Pero ¿no lo rechazasteis?

–El Comité lo rechazó el año pasado. Pero su única detractora se ha retirado, y ahora que este año estás en la junta, tendremos unanimidad. Bien, como ya sabes, el paso siete tiene que ver con algo por lo que la candidata sienta curiosidad. Por lo visto, a Solange se la despierta probar una cosa que creo que a ti también puede intrigarte.

–Ah.

Cuando Matilda pronunció la palabra, estuve a punto de derramar el café sobre su mesa.

–¿Un trío? –farfullé—. ¿Por qué yo?

–Fuiste tú quien trajo a Ewan.

–Pero yo nunca... lo he hecho.

–Y precisamente por eso eres perfecta. Solange tampoco. Y Ewan no solo tiene que aprender a participar en un trío, sino también a hacer que una neófita sexual, tú, en este caso, se sienta cómoda con la situación. Recuerda: todos tus miedos y reticencias serán los mismos que los de Solange. Tú interpretarás su papel en la formación de Ewan. No hace falta que Pauline y tú hagáis nada entre vosotras, a menos que queráis. Lo importante es lo que el hombre haga por y para vosotras.

–¿Pauline será la tercera? –Vaya, aquello era cada vez más raro.

–Sí. Es su especialidad. Lo siento, seguramente tendría que habértelo dicho antes.

–¿Y sabe que me lo estás pidiendo?

–Fue ella quien te propuso. Pero mejor consúltalo con la almohada. Todavía quedan unas cuantas fantasías. Así que no te sientas presionada, Cassie. Tiene que ser algo divertido.

–Sí, claro. Divertido.

Lo consulté con la almohada. Al lado de Jesse. En su casa.

Por la mañana, tras un revolcón rápido, con la cabeza apoyada en su codo, empecé a pincharle. Era inevitable. Como si la vieja Cassie previa a S.E.C.R.E.T. hubiera secuestrado mi mente y mi boca.

–¡Así que lo has hecho! –exclamé en un tono fingidamente festivo.

–¿El qué? –me preguntó medio dormido.

–Solange. Su fantasía. Vi tu nombre escrito en la pizarra.

Él no dijo nada.

–Supongo que ya está, entonces, que fue tu canto del cisne –continué—. Al fin y al cabo, Solange es la última candidata de S.E.C.R.E.T., al menos durante un tiempo.

–Ajá. Supongo que sí –repuso al tiempo que estiraba el cuerpo exageradamente.

–Espero que salieras corriendo a lo grande, por así decirlo.

Me arrepentí de inmediato de mi estúpida broma. Sin responder, Jesse se levantó de la cama.

–Vamos, Cass, te llevaré al trabajo. Hoy empiezo pronto. Tenemos que preparar un pastel de bodas de cuatro pisos para esta noche.

Yo no me moví. Con los puños en las caderas, Jesse se limitó a mirarme enredada en sus sábanas.

–No lo hagas, Cassie. No empieces a preguntar por los detalles.

–Si tú lo hicieras yo te lo contaría.

–No quiero saberlo.

–¿Por qué? ¿Porque te pondrías celoso, o porque en realidad no te importa?

«¿Qué me está pasando?»

Esperó un instante y luego dijo algo que se me clavó en el corazón.

–Estás retrocediendo.

Mientras se marchaba a la ducha arrastrando los pies, me levanté y palpé la cama en busca de mi móvil. Herida todavía por su comentario, le envié un mensaje a Matilda.

«Encantada de participar con Pauline. También yo tengo curiosidad.»

Después de ducharse, Jesse me dejó en el trabajo con un beso tierno que a mí me costó devolverle. Cuando me dijo que me llamaría más tarde, murmuré algo de que estaba muy liada y que ya lo llamaría yo.

–Guay.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Ni me molestó en responder. Vete.

Dell estaba ya en la cocina, con las carpetas de sus recetas. Aquella era nuestra rutina de los martes por la mañana. Nos sentábamos una al lado de la otra en un banco junto a la mesa de repostería para retocar y evaluar qué platos de la semana anterior habían triunfado y cuáles habían sido recibidos con poco entusiasmo. Luego modificábamos el menú especial y el inventario para ajustarlos. ¿Para qué comprar treinta codornices si nadie se las comía?

–Ayer por la noche a la gente le encantaron los espaguetis con gambas y salsa bordelesa –dijo mientras retiraba el taburete de su lado.

Ni siquiera se molestó en decirme hola. Aquella sí era una mujer centrada en su trabajo.

–Los buñuelos de berenjena también tuvieron éxito –añadió.

–Sí, prepararemos más –contesté mientras hacía marcas de verificación exageradas en la lista. Tenía que sacudirme de encima aquel estado de ánimo–. Mejor no insistamos en las ancas de rana.

–Deja que las prepare con la salsa jamaicana jerk al estilo de mi abuela.

–Muy bien, vale. Pero esta semana no. Y quizá la próxima vez podríamos hacerlas deshuesadas.

Reparamos meticulosamente las ensaladas, pues en febrero los productos eran caros y la semana del Mardi Gras requería que los precios fueran asequibles para toda la cantidad de gente que acudía al restaurante.

Estábamos tan concentradas que apenas nos dimos cuenta de que Claire cruzaba la cocina para salir a fumarse un cigarrillo, lo cual resultaba inquietante por dos razones. Por una parte, yo creía que había dejado de fumar, y además parecía un zombi en pleno trance.

–Esta criatura tiene un humor de lo más cambiante –comentó Dell.

–Es una adolescente. Les pasa a todas. A ti aún te pasa –contesté.

Desde que había abierto el restaurante, yo pasaba menos tiempo con Claire. Y tal vez esa fuera la razón de que no me hubiera dado cuenta de que su energía había decaído o de que una nube negra la seguía allí donde fuera. Cogí una rebeca de un colgador, me la puse sobre los hombros y seguí a Claire afuera. La encontré exhalando humo a través de la valla.

–Brrr, será mejor que haga más calor cuando empiecen los desfiles o pasaré de ir –comenté.

–Lo sé, lo sé. Me lavaré las manos cuando me acabe el cigarrillo –dijo ella sin mirarme.

–Ya sé que lo harás. ¿Qué pasa? Se te ve deprimida.

Parecía una orientadora escolar en una sesión especial después de clase.

Se volvió hacia mí. Resulta curioso cómo a veces puedes mirar a alguien sin verlo. En ese momento le vi la cara demacrada y llena de sombras por la falta de sueño. Parecía más mayor, angustiada. Podría haber pasado por una madre preocupada de treinta años. ¡A lo mejor estaba embarazada!

–¿Hoy puedo salir antes, Cass? Maureen puede cerrar el café –me pidió con voz temblorosa.

Pude apreciar unas manchas amarillas y naranjas en sus dedos, señal inequívoca de que estaba fumando como una carretera. No era solo tristeza lo que se reflejaba en sus ojos: había algo más. Algo que parecía terror.

–¿Qué es lo que pasa, Claire? Suéltalo.

–Olvídalo –me contestó antes de lanzar el cigarrillo y pasar a mi lado a toda velocidad.

La cogí del brazo, que era delgado y sorprendentemente frío al tacto. Yo no pensaba rendirme.

–Para un momento, ¿vale? Necesito que me cuentes qué está pasando. ¿Es algo de la escuela? ¿Olivia? ¿Qué?

–Son solo unos chicos de la escuela. No pasa nada.

–¿Qué ha sido ahora?

Eché un vistazo al callejón trasero vacío, casi como si esperara que sus torturadores

estuvieran allí escondidos.

–Están convirtiendo mi vida en un infierno –dijo al fin echándose a llorar.

Era una adolescente dura, con rastas, tatuada y vacilona, pero por debajo de todo eso no era más que una chica profundamente triste. La rodeé con un brazo y dejé que llorara. Sabía qué significaba que te trataran mal y sentirte pequeña. A su edad, si no era mi hermana Lila la que se metía conmigo en casa, había un montón de chicas cuya única misión en la vida parecía ser encontrar mi punto débil y meter el dedo en la llaga hasta hacerla sangrar.

–Eh, eh –le dije mientras se calmaba–. ¿Todo esto tiene que ver con lo de Ben?

–Sí –confirmó ella sorprendida de que me acordara del nombre del chico con el que había estado–. Creía que se había acabado. Pero no paran de acosarme, joder.

–¿Quiénes?

–Todas. Las chicas. Olivia... y las demás. Sus amigas, que antes eran mis amigas. Ben les enseñó una foto. Se suponía... que era solo para él. Primero fui invisible, luego la chica nueva. Ahora soy la zorra asquerosa.

Hice una mueca mientras me explicaba que habían colgado la foto en internet. Supuse que aparecería medio desnuda. A continuación, habían escrito comentarios llamando a Claire guarra y puta, y diciéndole que volviera a Slidell, que era donde tenía que estar. Yo creía que una escuela creativa de arte estaría llena de alumnos más progresistas y abiertos de miras, pero por lo visto la crueldad de la juventud no tenía límites.

–¿Se lo has contado a tu tío?

–Sí, claro, ¿para que vaya a hablar con sus padres y me avergüence y empeore aún más las cosas? Si supiera lo horrible que es, se lo explicaría a mis padres y me harían volver a Slidell, y no quiero. Me encanta estar aquí. Me encanta vivir con el tío Will y trabajar aquí con vosotros. No quiero volver al culo del mundo; quiero quedarme aquí. Estoy aprendiendo mucho con Dell.

Su cuerpo temblaba como el de un pajarillo.

–¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudarte?

Se puso a sollozar de nuevo, con la cabeza gacha por el peso de sus miedos. Dell se asomó por la puerta de atrás ignorando la tristeza de la situación.

–El pedido de carne acaba de llegar. Quieren que lo comprobemos –dijo al tiempo que miraba a Claire con preocupación.

–Vale. Enseguida entro.

Me volví hacia Claire, le puse las manos en los brazos y la puse delante de mí para que me oyera bien.

–Vete a casa, Claire. Encontraremos una solución. Pero tienes que contárselo a tu tío Will.

–No puedo.

–Entonces deja que hable yo con él cuando venga mañana. Tenemos que encontrar una manera de dejar claro a estas chicas que no pueden hacer y decir esas cosas de ti. No hay otra opción.

Claire asintió, la boca y la nariz ocultas bajo el delantal. Me entraron ganas de plegarla y guardármela para siempre en el bolsillo. Quería protegerla de la crueldad del mundo. En lugar de eso, le di un beso en la sien y volví adentro, dejándola sola para que se fumara otro cigarrillo y se calmara. Aunque nunca había querido tener hijos, ejercer de madre de esa chica parecía salirme con naturalidad y me hacía sentir bien.

Esa noche, a mitad de un turno, después de llevar platos para algunas camareras que habían salido a fumar y remover salsas mientras Dell emplataba unos hermosos langostinos, tuve un momento de inspiración. Yo también había dejado que la gente me acosara, durante años. Nunca creí que pudiera hacer algo al respecto. Pensaba que el acoso era algo que se toleraba, primero el que recibía de mi familia triste y reprimida, y luego del borracho de mi marido. Pero al final superé esa forma de pensar, y Claire también lo haría. Yo había encontrado un sentido y un propósito en mi vida, y podía ayudarla a que ella también lo hiciera. Acabaría por darse cuenta de que la vida era más grande y más brillante que la mierda que vivía en la escuela. Si no podía terminar con el acoso que sufría, al menos podía hacerle ver que más adelante las cosas mejorarían. Tenía que creer que había un mundo mejor esperándola.

Al final de aquel turno de locos, Dell y yo nos sentamos en los taburetes de la barra, con un vaso de coñac en la mano, aún sin resuello por todo lo que habíamos trabajado.

–Creo que esta ha sido la mejor noche que hemos tenido –le dije chocando mi vaso con el suyo–. Y ni siquiera es Mardi Gras.

–Cuando se te ha caído ese langostino tan hermoso, sé que has pensado en limpiarlo con el delantal y volver a ponerlo en el plato.

–¡No! ¿Qué dices? Yo nunca haría algo así, Dell.

Ella me miró de reojo y las dos nos echamos a reír.

–Estuve a punto de hacerlo. ¡Me entró el pánico!

–Esta noche has estado genial, Cassie. Te has comportado como una verdadera *restaurateur* –dijo exagerando el acento francés.

Casi me echo a llorar.

El teléfono vibró en mi bolsillo. Al ver que era un mensaje de Will, el corazón me dio un vuelco en el pecho. Me habría gustado que estuviera allí aquella noche, que me hubiera visto manejarlo todo con calma y profesionalidad.

«¿Aún estás en el trabajo?», había escrito.

Oh, Dios. ¿Qué era aquello? ¿Una proposición?

«Sí. ¡Ha sido una noche estupenda! Más que estupenda, incluso. ¿Y tú?»

Me quedé mirando la pantalla con el corazón acelerado esperando la respuesta. Pero en lugar de eso, sonó el teléfono. Era él.

–Cassie –dijo con una voz que no parecía la suya–. Estoy en el hospital. ¿Puedes venir? Es Claire. Ha pasado algo.

SOLANGE

Siempre me alegraba cuando terminaba el Mardi Gras, aunque eso era algo que no podías decir muy alto en Nueva Orleans. Éramos unos cuantos los que odiábamos la fiesta en secreto, mientras que Marsha era la única de la redacción que lo proclamaba a los cuatro vientos, orgullosa de despreciarla.

–El Mardi Gras me produce un dolor de cabeza en el alma que me dura todo un mes –dijo mientras comprobaba que no se le había quedado perejil entre los dientes.

A menudo comíamos en su rincón de la oficina, más que nada para evitar escuchar a Hill Rink despotricar interminablemente sobre su vida sexual tras el divorcio.

El Mardi Gras implicaba que había más noticias que dar, la mayoría de ellas desagradables, que sucedían después de medianoche, al final de nuestra jornada de doce horas. Fue por eso por lo que, por primera vez, Matilda me mandó la postal de mi paso cinco al trabajo en lugar de a casa. El mensajero me encontró en el despacho de Marsha. Mientras firmaba para que me entregara el grueso sobre, noté que me ponía roja.

–¿Te ha tocado la lotería de Publishers Clearing House? –preguntó Marsha.

–Con la suerte que tengo, seguro que será una citación –repuse bromeando para evitar darle una respuesta directa.

Tras la puerta cerrada de mi despacho, abrí el sobre. Dentro había una tarjeta gruesa invitándome a la «Mansión al anochecer». También había una caja de guantes que pesaba mucho envuelta en papel plateado con un lazo negro. Dentro no había un par de guantes, sino unas esposas de plata pulida. «Madre mía.» Mirando a través de la ventana la bulliciosa redacción, apoyé discretamente la caja en mi regazo. Con la cabeza agachada, retiré el papel de seda para observarlas mejor. Mi ayudante, Denise, asomó la cabeza por la puerta y dejó caer las esposas sobre la moqueta como si me ardieran en las manos. Por suerte, mi escritorio ocultó lo que había provocado aquel ruido metálico al caer.

–Hola, Solange. Voy a bajar los paquetes para FedEx. ¿Tienes algo que enviar? –me preguntó al tiempo que dirigía una mirada de curiosidad al lugar donde las esposas habían hecho ruido al caer.

La había contratado porque parecía una versión más joven de mí: una adicta al trabajo muy resuelta. Al final resultó que solo lo parecía. Para ella lo importante era el equilibrio entre el trabajo y la vida, algo de lo que yo nunca había oído hablar a su edad.

–No, gracias –contesté.

Eché un vistazo al papel de envolver plateado de mi escritorio.

–¿Alguien te ha mandado un regalo? –preguntó.

«Sí, de hecho, el regalo son unas esposas de plata, Denise, ¡lo que querría cualquier chica!»

Ignoré su pregunta y le dediqué una sonrisa radiante.

–Tengo mucho trabajo. ¿Puedes cerrar la puerta al salir?

Denise captó el mensaje, salió del despacho y cerró la puerta silenciosamente a su espalda.

Esa noche, de camino a la Mansión, dos pensamientos me vinieron a la mente. Uno, que ninguna otra mujer divorciada con hijos me había contado que el sufrimiento y el divorcio tenían una parte buena: ¡el tiempo libre! Era casi como si no quisieran admitir que compartir la custodia era una oportunidad de recuperar una parte de esa autonomía que hacía tanto que no teníamos. Me costaba admitirlo. Claro que aquella noche había sentido un pinchazo al ver a Gus trotar hacia el Jeep de su padre, con una mochila más grande que él. Pero tras despedirme con la mano y cerrar la puerta, vino esa sensación de espacio y de relajación. «Esta noche puedo hacer lo que quiera.» Durante años, casi nunca me había aprovechado de ella. Me encantaba la compañía de Gus, mucho. Sobre todo cuando cumplió los ocho y su personalidad empezó a manifestarse. Era un niño encantador, y además inteligente, y me divertía compartir mi tiempo con él. Pero cuando no estaba conmigo, dedicaba mucho tiempo a preocuparme por él y a pensar en lo que estaría haciendo sin mí, me daba miedo apagar el teléfono o relajarme, y disfrutar de verdad de mí misma.

En cambio ahora, en esos últimos meses con S.E.C.R.E.T., había comenzado a permitirme disfrutar del regalo de mi propia autonomía, a saborear y disfrutar de esta extraña y maravillosa experiencia. Me recliné en el cálido asiento de cuero de la limusina que se dirigía a la «Mansión al anochecer» y pensé en todas las seductoras aventuras que me esperaban allí. La noche de Nueva Orleans pasaba a gran velocidad por detrás de las ventanas tintadas, confiriendo a las tiendas de Magazine Street un atractivo brillo. La limusina giró a la izquierda en Third Street. El estómago se me encogía cada vez que nos deteníamos ante una señal de Stop, hasta que atravesamos la verja de la Mansión, cuyas ventanas brillaban con una luz naranja pálido.

Una mujer con uniforme esperaba al pie de las escaleras de entrada sosteniendo en un brazo lo que parecía un chal blanco. Cuando bajé del coche me dio la bienvenida.

–Tú debes de ser nuestra Solange. Yo soy Claudette. –Me estrechó la mano y luego alargó la suya para cogerme el abrigo y el bolso–. Por aquí, cielo.

Justo entonces pensé: ¡el móvil! Estaba en el bolso y acababa de entregárselo. Mi teléfono me conectaba con mi hijo y con mi trabajo.

–¿Puedo quedarme el bolso? Es que... tengo el móvil dentro. Y también las... esposas –añadí bajando la voz.

–Deja el móvil encendido. Si hay alguna razón de peso para interrumpirte, no dudaremos en hacerlo. No necesitas nada más. Lo mantendré a buen recaudo.

–¿Las esposas?

–Puramente simbólicas.

La seguí hasta el espectacular vestíbulo. La casa estaba iluminada con tenues apliques de pared que bordeaban un pasillo hacia la izquierda y subían por la pared de la ornamentada escalera de caracol. El lugar era precioso, y las baldosas blancas y negras del

suelo formaban una espiral en el vestíbulo que rodeaba un trío de formas femeninas al estilo de Botticelli que estaban de pie bajo un sauce; una era blanca, la otra morena y la otra negra, y todas iban desnudas. Todo el lugar parecía estar envuelto en una capa de diseño francés al mismo tiempo clásico y moderno.

–Sígueme –me indicó Claudette volviéndose para subir por la impresionante escalera.

Me agarré a la barandilla dorada con más fuerza de la que me había agarrado nunca a nada. Me llevó hasta la segunda puerta a la derecha y me tendió lo que sostenía, que no era un chal sino un bonito camisón suelto de algodón blanco.

–Toma. Por favor, quítatelo todo y ponte esto. Espera en la cama y te convocarán.

¿Convocarme? Vaya, no me gustaba la palabra. Aquello no se me iba a dar muy bien, decidí mientras entraba en la sencilla y pequeña habitación pintada de un azul muy pálido y con una decoración minimalista. Tenía el aspecto de una habitación de hospital de lujo. Me quité los tejanos, me desabotoné cuidadosamente la blusa y también me la saqué, y doblé ambas prendas sobre la cama. Luego hice lo mismo con los calcetines, las bragas y el sujetador. El camisón era sencillo, ligero, con un ribete de encaje en el dobladillo. Pero yo... obedecí (¡ay!) y lo dejé caer sobre mi cuerpo, hasta que alcanzó la parte superior de mis muslos.

Mientras permanecía sentada en el borde de la enorme cama, con las piernas colgando, oí el segundero de un reloj, aunque no se veía ninguno en las paredes. La habitación estaba amueblada con una cómoda sencilla y alta entre dos puertas blancas, cortinas adamascadas azules y una alfombra redonda de cuerdas multicolores sobre un suelo de madera pintado de blanco. Aburrida, me levanté y me acerqué a la cómoda. ¿Podía hacerlo? Era una fisgona empedernida. «Eso es lo que hace que sea una buena periodista», me justifiqué, y rodeé con los dedos el tirador del cajón superior para abrirlo con cuidado.

–No abras ese cajón, Solange.

Solté un grito ahogado. Era una voz masculina, sosegada, grave y balsámica, que llegaba desde algún rincón del cuarto.

–¿Quién es?

No parecía haber ningún sitio donde alguien pudiera esconderse, excepto quizá debajo de la cama o detrás de una de las dos puertas blancas.

–Eso no importa –dijo la voz–. Solo hay una pregunta de la que deberíamos preocuparnos.

Sonaba como un disc-jockey nocturno que solo pusiera rythm'n'blues lento; era una voz autoritaria, aunque también un tanto aturdida.

–La pregunta es: ¿aceptas el paso, Solange?

–¿Cómo voy a aceptarlo si no te veo?

Mi mirada experta escrutó la habitación buscando una cámara o un altavoz. Nada. Solo silencio.

–¿Sigues ahí? –pregunté.

Siempre que estaba nerviosa o asustada, mi reacción innata era mostrarme desafiante. Pero esta vez era distinto. Decidí ser... respetuosa, para variar.

–Lo siento. ¿Puedes volver a hacerme la pregunta?

Silencio.

–¿Por favor? –añadí.

La voz volvió a la vida.

–Solange, ¿aceptas el paso?

«Cede. Cede. Cede. He venido aquí a experimentar cosas nuevas. ¿Acaso no he disfrutado de todos los pasos? ¿Por qué tendría que mostrarme tozuda ahora?»

–Sí.

–Excelente. ¿Qué quieres, dolor o placer, Solange?

«Dios mío.» Empecé a arrepentirme.

–¿Qué quieres decir?

–¿Qué prefieres? ¿Dolor o placer?

No sabía dónde mirar: las paredes, las puertas, la cama, la cómoda, el suelo, el techo.

–Yo... placer, supongo –contesté mientras el miedo hacía que volviera a una zona donde me sentía segura.

–Entonces quiero que cruces la puerta blanca.

Miré las dos puertas con atención.

–Ambas son blancas.

No hubo respuesta.

–¡Dime cuál de las dos es!

Siguió sin haber respuesta.

–¿Estás ahí?

Nada. El ruido del segundero aumentó de volumen, o tal vez fuera que los latidos desbocados de mi corazón se sumaban a su sonido. Miré alternativamente las dos puertas blancas. ¿Y si no elegía la correcta? Quería volver a oír su voz. «A la mierda. Elige una puerta, esto no es el Trivial. No hay opciones equivocadas.»

Elegí la puerta de la izquierda, la que estaba más cerca de las ventanas. Hice girar el pomo y la abrí. La habitación del otro lado estaba oscura como boca de lobo y el aire, inmóvil. La luz del cuarto en el que me hallaba tan solo iluminaba el borde de una alfombra oriental que cubría un suelo de madera con hermosos arañazos. Palpé la pared en busca de un interruptor, y una mano enguantada me rodeó la muñeca y tiró de mí para cerrar después la puerta a mi espalda.

La oscuridad me engulló. Grité. Otra mano enguantada me cubrió delicadamente la boca. Tiraron de mí hacia atrás y quedé pegada a un hombre completamente vestido que

me sacaba una cabeza de altura.

–Shhh, Solange. Vas a despertar a los vecinos.

Era él, el poseedor de aquella voz melosa que había oído a través del intercomunicador, y cuya boca estaba ahora a centímetros de mi oreja.

–¡Me has asustado, joder! –grité a través de sus dedos.

–Shhh. No pasa nada. Estás a salvo. Estás muy a salvo –dijo sin apartar su mano de mi boca.

Continuó diciéndomelo mientras me guiaba hacia el centro de la habitación, la parte superior de mi cuerpo constreñida entre sus fuertes brazos y la inferior encajada entre sus piernas.

–Si te suelto, ¿me prometes que no gritarás?

Asentí. La intriga comenzaba a reemplazar al miedo. Él apartó la mano de mi boca y me soltó.

Respiré hondo.

–¿Dónde estoy? –pregunté levantando las manos y tanteando a mi alrededor.

–Estás en la Guarida.

Noté cómo me rodeaba. Intenté seguir sus pasos, pero no distinguía nada.

–No veo nada.

–No te hace falta. Lo único que tienes que hacer es sentir. ¿Puedes confiar en mí? ¿Dejar que yo sea tus ojos?

–Lo intentaré.

–Bien.

Me rodeé con los brazos.

–¿Tienes frío?

¿Acaso podía verme? ¿Cómo?

–No. Estoy nerviosa.

–Me ocuparé de eso.

Al cabo de unos segundos, volvía a estar a mi espalda.

–Voy a rodearte la cintura con las manos, Solange, y te voy a llevar hasta la pared. ¿Me dejas?

–Vale.

Estar envuelta de aquella oscuridad total y notar su esbelto cuerpo alrededor del mío era la sensación más extraña y cálida que había experimentado nunca. No tardé en absorber el calor de su cuerpo mientras me guiaba por lo que, a juzgar por el eco, parecía ser una amplia estancia.

Luego se paró.

–Pon las manos frente a ti. ¿Qué notas?

Al principio me pareció que tan solo era una pared, pero al palpar noté una especie de travesaño diagonal, que se cruzaba con otro colocado en sentido opuesto. A lo largo de los travesaños había una especie de argollas, suaves pero sólidas.

–¿Puedes encontrar el centro? –me preguntó–. Aquí. Deja que te ayude.

Volvió a cogerme de la cintura y me dio la vuelta para que quedara frente a él, contra la cruz de los dos travesaños. A aquellas alturas me sentía cómoda con sus manos en mi cintura. Me gustaba la firmeza y la confianza con la que me manejaba, aunque odiaba la palabra en sí: «manejada». Manejada por un hombre. El término resultaba degradante, y sin embargo lo que me estaba haciendo ese hombre no era degradante en absoluto. Resultaba... relajante. Me cogió una muñeca y con un rápido clic la fijó al travesaño, por encima de mi hombro.

–¡Eh! ¿Qué es esto...?

Pero antes de que pudiera acabar la frase, fijó la otra muñeca a la barra. Su pelo rozó mi muslo al agacharse para realizar la misma operación con el tobillo derecho. Luego me inmovilizó el izquierdo. Por último, fijó mi cintura con una palanca en forma de brazo cubierta con una funda de goma suave.

–¿Estás cómoda, Solange?

Estaba completamente inmovilizada sobre una cruz en diagonal con artilugios acolchados.

–Diría que sí. Pero no puedo moverme.

–Bien.

–¿Qué vas a hacer conmigo?

–Cualquier cosa que quieras y nada que no quieras.

Me retorcí mientras la excitación me recorría el cuerpo.

–¿Te aprieta algo?

Tiré de las extremidades para comprobarlo, todavía asombrada de hallarme en aquella situación, inmovilizada en un artilugio y vestida apenas con un camisón con encaje, mientras un completo desconocido de voz relajante y sensual estaba claramente al mando.

–Creo que está todo bien. ¿Qué es este aparato en el que estoy?

–Se llama Cruz de San Andrés. Permite tener... acceso. Podemos parar en cualquier momento que desees; solo tienes que decir una palabra. Te sugiero una sencilla, como «Para». Dila.

–Para.

–Dila más alto.

Yo la grité.

–Bien.

Noté su mano debajo de mi barbilla y cómo abría el puño y reseguía mi labio inferior con el pulgar. Abrí levemente la boca, relajándome, liberándome. Él dirigió su otra mano a mis pechos y me acarició los pezones a través de la tela fina. Luego deslizó ambas manos por mis costados, por encima de la fijación. Traté de cerrar las piernas a medida que sus manos se acercaban más y más a mis partes más vulnerables. Pero no podía moverme, cosa que resultaba frustrante al tiempo que tremendamente excitante. Traté de utilizar los brazos, sin éxito. La sensación de estar completamente inmovilizada y al mismo tiempo libre, y ciega a lo que pasaba o a lo que estaba a punto de pasar, me volvía loca. Mi cuerpo no sabía qué hacer con las sensaciones, salvo aceptarlas poco a poco, todas ellas.

Mientras me levantaba el borde del camisón, me retorcí contra las argollas. Se me aceleró la respiración. Su pelo me hizo cosquillas en el hombro y sus labios apenas me rozaron mientras descendía dulcemente, con anhelo, y sus pulgares me presionaban la piel. Noté su boca alrededor de mi ombligo, donde introdujo la punta de la lengua, y luego siguió bajando en la estela de sus firmes dedos, que ahora abrían mis pliegues para comprobar mi humedad, primero con cuidado, para luego introducirse en mí. Se dedicó entonces a la deliciosa tarea de embestirme con firmeza con su pulgar al tiempo que me besaba el interior del muslo, soplando aire frío hacia la increíble humedad que estaba generando. Las rodillas se me tensaron, tratando de liberarse de su atadura, mientras apoyaba todo mi peso en la de la cintura y tiraba de las muñecas.

Aquello era una locura. No podía ayudarlo. No podía guiarlo. No podía apretarme contra él ni escabullirme. Lo único que podía hacer era abrirme a él, aceptarlo, aceptar la sensación de su boca en mi clítoris. Era lo único que podía hacer para no explotar ante su contacto. Pero quería reservarme algo. Su boca hervía y gemía, mientras sus dedos seguían explorando mi tierno interior, con el punto de fricción perfecto, el ritmo perfecto, la combinación perfecta de dolor y placer, con toda la acción concentrada en aquel punto mojado, mientras el resto de mi cuerpo permanecía inmovilizado y abierto.

–¡Ah!

Noté una descarga de placer, y me arqueé tirando de las ataduras, buscando más, y él me lo dio: hundió su lengua en mí mientras sus dedos mágicos me tocaban.

–Solange –murmuró ronroneando mi nombre mientras me follaba con el dedo y su lengua se movía volviéndome loca, hasta que no pude resistirme más.

Con cada embestida y lametazo de su lengua me acercó más y más al orgasmo, y me lo sacó de las entrañas. Mis sonidos empezaron como quejidos que se elevaron a gemidos hasta que tiré de todas las ataduras y grité:

–Oh, sí, sííí –y me corrí con un espasmo explosivo, tan rápido como si fuera una adolescente.

Me corrí tan intensamente en la habitación a oscuras que el placer pareció derramarse de mis propios huesos. Aquel hombre me había convertido en una pared de éxtasis húmedo, acabando con la conciencia de dónde terminaba yo y empezaba él. Mientras regresaba a duras penas de aquel precipicio ciego, se oyó el zumbido de un motor y

experimenté la adorable sensación de caer suavemente hacia atrás.

–Relájate, Solange. Te estoy reclinando.

Centímetro a centímetro, la sangre volvió a fluir hasta mis manos mientras el movimiento de la cruz hacía que acabara tendida. No estaba totalmente horizontal, pero aun así mis muñecas quedaron un poco liberadas.

–¿Tienes bien las manos?

–Sí –susurré.

–Bien, porque ahora te voy a follar, ¿te parece bien?

Murmuré otro «sí» al tiempo que apoyaba la cabeza en la parte superior de mis brazos en busca de apoyo. Él separó más mis piernas y colocó su cuerpo entre ellas. Después me liberó los tobillos, me dobló las rodillas y las abrió. Luego las ató para que quedaran bien separadas, como si estuviera atada y abierta para que él experimentara placer. Oí una correa, una hebilla, unos pasos, el sonido de los pantalones al sacárselos, un envoltorio al arrugarse, un dulce empujón y la deliciosa plenitud cuando él entró en mí, al principio con tiento, hasta que se dio cuenta de lo mojada que estaba, de lo bien que me había preparado para aquello. Al principio sus embestidas fueron agonizantes, largas y lentas, dentro y fuera, hasta que empezó a follarme más rápido, con fuerza y rítmicamente, con las manos agarradas a las correas. Resultaba todo muy intenso: el ángulo de la mesa, la forma en que me separaba las piernas, cómo entraba en mí tan profundamente que alcanzaba lugares que yo creía inalcanzables. Yo era toda sensación, desde el centro de mí ser hacia fuera. Noté la oleada de otro orgasmo que se acercaba Dios sabía de dónde, pero era profundo y visceral y volví a gritar: «Oh, oh, me voy a correr, oh, Dios, sí...», y me corrí otra vez notando cómo él también se estremecía, con los dedos hundidos en la carne de mis muslos mientras se derramaba dentro de mí y la intensidad de sus embestidas disminuía al terminar su orgasmo.

Entonces, con varios clics diestros me liberó las muñecas, los muslos y a mí, dejándome jadeante en la oscuridad, mis brazos y mis piernas abiertos como una estrella de mar, incapaz de creer las sensaciones que atravesaban mis extremidades. La oleada de alivio al notar que las ataduras se aflojaban me hizo reír, reír, del mismo modo en que uno ríe cuando ve las montañas o el mar por primera vez. De la misma forma que te ríes de algo que antes te asustaba al darte cuenta de que no puede hacerte daño, que nunca podrá hacértelo.

Lo primero que hice después de colgarme el colgante del paso cinco –«Audacia»– en mi pulsera cada vez más llena, fue coger una botella de la neverita de la limusina. Estaba muerta de sed, dolorida, agotada y resplandeciente. Comprobar el teléfono fue la segunda cosa que hice.

Aquello suponía un avance.

En la pantalla apareció un mensaje de Julius, y durante los segundos que transcurrieron hasta que lo leí, una cascada de posibilidades desagradables me cruzó por la cabeza. Esta vez me limité a ignorarlas y leí el maldito mensaje. Y ¡sorpresa! ¡No había pasado nada terrible! Nadie estaba en el hospital. Nadie estaba herido. ¡Más bien al contrario! De hecho, Julius había pedido hora para la revisión anual de Gus con el

pediatra, algo que por lo general hacía yo. La cita era para el jueves siguiente por la tarde. Julius quería saber si me iba bien.

«Por supuesto. Y gracias por organizarlo», contesté.

El segundo mensaje era de Denise, de la redacción.

«Han llamado del despacho de Pierre Castille. Han declinado concedernos la entrevista. Lsnt.»

Maldita sea.

«Gracias por decírmelo, Denise», le escribí.

Sentí deseos de añadir: «¿Te costaría mucho escribir “lo siento” en lugar de “lsnt”?». De verdad. O como lo escribiría Denise: «Dvrdd». Entonces solté una carcajada. En cuanto me había desatado, había recuperado mi anterior carácter. Maldita sea.

Segundos después mi teléfono emitió un pitido.

«De nada», decía el mensaje.

Al principio pensé que era de Denise, pero era de Julius. ¿Julius? Miré la hora: las doce y media de la noche. Ay. El corazón me dio un vuelco.

«¿Qué haces despierto a estas horas? ¿Gus está bien?»

«Todo va bien. Estoy preparando las nóminas. ¿Qué haces TÚ despierta a estas horas?»

«Estoy en el asiento trasero de una limusina, con las muñecas y los tobillos doloridos por las correas que han usado para atarme a una pared, donde un desconocido al que no podía ver me ha follado como un loco... ¡Ja!»

«No puedo dormir», escribí.

«Yo tampoco.»

«Los placeres de la paternidad.»

«Así es.»

«Prueba a contar ovejas.»

«Eso no funciona.»

«¿Leer un libro? ¿Igual uno de Gus?»

«¿Uno en el que salgan ovejas?»

«Exacto.»

¡Basta! Metí el móvil en el bolso. Resultaba demasiado extraño mensajearme con mi exmarido después de una fantasía sexual. En especial *esa* fantasía sexual. Me había entregado a un completo desconocido solo porque me había inspirado confianza y era insistente.

Pensé en Pierre Castille. La palabra «no» me resultaba aborrecible; no soportaba que me rechazaran. De repente me pareció prioritario conseguir que aquel hombre se rindiera a

mí. Y solo había una persona que pudiera ayudarme. Saqué de nuevo el teléfono y le envié un mensaje a Matilda, para quedar para tomar un café y ponernos al día. Cuanto antes mejor.

CASSIE

Will se había olvidado de que aún tenía los somníferos. De hecho, habían caducado, pero aun así seguían siendo lo bastante potentes para que Claire llegara a entrar en coma. Y aunque no se los había tomado todos y más tarde confesó que lo había hecho como una llamada de atención, esta se convirtió en un grito que todos oímos alto y claro.

Tras salir del hospital, no fue a la escuela ni al trabajo durante el resto de febrero. Pasó la primera semana con sus padres en Slidell, y ese tiempo nos permitió a Will y a mí entrar en sus redes sociales para ver qué era lo que había soportado y para reunir pruebas, aunque aún no sabíamos para qué.

–Hostia –murmuró Will mientras revisábamos las páginas, nuestros rostros iluminados por la pantalla del ordenador.

Los comentarios eran obra de varias chicas que lanzaban palabras como «cerda», «perra», «puta», «zorra», «guarra» (incluso «eres un clínex para limpiar semen»). A lo largo y ancho de su muro, el acoso se desparramaba, debajo de sus fotos y en respuesta a cualquier comentario.

–Menudo odio –dijo–. Pobre chica.

Algunos de los comentarios enumeraban las diversas formas en que iban a hacerle daño y destrozarla si no dejaba «a Ben en paz», como si Ben no tuviera nada que ver con su relación. También describían cómo la echarían de la escuela si no «se iba a la mierda». Claire, la sociable, la artista, la trabajadora, la amiga y sobrina, esa chica estaba perdida en medio de todos aquellos insultos y amenazas viles y terribles. Pero la etiqueta más preeminente, la que le soltaban más a menudo, la que más destacaba, era «guarra», por lo general escrita debajo de una fotografía colgada una y otra vez en la que Claire se levantaba la camiseta para mostrar un pecho desnudo, solo uno. Si aquella era la foto de marras, pensé, ni siquiera resultaba sensual. Parecía espontánea, como si fuera el fruto de un reto entre ella y el fotógrafo, presumiblemente Ben. Pero colgada una y otra vez con aquellos terribles adjetivos y etiquetas, lo cierto es que adquiría un tono más sombrío.

Claire echaba de menos Nueva Orleans y cuando les suplicó a sus padres que la dejaran volver con Will, estos temieron negarse, preocupados de desatar más comportamientos autodestructivos. Al regresar a casa de Will, en la que se había desconectado el wifi, nos turnamos para pasar tiempo con ella, y Dell nos sustituía cuando hacía falta. De todos nosotros, ella era la que estaba más perpleja, y se quedó boquiabierta cuando le conté el acoso que había soportado Claire.

–Bueno, cuando esté mejor, por favor no os enfadéis si después de abrazarla le doy un bofetón –dijo mientras se esforzaba por no llorar.

El comportamiento del personal del Cassie's fue increíble: cogieron turnos en el Café Rose para que Maureen no se agobiara trabajando sola, sobre todo durante el Mardi Grass.

Will solicitó la dirección de las torturadoras. En el transcurso de ese mes, visitó personalmente la casa de cada una de las chicas, pidió entrevistarse con los padres y

exigió a las chicas que borrarán los comentarios, escribieran una carta de disculpa y se aseguraran de que eran conscientes del daño que habían hecho.

–Solo quería que tuvieran en cuenta cómo se habrían sentido si fueran Claire –me explicó mientras comprábamos alfombras de pasillo nuevas y tablas de cortar de plástico para el restaurante. Se le veía más perdido que nunca recorriendo los pasillos de Home Depot–. ¿Por qué ha pasado esto? ¿Qué ha hecho ella para merecer esta putada?

–Nada. No ha hecho nada.

Después, mientras hacíamos cola en la caja, dije:

–La admiro.

–¿Por qué? –preguntó Will.

–Porque incluso después de todo esto, nunca ha pedido perdón por acostarse con un chico con el que quería acostarse. Podría aprender un par de cosas de una chica de diecisiete años.

Fue un comentario sincero; no intentaba hacer referencia al comportamiento de Will en el Latrobe's, pero antes de que me diera cuenta de las implicaciones ya había salido de mi boca.

Will desvió la mirada al decir:

–Todos podríamos aprender de ella.

Al final, Olivia, la principal acosadora del grupo de Claire, fue expulsada de la escuela, aunque Will quería presentar cargos contra ella, de acoso criminal. Pero la escuela se mantuvo fiel a su política de «las chicas son chicas», con la esperanza de que la expulsión de Olivia bastara para empezar a curar las heridas. Tuve que impedir más de una vez que Will fuera a casa de Olivia a gritar a través de la puerta cerrada, cosa que solo habría supuesto otra clase de acoso.

Mientras tanto, Claire mejoró poco a poco y regresó al trabajo tras las vacaciones de primavera como si viniera de la guerra, traumatizada y sensible. El primer día en el trabajo, se llevó a Dell a un lado.

–Te juro que ya estoy bien. No volveré a cometer ninguna estupidez –dijo.

–A veces es difícil pasar sola algo así –le contestó Dell dándole unos golpecitos en las rastas–. La próxima vez abre la boca. Cuéntaselo a alguien. Cuéntamelo a mí.

Me sorprendió que Dell se mostrara tan cariñosa, hasta que recordé que había criado a cuatro hijos, incluidos unos gemelos, y a dos nietos, con bastante éxito y prácticamente sola.

La cocina era un hervidero de actividad cuando Will entró sin resuello y dejó una pequeña bolsa de papel en la mesa, delante de mí.

–Cassie, te he estado llamando, pero no cogías el teléfono. No había trufas negras, solo blancas. ¿Va bien?

–Las pediste negras, ¿no, Dell?

Busqué mi móvil y caí en la cuenta de que probablemente me lo había dejado en la furgoneta de Jesse cuando me había traído esa mañana.

–Sí.

–¿De verdad que el color de la trufa importa tanto? –preguntó Will.

–Siempre importa –repuso Dell subrayando el hecho para que fuera como una lección para Claire.

Will suspiró y agachó la cabeza.

–Mierda. No hago nada bien.

–Vamos –dijo Dell secándose las manos con un trapo y cogiendo a Claire de la manga–. Te enseñaré dónde buscar y recoger.

Dell y Claire nos dejaron en la cocina. De inmediato me levanté para marcharme, como hacía siempre que cabía la posibilidad de que me quedara a solas con Will.

–Espera –me pidió él–. Quiero hablar contigo.

Se me hizo un nudo en el estómago y me volví hacia él.

–Quería darte las gracias –continuó–. Ya se las he dado a Dell, y ahora quería dártelas a ti.

–¿Por qué?

–Por apoyar tanto a Claire. Y por ser tan buen ejemplo para ella.

–¿Buen ejemplo?

–El ejemplo de una mujer adulta que resuelve sus propios problemas. –Y continuó, sin esperar mi respuesta–: Cada vez que vienes y no me lanzas la mierda a mí, eres un buen ejemplo. Cada vez que la recoges y la llevas al cine, y luego vuelves a primera hora y manejas a Dell porque se te da mejor que a mí, eres un buen ejemplo. Cada vez que tomas una buena decisión sobre el menú, o lidias con un cliente furioso con más elegancia de la que nadie debería tener, eres un buen ejemplo para ella. Solo quería darte las gracias. Te debo una.

Empezaba a experimentar esa sensación honda y cálida que se siente cuando miras durante más tiempo del habitual un rostro amado. Me permití disfrutar de ese momento, ambos intentando ser amables el uno con el otro en una cocina silenciosa. Se desvanecieron meses de resentimiento. Y entonces, sin mi permiso, mi mano cobró vida propia y se extendió para tocar aquella cara a la que había amado tanto. Y él me lo permitió. Me dejó acariciarlo sin hacer una mueca, sin apartarse. De algún modo había esperado que el tacto de su piel me resultara familiar, pero fue como algo nuevo.

–No me debes nada, Will. Claire me importa.

Él alzó el brazo y me tocó el dorso de la mano.

–Bueno, algo te debo, Claire. Por lo menos una explicación.

–¿Por qué?

–Por lo que te dije, esa noche. En el Latrobe’s. Por la forma en que te traté.

–No. No hace...

–No. Tienes que escucharlo. Has marcado una diferencia en su vida. Y también en la mía.

Quién sabe cuánto tiempo nos habríamos quedado allí fascinados mutuamente con nuestros rostros, mientras nuestras manos se tocaban. Nunca podremos saberlo, porque en ese momento apareció Jesse, haciendo añicos el momento.

–Oh. Lo siento –dijo, y se alejó rápidamente de nosotros, igual que si se hubiera encontrado a sus padres haciendo el amor. Antes de largarse, dejó con cuidado mi móvil en el mostrador más cercano–. Te lo has dejado en mi furgoneta.

Will me hizo un gesto con la cabeza que implícitamente decía: «Ve con él»; ahora era Will quien me instaba a arreglar las cosas con Jesse. La culpa, esa compañera desagradable y constante, me siguió mientras cruzaba la puerta.

A unos pasos por detrás de Jesse en la acera, lo llamé una, dos, tres veces. Al final se paró en seco, dándome la espalda, seguramente concediendo uno o dos segundos a su rostro para adoptar una expresión de «No me importa una mierda», antes de darse la vuelta.

–No quería molestar –dijo–. Tu teléfono no paraba de sonar y pensé...

–No has molestado. Solo estábamos hablando de Claire. Nada más.

–¿Cómo está?

–Bien. Mejor. Sí. No te vayas así, ¿vale? Vuelve. Entra a tomarte una cerveza.

Lo cogí del borde de la manga de la camiseta y tiré levemente. Jesse no se movió.

–Ahora no puedo.

–Estás enfadado.

–No, cariño. No estoy enfadado. Soy realista.

Después de pronunciar esas palabras, se metió en su furgoneta y se alejó de mí, al principio lentamente, hasta que giró en la esquina de Praline Connection y aceleró, dejando una estela de polvo a su espalda.

SOLANGE

Al menos un par de veces al año, se estrenaba una gran película en Nueva Orleans, por lo general una que se había rodado aquí. El estado ofrecía jugosas deducciones para atraer a la industria del cine y la televisión. Pero incluso cuando yo era más joven y novata, cuando debería haberme divertido cubrir la alfombra roja y conocer a gente famosa, me resistía a hacerlo. Era muy fácil que te encasillaran como una reportera «femenina» en lugar de una reportera seria, que te asignaran noticias frívolas y te vieran como alguien superficial o, aún peor, glamurosa. Así que cuando me asignaron la entrevista de una Gran Estrella Cinematográfica (o GEC) que estaba en la ciudad para asistir al estreno, no me limité a decir que no: me puse a gritar y abandoné la sala.

Denise me siguió, se metió en mi despacho y cerró la puerta. Yo estaba hiperventilando.

–Solange, no lo entiendes. Él... te ha pedido explícitamente que lo entrevistes tú. Siguió la noticia de los terrenos del puerto mientras rodaban la película aquí. Es una entrevista exclusiva. O la haces tú o no la hará nadie más de la cadena.

–Oh, vaya. ¿Él me ha elegido a mí? Caramba, ¡qué maravilla! –repuse con sarcasmo.

–Sí, ¿verdad? –dijo sin percatarse de mi tono de voz.

–La respuesta es no –dije, y me concentré en unos papeles que había sobre mi escritorio.

–Solange Faraday, sabes perfectamente que soy una gran admiradora tuya. De hecho, eres mi mentora. Pero si en verdad crees que una entrevista con un actor inteligente y atractivo va a socavar toda tu carrera, entonces no tienes mucha confianza en tus logros.

–Eso es sinceridad –murmuré y dejé de revolver papeles.

Esa noche Gus estaba con su padre, así que podía hacerlo. Pero...

–Pondré mis propias condiciones –decidí.

Le dije que no iba a centrar todas mis preguntas en la película o su inquebrantable interés en ella. Tampoco me importaba con qué jovencita actriz italiana o británica saliera la GEC, y mucho menos si alguna vez había estado casado. Mi propósito era ignorar su vida personal y hablar con él de política, de su conocida filantropía internacional y su opinión acerca de la apatía de los votantes. Si la cadena quería una entrevista, se la daría en mis propios términos.

–Y tú vendrás conmigo para ocuparte de su agente –le dije a Denise que ni siquiera se molestó en disimular su alegría–. Yo no hablo con agentes.

Al llegar el día, a regañadientes, de mal humor, me apliqué un toque de pintalabios color coral y mis gafas ñoñas, y me abroché la blusa hasta el último botón, esperando que el conjunto lo dejara suficientemente claro: «No soy de las que se dejan deslumbrar por un actor. He venido a buscar una noticia, no una estrella».

Aunque todavía faltaban un par de semanas para el festival de jazz, el Ritz era una casa de locos. Denise se comportó como una profesional y nos guio a mí y al resto del equipo a través del barullo de cámaras, además de asegurarse de que fuéramos los últimos, que es siempre el mejor puesto para conseguir tiempo adicional con el entrevistado.

Al llegar nuestro turno, la agente asomó la cabeza por la puerta de la suite y me llamó como si me tocara entrar en el consultorio del médico, pronunciando mi nombre «Sou-LANG».

—¿Ves a lo que me refiero? —le dije a Denise—. Es desmoralizador.

Antes de que tuviéramos ocasión de hacer una prueba de sonido y ajustar el balance de color, la GEC entró tranquilamente en la suite con gran apostura y elegancia, con el pelo entrecano marca de la casa peinado hacia atrás, la sonrisa descuidada firmemente instalada en su boca, un hoyuelo en la barbilla que era como una broma, su voz grave perfectamente calibrada. Parecía que todo le resultara sencillo.

—Señorita Faraday, es un honor —dijo con una sonrisa en los ojos—. Gracias por acceder a hacer la entrevista. Sé que esto no es lo suyo.

Lo que sucedió a continuación resultó embarazoso: me puse roja. Y mi reacción fue tan repentina y difícil de disimular, que tuve que evitar el contacto visual con Denise para no parecer una hipócrita total.

Lo que ocurre con el carisma es que no puede fingirse. El carisma impostado cae por su propio peso. Había entrevistado a suficientes políticos, incluido Bill Clinton cuando era gobernador del estado vecino, para apreciar la diferencia entre el carisma falso y el real. Así que había tenido que reconocer que, a pesar de sus considerables encantos, Bill Clinton no tenía nada que hacer al lado de aquella GEC. Aquel hombre tenía una atracción gravitacional. Te daban ganas de perderte en esos ojos oscuros y pasar los dedos por su mata de pelo. Le estreché la mano cordialmente y luego él se presentó a mi equipo, como si no supieran quién era.

Nos sentamos uno frente al otro, y el realizador me levantó el pulgar para indicarme que estaban listos para rodar.

Tras la inevitable charla sobre la película en cuestión, y lo maravilloso que era rodar en Nueva Orleans, blablablá, nos enfrascamos en una conversación sobre su tema favorito: cómo conseguir que la gente adecuada se presentara a las elecciones.

—Eso es algo en lo que usted ha dicho sin dejar lugar a dudas que no está interesado, ¿verdad? ¿Presentarse a las elecciones?

—Demasiados trapos sucios —contestó, descruzando las piernas y volviendo a cruzarlas—. No sobreviviría al escrutinio y detesto hacer perder el tiempo a la gente.

—Seguro que no tiene tantos trapos sucios como los que tenía Clinton. Y gobernó durante dos mandatos.

—Cierto. Salió relativamente ileso. No puede decirse lo mismo de las mujeres de su vida.

Me dedicó su famosa sonrisa de satisfacción, al tiempo que se desabrochaba los

puños de la camisa. Yo también tuve que descruzar y volver a cruzar las piernas, apretando los muslos. «Mantén la compostura. No te pongas a babear.»

–¿Está diciendo que una vida sexual intensa descalifica a alguien para ocupar un cargo público?

–No, pero tener una de la que no te arrepientes hace que a América le resulte difícil quererte. A eso me refiero. Cada uno es libre de hacer lo que quiera, siempre que se avergüence un poco de vez en cuando. Y yo no tengo intención de hacerlo.

–Usted podría acabar con ese estigma. Hacer que el sexo dejara de resultar vergonzoso.

–Ese no es mi trabajo. Solo soy un tipo que se gana la vida disfrazándose y fingiendo que es otra persona.

Me froté la nuca, pensando en lo que le pasaría a mi carrera y mi credibilidad si se descubriera que era miembro de S.E.C.R.E.T. Todo habría acabado para mí. Incluso habría quien se cuestionara mi capacidad como madre, aunque dudaba que Julius lo hiciera. Tal vez se quedara impresionado, pero no era la clase de hombre que creyese que tener una vida sexual muy activa te descalificaba para nada, y mucho menos para la maternidad. Aun así, me estremecí ante la posibilidad de ser descubierta.

La GEC cambió de tema. Empezó a hablar del trabajo humanitario que había llevado a cabo en otros países, en especial en Sudán. Yo le desafié a que me contara si había hecho un seguimiento más adelante, y a responder por qué la gente no se tomaba en serio los esfuerzos políticos y sociales de las estrellas de Hollywood.

–Yo no espero que nadie me tome en serio –contestó inclinándose hacia delante, con las manos entre las rodillas–. Aunque sí espero que se tomen en serio esos temas. La gente está loca si cree que las guerras que suceden al otro lado del Atlántico no tienen efectos en su economía local, por no hablar de la seguridad nacional. Hay una razón para que tengas que descalzarte para volar de Petaluma a Peoria, y está estrechamente vinculada con lo que sucede en lugares como Siria y Darfur.

Tal como estaba previsto, acabamos un poco tarde. Una vez apagados los micrófonos, él se puso en pie para estrecharme la mano y la sostuvo entre las suyas durante unos segundos. O tal vez me lo imaginara.

–Ha sido una conversación muy estimulante. Quedará muy bien. Gracias –le dije soltando mi mano a regañadientes.

–Lo mismo digo. Gracias, Solange Faraday, por plantear preguntas reales.

¿El nombre y el apellido? ¿Y una sonrisa? «Vaya. Vale.»

Lo vimos desaparecer en una suite contigua seguido de su agente y media docena de personas de su séquito. Mi equipo enrolló los cables en silencio y Denise dobló los trípodes. Me puse los zapatos planos y justo cuando estaba a punto de marcharme con mi equipo, la GEC volvió a entrar en la suite, esta vez vestido con tejanos y una sudadera, y la cara recién lavada.

–En esta zona de la suite es donde tienen el alcohol –explicó–. Tómate una copa

conmigo, Solange.

De pronto todo mi equipo adoptó una actitud tímida. Denise me lanzó una mirada que decía a gritos: «¡Madre mía! ¡No le digas que no!». Pero lo que yo pensaba era: «¿Y si en la redacción todo el mundo se entera de que coqueteo con un entrevistado? ¿Qué pensarán?».

La respuesta me llegó en la inimitable voz de Marsha Lang: «¿A quién coño le importa, Solange?». La estrella masculina de nuestra cadena se había acostado con un montón de mujeres que se sentían atraídas por su exigua fama. Y Bill Rink, pese a ser un gilipollas, era un reputado picha floja debido a... ¿qué? ¿Su habilidad para manejar un rotulador deleble sobre un mapa de plástico de Louisiana?

«Tengo cuarenta y un años.»

«Soy una mujer adulta.»

«Soy una buena madre.»

«Estoy soltera.»

«Trabajo duro.»

«Puedo hacer lo que quiera.»

—Claro. Me encantaría tomar algo. Un whisky, por favor. Solo —dije, y me volví hacia Denise y articulé con la boca: «Oh, Dios mío».

Y así nos quedamos solos.

—Ahora me toca a mí hacerte una pregunta a ti —dijo la GEC.

Me volví hacia él.

—Por supuesto.

De repente me arrepentí de haberme puesto las bailarinas y mi ropa de empollona.

—La pregunta, señorita Faraday, es: ¿aceptas el paso?

Por razones que nunca seré capaz de explicar del todo, pensé que se estaba burlando de mí tras haber conseguido información confidencial sobre S.E.C.R.E.T. gracias a sus eminentes poderes como GEC. Y fue por eso por lo que en lugar de «¡Vaya, sí!», balbuceé:

—¿Cómo coño sabes eso?

Él pareció desconcertado mientras colocaba de nuevo la tapa de cristal en el decantador que sostenía.

—¿Eso es un sí o un no?

«¿De verdad esto está pasando?»

—¿Quieres decir que eres... un reclutado? ¿De S.E.C.R.E.T.?

Ahí estaba de nuevo esa sonrisa pícaro.

—Así es.

–Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Para qué ibas a hacer tú algo así?

Él salió de detrás de la barra y dejó nuestras bebidas en la mesita baja de cristal.

–Bueno, yo podría preguntarte lo mismo. ¿Para qué ibas a participar tú? Una mujer hermosa y de éxito como tú. ¿Para qué necesitas a S.E.C.R.E.T.?

Me quedé en blanco mientras una tormenta se desataba en mi estómago, en parte por los nervios, en parte de alegría y en parte de sorpresa. Antes de que pudiera contestar, añadió:

–Porque para mí hacer esto tiene mucho sentido. Sexo sin compromiso con mujeres hermosas tal y como yo quiera, como ellas quieran. Y puedo marcharme sin dejar rastro. Sin obligaciones, con discreción garantizada, sin intercambio de dinero que embrutezca la experiencia. Es perfecto para alguien como yo. Porque no me va... la intimidad. La parte emocional. No va conmigo. En la pantalla sí, pero en la vida real no. Pero no creo que eso vaya a ser un problema hoy, porque lo único que quiero es sexo contigo. De hecho, me gustaría mucho follarte. ¿Qué dices a eso, señorita Faraday?

Por mi cabeza pasó rápidamente el paso seis: «Seguridad». Yo la tenía a raudales cuando estaba «enchufada», cuando entrevistaba a alguien, interpretando mi papel de periodista. Y sin duda aquel hombre rezumaba seguridad. Suficiente para los dos. Pero ahora, como una mujer que se había puesto zapatos cómodos y llevaba gafas gruesas y, Dios, pintalabios color coral, de repente me sentí inferior, vieja y desaliñada, indigna de aquella clase de atención estelar por parte de ese hombre, famoso, guapo, inteligente, poderoso, que sentado relajadamente en un sillón ofrecía el mismo aspecto de un rey que contempla sus dominios.

–No te escandalices, Solange. Solo soy un tipo en tejanos, tomándose un whisky después del trabajo, a quien le gustaría tener a una mujer hermosa desnuda en su cama. Si a ella le parece bien.

Me acerqué a la mesita baja, cogí mi bebida, le di un largo trago y tosí por los vapores del alcohol. Me sequé la boca y volví a dejar la bebida sobre la mesa.

–Acepto.

Él sonrió, aparentemente aliviado. «Como si en algún momento hubiera dudado de cuál sería mi respuesta.»

–Bien –dijo dejando su vaso vacío sobre la mesa–. Ahora ven aquí.

«Dios. Esto ha empezado.»

Me acerqué a su butaca y me detuve frente a sus rodillas.

«Está pasando. Está pasando de verdad.»

–Por favor, quítate la ropa.

–¿Aquí? –Miré la habitación–. ¿Podemos al menos... bajar las luces?

Abrió el cajón de la mesa y sacó un mando a distancia; al pulsar un botón las luces se atenuaron y con otro empezó a sonar una canción lenta y líquida, de las que hacen que tus caderas se contoneen involuntariamente.

–Ahí lo tienes –dijo–. Adelante.

Cerré los ojos un segundo y aspiré largamente, notando cómo el whisky me ardía en la lengua y la garganta.

–Quieres que me... desnude. Para ti. Ahora.

Él sonrió y se reclinó en el asiento.

–Sí. Me encantaría.

«Hazlo hazlo hazlo.»

Me desabroché la blusa con dedos temblorosos que lograron abrir los botones, y al mismo tiempo me quité los zapatos de una patada. «Voy a desnudarme. Para esta GEC.» Él siguió mis dedos con la mirada mientras abrían la blusa de seda. Entonces lo recordé. Mierda. El sujetador de encaje beis no era la peor de las opciones, gracias a Dios, pero no solo no conjuntaba con mis bragas negras, sino que además ¡llevaba pantis debajo de la falda de tubo! ¡Dios, no!

–Esto... mi ropa interior... no sabía que... Me habría puesto...

Él se rio.

–¿Sabes lo que más me gusta de todo esto? Que no lleves lencería. ¿Tienes idea de lo sexi que es mantener un encuentro real con una mujer real que lleva... ropa interior real? ¿Puedo?

Se sentó y me cogió de las caderas, dándome la vuelta para que quedara de espaldas a él. «¿Y ahora qué?» Me bajó la cremallera de la falda y dejó que cayera al suelo. Entonces noté sus firmes dedos deslizarse bajo el elástico de los pantis y bajármelos por encima de mi culo y mis muslos.

–Impresionante –dijo tirando de la licra–. No me refiero tan solo a tu espectacular culo, sino que además podrías matar a cualquier hombre con esto.

Antes de que la vergüenza pudiera asentarse, me plantó un largo beso en una nalga y luego en la otra, mientras me apretaba el culo con las manos. Agarró con los dedos la espalda de la blusa y tiró de ella para sacármela de los brazos. La lanzó hacia la silla que había frente a mí. Luego se concentró en el cierre del sujetador.

–Eres preciosa, ¿lo sabías? Tu piel, tu culo... –dijo dándome otra vez la vuelta para quedar frente a él, mis pechos sobre su cara y yo tan mojada a esas alturas, que tuve que esforzarme para no montarme sobre él.

Sin embargo me vi asaltada por... una risita tonta.

–¿Qué te divierte tanto? –preguntó levantando hacia mí sus ojos marrones y con la barbilla áspera contra mi vientre.

–Tú. Esto –contesté ahora riendo abiertamente con las manos en su pelo, ese pelo.

–¿Te ríes de mí? –preguntó dejándose caer hacia atrás en el sillón y levantando las caderas para quitarse los pantalones.

–No, no quiero decir divertido en plan ja, ja, ja, ja.

Él sonrió y se quitó la sudadera. Para tener más de cincuenta años, era un hombre esbelto, no demasiado musculoso, sino en forma. Distinguí algunos mechones blancos entre el pelo negro que le cubría el pecho, debajo del cual su piel era tersa y aceitunada. Su polla era de las más bonitas que había visto, circuncidada y vigorosa. Rodeó su erección con la mano mientras su mirada bailaba sobre mi cuerpo.

–Tócate, Solange.

«Puedes hacerlo.» Mi mano se deslizó lentamente sobre mi vientre, tenso y metido hacia dentro. Traté de no pensar en las docenas de supermodelos a las que aquel hombre habría visto retorcerse desnudas debajo de él. ¿Cuántas de ellas eran madres? ¿Cuántas tenían estrías? ¿O más de cuarenta años? ¿Cuántas tenían esa horrible marca roja alrededor de la barriga por haber llevado pantis? Sin embargo, nada en el comportamiento de la GEC sugería que algo de lo que veía no le agradara. Deslicé un dedo en mi interior y cerré los ojos: su atención resultaba demasiado intensa en ese momento.

«Puedes hacerlo.» Abrí los ojos de nuevo y seguí sus indicaciones, convirtiéndome en la mujer segura y sensual que él asumía que era. Mientras mis dedos enloquecidos obraban su magia, él sacó un condón de un cajón y se lo colocó con rapidez sobre su gruesa polla. Se deslizó un poco hacia abajo en la butaca y me acercó a él con la mano.

–Quiero que me folles, Solange –dijo mientras me ponía a horcajadas sobre sus firmes muslos, dejando descansar mis dedos.

Creo que nunca había deseado tanto algo; cada centímetro de mí, desde mis pezones endurecidos hasta mis rodillas flojas, quería follarse a aquel hombre, meterlo dentro de mí. Me quedé encima de él unos segundos, colocando la punta de su polla con mis dedos bajo la abertura de mi coño mojado. Su boca dibujó una O de completo asombro, el ceño fruncido en el gesto de concentración de un hombre que asimilara cada gramo de placer y lo registrara en su memoria, como si lo estuviera filmando todo con sus ojos y archivándolo. Comencé a elevarme y descender, notando cómo su verga presionaba la pared delantera de mi vagina, donde mi punto g, a menudo tan escurridizo, parecía hincharse y despertarse.

–Mírate... aquí follándome –dijo y con la mano me dio un pequeño azote en la nalga izquierda mientras alzaba las caderas para embestirme.

Me perdí en el oleaje de sensaciones intensas y suaves, mientras su polla apretaba aquella parte profunda de mí una y otra vez, hasta que comenzó a llevarme al borde del orgasmo. Sus manos se desplazaron a mis caderas, sus dedos agarrados a mi carne mientras me follaba cada vez con más intensidad, o tal vez fuera yo la que se lo hiciera a él. Solo sé que cuanto más fuerte me cogía de las caderas, haciendo que mi clítoris se frotara contra su pelvis, más difícil me resultaba reprimir la oleada que me recorría el cuerpo y la mente enteros.

–Joder, eres preciosa –gruñó, y levantó una mano para cogerme el pecho mientras con el pulgar de la otra frotaba mi clítoris.

Y entonces noté cómo el primer espasmo llegaba rápidamente, mi piel ardiendo, la cabeza echada hacia atrás, mientras otra ola, una más grande y más alta, me llevaba aún más allá, a cotas desconocidas de placer, a un lugar donde lo único que pude hacer fue reír

mientras él me embestía, su polla dura alcanzando el centro de mi ser, con una expresión casi triunfante.

¿De qué otra forma puedo llamarlo sino «acurrucarse»? Eso fue lo que hicimos después de follar otra vez sobre la moqueta del hotel, con una colcha debajo de nosotros, seguido por más sexo en la ducha, donde él exploró mi coño escocido con esa famosa boca suya. Saciados, nos acurrucamos en la mullida y enorme cama de la otra habitación de aquella lujosa suite, interrumpidos tan solo cuando el servicio de habitaciones llamó para confirmar qué clase de pastel había pedido unos minutos antes.

–No sé, todos –contestó la GEC, poniendo los ojos en blanco en dirección a mí.

Más tarde, después de darme un poco de pastel de chocolate, un mordisco de tarta de fresas y un trozo de tarta de queso con maracuyá, se levantó y buscó en los bolsillos de la ropa que se había quitado. Al volver junto a mí, colocó teatralmente una cajita morada en el centro de mi vientre desnudo.

–Y la ganadora es... –susurró abriendo la tapa cubierta con una lámina dorada–: tú.

Mientras él imitaba el sonido de una multitud vitoreando, cogí mi colgante del paso seis y me lo llevé al pecho en un gesto exagerado de agradecimiento.

–¿Para mí? Oh, gracias, muchísimas gracias –dije con voz impostada–. Y me gustaría dar las gracias a la Academia, y por supuesto a mi agente, y a todos los abogados a los que normalmente hay que dar las gracias en estas circunstancias, y a la gente no tan importante, por supuesto...

–¿Qué hay del coprotagonista?

–¿Quién? No, el mérito en este caso será solo mío –dije apartándolo en broma del foco imaginario, y lancé besos a mis fans imaginarios.

–Y bien que haces, Solange Faraday –dijo atrayéndome hacia él para abrazarme entre risas–. Y bien que haces.

CASSIE

Accedí a colaborar en el entrenamiento de Ewan para el trío por tres razones: 1) Matilda estaba en lo cierto. No me había atrevido a poner «trío» en mi propia lista de fantasías, a pesar de que era algo que siempre había querido probar; 2) me sentía atraída tanto por Ewan, el pelirrojo al que había que entrenar, como por Pauline, el miembro de S.E.C.R.E.T. que sería la segunda mujer de nuestro triángulo. Era una chica delgada y con aspecto de chico. De hecho, había sido su actitud sensual y coqueta con su marido en el café la que me había atraído originalmente a S.E.C.R.E.T., la que había despertado mi curiosidad, la que había hecho que deseara poseer la confianza sexual que ella tenía, y 3) quería equilibrar las cosas con Jesse después de su paso con Solange.

Esta última era la razón principal.

Infantil, lo sé; pero entonces Jesse volvió a pasarme la mano por la cara ofreciéndose magnánimamente a llevarme a la Mansión la noche de mi sesión de formación, como si para él no supusiera ningún problema, como si el tipo con el que te acuestas debiera ser tan generoso como para llevarte a un sitio donde es probable que vayas a mantener relaciones con otra persona, incluso con más de una. Me dijo que de todos modos tenía que ir por «un asunto» al Garden District, y le quedaba de camino. Desde que nos había pillado a Will y a mí compartiendo aquel momento de intimidad unas semanas atrás, Jesse había mantenido su norma de esperarme en la furgoneta. El día de mi trío, lo encontré a media manzana de distancia, delante de la tienda de bicis.

–Hola –lo saludé subiendo a la cabina.

Hablamos muy poco de camino a la Mansión. No le había proporcionado mucha información sobre lo que iba a suceder esa noche. Me tomaba las normas de S.E.C.R.E.T. acerca de la privacidad tan en serio como él. Pero cuando aparcamos, me preguntó si sabía de quién era el Audi que había en el camino de entrada. Le contesté que podía ser de uno de mis reclutados.

–¿Cuándo has reclutado a alguien? –me preguntó mientras aparcaba la furgoneta.

–El año pasado, en Audubon Park, con Matilda. Ella le había echado el ojo a un chico, y a mí me gustó su amigo.

En ese momento lo vi: un atisbo de celos le cruzó el semblante; se le abrieron los orificios de la nariz y dirigió rápidamente la mirada al suelo.

–Bueno, será mejor que te des prisa –dijo–. No hagas esperar al chico del Audi.

Me incliné para darle un beso al tiempo que él giraba la cara para ajustar el retrovisor lateral. En otra vida, mi vida anterior, nunca habría dejado en su furgoneta a un hombre dolido. Habría insistido y lo habría incitado y habría encontrado una razón por la que disculparme.

En esta ocasión me limité a decir:

–Gracias por traerme.

Luego cerré la puerta de la furgoneta y me dirigí a la Mansión.

A modo de diversión, Pauline y yo escogimos la habitación Harén, con sus arcos y columnas, la tenue iluminación dorada, los montones de colchas y cojines, y colchones del tamaño de alfombras. Pauline se encontraba ya en el vestidor de la zona del jacuzzi cuando yo llegué, con una copa de champán en la mano. La habitación era pequeña pero opulenta, con docenas de artículos de baño y perfumes alineados en la repisa del espejo, y a lo largo de las paredes había confortables sillas y bancos.

—¿Te importa si bebo un poco? —me dijo—. No es que me guste ir ebria, pero sí un poco achispada.

—Qué va. Buena idea —contesté, y me serví media copa de la botella que se enfriaba en un cubo junto al lavabo.

—¿Estás nerviosa?

—No —repuse. Esperé un instante—. Sí, estoy nerviosa. ¿Estás segura de que no deberías hacerlo con Kit? ¿O con Angela? No sé, se supone que tenemos que entrenarlo, y yo nunca...

Ella se rio y se acercó a mí, con el albornoz abierto que dejaba a la vista su ligero negro. Sus pezones eran tan pálidos que casi resultaban invisibles debajo de las medias copas de encaje negro de su corsé.

—Cassie, confía en mí. Es imposible que la cagues.

Le di un buen trago al champán. Y luego otro. Pauline me retiró la copa de la mano.

—Con eso hay suficiente, Cass —dijo y me tendió una copia en blanco de su ropa interior—. Ponte esto. Voy a entrar a calentarlo. Dame diez minutos y entonces te llamo.

—¿No deberíamos entrar juntas?

—Es su primer trío. Si empezamos las dos juntas, será un poco abrumador.

—Vale.

Desapareció por la pequeña puerta que daba a la habitación Harén. Me puse las medias color pálido y me apliqué un poco de aceite de jazmín detrás de las orejas. El champán contribuyó a que mi cuerpo se ablandara un poco, a que se licuara ante las posibilidades que se abrían ante mí. Arrastré mi mano por el vientre, que era un saco de nervios, y dejé que siguiera hacia abajo mientras me miraba en el espejo. Deslicé un dedo a lo largo del borde de mis bragas, y luego por debajo. Llevaba bastante tiempo pensando en este día, así que evidentemente estaba mojada.

Oí que Pauline me llamaba. Me humedecí los labios con la lengua y dejé caer el albornoz al suelo.

Si en el vestidor la luz era tenue, en la habitación Harén era prácticamente inexistente, salvo por la docena de velas rojas que titilaban sobre la repisa de la chimenea. Entré justo en el momento en que Pauline, a horcajadas sobre Ewan, le besaba suavemente el cuello y el pecho, y rodeaba un pezón con su pequeña lengua endurecida. Alzó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron.

–Mira quién está aquí –le susurró a Ewan.

Con los ojos vidriosos y los labios abiertos, él se volvió y al verme adoptó la expresión de un hombre incapaz de creer en su buena suerte.

–Tú eres la del parque.

Pauline continuó bajando por su torso y deslizó las manos por dentro de los tejanos para quitárselos. Me acerqué a ellos, recordando de pronto por qué aquel hombre me había resultado atractivo: su sonrisa traviesa, sus ojos azul celeste con arrugas en las comisuras, sus pecas, su pelo rojizo despeinado, su increíble cuerpo de jugador de fútbol.

–¿Por qué no vienes aquí, preciosa? –ronroneó pasando la mano por un espacio junto a él sobre las sábanas de raso rojo—. Te estábamos esperando.

–Buena idea –corroboró Pauline mientras él se movía para que ella pudiera quitarle los bóxeres con más facilidad.

Su hermosa erección aterrizó sobre su muslo con un sonido audible. «Dios mío.» Pauline la rodeó con una mano con un gesto posesivo.

–Hola –susurré con las manos apoyadas en las caderas, buscando la ocasión de entrar en acción.

No nos conocíamos de nada, y, sin embargo, desde nuestro encuentro en el parque el año anterior hasta ese momento yo tenía un sentimiento de propiedad hacia Ewan. El corazón me latía desbocado. Me incliné y apoyé las manos en el colchón, y luego repté hacia él como un leopardo hacia su presa, dejando que admirara el modo en que el corsé me apretaba y me juntaba los pechos. Ignorando a Pauline, cogí su barbilla con la mano y lo besé dejando que mi lengua entrara y saliera de su boca cálida, mientras mi mano se desplazaba hacia abajo hasta encontrarse con la de Pauline, y mientras los dedos de ambas empezaban a bailar arriba y abajo con firmeza sobre su polla ella se metió la punta en la boca y mis dedos quedaron atrapados entre sus labios húmedos.

Una de las manos de Ewan seguía dibujando círculos y jugando con el bonito pelo corto de Pauline, mientras con la otra acariciaba mi vientre hasta llegar a mis bragas, y entonces deslizó un dedo musculado y firme dentro de mí. Miré a Pauline, con su polla en la boca, succionándola, lamiéndola, haciendo que vibraciones de excitación recorrieran su cuerpo de modo que yo podía sentirlo. De vez en cuando se detenía para darle alguna indicación.

–Si te gusta lo que estoy haciendo, dímelo, cariño, dímelo. Dime que mi boca es mágica.

–Joder. Lo es. Tu boca es mágica –murmuró él mirándola asombrado.

–¿Qué te parece Cassie?

–Es muy hermosa –dijo él volviendo la vista hacia mí para admirarme.

Yo estaba su lado, de rodillas, y alargué el brazo hacia atrás para quitarme los zapatos de tacón.

–¿Quieres chuparle los pechos? Dilo, cielo. Dile que se desnude como yo. Puedes pedirlo.

–Oh, vale. Quítate la ropa, Cassie.

–No lleva ropa, cariño; lleva lencería. ¿Por qué no le pides que se desnude para ti? – sugirió Pauline con dulzura, poniendo los ojos en blanco, aunque solo lo vi yo.

Me quedé de pie junto al colchón y me bajé las medias. Las dejé colgar de los dedos de los pies a escasos centímetros de Pauline. Ella las cogió, sonriendo, y me acercó a ella, mientras Ewan juntaba las manos tras su nuca. Miré la pequeña y perfecta boca de Pauline. Nunca antes había besado a una chica, pero ¿qué diferencia podía haber? Al final, resultó ser completamente distinto. Enseguida entendí por qué a algunos hombres les gustaban tanto las mujeres. Los labios de Pauline eran juguetones, suaves y dulces, y no dejaron de tantearme, lamerme y absorberme, succionar y morder los míos. Ewan no pudo evitar soltar un gemido mientras miraba cómo los besos de Pauline se desplazaban por mi cuello hasta mis pechos. Yo lo miré con los ojos medio cerrados.

–Oh, Dios, cómo me pone esto –dijo y no era el único.

Pauline interrumpió lo que estaba haciendo.

–Cielo, no digas «cómo me pone esto» igual que si estuvieras viéndonos en la tele. Di «cómo me pones». Di mi nombre, o el de Cassie. Dime qué es lo que hago que hace que se te haya puesto tan dura. ¿Has visto su polla, Cassie? Es una obra de arte.

Ewan gimió y sonrió, y con su mano me atrajo hacia él mientras me decía que se moría de ganas de que lo follara, que Pauline lo estaba volviendo loco. Ella centró su atención en su erección, besando y jugueteando con la punta, al tiempo que me indicaba que yo me centrara en su adorable rostro, que relucía de gozo. Ewan me pasó el muslo por encima de él de modo que quedé a horcajadas, con las rodillas a ambos lados de sus costillas. Eso le interceptaba la visión de la experta mamada que estaba ejecutando Pauline, pero las cálidas manos de Ewan me rodearon los muslos y él alzó la mirada hacia mí. Me levantó de modo que quedé suspendida sobre su rostro, al tiempo que él se arqueaba y gemía mientras los trabajos orales de Pauline lo llevaban casi hasta el orgasmo.

–Joder –susurró.

Aquello suponía una tortura para él, en el mejor sentido de la palabra.

Alargó una mano hacia mí.

–Quiero sentir tu coño en mi boca, Cassie –dijo–. Deja que te saboree.

Tuve que doblar mucho las rodillas para descender hacia él, su palma agarrándome, y su pulgar me frotó el clítoris mientras me colocaba sobre su boca y su lengua me lamía voraz. Quería correrme ya, allí y ahora, con las manos apoyadas en la pared de enfrente.

Eché la cabeza hacia atrás; no tardaría mucho. Él arrastró su lengua de atrás adelante y la metió en mí. Yo me arqueé, de espaldas a Pauline. Ewan tenía ahora las manos en mis nalgas y las apretaba frotando mi pelvis contra su boca, mientras mis rodillas se hundían a ambos lados de su cabeza.

–Dios, qué gusto –ronroneé.

Entonces noté que alzaba las manos y me cogía de los pechos, pero estas manos eran pequeñas y cálidas, y fue entonces cuando me di cuenta de que Pauline me agarraba desde

atrás. Mientras se introducía su polla dentro, y él me comía el coño con gratitud creciente, ella acariciaba y me pellizcaba los pechos. Los profundos gemidos de placer de Ewan lanzaban oleadas a través de mi cuerpo. Pauline lo montó a mi espalda, usando mi cuerpo como apoyo. Mientras lo follaba cada vez más fuerte, metió sus dedos vertiginosos y mojados en mi culo, al tiempo que la lengua de Ewan me follaba con furia por delante.

La excitación se transformó en un ritmo febril. Demasiado rápido, demasiado fuerte.

–Joder, sí, sí, oooh –grité con las piernas abiertas sobre la cara de Ewan, los dedos de Pauline sobre mí, dentro de mí, todo mi cuerpo vibrante, retorciéndose, tomando y tomando, y entonces me corrí, con intensidad, gritando, notando la lengua de Ewan mientras él empezaba a irse también, gimiendo directamente en mi cuerpo mientras Pauline hacía que se corriera, y se corría también ella.

Éramos como una máquina de placer, alimentándonos mutuamente desde todos los ángulos. Manos y bocas y piel sobre piel, ralentizando el ritmo hasta convertirlo en un lento latido.

Pauline se desplomó sobre mi espalda y ambas rodamos separándonos de él, saciadas y con una risa tonta. Por unos momentos me quedé tendida junto a él sin aliento, las piernas enmarañadas entre las sábanas rojas, mientras Pauline se abrazaba a mi espalda con su cuerpo suave y pequeño. Ewan levantó un brazo musculoso y lo tendió sobre las dos, en un gesto protector, agradecido, mientras yo me acurrucaba en su pecho. Pero no podía dormir. Estaba completamente despierta.

Señalé hacia la puerta para indicarle a Pauline que tenía que marcharme. Ella me lanzó un beso adormilado. Mientras me ponía el albornoz, oí cómo Pauline le apuntaba con dulzura a Ewan aspectos que podía mejorar.

–... habla de las sensaciones que te provoca su piel, no digas solo que es hermosa. Tienes que ser más específico. Dile que te encanta su culo, lo sensual que es su boca, cosas así. Y céntrate más en Solange que en mí. No me importará. Además, no es el momento de quedarte pasmado. Intenta comportarte en plan: «Sí, por supuesto que dos hermosas mujeres me están follando...».

Cerré la puerta a su espalda y salí disparada hacia mi casa, ansiosa por estar en mi cama, aunque vibrando de la cabeza a los pies. Me sentía como si acabaran de darme un masaje experto seguido de una sesión de ejercicios vigorosa. Brillaba, y me sentía llena de energía y lista para cualquier cosa.

SOLANGE

Cuando incluí un trío en mi lista de fantasías, lo decía en serio, y estaba preparada y deseándolo cuando llegó el día, justo hasta el momento en que cogí el pomo de esa puerta de la Mansión, la que llevaba a una habitación donde dos personas, probablemente un hombre y una mujer, o tal vez dos hombres, o, Dios mío, dos mujeres, me esperaban.

Fue entonces cuando me quedé petrificada.

En la primera y embriagadora época de mi noviazgo con Julius, saqué a colación la idea de un trío mientras estábamos dentro de una de nuestras dichosas burbujas poscoitales. Recuerdo que en nuestra pequeña habitación trasera hacía un calor de mil demonios. Él acababa de comprar un aparato de aire acondicionado, de los que se colocaban en la ventana. Al terminar de instalarlo, con los soportes y todo, se dio cuenta de que quedaba demasiado lejos del enchufe para poder encenderlo. Se rio y se dejó caer en la cama, tirando de mí para que me estirara con él. Lo que para mí supuso una triste metáfora de un hombre que nunca terminaba una tarea como era debido, a él le resultaba divertido, una ocasión de volver a desnudarme.

Vivíamos en un pequeño piso de alquiler en Baywater, mucho antes de que el barrio se pusiera de moda, antes de que un bebé hiciera imposible una sesión espontánea de sexo a media tarde. Yo estaba estudiando un máster en periodismo, cantaba cuando podía en antros y por las noches regresaba al cuerpo cálido y adormilado de Julius. Él intentaba dejar su trabajo de disc-jockey para convertirse en representante musical, pero no conseguía cerrar suficientes actuaciones. Ambos queríamos ser diferentes de nuestros padres, y de nuestros amigos, que se apresuraban a subir al altar y comprar una casita en el Uptown y Carrollton. De hecho, cuando finalmente nos casamos, lo hicimos durante la pausa del almuerzo y en el ayuntamiento, con gran consternación para mi madre y gran alivio para mi padre. Yo no quería que se endeudara para pagar una boda como era su deber patriarcal, o un reflejo de mi «valor» como mujer. Como pareja, Julius y yo éramos artísticos, progresistas, sociables, atrevidos, y por todo ello pensé que estaría bien aflojar nuestros lazos para poder explorar juntos nuestros límites sexuales. En esa época leía muchos libros sobre relaciones *new age*, y los tríos no eran nada descabellado.

A Julius no le pareció tan bien.

—A ver si te entiendo bien. ¿No te importaría besarme en la boca justo después de que se lo comiera todo a otra mujer y la hiciera gritar delante de ti? ¿Te parecería bien?

—El truco está en no tener ningún vínculo emocional con la tercera persona —contesté, citando lo que había leído en los libros.

—Ah, ya veo. Entonces se supone que una de las dos mujeres con las que estoy tiene que importarme una mierda, emocional y personalmente. Se supone que tengo que reservar mis sentimientos solo para ti, y mi polla para ella. Y entonces todo estará bien —dijo él, riéndose.

—¿Quién ha dicho que tiene que ser una mujer? ¿Y si somos dos hombres y yo?

Él se rio. Y luego volvió a reírse.

–¿Eso te supone un problema? –pregunté.

–¡Sí! Eso me supone un problema. Y no es el problema que crees. Es solo que no me gusta la idea de convertir el sexo en un montón de piernas y brazos y labios y pollas y coños. ¿Para qué tendría que escarbar en un montón de carne solo para conseguir lo que ya tengo, aquí, ahora, todo para mí?

Le di un golpecito en su pecho húmedo, y con los dedos pegajosos recorrí arriba y abajo su estómago, convirtiendo su risa en un estremecimiento en cuanto mi mano se posó en su miembro, que volvía a estar duro.

–Se te da muy bien hablar, Solange –dijo moviendo las caderas al ritmo de mi mano–. Pero estás locamente enamorada de mí. Te conozco. Sé que te morirías si tuvieras que compartirme.

–¿Me estás diciendo que tú nunca piensas en otras mujeres mientras me follas?

Eso hizo que se le pusiera aún más dura.

–La verdad, a lo mejor sí. Y a lo mejor no. Pero justo ahora, en este momento, en lo único que pienso es en follarte a ti –dijo, y me acercó a él.

Aquel hombre era mío, y su polla estaba a mis órdenes. *Mío*. Fue intensa y repentina esa sensación de «mío». Su polla se deslizó en mi interior, mientras yo le rodeaba el cuello con las manos. Me encantaba cómo su torso se endurecía por el esfuerzo. Me encantaba cómo me follaba. Podía notar esa rendición, esa cosa sagrada que el sexo te proporciona cuando se hace bien, cuando provoca el gran «sí» en el centro de tu carne, el sometimiento que llega cuando te sientes segura, bien, deseada. Las cosas fueron así entre nosotros durante mucho tiempo.

Y luego dejaron de serlo.

Hacer un trío era algo que había continuado en mi lista de cosas por probar antes incluso de que Matilda me proporcionara la oportunidad de hacerlo. El día que rellené mi lista de fantasías, sostuve la punta del lápiz sobre esa casilla durante mucho, mucho rato. Y luego la marqué. Esa mañana, me encontré corriendo por mi habitación mientras una limusina esperaba en mi camino de entrada para llevarme a la Mansión. ¡Me había cambiado de ropa seis veces! Y las seis veces me había tenido que recordar a mí misma que no importaba, pues iba a estar desnuda todo el rato, ¿no?

Pues no.

Apenas si me quité el albornoz.

Agarré el pomo con la mano y me quedé inmóvil. Ni siquiera fui capaz de abrir la puerta. Mi curiosidad se había... desvanecido.

Al llegar a casa, llamé a Matilda y quedamos para comer al día siguiente en el Tracey's.

Por alguna razón, tenía la sensación de que debía disculparme.

–Qué tontería. No tienes que disculparte por nada –me dijo–. ¿El problema fue que

no te atrajo? ¿Qué crees que falló en la situación?

No me atrevía a decirle que ni siquiera había abierto la puerta.

–Lo cierto es que yo solo... En teoría me resultaba atrayente, pero cuando se volvió real, me di cuenta de que no era algo que quisiera de verdad. Me pareció demasiado. Dios, ¿eso me convierte en una cobarde?

–¿Cobarde? Solange, para ti esa fantasía no tenía que ver con la valentía y sí con la curiosidad. Pero la curiosidad sencillamente no estaba ahí.

Cierto, pero lo que era aún más cierto era que las palabras de Julius habían empezado a resonar en mi mente. Y en ese momento empecé a desear algo más en relación al sexo, algo más profundo, quizá más... emocional.

–No le des más vueltas. Te prometo que organizaremos otro intento estelar para el paso siete. Piensa unos días en otra cosa que te despierte curiosidad y lo montaremos – dijo.

–¿Puede ser cualquier cosa?

–Por supuesto –contestó Matilda, que se limpió la boca con la servilleta y la dejó sobre la mesa.

La idea se me ocurrió tan rápidamente que no me dio tiempo a atemperarla o pensar de verdad en lo que estaba a punto de pedirle que hiciera por mí.

–Bueno, lo cierto es que no siento curiosidad por una cosa, sino por una persona.

Matilda miró el restaurante abarrotado y se inclinó hacia delante.

–Por favor, no me pidas...

–Pierre Castille –dije–. Rechazó mi petición para entrevistarle, pero algo me dice que la tuya no la rechazará. Si realmente mi próximo paso tiene que ver con la curiosidad, tal vez puedas hacer que él sea el siguiente intento para el paso siete. Una parte de mi fantasía podría incluir una larga entrevista personal.

–Solange, Pierre es manipulador, impredecible, incluso peligroso. Y no puedo garantizar tu seguridad, que es el primer y más importante requisito para cualquier fantasía de S.E.C.R.E.T.

–¿Quién dice que voy a aceptar el paso?

Me miró con expresión seria. ¿Se había dado cuenta de que incluso mientras pronunciaba aquellas palabras, yo misma dudaba de ellas? Tal vez Pierre Castille fuera todo eso que Matilda había dicho, pero también era innegablemente atractivo. Al fin y al cabo, todo aquello no tenía nada que ver con el amor. Y ¿qué era la curiosidad después de todo, sino meter la mano en la boca de un león? Yo había basado toda mi carrera en esa clase de desafíos. Ya había huido de un paso por falta de curiosidad, así que quién sabía qué pasaría si me encontraba cara a cara con Castille. A lo mejor volvía a marcharme. Lo único cierto era que cuando me planteaba esa posibilidad, notaba el familiar chute de adrenalina en las venas. En cuanto lo sentía, no había marcha atrás.

Matilda parecía tan impresionada como enfadada por mi plan.

–Es un hombre peligroso, Solange.

–No me da miedo. De hecho, es él quien debería tenerme miedo a mí.

Me reí, tratando de convertir el final de mi frase en una broma, pero su silencio cayó como una losa entre nosotras.

Fue la clase de silencio que los periodistas y los vendedores saben que deben respetar, porque el siguiente que hable será el perdedor.

–Te diré algo –dijo Matilda de mala gana, aunque cariñosamente–, la palabra «formidable» se queda corta para describirte.

Al día siguiente, sentada en el coche de Julius de camino a una reunión con la profesora de Gus, tuve que esforzarme por combatir la extraña necesidad de contarle lo del trío, y que si me había echado atrás era por él. En lugar de eso, aspiré el conocido olor de su Jeep, alucinada de que no solo hubiera llegado a tiempo, sino incluso un poco pronto.

–Estás guapa –dijo–. Llevas el pelo distinto. Me encanta así, rizado.

–No me lo he secado con el secador.

–Es muy bonita –dijo tocando mi pulsera y la piel de debajo.

Seguíamos compartiendo una intimidad cómoda, de esas en las que una mano que toca una rodilla o acaricia sin querer mientras anuda una corbata no resulta anormal, pero hacía tiempo que no había pasado. Me planteé quitarme la pulsera de S.E.C.R.E.T., pero con los seis dijes que colgaban ahora de la cadena, no podía resistirme a llevarla allí donde fuera.

–¿Ahora vas a decir algo bonito de mi bolso? ¿Qué te parecen mis zapatos? –pregunté desviando la atención de mi pulsera.

–No lanzo cumplidos porque sí. Lo digo en serio. Me gusta todo –repuso con la vista clavada en la calle.

–Bueno, pues entonces gracias. Pero no me lo he puesto por ti. Es mi conjunto de Soy Una Buena Madre a Pesar de Trabajar Tanto.

Él se rio por lo bajo.

Tras un momento de silencio, cambié de tema.

–Oye, ¿cómo va el negocio del puesto de comida?

–Pues... el negocio va muy bien –contestó en tono dubitativo–. Vamos a encargar otra caravana. Llegará dentro de unas semanas y la pondremos en el mercado de Freret Street. Esperamos que...

–Ten cuidado; no expandas el negocio demasiado rápido, Jules. Ya lo has hecho una vez y te llevó a la ruina.

Me arrepentí al instante de mis palabras. Era su dinero, su negocio, su riesgo. Yo no tenía nada que decir al respecto. Y mientras siguiera pagando la manutención de Gus a tiempo, sin quejas, no tenía ningún derecho a darle consejos financieros que no me había pedido. De hecho, ningún tipo de consejo.

Pero en lugar de defenderse o cerrarse en banda, se limitó a decir:

–Entiendo tu preocupación, Solange. Mi historial no es muy brillante, pero esta vez sé lo que hago. Voy paso a paso. Tengo una corazonada.

No dije nada más sobre su negocio, y durante la reunión con la profesora dejé que él se encargara de hablar mientras yo contemplaba su perfil, maravillada por la forma en que el amor puede transformarse en otra cosa, en algo distinto y aun así tan familiar. Escuché a Julius mientras planteaba las preguntas pertinentes sobre la capacidad de Gus para terminar sus tareas escolares. Julius tenía la sensación de que estaba agobiado con los deberes y le pidió a la profesora si era posible reducirlos un poco para que dispusiera de más tiempo para relajarse y ser solo un niño después de clase.

–Su pediatra no cree que tenga problemas para concentrarse –dijo Julius en la reunión–. A veces, si se fuerza un cerebro perfectamente sano, puede tensarse demasiado la cuerda.

–Oh, estoy de acuerdo –dijo la profesora–. Es un buen plan. Funcionará.

Más tarde, Julius me dejó en el trabajo.

–Gracias. Ha estado muy bien –dije dándole unos golpecitos en el dorso de la mano.

–Lo hemos hecho bien. Oye, mañana por la mañana me gustaría recoger a Gus un poco antes. Quiero llevarlo a jugar al golf.

–No sabía que jugabas al golf –repuse añadiendo aquello a la lista de cosas nuevas sobre Julius que iba descubriendo.

–No juego. Pero creo que Gus debería probarlo. A medida que te haces mayor es más difícil aprender cosas nuevas.

–Sí, aunque no imposible.

–Eso es cierto –dijo y se inclinó hacia mí para darme un beso de despedida, haciéndome cosquillas en la mejilla con la perilla.

Estuve a punto de volver el rostro para que nuestros labios se juntaran. De convertir un beso casual en otra cosa. «¿Qué demonios está pasando? ¿Es por su olor? ¿O por todo el sexo que estoy practicando?» A veces, si pasaba demasiado tiempo cerca de aquel hombre, su olor ofuscaba mi mente y me hacía perder el juicio.

Mientras su Jeep se alejaba, comprobé los mensajes del móvil: había dos de la oficina y uno de Matilda. Escuché primero el suyo.

«Solange, llámame. Tengo novedades. Pierre... ha accedido a... que lo reclutemos solo para esta ocasión. Pero ha puesto condiciones. Llámame.»

Dios santo. Ahí estaba: la curiosidad, y ¡menuda curiosidad! Pulsé enseguida la tecla para devolver la llamada y Matilda contestó al primer timbre.

–¿Cuáles son las condiciones? –pregunté antes incluso de soltar un «Hola».

–Bueno, Solange, no quiere que haya ninguna cámara para la entrevista –contestó en un tono que denotaba que creía que eso me echaría para atrás.

–De acuerdo –acepté–. Se lo venderé como un tema de portada para el *New Orleans Magazine*. Me deben una, al fin y al cabo.

–La otra condición es que la fantasía debe tener lugar en París, que es donde vive desde nuestro acto en el Latrobe’s.

El corazón me dio un vuelco. ¡Nunca había estado en París!

–Eso no será un problema.

–¿Qué hay de Gus?

–Tenía un padre estupendo la última vez que lo comprobé, y a menudo se lo queda más tiempo si hace falta.

–¿Y la cadena de televisión?

Estaba claro que no quería que fuera.

–Me quedan días de vacaciones.

Matilda suspiró sonoramente al darse cuenta de que había poco que pudiera decir para disuadirme.

–Solange, esto no me gusta.

–Cuando me apunté, dijiste que podía pedir cualquier cosa que quisiera. Cualquier fantasía. Esta es la que quiero –repuse.

Cuando me ponía así, cuando adoptaba esa actitud firme como si estuviera en trance, Julius solía evitarme y dejar que mi obsesión siguiera su propio curso. A fin de cuentas, era esa tenacidad la que me había valido tantos elogios. Pero también me había metido en problemas. Esperaba que en este caso hubiera más de lo primero y nada de lo segundo.

–De acuerdo, Solange, pero yo tengo mi propia condición –dijo Matilda–. Este será tu paso ocho. Tengo otra cosa en mente para la repetición del séptimo.

–¿Me recuerdas cuál es el octavo?

–Arrojo, Solange –contestó–. Aunque nunca he conocido a una mujer de S.E.C.R.E.T. que necesite trabajar esa cualidad menos que tú.

CASSIE

Jesse y yo estábamos enredados en la cama después del sexo, con un brazo y una pierna encima del otro perezosamente, perdido cada uno en sus propios pensamientos. Casi me quedé dormida y me olvidé por completo de la reunión de última hora del Comité que había convocado Matilda aquella tarde. Enseguida me desperecé y me levanté de la cama de Jesse refunfuñando. Estaba tan cansada que podría haberme quedado dormida toda la tarde y toda la noche, hasta el día siguiente.

Los últimos cinco meses habían sido un no parar de trabajo, trabajo, trabajo. Pero ya estaba empezando a dar sus frutos. Cada noche se formaban colas delante del Cassie's, y en la calle la gente hablaba constantemente del restaurante. Aquel año no conseguiríamos beneficios, pero sin duda al año siguiente ganaríamos dinero si las cosas continuaban así. Y habíamos conseguido una reseña destacada en el *New Orleans Magazine*: «No se pierdan el nuevo restaurante de Frenchmen Street llamado Cassie's. Tiene la acogedora calidez de la casa de tu mejor amigo, un lugar en el que no hace falta quitarse los zapatos y en el que siempre sabes que lo que te sirvan será imaginativo, sorprendente y sin embargo deliciosamente familiar».

Apreté con el pie el culo de Jesse, la única parte de su cuerpo que no estaba cubierta de tatuajes y que asomaba seductoramente entre las sábanas.

–Jess, ¿seguro que quieres llevarme?

Él gruñó. Antes me costaba un gran esfuerzo mantener a raya la intimidad emocional entre nosotros, pero ahora me daba por satisfecha con lo que compartíamos. Estaba ocupada y distraída. Y él también. Podía disfrutar de un sexo estupendo cada vez que quería. Y Jesse seguía siendo como un gatito perdido para mí: siempre contento de verme, privado de afecto, aunque últimamente solo quería que lo dejaran vagar por las calles de noche, y yo me complacía en hacerlo.

Me agaché para recoger las medias del suelo, pero Jesse tiró de mí para dejarme sobre su regazo desnudo, donde yo seguí vistiéndome despreocupadamente. Él deslizó las manos entre mis piernas y me separó los muslos. Yo me agaché para coger el sujetador de la silla. Aquel era nuestro juego.

–Llego tarde.

–Me importa una mierda –susurró él en el hueco de mi hombro.

Empezó a moverme sobre su regazo, despertando de nuevo su erección apenas dormida.

–Tengo que irme –dije tajantemente al tiempo que cerraba los ojos y alargaba el brazo para pasarle los dedos por el pelo despeinado.

–Entonces vete –susurró él deslizándose los dedos por dentro de la parte delantera de mis bragas y descubriendo que, sorprendentemente, estaba muy mojada–. Sin duda debes irte.

Con un movimiento rápido, me puso bocabajo en la cama con las piernas separadas. Me bajó las bragas y las dejó a la altura de las rodillas. Esperé ansiosa a que se colocara sobre mí, admirando mi culo en pompa, mientras me abría las piernas con las rodillas. Entonces, sin previo aviso, me penetró con fuerza, una estocada, todo músculo, como si estuviera extrayendo algo de mí, algo que instantáneamente me mostré reacia a entregar. Pero mi resistencia duró poco. No podía evitarlo. Me agarré a las sábanas y arqueé la espalda, ofreciéndome, mientras él entraba más y más hondo en mí. Con los dedos rígidos me magullaba las caderas, su polla me clavaba contra la cama, y todo mi cuerpo se ceñía alrededor de ella. Mi clítoris estaba perfectamente colocado contra la colcha y él lo sabía, de modo que adecuó su ritmo y sus embestidas para que me corriera. Incluso aunque aquello fuera lo único que fuese a obtener de él, era todo lo que deseaba en ese momento.

–Te gusta, ¿verdad? –murmuró agarrándome del pelo y tirándome de la cabeza hacia atrás.

La intensidad de sus embestidas aumentó.

Asentí, enmudecida por el placer, mientras mis sensaciones se aceleraban.

–Me encanta follarte, Cassie.

Y con eso exploté alrededor de él, y mi cuerpo se convulsionó mientras me arqueaba para absorber el placer de su vigorosa polla. Vi mentalmente su verga venosa, entrando y saliendo de mí hasta que se derramó sobre mi espalda y mi culo. Nuestros cuerpos se movían al unísono, cada uno tomando algo del otro hasta que los dos empezamos a caer desde las alturas, de vuelta en la cama deshecha.

–Madre mía –dije desplomándome sobre las sábanas.

Él rodó hasta quedar bocarriba a mi lado, sin resuello, riendo levemente.

–Voy a llegar tarde.

–No, no llegarás tarde –repuso poniéndose en pie de repente y dando palmadas como si fuera un sargento–. ¡Vamos, vamos, vamos! Ducha, ropa, yo pondré en marcha la furgoneta.

Al levantarme vi estrellas en mi visión periférica. A la ducha más rápida del mundo siguió un ritmo frenético para vestirme, y para cuando me recogí el pelo mojado en una cola baja Jesse estaba ya en el porche. Ambos permanecemos distraídos, en silencio, mientras se abría paso por la ciudad hasta el Garden District y tomaba un atajo por Frenchmen Street. Me resultó extraño pasar por delante del restaurante y alargué el cuello para ver a la gente, mi gente.

El café estaba en ese momento tranquilo típico de los domingos al mediodía. Vi el brazo de Maureen pasando la bayeta por una mesa. Claire también tenía el día libre, así que debía de estar en casa de Will, tal vez mirando la tele, tal vez leyendo; con suerte no estaría triste y con suerte estaría mejorando. Había tomado la difícil decisión de saltarse la escuela de verano, eligiendo en su lugar dividir el tiempo entre su trabajo en el Café Rose y el Cassie's. Le encantaba ayudar a preparar la comida, y Dell no paraba de decir que tenía un don natural para la cocina. Aunque Will se mostraba inflexible: si quería vivir con él, en septiembre debía volver a la escuela. Nunca se me habría ocurrido contarle a Will

que en realidad había sido Jesse el que le había sugerido que se matriculara en la de cocina. Incluso se había ofrecido a escribirle una carta de recomendación. Cuando le comenté a Claire esa posibilidad, se le iluminó la cara. Me abrazó hasta dejarme sin aliento, y por un instante vi cómo debía de haber sido de niña: feliz, despreocupada, con todo el futuro por delante.

En ese momento, pensé mientras apoyaba la cabeza en la ventana de la furgoneta de Jesse, Will estaría en el piso de arriba, repasando el menú con los camareros, sustituyendo los tapones de las licoreras que habrían quedado empapados durante la noche. Aquel era tal vez el único desencuentro que habíamos tenido en esos cinco meses, pues Will no entendía por qué había que retirar las licoreras cada noche para volver a precintar todas las botellas.

«Para que no se estropeen –le expliqué–. Para que las moscas del vinagre no se cuelen en el alcohol.»

«En todos los bares que he estado en mi vida dejan puestos los pitorros de plástico.»

«Ah. ¿En cuáles? Para tomar nota de adónde no tengo que ir nunca.»

Al final cedió. En el trabajo nos complementábamos: Will se ocupaba de los aspectos de llevar un restaurante que a mí no me gustaban (marketing, logística, horarios), y me dejaba a mí aquellos que me encantaban (la contabilidad, la atención al cliente, la planificación de los menús). Y debido a nuestras obligaciones, que no coincidían, no habíamos pasado mucho tiempo juntos. Nuestras interacciones a menudo estaban relacionadas con un breve intercambio de horarios, o un encuentro en el pasillo para acabar una lista de la compra o en la cocina para dar un rápido veredicto sobre un guiso hirviente de algo extraordinario que Dell estaba cocinando.

Hasta que el día anterior había sucedido algo extraño. Will había salido del vestidor del personal recién duchado. Había trabajado durante el turno de día. Esa noche yo estaba en el piso de abajo. Pero ducharse en el trabajo era algo que nunca antes había hecho, ni siquiera durante la aparatosa reforma. Dell y yo estábamos en la cocina, sentadas en sendos taburetes, hojeando un catálogo de especias buscando recetas de salsa de pescado. Aunque normalmente Will se vestía con pantalones de algodón oscuros y una camisa lisa azul o blanca, en esta ocasión iba todo de negro, con una camisa de vestir con puños dobles, unos elegantes pantalones negros sin pliegue y unos zapatos negros de ante nuevos. Olía tan bien y estaba tan sexi que me dejó sin aliento.

Para disimular mi reacción, le dediqué una sonrisa con la boca cerrada y, con tanta indiferencia como pude, musité:

–Qué camisa más bien confeccionada.

–Gracias –contestó él alisándose–. Me ha costado lo suyo. Por cierto, Dell, ese gumbo de marisco es soberbio. Esta noche van a alucinar.

–Muchas gracias –repuso Dell moviendo la mano por encima del hombro.

Will salió por la puerta de atrás sin despedirse y a mí se me cayó el alma a los pies. Seguramente tenía una cita. No le había preguntado porque no quería saberlo. Pero lo sabía. Tenía una cita. O quizá tuviera una amante. Todo él desprendía la promesa de sexo.

Pero ¿qué me importaba a mí? Nada. Al fin y al cabo, en ese momento mi propio amante me estaba llevando a un lugar donde la gente se reunía para planificar fantasías sexuales con el mismo compromiso y concentración que ponen los países para albergar los Juegos Olímpicos. Jesse cogió St. Charles Avenue hasta Third Street, en lugar de seguir la ruta habitual por Magazine Street, algo de lo que no me di cuenta hasta que vi los ruidosos tranvías desplazándose sobre la hierba alta a lo largo del bulevar. Yo tenía la foto de un tranvía antiguo en la puerta de la nevera. La había comprado el día que Scout y yo nos mudamos a esta ciudad, casi diez años atrás. ¿De verdad hacía tanto tiempo que vivía en Nueva Orleans? Había creído que ser la dueña de un negocio me haría sentir más arraigada, pero en ocasiones todavía me sentía como una turista en aquella ciudad.

Paramos delante de la Mansión.

–Pásatelo bien hoy en el Club del Sexo –me dijo Jesse atrayéndome hacia él para darme un beso–. Te llamo luego.

–Vale.

La sensación de nostalgia me persiguió hasta llegar al pórtico delantero de la Mansión. ¡Cuántas cosas habían cambiado desde la primera vez que había atravesado aquellas puertas! Por entonces estaba tan asustada, era tan tímida y confiaba tan poco en mí misma... ¿Por qué me sentía tan poca cosa? No era solo porque no hubiera un hombre en mi vida, era algo más profundo. Me había distanciado de mí misma y mi vida parecía discurrir por unas vías distintas a las del resto del mundo. Ahora la vida no era fácil o siempre feliz, pero sí plena y tenía un sentido.

Abrí las amplias puertas en el preciso instante en que Angela salía del tocador y atravesaba el vestíbulo embaldosado en blanco y negro, vestida de manera informal con una camiseta, tejanos y deportivas.

–Hola, Cassie –me saludó y me dio un beso en cada mejilla. A veces me olvidaba de lo alta que era, hasta que me encontraba de pie a su lado–. Hace días que quiero ir al restaurante. ¿Cómo os va?

–Bien. Estamos teniendo una primavera muy atareada. Hace que me entren ganas de tener una terraza.

–Están sobrevaloradas. Ya sabes el calor que hace en la ciudad en verano. Todo el mundo quiere un local con aire acondicionado.

–Supongo que tienes razón. Aunque sí nos estamos planteando despejar la zona del bar para que un grupo toque música en vivo. ¿Así pues...?

–Sí, lo haré. Y conozco a un músico que toca un pequeño teclado portátil, así que no ocuparemos mucho espacio.

Me alegró que aceptara. Will y yo habíamos puesto a Angela en nuestra lista de posibles artistas, pero yo no estaba segura de que se dignara a actuar en nuestro pequeño local.

–¿Va todo bien entre Jesse y tú? –preguntó.

Todo el mundo sabía que teníamos algo sin llegar a tener algo del todo. Aun así, no

estaba muy segura de qué responder.

–Jesse está bien. Es divertido.

–Eso me han dicho –dijo Angela al tiempo que me precedía hacia las puertas dobles del comedor.

Vaya.

La vi rodear la larga mesa de roble para saludar a Bernice, Michelle y Brenda. Matilda estaba junto a la mesa auxiliar hablando con Kit, y las dos picoteaban de la impresionante colección de comida que había allí dispuesta: rollitos de primavera, pakoras, vino y queso. Amani estaba rellenando la fuente de gambas. Empecé a preguntarme qué otros miembros del Comité se habrían acostado con Jesse durante alguna sesión de formación. En la fiesta para darle los regalos del bebé a Tracina del año anterior, había descubierto que Pauline había «puesto al día las habilidades orales de Jesse». Incluso se había comentado el nombre de Matilda como una posible pareja, aunque me costaba creerlo; no porque tuviera veinte años más que él, sino porque era tan especial, tan elegante, tan refinada... y él era tan... Jesse. Podía imaginarme a Michelle con sus rizos rubios desparramados sobre el pecho de él, o a la bisexual Kit, que podía atraer fácilmente a un tercero a su cama. Maldita sea, ahí estaba ese viejo aguijón de los celos que se extendía como un veneno por mis venas. Me habían advertido acerca de Jesse. Nunca había sido un secreto. Yo siempre había sabido lo que era; entendía nuestras limitaciones. Y, aun así, no pude evitar que me temblara el cuerpo mientras me sentaba entre Matilda y Maria, esforzándome por ocultar este repentino ataque de inseguridad. En dos minutos, había pasado de sentirme agradecida y esperanzada, a pensar que era un fraude y una inútil.

«Apártalo de tu cabeza, Cassie. Esto no va sobre ti.»

Saludé con la cabeza a las chicas reunidas, incluida Pauline, cuya presencia aún hacía que me sonrojara un poco.

–Muchas gracias a todas por venir –empezó Matilda–. Sé que os he avisado en el último minuto, pero tenemos un par de cosas en nuestra agenda. Como sabéis algunas de vosotras, la fantasía del trío de Solange finalmente no se pudo llevar a cabo.

Mierda. Había tenido intención de preguntar, pero me imaginé que si no me decían nada significaba que había ido bien.

Matilda se volvió hacia mí leyéndome el pensamiento.

–Cassie, no es culpa tuya. Cambió de opinión. A veces pasa.

–Siento que no saliera bien –dije.

–Yo también –añadió Pauline haciendo un mohín.

–Todas lo sentimos. Pero recordad que este es un proceso de descubrimiento, y Solange aprendió algo valioso al no seguir adelante. No lo sintáis por ella. Le esperan un par de excitantes aventuras. En París.

–Y nada me gustaría más que colaborar en cualquiera de ellas –se ofreció Angela levantando la mano.

–Me temo que esta le toca a Bernice –repuso Matilda indicando a esta que vaciara sobre la mesa un sobre de papel Manila con fotos.

Los «ooohs» y «aaahs» por París se convirtieron en «oohs» y «aahs» por las fotos, en las que se veía lo que parecía la alineación del primer draft de un equipo de los Hombres Negros Más Atractivos del Planeta.

–Señoras, antes de revolver en ese montón, echad un vistazo a esta foto.

Matilda colocó una pantalla contra la pared para mostrar una imagen ampliada de un atractivo hombre negro, mayor, con las manos en las caderas, de pie en lo que parecía Jackson Square. Tenía una ligera perilla entrecana y llevaba unas gafas de sol por encima de su cabeza afeitada. Estaba sonriendo a alguien que quedaba fuera de la imagen, a su izquierda, y se le hacía un hoyuelo en la mejilla izquierda. La expresión de su rostro sugería que no era consciente de que le estaban haciendo una foto.

–¿Veis a este hombre?

–Vaya si lo vemos –murmuró alguien provocando una cascada de risas.

–Es Julius Faraday, el exmarido de Solange.

Hubo más «oohs» y «aahs» y «¿Has dicho ex?» y «Vaya con Solange».

–Muy bien, ahora escuchad –dijo Matilda intentando ponerse seria, aunque a ella también le costaba disimular una sonrisa–. Por razones que pueden resultar obvias, tenemos que encontrar entre estas fotografías al hombre que más se parezca a Julius, pero a Julius en una versión más joven, como debía de ser cuando Solange lo conoció.

Me levanté para unirme al grupo que se amontonaba frente al tablero y mirar a Julius más de cerca. Tenía una pinta increíblemente interesante con el jersey de cuello alto y la chaqueta de cuero. Entre sus dientes delanteros había un levísimo hueco. Si no fuera por su relación con Solange, habría propuesto que lo reclutáramos. También me habría ofrecido a entrenarlo. Pero era su ex, y los ex estaban prohibidos. O eso creía yo.

–Este –dijo Michelle colgando una de las imágenes que había junto a la foto de Julius.

–Nah –dijo Angela–. Este tío.

El hombre de la foto que señalaba exhibía una sonrisa parecida a la de Julius, aunque tenía el pelo más largo. Tras debatir un rato si la sonrisa era más importante que los ojos, el elegido por Angela ganó por una mayoría aplastante, tras lo cual Bernice desapareció con la fotografía para realizar «llamadas internacionales». El resto nos levantamos para marcharnos, porque creíamos que ya habíamos terminado con nuestra tarea para ese día.

–Un momento, señoras. Tenemos algo más en el orden del día –dijo Matilda, y sacó otro sobre de papel Manila de debajo de la mesa–. Esta noche vamos a seleccionar a otro reclutado. Y en un giro inesperado, ha sido él quien se ha puesto en contacto con nosotras. Bueno, conmigo.

Una sensación de confusión se extendió por la mesa. Matilda raramente aceptaba aspirantes que se ponían en contacto con S.E.C.R.E.T., porque por lo general lo hacían a través de un reclutado indiscreto que había infringido las normas y se lo había contado a

un amigo. El excesivo entusiasmo era recibido con desaprobación y amenazaba nuestro anonimato.

Matilda dejó el sobre frente a mí.

–Cassie, ¿puedes abrirlo, por favor?

¿Por qué yo? ¡Tal vez esta vez yo sería la facilitadora principal! ¡Igual me iba a París! Agarré el sobre de la mesa y lo abrí con impaciencia. De dentro cayó una foto satinada en blanco y negro de un atractivo reclutado nuevo.

Lo que siguió sucedió en unos segundos, cinco como mucho, pero el tiempo pareció ralentizarse. Analicé la estudiada pose del reclutado y la forma en que se apoyaba en la pared de cemento. Pensé: «Vaya, es muy guapo. Pero lo conozco de algo». Tres segundos después, me di cuenta de que aquel hombre era famoso. Pero ¿por qué? Entonces, en el lapso de tiempo que transcurrió entre que inspiré y espiré, lo vi claro: aquel reclutado no era famoso. Lo que pasaba era que su cara me resultaba tan familiar que me lo había parecido.

Estaba contemplando el rostro de Will, *mi Will*, sus rasgos melancólicos en reposo, sus ojos azul oscuro relajados pero serios, una dulce sonrisa curvándole los labios. Llevaba la misma camisa negra de puños dobles. Estaba de pie con las manos metidas en los bolsillos de aquellos pantalones sin pliegues. Se le veía sexi. Muy, muy sexi.

Había un silencio tal en la habitación que tranquilamente podría haber estado sola con los pensamientos que gritaban en mi cabeza. Al abrir la boca, lo único que salió de ella fue una palabra ahogada que sonó como un «no».

–Déjame verla –dijo Angela y me arrancó la foto de los dedos.

Segundos después, se llevó la mano a la boca y me miró a los ojos. Sin decir nada, le pasó la foto a Kit, que hizo lo mismo. El juego se terminó al llegar a Pauline, que no conocía a Will y no entendía por qué todo el mundo se había quedado estupefacto.

–¿Quién es? –preguntó.

–Se llama Will –le explicó Matilda–. Esto... es un amigo de Cassie.

–¿Amigo? –dije elevando la voz–. Es mi exnovio. Y mi actual socio.

«Oh, Dios mío, ¿voy a desmayarme? Voy a desmayarme.»

–También es un hombre –me dijo Matilda sin alterarse–, que creo que sería perfecto para nuestra Solange.

«¿Esto está pasando de verdad?»

–Vaya, esto es muy interesante –observó Pauline haciendo girar la foto hasta el centro de la mesa.

–Vino a verme hace unos días –continuó Matilda.

«¿Will? ¿Will vino a verla?»

A continuación, Matilda procedió a explicar la historia del despertar de un hombre, Will, que había tenido lugar después de que casi perdiera a alguien a quien amaba debido

a ciertos prejuicios conscientes e inconscientes que algunas personas tenían acerca de las mujeres y el sexo. Yo creía que hablaba de lo que le había pasado conmigo, pero se refería a Claire, cuya vergüenza por los insultos de zorra que había recibido lo había desconcertado y enfurecido a partes iguales. Matilda describió cómo la victimización de Claire había hecho que Will se sintiera completamente impotente. Y también le había revelado algunas actitudes que esperaba poder corregir en sí mismo. Había acudido a Matilda, nos explicó, porque buscaba ayuda. Quería hacer algo constructivo, realizar una donación para alguna de las obras benéficas anunciadas en el acto del Latrobe's, el mismo del que se había marchado hecho un basilisco después de discutir conmigo.

–Y entonces fue cuando le propuse que se convirtiera en un reclutado, como una forma de abrir su mente y cambiar su actitud respecto a las mujeres y el sexo.

–¿Tú se lo propusiste a Will?

–Sí, eso hice, Cassie. Le expliqué que nuestra organización trabaja para acabar con los estigmas que sufren las mujeres, de uno en uno. Y que lo hacemos con la ayuda de las demás, pero también con la de algunos buenos hombres que también cambian para bien tras colaborar con nosotras.

–¿Le pediste a Will que se convirtiera en un reclutado? –repetí intentando con todas mis fuerzas reprimir mi enfado.

–Sí, Cassie –repitió ella respondiendo a mi inminente histeria con una gran dosis de dulzura–. Le pedí que se lo pensara. Y dijo que sí. Siempre que lo aceptáramos.

Solté un exabrupto por lo bajo y me rodeé con fuerza el torso con los brazos, con la barbilla baja. Era la encarnación física de una adolescente haciendo pucheros.

–Sabe que yo me enteraré, ¿verdad?

–Por supuesto. Le dije que, para considerar su admisión, tendría que reunirse con todo el grupo, incluida tú.

–¿Y no le importó?

–Claro que le importa, Cassie. Créeme, le importa mucho. Especialmente le importas tú.

–¡Ja! –exclamé.

A ese estallido siguió la exasperante conciencia de mis propias limitaciones emocionales. Pero resultaba difícil ver el altruismo en todo aquello.

Y, sin embargo, cuanto más hablaba Matilda de reclutar a Will para S.E.C.R.E.T., más empezaba la parte racional de mi cerebro a iluminarse y asumirlo.

–Will dejó muy claro que, si te oponías a la idea, rechazaría la propuesta –explicó Matilda–. Tiene la sensación de que esta podría ser una forma de... compensar. A nosotras, a ti, a las mujeres en general, supongo. Eso fue lo que dijo.

No podía sino reírme. Y eso fue lo que hice.

–¿Su forma de compensarme es follarse a otra mujer? Increíble.

La reprimenda llegó rauda y firme.

–Cassie Robichaud, esa reacción no es propia de un miembro de S.E.C.R.E.T. La «otra mujer» de la que hablas es nuestra Solange, nuestra hermana en S.E.C.R.E.T. Y la última vez que lo comprobé, tus vínculos románticos y sexuales con Will ya no existían. Y tú, querida, parecías estar disfrutando los muchos beneficios de ser miembro de S.E.C.R.E.T. ¿No es así? Además, en cualquier caso, Will va a empezar a acostarse con otras mujeres. ¿Qué tiene de malo que empiece aquí, cuando lo único que está en juego es su cuerpo y no su corazón?

No dejaba de mirar alrededor de la mesa en busca de alguien que me apoyara, pero Kit, Pauline, Angela y el resto se habían ido hundiendo en sus sillas, y lo observaban todo como si fuera un partido de tenis en una pantalla gigante. La cabeza me iba a mil por hora, y oscilaba entre el enfado y el miedo, pasando por esos lugares más oscuros donde se destilaba la podredumbre de los celos. Entonces las nubes empezaron a abrirse dando paso a la sensatez y otro pensamiento me vino a la mente: si Will participaba en S.E.C.R.E.T. y compartía todas las cosas maravillosas que aquella excéntrica organización ofrecía, a lo mejor se daba cuenta de que se había comportado como un completo idiota. Vería lo que la expresión y la liberación sexuales podían aportar al alma. Enfadarme con Will significaba convertirme en la persona hipócrita a la que le había acusado a él de ser. Impedir que participara en S.E.C.R.E.T. debido a algunos de mis miedos ancestrales significaba admitir que yo no había aprendido nada. Y equivaldría a admitir que aún albergaba esperanzas de que nosotros dos teníamos un futuro. De hecho, permitir su entrada en S.E.C.R.E.T. solucionaría un montón de aspectos de nuestra relación: quedábamos en igualdad de condiciones, nos proporcionaba una experiencia común y establecía sin dejar lugar a dudas que S.E.C.R.E.T. era un lugar que ayudaba, incluso sanaba, no solo a las mujeres, sino también a los hombres.

Volví a coger la foto de Will.

–Matilda, chicas... No voy a... no puedo poner ninguna objeción a que reclutemos a este hombre. De hecho, es ideal para S.E.C.R.E.T. Es un buen hombre. Increíblemente atractivo. Es un amante extraordinario. Y adora de corazón a las mujeres. Así que, si no hay ningún otro inconveniente, no veo ninguna razón para impedir que se vote su admisión. Yo voto que sí.

–Estupendo. Sabía que entrarías en razón. ¿Alguna objeción? ¿Podemos votar? –preguntó Matilda.

Una a una, todas levantaron la mano en el sentido contrario a las agujas del reloj para votar que sí.

–Genial. Seguiremos adelante con este reclutado –dijo Matilda.

La oleada de náuseas apenas había remitido cuando surgió otra poderosa pregunta, esta vez planteada por Pauline.

–¿Quién se ocupará de entrenar a Will?

El silencio volvió a hacerse en la sala.

–¿Alguna propuesta? –preguntó Matilda.

Es de locos cómo una buena idea puede convertirse rápidamente en una mala. Angela

levantó la mano. Por supuesto, ¿cómo no iba a ofrecerse? ¡Y Will descubriría lo que era de verdad el buen sexo! La sangre me hirvió por debajo de la superficie de la piel.

–Esto... –dijo–. Me gustaría excluirme como voluntaria.

¿Qué? ¿La había oído bien?

–¿Y eso por qué, Angela? –quiso saber Matilda.

–Bueno, porque... conozco a Will. Y también por... Cassie. –Hizo una mueca.

–¡Yo tampoco puedo hacerlo! –exclamó Kit.

–¡Ni yo! –dijo Michelle.

–De verdad, yo no puedo –añadió Brenda.

La tensa expresión de Maria, Pauline y Amani lo decía todo.

–Vamos a ver si lo he entendido bien –dijo Matilda–. Todas estamos de acuerdo en que Will es un reclutado perfecto. En ese aspecto, la unanimidad es abrumadora. Y, aun así, ¿nadie quiere ocuparse de su formación?

Más silencio. Noté cómo las uñas se me clavaban en la parte superior de los muslos. ¿Qué era aquello, una muestra de lealtad o de miedo?

–Bueno, en ese caso supongo que no podemos seguir adelante con...

–¡Lo haré yo! –dije un poco demasiado alto–. Yo me encargaré de entrenarlo.

Matilda me miró.

–¿Disculpa?

–Puedo hacerlo, Matilda –repuse.

Matilda paseó su mirada alrededor de la mesa una vez más. Todas se habían convertido en búhos, inmóviles y con los ojos abiertos de par en par.

–Es probable que Will se oponga, Cassie.

–Pues tendré que aceptarlo.

Matilda me observó atentamente.

–No puedes quedártelo, Cassie. Una vez haya acabado su formación, tendrás que dejarlo ir.

–Lo sé. Ya lo he hecho antes. Puedo volver a hacerlo.

Matilda soltó un suspiro.

–Muy bien, pues. Escogemos a Will por unanimidad. Y Cassie Robichaud será quien se ocupe de su formación. Discutiremos la manera de hacerlo más adelante –dijo volviendo a meter la carpeta en su bolsa.

Eché un vistazo alrededor de la mesa. La expresión de las mujeres variaba: unas parecían impresionadas, otras preocupadas y otras levemente anonadadas. Por supuesto que era una apuesta arriesgada, pero ¿acaso no es siempre así en lo referente al sexo? Aunque en lo más hondo de la parte más secreta de mi corazón, la parte a la que ni

siquiera yo tenía acceso, albergaba la esperanza de que, al permitir a Will que se uniera a S.E.C.R.E.T., al enseñarle cómo proporcionar placer a otra mujer y luego darle la libertad de hacerlo, tal vez, solo tal vez, pudiera recuperarlo.

SOLANGE

La sensación de culpa que experimenté al despedirme de mi dulce niño frente a la casa de su padre fue especialmente intensa. Lo había dejado allí antes, para que se quedara durante varios días, pero nunca por un motivo tan extraño y decadente. Le había contado la verdad a Julius, más o menos: que había conseguido una codiciada entrevista con Pierre Castille y que el *New Orleans Magazine* me había asegurado que iría en portada. La revista estaba emocionada e incluso se había ofrecido a pagar los gastos.

–¿Pierre Castille? ¿Hablas de ese ricachón que es el dueño de mi edificio?

–¿Ah, sí? –contesté olvidando por un momento que los Castille eran dueños de la mitad del Warehouse District.

–Tengo una pregunta que hacerle –dijo Julius–. Pregúntale cuándo va a cambiar el ascensor.

–Me aseguraré de añadirla a mi lista.

Al contemplar a Julius con Gus en la acera, ambos despidiéndome con la mano a través de la ventanilla del conductor, volví a sentir esa punzada, esa desagradable culpabilidad materna que me asaltó como una febrícula.

Esa noche, mientras hacía las maletas, me eché a llorar hasta que me oí decir: «Solo será una semana. ¡Te mereces estas mini-vacaciones! Es una aventura. Has conseguido la madre de todas las entrevistas. Sé... valiente. ¡Es París! ¡En primavera!».

Y, de hecho, cuando llegué, grandes y gruesos capullos rosas y blancos se abrían en los pequeños árboles que se veían por la ventana de mi inconcebiblemente lujosa suite en el hotel George V. Eché un vistazo a la habitación sin poder creérmelo. Con su gruesa moqueta roja, las paredes tapizadas de damasco dorado y una cama extragrande con dosel, era probablemente la habitación de hotel más bonita que había visto nunca, y jamás me había alojado en una parecida.

Lo primero que hice después de registrarme fue llamar a Gus. Era de madrugada para mí, pero para mi hijo apenas empezaba a anochecer. Julius contestó desde el hoyo ocho del campo de golf de Audubon.

–Hola, ¿qué tal? Espera un segundo –susurró. Oí un «guau» de fondo y el sonido de chocar las manos con alegría–. Ya ves, tendrías que haber visto ese swing. ¡Nuestro hijo tiene un don!

–¿Crees que hemos criado a un Tiger Woods? –dije muerta de risa.

Los echaba de menos. En ese momento los echaba de menos *a los dos*.

–Eso espero. Así podremos jubilarnos a lo grande, ¿verdad, Gus? ¿Has llegado bien?

–Sí. Esto es muy bonito –contesté jugueteando con el cable del teléfono, reprimiendo el sentimiento de culpa.

–Seguro. Te he imaginado allí –dijo él–. Caminando por las calles. Con la luz sobre

tu piel...

Por un momento nos quedamos en silencio, y fue raro.

—¿Se puede poner Gus? —le pedí.

El entusiasmo de Gus contribuyó a romper el intenso hechizo que por un momento se había creado entre su padre y yo.

—¡Mamá! ¡He metido la bola en cuatro golpes! Papá dice que es increíble para ser la primera vez. ¿Puedo ir a clases de golf? ¡Es tan guay que estés en París! La próxima vez yo también quiero ir. A lo mejor tendría que estudiar francés. Lo sé, lo sé, el español es importante, pero no es tan diferente y además...

Gus siempre parecía cargarse con una clase especial de energía cuando pasaba períodos largos de tiempo con su padre. Me encantaba. Tras una buena charla, colgamos y sentí que me había liberado de un gran peso.

Me senté en el borde de la mullida cama y me tomé un segundo de calma. «Estás aquí —me dije—. No estás en Nueva Orleans, estás aquí. Gus se encuentra bien. Está con su padre. Deja de preocuparte; son solo unos días.»

Estaba envuelta en una toalla esperando a que se llenara la bañera. No tardaría en comerme unos mejillones al vino acompañados de un delicioso Chablis con los pies enfundados en mis zapatillas. Matilda me había dicho que para cualquier cosa que necesitara, solo tenía que llamar y en el otro extremo de la línea telefónica alguien me contestaría: «Bonsoir, madame Faraday». (No tenía valor para corregirla: era «mademoiselle».) ¿Y si sabía exactamente lo que necesitaba, pero aún no era capaz de expresarlo?

Me dirigí lentamente al baño de mármol, cerré los grifos y me desnudé. Me di la vuelta para admirar mi cuerpo en el espejo de detrás de la puerta. Ahí estaba, y toda mi historia me contemplaba a través del espejo: unas estrías apenas perceptibles, aunque extrañamente simétricas justo debajo de las costillas, los muslos tersos y firmes de la época en que hacía ejercicio. Mis brazos eran unos buenos brazos, mis pechos eran unos buenos pechos. El pelo me brillaba; el corte era bonito. En unos meses cumpliría cuarenta y dos años, y nunca me había sentido más atractiva. Y todo gracias a S.E.C.R.E.T., que había acallado a mi crítica interior, proporcionándome esa recién descubierta sensación de feminidad, incluso añadiéndole nuevas dimensiones. Estaba agradecida y demasiado cansada para remojarme en la bañera durante mucho rato, así que salí y envolví mi cuerpo mojado en el albornoz más cómodo en el que me hubiera enfundado jamás.

Cuando alguien llamó a la puerta me desperté de lo que yo creía que había sido una breve siesta. Un camarero del servicio de habitaciones me traía pastas y café... ¡para desayunar! Me había quedado dormida toda la noche. Sobre la bandeja, entre la mantequilla y el azúcar, había una tarjeta gruesa. La abrí como si fuera un regalo de Navidad y vi la palabra «Curiosidad» grabada con una caligrafía elaborada en una cara y, debajo, una pregunta escrita a mano: «¿Sientes curiosidad por cómo sería retroceder en el tiempo?».

¡La repetición de mi paso! Me estremecí, excitada, nerviosa. Traté de tomarme mi tiempo para disfrutar del desayuno delante del balcón: café con leche, fruta fresca, pan con

jamón, bollería, pero estaba demasiado emocionada por ver París para entretenerme con la comida.

Justo después de salir el sol, me puse un jersey y unos zapatos cómodos para caminar y salí a la rue George V, donde me crucé con un grupo de monjas con su tradicional hábito negro que entraba en la catedral de la Santa Trinidad que estaba justo al lado.

El aire era cálido y dulce, y se me pegaba a la piel como un abrazo. Armada con un buen mapa de la ciudad, decidí pasear hacia el Louvre, a través de las Tullerías, y desanduve el camino hasta el centro Georges Pompidou, un edificio del que en una ocasión había leído que el «enrevesado esqueleto de tuberías y conductos» del exterior estaba hecho adrede para «dejar espacio en el interior para el arte». Recuerdo que me quedé con esa idea como una metáfora del tipo de vida que quería vivir, en la época en que creía que iba a ser una glamurosa cantante de club, antes de que las preocupaciones prácticas de la vida entraran en escena. Más adelante ya visitaría los lugares importantes; aquel día quería dedicarlo a tantear el terreno.

Resulta extraño ver por primera vez un lugar que conoces tan solo a través de libros y películas. Ni siquiera recuerdo haberme preguntado nunca cómo vivían en realidad los parisinos, o por el precio de las casas, o cómo era el extrarradio o qué clase de trenes tendrían o cómo era el sistema de enseñanza público. Pero era en eso en lo que pensaba ese día, mientras me maravillaba con los balcones que daban al río, imaginándome la vida en una casa de seis habitaciones con vistas al Sena y a la Torre Eiffel, abriendo las ventanas vestida con una bata de seda y tomando un café antes de despertar a Gus para que cogiera el autocar. Pero ¿cogería el autocar en París? ¿O lo acompañaría andando a un precioso edificio antiguo con cañerías viejas y vidrieras de colores? ¿O quizá no sería seguro que fuera solo? ¿Le resultaría fácil hacer amigos aquí? ¿Tal vez otros estadounidenses? ¿O yo le insistiría en que hiciera amigos franceses?

«Ya basta, Solange. Céntrate en el aquí.»

Ay. Tal vez París fuera el único lugar del mundo en el que uno pudiera enamorarse de una habitación, una vista, una calle o un barrio del mismo modo en que uno se enamora de una persona. Eso era lo que me estaba pasando. Tenía la piel encendida, el corazón acelerado. Me prometí que traeríamos a Gus a París, y pronto. Bueno, tal vez no lo «traeríamos». Lo traería yo, antes de que se hiciera demasiado mayor para querer viajar con su vieja y aburrida madre.

Nunca me ha gustado especialmente ir de compras, pero entendía por qué París podía hacer que una mujer se arruinara. Empecé a desear cosas a las que nunca les había prestado atención: sombreros exagerados, bolsos caros, incluso un deslumbrante traje de novia color crema con las mangas de encaje y una faja de raso que valía lo mismo que mi padre pagó por nuestra casa de State Street, cuando la compró en los sesenta. Todo era excesivo, demasiado hermoso y demasiado embriagador.

Almorcé en un café bajo una marquesina de un intenso amarillo y blanco. En la mesa de al lado había un grupo de compradoras que se había tomado un respiro, fumando y charlando en francés. ¿Cómo era posible que las mujeres francesas pudieran hacer que una adicción tan desagradable resultara tan chic? A lo largo de todo el día me resultó muy difícil encontrar a una sola mujer en París que no desprendiera ese aire de elegancia y

distinción, ya fuera gracias a un pañuelo perfectamente colocado, un buen flequillo o los zapatos adecuados. Allí las mujeres parecían disfrutar y saber cómo ser mujeres. Incluso las más maduras con las que me crucé se reían alto y claro, y sus bocas abiertas de par en par mostraban un diente torcido aquí y allá. Las canas abundaban, el lápiz de labios estaba corrido, los zapatos, gastados, y, sin embargo, todas resultaban tremendamente femeninas y hermosas. ¿Sería yo capaz de algo así? ¿Tendría el valor de hacerme mayor con dignidad sin perder mi belleza, ignorando las preocupaciones de Marsha respecto al hecho de ser una mujer que trabajaba en la televisión y tenía que esforzarse por parecer siempre joven? Eso esperaba. Una vez más, pensé en las mujeres de S.E.C.R.E.T., y me maravillé por la llamativa capacidad de Matilda para no envejecer, cosa que también se aplicaba al resto de las mujeres que recordaba de mi iniciación, ninguna de las cuales parecía ser del tipo que pierde el sueño por las arrugas o las canas.

En el camino de vuelta al hotel, esta vez a través de los abarrotados Campos Elíseos, me pregunté qué estarían haciendo Gus y su padre, y si Gus se iría a la cama sin rechistar. Los echaba de menos, y aun así cuando me metí desnuda entre las sábanas frescas y la pesada colcha, no podría haberme sentido más serena.

La serenidad no duró mucho. Después de esa exquisita siesta y un largo baño, uno de esos de los que no había podido disfrutar desde antes de tener a Gus, llamaron a la puerta. Esta vez no era nadie del servicio de habitaciones, sino una mujer negra, menuda y muy guapa con el pelo corto pelirrojo a lo afro. Me resultaba vagamente familiar; llevaba unas pesadas fundas para ropa dobladas sobre un brazo y un maletín médico colgado del otro. Si hubiera dejado caer cualquiera de las dos cosas, se habría derrumbado al suelo.

Soltó un gritito a modo de saludo:

–¡Aah! Seguramente no te acuerdas de mí –dijo en inglés sorteándome para entrar en la habitación.

Me sonaba de algo. La seguía un botones que empujaba un carrito con una bandeja de quesos, pan, fruta y champán en una cubitera.

–¡Oh! Tienes una suite –chilló–. No es que me queje de mi habitación...

Dejó las bolsas encima de la cama, y luego se dio la vuelta y se dio cuenta de que yo seguía boquiabierta.

–Dios. No te acuerdas de mí. –Le tendió al hombre un puñado de euros y esperó a que este desapareciera antes de seguir hablando en un susurro teatral–: He venido a prepararte. ¡Para esta noche!

«¡Claro!»

Me entraron ganas de darle un beso. Resultaba tan agradable tener allí a alguien de «casa», que me embargó una abrumadora sensación de calma. Ella colgó las fundas de ropa y luego abrió el maletín.

–Ahora nos ocuparemos del maquillaje y el pelo, y luego de la ropa. He traído varios conjuntos para que puedas elegir.

–¿Cómo va a ser?

Ella adoptó una expresión triste.

–Oh, Solange. Hemos tenido que advertirte tantas veces acerca de tus fantasías con anterioridad, debido a tu trabajo y a que eres madre y todo eso, que ahora vas a disfrutar de algunas sorpresas, ¿te parece? –declaró y me sentó en el asiento que había frente al espejo del tocador.

A lo largo de la mayor parte de mi vida profesional me había visto rodeada de gente que se ocupaba de mi pelo y mi maquillaje, pero nunca se habían comportado de aquella manera tan cariñosa y atenta. Yo era la obra de arte personal de Bernice, y mi pelo y mi maquillaje no eran solo una tarea o un trabajo, sino su misión artística para dejarme hermosa.

Por lo general llevo el pelo cortado con un conservador peinado bob; Julius lo llamaba afectuosamente «peinado de presentadora». No era la elección más sensual del mundo, pero me iba bien para el trabajo y era sencillo de mantener. Pero Bernice me preguntó cómo me peinaba en la época de la universidad.

–Abultado –contesté, y con un gesto le indiqué «hasta aquí».

–¡Sí! –exclamó, mojado y rociando y modelando y rizando mi pelo hasta convertirlo en un perfecto homenaje a la mismísima Diana Ross.

Cuando terminó mi peinado era tan voluminoso y salvaje que juraría que además de altura había añadido peso a mis espesos rizos. Hacía décadas que no me peinaba así, y era como si mi cara se hubiera quitado un montón de años de encima.

–Ahora vamos a elegir el vestido. Y luego el pintalabios, ¿vale?

Había media docena de vestidos de alta costura, y todos me quedaban perfectos. El azul marino de escote bajo estaba hecho de esa lycra brillante que me producía una sensación increíble sobre la piel, aunque enfundada en él parecía toda pezones y culo. Se distinguía incluso el contorno de mi ombligo.

–No.

El minivestido de lamé dorado me cortó la respiración por lo increíblemente sexi que era. Pero entonces me agaché para ver hasta dónde me cubría si me sentaba.

–Este es precioso, Solange.

Le dediqué mi mejor cara de «me estás tomando el pelo» y regresé contoneándome al baño para cambiarme. El vestido plateado tenía un aire demasiado *Dinastía* en los hombros, aunque me encantaba cómo caía por la espalda. Ni el vestido corto negro ni el rosa con vuelo me quedaban bien. El último era un traje de noche de raso rojo que no solo me quedaba bien, sino que era como una segunda piel. Me arropaba. Hacía que pareciera más alta y más fuerte de lo que en realidad era; los brazos, más largos; las piernas, interminables.

–Despampanante –dijo Bernice ajustando los tirantes finos y subiéndome la cremallera de la espalda.

El toque final fue un pintalabios rojo tan brillante que parecía que hubiera hundido la boca en el glaseado de una manzana de caramelo.

Me llamaron de recepción para indicarme que mi limusina me esperaba. Me volví hacia Bernice.

–Allá vamos.

–Déjalos con la boca abierta, Solange –me dijo guiñándome un ojo, y luego me dio un abrazo sin estrecharme demasiado, para no estropear la deslumbrante obra de arte que había creado.

Haciendo repiquetear mis zapatos de tacón de mil dólares por el magnífico vestíbulo de mármol hacia las antiguas puertas giratorias, experimenté por un momento la sensación con la que viven los famosos: no famosos en plan presentadora de noticias de una cadena local, sino famosos famosos, a nivel mundial, de los que se cotillea y con los que la gente se queda pasmada cuando los ve, famosos en plan Beyoncé. Las cabezas se volvían a mi paso más rápido de lo que yo andaba, y resultaba extraordinario. El chófer me ayudó a entrar, a mí y a mi peinado, en el asiento trasero, y nos pusimos en marcha.

París por la noche era un desfile refulgente, y mi mirada bailaba como loca por todas partes, captando todos los detalles: las parejas jóvenes que caminaban cogidas de la mano, las tiendas iluminadas, los monumentos y el mármol, los artistas que exhibían sus obras, la gente que vendía reproducciones y libros en puestos que bordeaban las abarrotadas aceras. Pasamos frente a un puñado de cafés que punteaban las cuatro esquinas de un cruce, y la calle por la que giramos era tan estrecha que los edificios de ambos lados la convertían en un túnel de mármol blanco sin techo. Nos detuvimos frente a un local elegante, el club de jazz Chez Papas, donde el chófer me ayudó a levantarme del asiento hasta dejarme de pie en precario equilibrio.

–Bienvenida –dijo el portero con un acento extraño e indefinible–. Su mesa está lista.

En el interior, una mujer menuda que sostenía una tablilla me acompañó a través de la gente que rodeaba el escenario, con sus relucientes copas de vino y estolas de pieles, hasta llegar a una pequeña mesa apartada donde me invitó a sentarme con cierta ostentación. Por mi derecha apareció un *maître*, con un trapo blanco colgado del brazo, que me sirvió agua y tomó nota de lo que quería para beber.

–Campari con soda, *s'il vous plaît*.

En ese preciso instante, la sala se quedó a oscuras y el telón se levantó para dar paso a un cuarteto de jóvenes, uno de ellos con un contrabajo, otro con una trompa, otro sentado a la batería, mientras que el cuarto era un guitarrista que afinaba las cuerdas de espaldas al público. Al darse la vuelta, ahogué un grito. No era Julius, pero si lo hubieran congelado veinte años atrás, sería ese el aspecto que habría tenido: esa expresión dulce, sensual y abierta en el rostro, la leve separación entre los dientes, la piel morena bruñida con aquel vigor masculino, todo ello coronado por la perilla marca de la casa. Aquella era la sonrisa de Julius, su cara sin preocupaciones, sin noches sin dormir, una cara en la que aún no se habían grabado los inacabables desengaños, el divorcio, el fracaso, el estrés. Era como si S.E.C.R.E.T. hubiera clonado a mi ex y lo hubiera devuelto a la época en que era joven, feliz, seguro, *mío*. A la época en que era perfecto.

De repente todo me vino a la memoria: las noches interminables, la escasez de dinero, ¡el pelo voluminoso!, Julius mirándome con adoración desde detrás de los platos

del tocadiscos. Fue divertido mientras duró. Pero luego los ensayos nocturnos empezaron a interferir en el tiempo que yo le dedicaba al estudio. Tuve que elegir. Sé que tomé la decisión correcta: renuncié a los sueños por un objetivo, a un hobby por una carrera. Tenía que hacerlo, y nunca me había arrepentido. Nunca había mirado atrás. Y, sin embargo, había dejado tras de mí algo vital, una parte de mí que nunca había creído que necesitara o echara de menos, justo hasta ese momento.

Me erguí en la silla mientras el cantante rodeaba el atril con las manos para colocárselo entre las piernas de manera que le resultara más cómodo. Acabó de ajustar la guitarra tocando algunos acordes mientras la banda le seguía. Luego acercó al micrófono su hermosa boca, cuyo labio superior hacía un mohín como el de Elvis, antes de interpretar una atormentada versión de «My Funny Valentine».

Tuve la sensación de que toda la sala se volvía hacia él del mismo modo que las flores se vuelven hacia el sol. No podía tener más de veinticinco años, quizá treinta, pero su voz sonaba como si llevara décadas cantando, incluso como si hubiera vivido una o dos guerras. El toque jazzístico que le dio a «I Can't Make You Love Me» me removió por dentro, y luego se puso a bromear con el público. Resultó que no era francés; era estadounidense, del sur, como yo, cosa que resultaba incongruente y al mismo tiempo suponía cierto alivio.

–Damas y caballeros, voy a necesitar su ayuda con la siguiente canción –dijo rasgueando su guitarra–. Es una de mis preferidas.

Se hizo el silencio entre la gente.

–¿Dónde está Solange Thompson? –preguntó utilizando la mano a modo de visera para protegerse del brillo de los focos–. Creo que está aquí.

¿Solange Thompson? Al principio no me di cuenta de que se refería a mí, a mí, porque había utilizado mi apellido de soltera. Entonces noté la mano de alguien en mi brazo que tiró de mí hasta levantarme: la mujer menuda con la tablilla.

–¿Sería tan amable de acompañar a Alain en esta canción? –dijo al tiempo que me empujaba hacia el escenario.

–No, no, tiene que haber un error...

–Aquí está –dijo Alain mientras las luces me enfocaban.

–Es muy halagador, pe-pero... –tartamudeé tratando de resistirme a la insistencia de la mujer, aunque incapaz de resistirme al llamamiento de Alain–. Hace muchísimo que no hago esto...

Mis protestas no sirvieron de nada. Me vi conducida hacia un sonriente Alain, cada vez más cerca, y su sugerente cuarteto, uno de cuyos miembros colocaba en ese momento un taburete frente al micrófono.

–Damas y caballeros –dijo Alain alargando la mano para ayudarme a subir los escalones del escenario–, por favor, den la bienvenida a Solange Thompson.

En medio de una salva de aplausos, empecé a disculparme por adelantado por lo que sin duda sería un desastre. Cuando los aplausos remitieron, alguien me puso un micrófono

en la mano. Lo que pasó a continuación sucedió sencillamente porque no había tiempo de cambiar el rumbo de los acontecimientos, de impedir que la banda atacara «Summertime», uno de mis temas preferidos, de negarme a cantar o salir disparada. Algo se adueñó de mí, algo antiguo y hermoso, algo incrustado en mi ADN. Mi cuerpo se levantó del taburete y empezó a moverse al ritmo de los acordes iniciales, con los ojos cerrados mientras con la mano seguía el suave ritmo sobre mi muslo cubierto de lentejuelas. Entonces abrí la boca y canté. Canté la letra de una canción que llevaba mucho tiempo almacenada en los recovecos de mi cerebro, y la canté *bien*. Alain se inclinó hacia delante y compartimos el micrófono durante algunas estrofas, nuestras bocas a centímetros de distancia y en completa armonía, como si lleváramos mucho tiempo haciéndolo. Las lágrimas me ardían en los ojos. Pero no lloraba. Lo que sentía no era tristeza, sino una antigua dicha. Y cuando el público aplaudió, algunas de las personas de la primera fila poniéndose incluso de pie, podría haberlos besado a todos y cada uno de ellos en sus bocas francesas.

Les entregué una canción tras otra, desde «I Get a Pick Out of You» hasta «Everybody's Talkin», cada una de las cuales encajaba a la perfección con mi voz y la armonía de Alain. Estaba *cantando*. Mis hombros se movían, sonreía, estaba interpretando para un público en una ciudad desconocida. Ahí de pie, dejando que todo el mundo me admirara. Volvía a ser Solange Thompson, la chica con aquella mata de pelo, con el vestido de raso rojo y el pintalabios con brillo, antes del marido y del hijo y de la exigente carrera, antes de los premios y las decepciones, de las peleas y las lágrimas, de la muerte de mis padres y del final del amor; la de antes de que todo eso ocurriera: era solo yo, cantando feliz en la oscuridad.

Alain se retiró cuando la banda tocó los acordes iniciales de «My Man», y la lujuriantes canción se convirtió en mi único solo. La iluminación oscurecía mi visión periférica y la banda ralentizó el tempo. El foco estaba centrado en mí y lo único que me faltaba era una gardenia en la oreja. Canté y canté, pero esta vez con el corazón desolado, no por echar de menos a «mi» hombre, sino esa parte de mi vida, la parte que había sido mía y solo mía. Me echaba de menos a mí misma. Y al terminar el tema, el aplauso de la gente casi me hizo levitar por encima del escenario y volar hasta la mesa donde Alain, mi Julius en joven, estaba sentado esperándome, con la sonrisa más sensual del mundo en la boca más sensual del mundo.

–Has estado espectacular –me dijo ladeando levemente la cabeza–. Gracias.

–Gracias a ti –contesté tomando asiento a su lado, agotada. ¿Era real aquel hombre? Se inclinó hacia mí, deslizando su mano por el respaldo de la banqueta–. Y ¿cómo sabías que podía hacerlo?

–La música se lleva dentro. Tal vez se esconde por un tiempo, pero siempre está ahí, en tus huesos, esperando a salir de nuevo.

Antes de preguntarle cómo sabía mi nombre de soltera, por no hablar de que yo cantara, tenía que resolver una duda.

–Ya sé que esto puede sonar extraño, pero te pareces muchísimo a...

–Vámonos de aquí –me interrumpió susurrándome al oído.

Su voz hizo que un escalofrío me recorriera la columna vertebral. Sonaba igual que

Julius.

–Si... aceptas el paso.

Me volví a mirarlo. Madre del amor hermoso, si hasta olía como Julius. Las chicas de S.E.C.R.E.T. habían hecho sus deberes. En cuanto tuvo mi mano en la suya nos escabullimos del bar y salimos a la animada calle nocturna.

–Te mostraré mi París –me dijo cubriéndome los hombros con la chaqueta de su esmoquin.

Me cogió de la mano y me llevó hacia la estación de Saint-Germain-des-Prés. No me soltó en ningún momento, ni mientras bajábamos por la calle en dirección contraria a la multitud, ni cuando me guio por los escalones engomados que llevaban a la húmeda gruta subterránea de debajo. Llegamos a los tornos y él pasó primero, antes de tenderme la tarjeta para que yo los cruzara.

Vacilé por un momento.

Necesitaba asumir lo increíblemente atractivo que resultaba aquel joven con su camisa de esmoquin blanca, el botón superior desabrochado, el nudo de la pajarita suelto alrededor de su cuello como si formara parte de los Rat Pack. Por un momento aquello bastó para detener el tiempo: él sonriéndome desde el otro lado de un torno metálico en París después de medianoche, como si fuera una aparición de mi mejor pasado. Ahí estaba yo con mi deslumbrante vestido ceñido, con un atuendo incongruente comparado con el montón de hipsters y turistas y estudiantes cansados y desaliñados que pasaban por nuestro lado para irse a casa o para salir.

–¡Llega el metro! –gritó él por encima del estrépito subterráneo–. ¡Acepta este paso, Solange! ¡Hazlo!

¿Sería suficiente? ¿El recuerdo? Avanzar significaba también retroceder, y ¿quería hacerlo? ¿Revivir todo el dolor y la tristeza?

Entonces sentí el impulso y todo mi cuerpo dijo: «¡Ve!».

Introduje la tarjeta, empujé la barra del torno y me reuní con él al otro lado. La boca de Alain estaba a dos centímetros de la mía, mientras bajaba la mirada para devorar con los ojos mis labios de rubí. Y entonces me besó, suavemente al principio, despertando sensaciones con su contacto, haciendo que un puñado de dulces recuerdos me recorrieran el cuerpo. Levanté las manos y noté su torso firme bajo la camisa de esmoquin. Alguien chocó con él y nos separó por un momento. Nos dirigimos al andén y, cuando llegó el metro, me cogió de la mano y me hizo subir. Riéndonos, nos dejamos caer en dos asientos del vagón semivacío. Me sentía como si volviera a tener veinte años, cuando cada noche ofrecía una cantidad infinita de posibilidades.

Tuve que esforzarme para no llorar, no de dolor, sino de alivio, de alegría. Nos bajamos al cabo de unas cuantas paradas y dejé que me llevara escaleras arriba hasta el aire cálido y húmedo de una zona distinta y más tranquila de París. Me explicó que estábamos en Montparnasse, un lugar que yo solo conocía a través de historias de escritores y artistas. Tras atravesar un interminable laberinto de callejuelas, nos detuvimos frente a una puerta de hierro que abrió con una llave larga como un lápiz, que llevaba

colgada de una cadena en la presilla del cinturón.

–Cuatro pisos. No hay ascensor –me advirtió, y cerró silenciosamente la puerta a su espalda.

A medida que iba dejando rellanos atrás, noté como mis reservas se evaporaban. Y aunque el edificio era angosto y los escalones estaban desgastados por los pasos de miles de parisinos que los habían subido, su buhardilla estaba ordenada, y resultaba masculina y sorprendentemente espaciosa, impresión a la que contribuían los techos altos y las ventanas abatibles, que ofrecían unas vistas espectaculares de los edificios que nos rodeaban y de la Torre Montparnasse en la distancia. Alain tenía gusto y estilo. No se le había ocurrido deshacerse de los gastados suelos de baldosas ni del papel de pared desvaído; tan solo había decorado el piso alrededor de aquellas preciosas reliquias de una época pasada.

Me quitó la chaqueta de los hombros y la dejó sobre el respaldo de una silla con salpicaduras de pintura. Luego cogió con cuidado mi bolso de mano y lo puso sobre el pequeño bloque de carnicero que había junto a un bonito fregadero de porcelana. No le hizo falta encender las luces. La deslumbrante ciudad iluminaba la habitación en penumbra. No se parecía en nada a mi suite del George V, pero pensé que una persona podía ser más feliz allí.

Me quedé de pie frente a su sofá cama, cubierto de colchas y cojines desparejados de seda y rodeado en tres de sus lados por una elaborada rejilla de hierro forjado. Estaba tan nerviosa como la chica que una vez fui. («Tienes cuarenta y un años y él... ¡no!») Pero sus manos en mi cintura impidieron que mis miedos se trasladaran de mi cuerpo a mi cabeza. Me tenía en su poder, y sabía exactamente qué hacer conmigo.

Su mirada me derritió y me dejó clavada en el sitio. Alargó el brazo hacia mi espalda, encontró la cremallera y la bajó lentamente. Me deslizó los tirantes por los hombros. Cerré los ojos mientras me bajaba el vestido hasta la cintura, con reverencia. Era incapaz de mirarle mientras él me miraba. Noté cómo su mano bajaba por mi brazo, cogía la mía y se la llevaba a la boca para besarme la muñeca, allí donde me latía el pulso. Siguió otro beso en la parte interior del codo, luego en el brazo, en la clavícula, en la garganta, en los labios. A continuación, mi vestido cayó hasta los tobillos, dejándome allí de pie con el ligero y las medias negras. Susurró mi nombre una y otra vez, con la cabeza hundida entre mis pechos. Abrí los ojos y lo miré. Desde aquel ángulo, con esa luz, *era Julius, mi Julius, en París, conmigo.*

«Qué fantasía más extraña, melancólica y bonita.»

Se me cortó la respiración cuando de repente me echó sobre el sofá cama apoyada en mis codos y se quedó de pie delante de mí quitándose la ropa. Lanzó la pajarita por los aires y prácticamente se desgarró la camisa, dejando al descubierto un pecho terso y desnudo y un estómago torneado.

Mientras yo separaba las rodillas, él se rodeó la polla con la mano con un gesto casual. Me tendí sobre los cojines y me acaricié la piel con los dedos con las uñas pintadas de rojo, recorriendo mi vientre mientras observaba cómo él me observaba. Supe que estaba mojada antes incluso de tocarme.

–Estás tan hermosa con esta luz –murmuró.

Se arrastró hacia mí. Ahora era como una pantera, ese joven con su piel joven, sus fuertes hombros y sus brazos firmes. En cuanto rodeé su verga enhiesta con las manos me la llevé a mi boca anhelante. Exploré con la boca la punta, la tierna abertura, el delicado borde, mientras mis dedos bailaban sobre sus venas latientes. Él se agarró al cabecero de la cama mientras yo agarraba sus suaves testículos con las manos. Se entregó a mí, sus gemidos acompasados a los chirridos que emitía la cama mientras él se mecía lentamente, ayudándome a metérmela entera en la boca. Me cogí a sus caderas mientras buscaba mentalmente una palabra que describiera el resto de su cuerpo: «Asombroso». Incluso su sabor...

Justo antes de que notara que estaba a punto de correrse, se detuvo abruptamente, salió de mi boca y se agachó para volver a besarme y repetir mi nombre una vez, otra. Su voz era igual que... Abrí los ojos y volví a ver aquel destello de mi pasado, mi amor más joven sobre mí. Quería sentirlo entero dentro de mí, ya, y él lo sabía; se dio la vuelta para sacar un condón de su cartera. El corazón se me aceleró cuando volvió a concentrarse en mí, tirándome hacia abajo sobre la cama, abriendo mis muslos.

–Llevo toda la noche queriendo hacer esto –dijo al tiempo que desplazaba la cabeza hacia abajo.

Lo primero que sentí fue su boca, y me comió con un hambre y un ansia deliciosas. Mis brazos se abrieron a ambos lados; era como si me estuviera derritiendo mientras él lamía y mordía, chupándome y follándome alternativamente con la lengua. Mis caderas empezaron a moverse rítmicamente contra él a medida que la excitación aumentaba. Cerré los ojos con fuerza y entonces la noté, su polla entrando en mí, llenándome, sus caderas acoplándose a mi ritmo sin descompasarse ni por un instante. Lancé mis brazos alrededor de su fornido torso y mis piernas alrededor de sus esbeltas caderas mientras él se hundía en mí. Apenas me dio tiempo a notar que llegaba mi orgasmo, que explotó ardiente desde mi centro hacia mis extremidades, en una oleada tras otra de placer estremecedor, con la mente en blanco. Él empujó con intensidad renovada, incrementando los penetrantes espasmos. Lo estreché entre mis muslos con más fuerza mientras otra oleada más de placer devastador me envolvía, señalando el comienzo de su placer creciente. Mientras yo volvía a la realidad, se derramó sobre mí, al tiempo que una expresión de fiereza se extendía por su dulce rostro, haciéndole parecer más mayor del modo más sensual posible. Vi a mi Julius, tal como era ahora, y entonces volvió a desaparecer y me encontré con Alain entre mis brazos. Al cabo de unos momentos, despegó su cara cubierta de sudor de mi torso y apoyó la barbilla entre mis pechos.

–Madre de Dios.

–¿Por qué la gente siempre recurre a la religión en situaciones como esta? –pregunté aún jadeante.

–Creo que es por todos los campanarios de iglesia que veo desde mi cama –contestó con una sonrisa–. Eres tan hermosa, joder. Madre mía.

–¿Os entrenan para decir esa clase de cosas? –pregunté mirando su dulce, dulce rostro, sin preocuparme por el hecho de que en esa posición mi papada debía de haberse triplicado.

–¿Lo he hecho bien?

Le di un palmetazo en el culo. Lo tenía duro.

Él se apartó de mí y buscó debajo del sofá como una pequeña caja, que colocó con cuidado sobre mi pecho que aún subía y bajaba, desbocado.

–*Ceçi est pour vous, madame* –me dijo sorprendiéndome con su perfecto acento francés.

–Querrás decir *mademoiselle*.

–*Mais oui*.

Mientras él se apoyaba en un codo, abrí la caja y saqué mi colgante de «Curiosidad». En medio de aquella buhardilla acogedora y en penumbra, adquirió un brillo bruñido. Aquel dije me haría recordar mi asombro, y lo que ocurre cuando permites que la curiosidad te haga retroceder en el tiempo. Había vuelto a cantar enfundada en un vestido rojo ante un montón de desconocidos en una ciudad desconocida. Me había apresurado despreocupadamente por las calles de París, besando a una versión más joven de un antiguo amor en el metro, retrocediendo las manecillas del reloj por una sola noche.

Cuando volví a abrir los ojos, el sol asomaba por encima de Montparnasse, tiñendo de lila los edificios blancos con nuevas promesas. Alain siguió dormido mientras yo me vestía. Con los zapatos en la mano, miré su rostro por última vez. «Asombroso, incluso mientras descansa.» Después bajé por las viejas escaleras hasta la calle y levanté la mano para parar el primer taxi que pasó. En el asiento trasero, bajé la ventanilla y aspiré el aroma de una ciudad que apenas comenzaba a despertar.

CASSIE

Tras la reunión del Comité, tuve la sensación de que algo se había desatado dentro de nuestro pequeño universo. No necesariamente algo malo, sino una profusa energía perturbadora, cuya estela era muy probable que trastocara mi mundo, y el de Will. Y, sin embargo, me sentía incapaz de detenerla.

El día después de reclutar a Will, Dell y yo estábamos en la cocina, escaldando pimientos para un relleno. Ella los metía de uno en uno en el agua hirviendo. Al cabo de unos minutos, los sacaba con una espumadera y los introducía en agua con hielo. Mi tarea consistía en esperar unos segundos, retirarlos y pelarlos. El trabajo resultaba extrañamente hipnótico, y por un momento me olvidé de lo que sabía; no pensaba ni en lo que había pasado ni en lo que estaba por venir.

Claire entraba y salía de la cocina dejando platos sucios sobre la cinta transportadora, así que por un momento pensé que era ella y no Will quien empujaba las puertas ruidosamente. Estaba a punto de pedirle que no la tomara con la puerta, pero al verlo allí con un montón de baguettes, el pelo despeinado que le daba un aire sensual y la barba más larga de lo normal, el corazón de me dio su habitual vuelco en el pecho. Hacía tiempo que había aceptado mi reacción corporal ante la presencia de Will; siempre me sobresaltaría, sin importar cuántas veces me regañara mi mente. No pude evitar que se me encendiera la cara. Y al instante supe que Will sabía que yo sabía que S.E.C.R.E.T. lo había reclutado. Y que ambos sabíamos que las cosas habían cambiado, y que iban a cambiar todavía más.

–Hola –dijo Will dedicándome una mirada cautelosa.

–Hola.

Dejó las baguettes sobre el mostrador y sacó un gran soplete del fondo de la bolsa, sin apartar los ojos de mí.

–¿Era esto lo que querías, Dell?

Dell se volvió para examinarlo.

–Con eso podrías reparar un camión cisterna. Solo necesito caramelizar la *crème brûlée*.

–No hago nada bien –murmuró él.

Cambié de tema para darme tiempo a recuperar la compostura.

–Dell me ha contado que el pollo a la marengo triunfó ayer por la noche.

–¡Sí! Y lo acompañamos con quinoa blanca y negra. Una idea genial.

–Se le ocurrió a Claire –anunció Dell en el preciso momento en que esta entraba en la cocina.

–Muy buena idea, enana, lo de la quinoa –dijo Will al tiempo que ella sonreía de oreja a oreja y dejaba más platos sucios en la cinta.

Dell le hizo un gesto con la cabeza y Claire volvió al café con el rostro más radiante. Parecía estar saliendo de la parte más oscura del túnel.

–Bueno, el plato era increíble, Dell.

La reacción de Dell era la misma ante los elogios que ante las críticas: ninguna.

–Pues, esto... Cassie –continuó Will–, ¿tienes un momento? Necesito hablar contigo de... algo importante relacionado con... algo importante.

Dell levantó la mirada de los pimientos escaldados, pero solo para clavarla en la pared embaldosada, como si dijera: «Por Dios santo, por favor, haz esto en otro sitio, donde sea».

–Enseguida vuelvo, Dell.

Me sequé las manos en el delantal y seguí a Will fuera de la cocina, con el corazón desbocado. «Tranquila, tranquila, tranquila.» Una vez en el despacho, Will cerró la puerta.

–Estoy seguro de que sabes de qué va todo esto.

–Sí –contesté con tanta serenidad como pude.

–Matilda me ha llamado esta mañana. Me he... alegrado. Me he sentido halagado. No estoy seguro de qué decir. Pero de verdad, de verdad, necesito saber... ¿Estás segura de que esto te parece bien?

Asentí antes de hablar, intentando darme tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

–Sí. Claro. Me parece perfecto.

–Porque le dije a Matilda que, si tenías algún inconveniente, yo nunca...

–¿Por qué iba a tener algún inconveniente?

«¿He contestado demasiado rápido? Sí, he contestado demasiado rápido.»

–No lo sé. Vaya, tú misma lo dijiste, ya sabes, solo es sexo. No tiene por qué significar nada.

–Así es.

–Vale. Entonces ¿no hay problema?

–Ninguno. Me alegro por ti, Will. Te lo pasarás bien y verás por ti mismo lo que te decía, que S.E.C.R.E.T. ayuda a la gente. Ayuda a las mujeres. Y creo que estás haciendo algo muy bueno. Para una mujer... muy buena.

–Sí. Gracias. Bien.

–Bueno. Y... ¿Matilda también te ha dicho quién te va a entrenar?

–Sí. Me lo ha dicho.

–¿Y te parece bien?

«Ahora viene; ahora es cuando me rechaza y yo me muero por dentro.»

–Sí. Por supuesto. Siempre que a ti te parezca bien.

–Bueno, tenía que parecérmelo. Nadie más quería hacerlo –dije, y me reí de mi estúpida broma, sin darme cuenta de lo hiriente que era hasta que vi que se le desencajaba la cara.

–No. ¡No-no-no! Will. Dios, eso ha sonado fatal. No quiero decir que nadie quisiera acostarse contigo. Vaya, todas votaron en tu favor. Todas se habrían ofrecido voluntarias. Pero a todas les pareció que tú y yo... que quizá sería mejor que fuera yo quien... Will, son mis amigas.

Él me dedicó una mirada seria.

–¿Estás segura de que es una buena idea, Cassie? Me refiero a que somos socios en un negocio.

–Bueno, si crees que volver a acostarte conmigo pondrá en peligro nuestro negocio, entonces ¡por supuesto que no tenemos que hacerlo! No has firmado un contrato ni nada parecido. Es solo sexo.

–Sí. Es solo sexo.

Se quedó ahí parado mordiéndose el labio inferior con expresión consternada. Con las manos en la espalda, me puse a andar como si fuera Nixon, mientras los dos esperábamos a que el otro hablara primero.

–Mira –dije al final–. Ya soy mayorcita. Tú eres mayorcito. Y no es como si nunca nos hubiéramos acostado.

–Cierto. Cierto. Tienes razón –contestó él–. Te diré la verdad, Cass. Al saber que eras tú se me quitó parte de la ansiedad por cómo iba a hacerlo. Alguien en quien confío. Alguien que me conoce. Viniendo de ti puedo aceptarlo, ya sabes: las críticas, o las indicaciones o lo que sea.

–Sí. Eso es lo que pensé yo.

–¿Se lo has contado a tu novio?

–Jesse no es mi... No tenemos... No le importará.

–Entonces ¿aún no se lo has contado?

Apenas pudo percibirse. Y para alguien que no conociera a Will Foret, bueno, habría sido imposible detectar la punzada de alegría que sintió al imaginar la reacción de Jesse cuando le explicara que iba a entrenar a Will para una fantasía sexual. Tal vez ese fuera el significado de todo aquello: una competición entre dos hombres, uno de los cuales quería demostrarle al otro que estaba a la altura. Tal vez Will solo quería demostrarle a Jesse que era mejor esgrimista que él, que si hubiera tenido la posibilidad él mismo le habría dado un puñetazo a Pierre Castille en aquella estúpida velada meses atrás.

Y por mucho que me costara admitirlo (incluso a mí misma), secretamente me alegraba de ser la jueza.

Will superó con facilidad las pruebas físicas y psicológicas, y Matilda nos dio el visto bueno para organizar nuestra sesión. Pusimos en común nuestras agendas y encontramos un momento que nos iba bien a los dos y que, por supuesto, era un lunes por la noche, cuando el Cassie's cerraba.

–¿Te va bien? –me preguntó anotando la cita.

–Me va bien –contesté.

–Bien –repuso.

–¡Bien! –exclamé–. Nos vemos en la Mansión a las ocho.

–¿Quieres que te lleve?

–Vamos por separado. Yo tengo que estar allí antes.

–Vale. Muy bien –dijo–. Tú mandas.

–En efecto.

Así fue como nos comportamos en los días previos a esa noche: con una cortesía seca. Pero cuando por fin se lo expliqué a Jesse mientras tomábamos una cena grasienta en el Coop's, le violentó visiblemente.

–¿Por qué tienes que ser tú? –preguntó llevándose las manos inquietas a las sienes.

–Nadie más quería hacerlo. Y, además, es solo sexo, Jesse.

–Sexo con tu ex. Sé alguna que otra cosa sobre lo que eso significa.

Me dediqué a coger patatas fritas de su plato. Me pregunté si todos los dueños de restaurantes de calidad también se morían de ganas de ir a un sitio de menú o de pedir comida a domicilio en sus noches libres.

–Tampoco va a ser la primera vez que nos pongamos a ello, Jesse. Además, solo voy a darle algunos consejos.

–¿En qué consiste la fantasía?

–Todavía no lo sé; mañana me lo dirán. Pero ya sabes que no puedo contártelo. Discreción, ¿recuerdas?

Qué curioso pensar que en una época de mi vida no había tenido vida sexual. E incluso la que tenía con mi exmarido era casi inexistente. Ahora, el sexo constituía una gran parte de mi vida. Diría que eso suponía un avance. Diría que ese era el propósito de todo aquello. Me quité un zapato y luego, discretamente, levanté el pie hasta dejarlo entre las piernas de Jesse. Él se colocó de modo que mis dedos se cerraran sobre su cremallera. No tardé en notar que se le ponía dura.

–Vámonos de aquí cagando leches –dijo haciendo gestos para pedir la cuenta.

Fuimos en coche a mi casa, los dos en silencio. Cuando llegué a la puerta de mi apartamento, tenía la camisa levantada y el sujetador bajado. Una vez dentro, Jesse cerró la puerta, me dio la vuelta y me puso a gatas, antes de bajarse los tejanos. Intenté volverme para mirarle una vez, dos, pero él me lo impidió: quería follarme así, a gatas y arqueada, con las rodillas sobre el suelo de madera, agarrada al borde de la alfombra, de la que tiraba mientras su boca exploraba mis rincones más oscuros y sus dedos se hundían en mí. Él no dejaba de gruñir y la interrupción del condón lo puso impaciente y furioso, igual que mis súplicas para que no hiciera ruido, para que fuera más poco a poco, para que me dejara darme la vuelta.

–Las hermanas –susurré–. Nos oirán.

–A la mierda las hermanas –siseó él.

–Para. Mi rodilla. Espera –dije, y el momento se deshinchó como un globo pinchado.

Él se detuvo y soltó el aire sonoramente antes de dejarse caer en el suelo junto a mí.

–¿Qué estamos haciendo? –preguntó apretándose las cuencas de los ojos con las palmas de las manos.

Yo rodé hasta quedar bocarriba, con los tejanos y las bragas todavía alrededor de uno de los tobillos y la camisa levantada. Nunca había visto el techo desde aquel ángulo. ¿Lo que veía eran nuevas grietas, o habían estado allí siempre y nunca antes me había dado cuenta?

–No lo sé –contesté–. A lo mejor esta parte de nuestra relación... a lo mejor ha terminado.

Él se apoyó en un codo para mirarme, con una mirada risueña.

–Creo que es muy posible que tengas razón.

–¿Qué crees que ha pasado? –le pregunté con auténtica curiosidad–. Quiero decir que entre nosotros había algo, ¿verdad?

–Lo había. Lo hay. Pero a lo mejor no está a la altura de lo que había entre nosotros... y otras personas –dijo acariciándome la cara.

Se refería a Will sin referirse directamente a él. Yo no tenía respuesta para eso. Es curioso: cuando las cosas siguen su curso natural, no quedan ganas de pelear, ni preguntas sin contestar ni resentimiento. Lo único que quedaba era aquella adorable liberación.

Jesse se puso los tejanos y se abrochó el cinturón, y luego se agachó frente a mí para que sus ojos quedaran frente a los míos.

–Somos buenos amigos –dijo como si acabara de descubrir algo nuevo e interesante sobre mí.

–Para siempre –le contesté sonriendo.

Se inclinó hacia delante y me besó en la frente.

–La verdad es que de S.E.C.R.E.T. salen unas mujeres jodidamente buenas –dijo.

Después de levantarse y marcharse, cerrando la puerta a su espalda, volví a tenderme en el suelo, abrí los brazos y contemplé el techo durante unos minutos. *Dixie* se acercó a mí y frotó su nariz contra la mía. Al darse cuenta de que yo me encontraba perfectamente a gusto allí tendida, rendida por completo al instante, se hizo un ovillo bajo mi axila y se echó a dormir.

Siempre que sentía que me hallaba en medio de una transición y no estaba muy segura de qué paso dar a continuación, hacía lo que siempre había hecho, lo que siempre funcionaba. Esa noche me levanté del suelo, me di una ducha caliente y recorrí a pie el trayecto de una hora hasta la Coach House para hablar con la persona que mejor me conocía, que sabría lo que hacer, que siempre me decía la verdad: Matilda. Faltaban unos días para mi sesión con

Will, y necesitaba llegar a ella con la mente despejada y el corazón limpio.

Llegué tarde, casi a las nueve, pero como no podía ser de otra manera las luces del despacho de Matilda estaban encendidas, aunque me resultó extraño que la puerta roja estuviera entreabierta. Entré en el edificio lista para echarle la bronca por no haber cerrado con llave. El Garden District era un barrio bastante seguro, pero aun así suponía un riesgo. Oí una voz masculina procedente de su despacho. No era algo tan raro. Aunque las sesiones de entrenamiento siempre tenían lugar en la Mansión, los reclutados eran entrevistados y examinados allí todo el tiempo, hasta altas horas de la noche. Al acercarme un poco más distinguí la voz de Matilda, más cargada de emoción de lo que nunca la había oído. Estaba a punto de hacer notar mi presencia cuando escuché de nuevo la voz masculina, esta vez lo bastante alta como para reconocer a Jesse.

«Adviérteles de que estás aquí, Cassie. Ahora es el momento.» Pero de repente mis pies parecían estar soldados al suelo de roble. Me vi atrapada entre dos terribles posibilidades: si me marchaba en ese momento, me arriesgaba a que me pillaran; pero por otro lado, si me quedaba, era posible que oyera algo que no debía oír. Y entonces fue cuando Jesse gritó con genuino dolor en la voz:

–¡Claro que la adoro! Pero es a ti a quien amo. –Ya era demasiado tarde–. ¿Por qué no me dejas llegar a ti? –continuó–. No me importa la edad, ¡por el amor de Dios! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Matty? Solo quiero estar contigo. Te echo de menos. Finn te echa de menos.

¿Matty? ¿Finn? Lo más cerca que había estado yo de conocer al hijo de Jesse fue cuando lo vi dormido aquella noche.

–La diferencia de edad no te importa ahora, Jesse, pero a mí sí. Me importa. Cuando tenga setenta años, tú tendrás cincuenta y tantos. Es ridículo. Y ya te dije que no me acostaría contigo mientras Cassie y tú estuvierais juntos. Es injusto y no me parece bien. Os quiero a los dos. De hecho, ni siquiera deberías estar aquí...

–Lo hemos dejado. Cassie y yo. Solo somos amigos. En realidad, nunca hemos sido otra cosa. Es todo lo que estábamos destinados a ser.

Antes de poder escuchar nada más, en silencio, con toda la calma, recuperé el control de mis piernas y salí de nuevo al camino que discurría por el muro lateral. Los hechos me siguieron. «Jesse me adora. Jesse ama a Matilda. Jesse es mi amigo. Jesse quiere que Matilda sea su pareja.» Recordé la noche de Navidad en la que, borracho, había tenido un berrinche, y pensé en todas las posibles argucias que había utilizado Matilda para frustrar los planes de Jesse de estar con ella, interponiéndome en su camino, esperando que yo pasara de ser un obstáculo a un motivo genuino para que ellos dos no pudieran estar juntos. Pensé en lo que él acababa de decirme esa misma noche: que las personas de nuestro pasado se interponían en el camino de cualquier cosa que pudiéramos compartir en el futuro. Mi arrogancia me había hecho creer que Jesse no acarreaba sus propias cargas. Había que ver la de corazones que uno rompía para evitar que le rompieran el suyo.

Qué pequeño círculo más demencial y triste, pensé mientras unas lágrimas cálidas me resbalaban por los ojos. Busqué mi cólera porque tenía que estar en alguna parte pero, extrañamente, desapareció en el mismo momento en que asomó a la superficie. Lo que sentí a continuación fue miedo. Pero ¿miedo a qué? ¿Al rechazo? El miedo tampoco

encontró asidero, y se desvaneció. Parecía que no había ningún lugar al que esos viejos y malos sentimientos pudieran agarrarse. Me sequé los ojos con el dorso de la mano y bajé por Third Street. Al llegar a Magazine paré un taxi, demasiado cansada para andar hasta casa.

Tras una buena sesión de llanto, esa noche dormí mejor de lo que había dormido en mucho, mucho tiempo.

SOLANGE

Bajé del coche y me quedé allí de pie en la plaza del Trocadero, en un extremo de la rue Foucault, sosteniendo entre los dedos temblorosos la tarjeta de mi paso ocho. Antes había asomado la cabeza por la ventanilla trasera de mi limusina y me había asegurado de que era la dirección correcta, y en ese momento me había dado cuenta de que debajo de la palabra «Arrojo» grabada en la tarjeta había una nota de Matilda.

Aunque hoy decidas no aceptar este paso, que sepas que ya te has ganado tu colgante de «Arrojo». Con toda mi admiración, Matilda.

PD: El chófer tiene instrucciones de esperarte. Por favor, ve con cuidado. Y llámame cuando vuelvas al hotel.

Me dirigí a la imponente puerta de la mansión de cuatro pisos, con una docena de balcones que daban a la calle. Técnicamente, era una casa señorial situada en el extremo de una hilera de lujosos edificios que databan por lo menos del siglo XVIII. Antes de que mi nudillo pudiera alcanzar la madera antigua, la puerta se abrió y un mayordomo muy alto y muy viejo me hizo una profunda reverencia. Tras erguirse de nuevo, me indicó con un amplio gesto de la mano que pasara a un vestíbulo de mármol blanco casi tan grande como el del Museo de Arte de Nueva Orleans.

–*Nous vous attendions, mademoiselle Faraday. Puis-je prendre votre manteau?* – dijo.

Manteau. Mi francés llegaba hasta allí. No estaba segura de cómo debía vestirme para una «entrevista disfrazada de fantasía sexual», así que me había puesto mi ropa de periodista: pantalones de color crema, un chal de seda y una americana entallada azul marino sobre una blusa blanca. Mientras le tendía la americana, de repente sentí frío en los brazos.

El mayordomo me guio por otro pasillo largo y blanco, cuya galería acristalada encuadraba la Torre Eiffel en la distancia. «Dios mío. Esto es lo que ve cada día.» Seguimos andando y andando, cruzando dos dobles puertas de más de cuatro metros de altura, hasta que las paredes blancas dieron paso a una estancia con un revestimiento de madera oscura alrededor de una chimenea de piedra, con cabezas de león en las cornisas. No había duda de que se trataba del estudio o la biblioteca; una pared estaba cubierta de libros, y en la otra se abría una serie de amplias ventanas francesas negras, a cuyos lados colgaban unas cortinas de terciopelo granate arbullonadas sobre el suelo de mármol. En el centro de la habitación había un largo escritorio de caoba sobre una bonita alfombra oriental, con una silla negra de respaldo alto detrás y otra espectacular vista de la Torre Eiffel. Apenas había recuperado el aliento cuando, a mi espalda, un hombre se aclaró la garganta.

Me di la vuelta y me encontré a Pierre Castille en persona. Simple y llanamente, aquel hombre era muy atractivo.

–Solange Faraday. Qué agradable ver una cara conocida. No cabe duda de que has recorrido un largo camino, desde mi cadena televisiva en Nueva Orleans hasta mi pequeña guarida en París. Espero que no te haya costado encontrarme –dijo con una sonrisa

genuinamente cordial, tendiendo ambas manos para coger la mía entre ellas.

Tenía un levísimo acento de Bayou y vestía de manera informal, con unos tejanos gastados y una camisa de lino azul celeste, medio metida en el pantalón, a juego con sus ojos de un verde intenso. Llevaba el pelo más oscuro, y también más corto, que la última vez que lo había visto. Y estaba sobrio, quizá incluso sombrío. Pero eso no restaba un ápice de carisma a su increíble presencia; tenía la clase de sensualidad que me arriesgaría a decir que rivalizaba incluso con la de la GEC.

–Gracias por acceder a... recibirme –dije sorprendida por mis repentinos nervios.

–Has sido muy insistente. Y sentía mucha curiosidad –repuso, y pasó a mi lado en dirección al mueble bar–. ¿Qué te preparo?

–Un whisky, solo. Por favor.

–Vaya, una bebida de adultos.

Mientras preparaba nuestras copas, eché un vistazo a mi alrededor.

–Tienes una casa muy bonita.

–Me alegro de que te guste.

¿Gustarme? Me notaba los hombros encogidos, la cara desencajada, las rodillas flojas.

–¿Cómo afecta a una persona despertarse cada mañana viendo la Torre Eiffel? –pregunté–. ¿Acabas apreciándola, o al final cansa?

Sin dejar de sonreír, se acercó a mí y me tendió la bebida, y luego admiró las vistas desde mi perspectiva. La casa parecía estar construida en una curva, y el verde intenso del jardín destacaba en primer plano contra el famoso monumento que se erguía en la distancia.

–Para ser sincero, nunca te cansas de verla –dijo acorralándome hacia uno de los dos sillones de cuero que había frente al escritorio.

Era un hombre que se movía con naturalidad, un hombre que estaba completamente a gusto en su propia piel. Hablamos de París, donde él había nacido y vivido de niño antes de que su madre estadounidense se lo llevara a Nueva Orleans para su etapa formativa.

–Querían despojar mi sangre de cualquier vestigio de socialismo antes de que me hiciera cargo del negocio familiar.

–Por lo visto han tenido éxito. –Era mi ocasión para llevar la conversación a mi terreno–. Ya sabes que he venido para hacerte una entrevista sobre ti, tu negocio familiar y su historia en la ciudad, tus planes para el futuro de Nueva Orleans, en particular para esos terrenos que hay en el French Market. Como uno de los mayores promotores inmobiliarios de la ciudad, ¿estás...?

–Sí, llegaremos a eso, te lo prometo, Solange –repuso haciendo un gesto con la mano como si quisiera borrar mis palabras de la estancia–. Pero antes soy yo quien tiene una pregunta para ti.

«Ahí vamos.»

–Dispara –le dije tratando de aparentar tranquilidad.

–¿Cómo consigue S.E.C.R.E.T. atraer a mujeres tan excepcionales?

Era algo que detestaba: aquella tendencia que tenían los hombres, en especial los hombres poderosos, de cambiar de tema y centrarse en algo frívolo y halagador cuando una mujer planteaba una pregunta difícil. Era una forma de sexismo tan sutil que casi pasaba desapercibida, y si se te ocurría quejarte, te etiquetaban como una persona sin sentido del humor y, Dios no lo quisiera, ningún atractivo.

–Bueno, teniendo en cuenta que fuiste un reclutado, doy por hecho que algo sabes sobre el mandato de S.E.C.R.E.T.

–Fui un reclutado y espero volver a serlo.

Le dediqué una sonrisa tensa. No sabía qué contestar porque de repente mi mente hervía llena de dudas sobre aquella aventura. Un minuto atrás era posible que me hubiera persuadido. Ciertamente, la grandiosidad de la casa y los considerables encantos de Pierre casi me habían hecho bajar la guardia. Pero sabía que incluso él podía notar el frío que mi repentino retraimiento había introducido en la estancia.

Pierre meneó la cabeza como si estuviera pulsando una especie de botón interior de reinicio, y su voz adquirió un tono melifluido y conciliador.

–Antes de continuar, estoy seguro de que eres más que consciente de que me has conocido en un año de lo más desagradable para mí, Solange, a lo largo del cual mi comportamiento ha distado mucho de ser estelar. Sobre todo con tu benevolente grupo. Mi madre, en paz descanse, me educó para ser un hombre mejor que eso. De hecho, me sorprendió bastante, diría que incluso me encantó, que te dignaras a incluirme en tus... aventuras.

Cuanto más hablaba, más notaba yo cómo su mandíbula cincelada, los dientes blanquísimos, el mechón de pelo rubio que le caía sobre la frente se descomponían hasta convertirse en rasgos que ya no resultaban atractivos; de hecho, se volvían manifiestamente amenazadores.

–Ya, bueno, teníamos un trato, ¿no? A mí se me permitía hacerte algunas preguntas y luego tú podrías hacerme las tuyas.

–Así pues, tú primero y luego yo, ¿es eso lo que estás diciendo?

Algo inconfundiblemente oscuro burbujeaba bajo la superficie de su voz, y mis mecanismos de defensa estaban en alerta roja.

–Sí, preferiría que fuera así.

–Además de guapa, eres una mujer inteligente, Solange.

«Vale. Decidido. No puedo aceptar el paso. Es hora de acabar con esto y largarme cagando leches.» Pero entonces él se acercó a mí y me quedé clavada en el suelo.

–Bien, Solange, vamos a posponer la entrevista para más tarde. La única pregunta que importa de verdad en este momento es: ¿aceptas el paso?

El whisky me ardió en el estómago y casi me atraganté. De repente, incluso aquella

muesca, por llamarla de algún modo, en mi currículum periodístico salió volando por la ventana hacia las calles de París. Él quería que la situación transcurriera según sus propios términos, no los míos, eliminando así cualquier posible entusiasmo que quedara en mí acerca de aquella fantasía.

–¿La casa es muy antigua? –pregunté tratando de cambiar de tema.

Crucé la habitación para alejarme de él, interpretando el papel de una turista aburrida. Como quien no quiere la cosa, me dirigí a las puertas francesas que daban al jardín exterior.

–Hay algunas zonas que tienen más de un siglo de antigüedad. ¿Te imaginas? ¿Cómo habrían sido nuestras vidas hace trescientos años?

–Bueno, sin duda yo no estaría aquí sentada hablando contigo –repuse mirando alrededor–. Es mucho más probable que estuviera ahí fuera en el jardín, con el resto de los sirvientes, lavando sábanas con agua hirviendo.

–Yo no estaría tan seguro. Los hombres de mi familia siempre han tenido un gusto excelente con las mujeres –replicó.

«Voy a vomitar.»

Miré por las ventanas la Torre Eiffel, intentando que no diera la sensación de que escrutaba el terreno en busca de otra alma viviente. Mi voz interior me decía que abriera las puertas del jardín y echara a andar. Pero al alargar la mano hacia el pomo, Pierre colocó la suya justo sobre la mía. «Mierda.»

–Me encantaría llevarte a dar una vuelta por los jardines... después. Ahora te repito: ¿aceptas el paso, Solange?

Yo retiré la mano y me encaré a él. «Sé valiente.» Lo miré a los ojos y hablé con tanta indiferencia como me fue posible, sin dejar que el miedo se trasluciera en mi voz.

–Gracias por preguntármelo, Pierre. Me siento halagada. Pero creo que finalmente no voy a poder aceptar el paso. Te pido disculpas por dejar que las cosas hayan llegado tan lejos, y por presionarte para aceptar una entrevista que sigues pareciendo bastante reacio a conceder. –El corazón me latía con tanta fuerza que notaba el pulso hasta en las suelas de los zapatos–. Así que... si no te importa, por favor, llama a tu criado y dile que me traiga mi americana. Creo que será mejor que sea él quien me acompañe a la puerta.

Él consultó su reloj de pulsera con una expresión de decepción reflejada en la cara.

–Oh, vaya. Me temo que Charles ya se ha marchado a casa. Diría que tendremos que apañárnoslas solos. Te lo preguntaré una última vez: ¿aceptas el paso?

–Como te he dicho, en realidad no he venido para eso.

–Te diré algo, Solange –susurró cogiéndome por la parte superior de los brazos y haciéndome retroceder lentamente. Inspiré hondo–. Sí que has venido para eso. Tú, un miembro destacado de los medios de comunicación en nuestra amada ciudad de Nueva Orleans, también eres, no lo olvides, miembro de un grupo que organiza encuentros sexuales discretos para unas pocas y afortunadas mujeres. Y la naturaleza de estos encuentros puede variar, ¿no es así? Algunos son delicados y cariñosos y tiernos. Sin

embargo, otros adquieren un matiz más oscuro. Puede que las cosas se pongan un poco duras. Pueden adoptar giros extraños e interesantes. Son estos últimos, a mi juicio, los que satisfacen los anhelos más profundos que todos tenemos, aunque hay pocas personas con el arrojo suficiente para entregarse a ellos. De hecho, son la clase de anhelos que pueden hacer que una mujer se atreva a cruzar un océano para satisfacerlos. Tú has venido para eso, Solange. Has venido a jugar duro.

Me tenía firmemente aprisionada contra el frío cristal de las ventanas francesas, sus ojos una amenaza líquida, sus manos sujetando con fuerza mis brazos. Noté su ingle sobre mi muslo, y su excitación resultaba inequívoca. Siempre me había preguntado qué haría en una situación como aquella. ¿Huir? ¿Me quedaría paralizada y sucumbiría? Nunca en mi vida me habían amenazado o arrinconado, así que, ¿cómo iba a saber que por debajo de mi superficie acongojada por el terror había una guerrera empedernida? Una sensación de calma me embargó y la adrenalina generó una armadura sobre mi cuerpo. Esperé un segundo para hablar, y pronuncié la única palabra que me hacía falta, utilizando todo mi cuerpo.

—No —dije rociándole de saliva y dándole un rodillazo rápido como el rayo en la entrepierna.

Por un instante vi su rostro antes de que se doblara en dos, con una expresión de asombro puro, porque supo que en ese momento yo iba a luchar como un animal enloquecido si seguía presionándome. Soltó un gruñido dramático antes de erguirse rápidamente, bloqueando todavía con sus manos mi objetivo.

Entonces se echó a reír. *A reír.*

—Ah, Solange, eso ha sido... Estoy intentando pensar... a qué cadena de televisión debería darle la primicia, si a la tuya o a la de la competencia, cuando se lo cuente todo sobre S.E.C.R.E.T. y su candidata estrella.

Fue entonces cuando yo me eché a reír, y la guerrera que había en mí habló con mucha cautela:

—¿Eso es una amenaza? Porque si lo es, Pierre, tampoco te irá muy bien a ti, en ningún sentido: personal, profesional, legal o físico. No te olvides de que soy periodista.

Sus ojos se quedaron inmóviles dentro de sus órbitas.

—¿Crees que vacilaría un puto segundo en organizar un escándalo por lo que acabas de hacer, solo porque me amences con revelar mi relación con S.E.C.R.E.T.? A diferencia de ti, yo no he hecho nada de lo que avergonzarme. Por el contrario, es una gran noticia y me muero de ganas de contarla. —¿Era posible que se diera cuenta de que iba de farol?—. Así que te diré algo. Te sugiero que dejes que me vaya antes de que esto llegue más lejos. Y te sugiero que lo hagas ya, o te haré daño de muchas otras maneras que te sorprenderán.

La parte racional de su cerebro pareció entrar en acción, sustituyendo a la reptiliana hasta entonces al mando. Dejó caer los brazos a ambos lados como si depusiera las armas.

—Por supuesto. Te pido disculpas. Eres libre de marcharte, Solange. No te detendré.

Recelosa, no aparté la mirada de él mientras me dirigía a la salida, cogiendo el bolso de encima del escritorio por el camino. Sin mirar atrás, sin recuperar mi americana, seguí

caminando por la galería, atravesando dos altísimas puertas dobles blancas, hasta llegar a la verja de entrada y salir a la calle, donde mi limusina seguía esperando. Me subí. Al cabo de varias manzanas, los latidos de mi corazón recuperaron su ritmo normal, y al cabo de varias más mis rodillas dejaron de temblar.

Al llegar al hotel, llamé enseguida a Matilda, que contestó al primer timbre. Le expliqué lo que había pasado con Pierre, sin entrar en detalles. Me alegré de no detectar en su voz un tono de «Ya te lo dije», sino de preocupación.

–¿Ya estás a salvo?

–Sí.

–Seguramente esto cabreará aún más a Pierre, así que vete al aeropuerto. Te conseguiremos un vuelo de vuelta a casa tan pronto como sea posible. Y prepárate, Solange. No hay forma de saber cómo se va a vengar por esto, pero lo hará. Será él quien tenga la última palabra, aunque muera en el intento.

Hice las maletas y me subí en el siguiente vuelo hacia casa, hacia mi ciudad, mi hijo... y mi hombre.

CASSIE

El despertar sexual de cada mujer es diferente, decía siempre Matilda. Algunos tienen lugar rápidamente, otros son más lentos, y algunos, por desgracia, nunca ocurren. El mandato de S.E.C.R.E.T. era tan solo crear las circunstancias para que este pudiera producirse, usando las fantasías para conseguirlo. Fue por eso por lo que para el paso nueve de Solange, se decidió que Will aprendiera a dejar que ella lo dominara. Según Matilda, estaba preparada para hacerlo. Todos sus pasos previos parecían llevarla hacia allí.

–Creo que cuando vuelva de París, se sentirá bastante segura de sí misma, al mando de su destino. Estará lista para... tomar las riendas.

Mi tarea consistía en entrenar a Will para que se sometiera sin ser sumiso, una distinción importante. Y me dijeron que era perfecta para ese trabajo puesto que, al igual que Solange, aquella situación concreta me resultaba nueva.

Por suerte, Angela vino a verme para darme algunas indicaciones de última hora, no en vano aquella situación era una de sus especialidades. El año anterior había entrenado a un reclutado mío, Mark Drury, en una sesión que tuve ocasión de observar. Así que, al igual que ella, escogí un vestido cruzado blanco y tacones altos. Ella me ayudó a recogerme el pelo en lo alto de la cabeza en un moño informal y sensual.

–Esta es una noche para ponerse pintalabios rojo, Cassie –me dijo mientras me contemplaba en el espejo.

–Lo es.

–¿Nerviosa?

–Mucho.

–Bien. Eso quiere decir que irá genial –repuso dando los últimos toques a mi maquillaje–. Preocúpate cuando no estés nerviosa.

Me tendió un amasijo de cintas de raso rojo.

–Utilízalas –me sugirió–. Tengo la sensación de que las necesitarás para contenerlo al poco de empezar la sesión. Y acuérdate de entrar en la habitación como si mandarás tú. Trata a ese hombre como si fueras su dueña. Esa es la fantasía de Solange. Muéstrale exactamente cómo cumplirla para ella.

«Oh, es verdad; estoy haciendo esto por Solange.»

Le di las gracias a Angela, cediendo a la intensa necesidad de abrazarla. Me devolvió el abrazo durante un buen rato y me correspondió con la misma calidez.

–Gracias –le dije por encima de su hombro.

–Gracias a ti –contestó, aunque no era muy dada a la efusividad–. Es más que probable que sea el último reclutado de S.E.C.R.E.T., Cassie. Enséñale bien y haz que nos sintamos orgullosas.

Asentí, sorprendida por haberme quedado repentinamente sin palabras. «Último reclutado.» S.E.C.R.E.T. me había dado tanto... Me entristecía pensar que pronto pudiera desaparecer, que ninguna otra mujer fuera a beneficiarse de todo lo que aquel grupo me había dado y enseñado.

Equipada con mis cintas rojas, caminé, bueno, me contoneé, por el largo pasillo enmoquetado del ala este de la Mansión. Abrí las puertas de la Sala de Juegos, elegida porque era luminosa y, además, tenía una mesa de billar en un extremo y una amplia y confortable zona para sentarse en el otro. Quería que Will se sintiera cómodo. Lo primero que vi fue mi reflejo en el espejo de encima de la chimenea. Me impactó el tajo rojo de mis labios, la cascada de rizos, ¡el escote épico! Era demasiado, pensé, y me tapé los pechos con las cintas. Pero la verdad es que tenían un aspecto espectacular con aquel vestido. Me acerqué al espejo y dejé las cintas sobre la repisa de la chimenea. Definitivamente, la mujer del espejo era una versión de mí, una de las muchas que S.E.C.R.E.T. me había ayudado a descubrir.

Al final había resultado ser una mujer con muchas facetas y capas y complejidades, y aún me quedaban más versiones de mí por desvelar. Era viuda y camarera. Era amiga y aventurera, jefa, cuidadora, compañera de trabajo, miembro de S.E.C.R.E.T., socia en un negocio, mentora y amante (¡y muy buena!). Era todo eso. Y ahora también era esta mujer: una entrenadora, alguien que ayudaba, que entregaba, una líder, una guía. Pero en lo más hondo de mí, siempre sería Cassie Robichaud, la chica de Michigan.

Oí que llamaban a la puerta. Una vez, dos, tres...

Me preparé colocándome delante del diván de terciopelo lila, frente a la chimenea.

–Pasa –dije con voz ronca.

La puerta se abrió y apareció mi Will, un hombre que conocía todas mis versiones; ahora, esta incluida. Pero existía también otra versión de Will, la versión de un hombre hecho un manojo de nervios que, mientras me miraba de arriba abajo, pareció convertirse en un adolescente atónito.

–Madre mía, Cassie –dijo dándose un golpe en el pecho–. Mírate. Estás tan... Ni siquiera sé qué decir... aparte de «Guau».

Reprimí el instinto de sonreír y ponerme roja. Tuve que recordarme que lo estaba entrenando para que lo dominaran... «sin que se sienta castrado», había insistido Angela.

–Gracias, Will. Es muy amable por tu parte –dije antes de ponerme firme–. Pero necesito que salgas y vuelvas a intentarlo, ¿vale? Esta vez tienes que... tienes que contenerte un poco. Controlarte. Intenta olvidar que soy yo. Intenta no decir nada al principio. Solo mírame. Deja que mi imagen se te meta en el cerebro.

Vaya. Dije todo aquello y él me escuchaba con tanta atención que casi trepé por encima del diván para agarrarle la cara y besarlo, de lo guapo que estaba.

–Controlarme. Vale, lo pillo –murmuró, y salió de la habitación cerrando silenciosamente la puerta a su espalda.

Esperé a que llamara. Y esperé. Y esperé. Diez segundos después, oí su voz a través de la puerta.

–¿Cass? ¿Se supone que tengo que volver a llamar?

–¡Sí, Will! –grité–. Vuelve a llamar.

–¿Llamo y entro? ¿O llamo y espero a que esta vez tú abras la puerta?

«Ah, esto no va bien.»

–¡Solo llama y entra!

–No sé si podré entrar y controlarme. Me pregunto si habría más... esto... control si fueras tú quien abriera la puerta y yo estuviera, ya sabes, aquí de pie. Controlándome.

Gritó todo esto a través de la puerta entreabierta y yo me pregunté cuántas personas de la Mansión estarían escuchando y riéndose, porque yo apenas era capaz de contenerme.

–Will, entra y ya está, ¿vale? Podemos saltarnos la parte del autocontrol en la entrada.

Él abrió la puerta y entró en la sala con la cara colorada.

–Lo siento. Igual puedo practicarlo en casa. ¿Qué quieres que haga?

–¿Por qué no vienes, te sientas aquí y tan solo... intentas relajarte? –le dije señalando el sillón de terciopelo azul que había junto al diván.

Me sorprendió lo calmada que sonaba mi voz, como si tuviera un efecto balsámico, la forma en que parecía rezumar seguridad, lo sexi que me sentía.

Mientras él cruzaba la habitación, yo me quedé de pie con un puño apoyado en la cadera y el otro brazo relajado como quien no quiere la cosa, mientras mis pechos se elevaban levísimamente por efecto de la respiración. Will se dirigió al sillón sin apartar los ojos de mi vestido, mis pechos, mi cara. Mientras se acercaba, pareció asaltarle una especie de recuerdo cálido, y todo su cuerpo se relajó.

«Eso es –me entraron ganas de decirle–. Así es como se hace.» Pero no quería cohibirlo.

–¿Aquí? –preguntó señalando el sillón con una ceja arqueada.

–Aquí –confirmé.

Se sentó con las piernas ligeramente separadas. Ladeó la cabeza y me contempló con algo parecido a orgullo y perplejidad.

Sí. Por fin se estaba metiendo en situación.

Ahora me tocaba a mí.

Di unos pasos hacia él, haciendo repiquetear levísimamente mis tacones, hasta que quedé casi entre sus piernas. «Estoy haciéndolo», pensé. Me incliné hacia delante y apoyé las manos en los brazos del sillón.

–Bueno, señor Foret –susurré acercando mis brillantes labios a centímetros de los suyos–. ¿A qué vamos a jugar hoy?

Lo vi encogerse mientras tragaba saliva.

–Me encantará hacer lo que creas que es mejor.

Levantó una mano automáticamente para tocarme los pechos. Me erguí como un resorte, dándome cuenta de hasta qué punto tenía razón Angela. La única manera de que aquello funcionara era atar a Will. No podía dejar que me pusiera las manos encima. Dejar que eso pasara suponía perder el control de la sesión. Y de mí misma. Me di la vuelta y me acerqué a la repisa de la chimenea, de donde cogí las cintas rojas; luego volví donde estaba Will, que masajeara ansioso los brazos del sillón.

–Con tu permiso... esto te ayudará a concentrarte más –dije.

Él me contempló fascinado mientras yo me inclinaba y lo ataba al sillón. Rodeé sus brazos con la cinta una y otra vez, no demasiado ceñidos, no demasiado sueltos, evitando el contacto visual, pero el calor de su cuerpo, su aliento sobre mi hombro mientras yo me agachaba me resultaron casi imposibles de soportar.

–¿Tengo que atarte los tobillos a las patas o crees que serás capaz de mantener los pies quietecitos?

–Creo... creo que me las apañaré –contestó tirando levemente de las cintas para comprobar lo ceñidas que estaban.

Di un paso atrás y lo miré, mientras el deseo se acumulaba en mi interior como una pequeña tormenta.

Clavando mi mirada en la suya, reseguí con los dedos los bordes de mi vestido cruzado, hasta llegar al nudo del costado. Will los contempló y dejó escapar un leve gruñido mientras yo lo deshacía y dejaba que el vestido se abriera. No llevaba nada debajo.

–Cassie –dijo casi involuntariamente–. Yo...

–Shhh. No te toca hablar.

Me deslicé el vestido por los hombros y dejé que cayera al suelo; estaba desnuda, con mis pechos enhiestos ante él, mis pezones sensibles y alerta.

Will inspiró hondo y vi cómo una erección se formaba a través de sus tejanos, mientras ambos observábamos el movimiento. Me incliné hacia delante y apoyé las manos en sus antebrazos, antes de arrodillarme agónicamente ante él. Acerqué la cara a su mano atada y me froté como un gato, con la mirada clavada en la suya, notando cómo sus manos se retorcían en su deseo de tocarme el pelo. Luego me metí su dedo índice en la boca, lo rodeé con mi lengua, lo succioné con fuerza. Él echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido grave que indicaba que aquello era demasiado para él, que el hecho de que le estuviera chupando el dedo lo estaba volviendo loco.

Dejé que mi otra mano subiera por su pierna y recorriera con firmeza su muslo hasta posarse sobre su erección. Luego froté a través del tejano hasta que en sus ojos se reflejó una anhelante incredulidad ante su increíble suerte. Le desabroché la camisa, botón a botón, y se la abrí para contemplar su hermoso torso, que no estaba tan delgado como durante la época de la reforma, pero me encantó el modo en que aquella capa añadida lo hacía más corpulento, más masculino y al mismo tiempo vulnerable. Acaricié sus pectorales con las manos, desplazándolas sobre su piel como si tocara algo que solo pudiera tener entre ellas una vez en mi vida.

–Sentir tus manos sobre mí, Cassie, es tan...

–Shhh. No digas nada, Will.

Coloqué mi boca frente a la suya. Él se echó hacia delante para besarme, pero yo esquivé su avance. «Todavía no –pensé–. Tengo que sentirme más fuerte.»

Me ocupé de los botones de sus tejanos hasta que estuvieron desabrochados. Él arqueó las caderas hacia mí mientras yo se los bajaba con fuerza y se los quitaba. Su hermosa polla asomó por encima de sus bóxers y se desplegó sobre mis manos cálidas y expectantes. Bajé mi cara hacia ella y me la froté por las mejillas observando su reacción. Podía notar cómo empujaba levemente, elevándose hacia mi cara, deseoso, anhelante por aliviarse, por que me la metiera en la boca.

–Joder, no puedo –gimió.

–¿No puedes qué, cariño? –lo pinché mientras con la punta de la lengua rodeaba la apertura de su polla dura.

–No puedo soportar no poder tocarte –dijo retorciéndose en el sillón.

–Lo estás haciendo muy bien, Will. De hecho, voy a darte un premio.

De mala gana solté su erección y me planté delante de él, dejando que mi mano se deslizara hacia abajo para tocarme yo.

–¿Quieres ver lo que me haces, Will?

–Oh, Dios, sí, por favor –contestó él con la mirada clavada en mis dedos.

Me quité los zapatos de tacón e, igual que había hecho la bella Angela, levanté el pie y lo coloqué sobre el muslo desnudo de Will. Con una sonrisa indolente en el rostro, dejé que mis piernas se abrieran para que él pudiera observar cómo me tocaba y me introducía un dedo, un sustituto de todo lo que él deseaba estar haciéndome, mientras notaba el clítoris tan duro e hinchado que me estremecí ante aquella nueva cota de placer.

–¿Quieres besarlo, Will?

Él asintió con una mirada ardiente. Al acercar su boca, lo cogí de la barbilla para guiarlo; la sensación de la boca de Will sobre mí me envolvió en calor y fuegos artificiales, y mientras él me lamía sediento, maravillosamente, le pasé los dedos por el denso pelo, sintiendo algo parecido a la dicha. Acerqué su cara y la hundí más en mí. Tuve que esforzarme mucho para no echar la cabeza atrás y dejar que aquel hombre me hiciera correrme con todas mis ganas. Pero las palabras de Matilda resonaron en mi cabeza: «NO te lo puedes quedar. Después de entrenarlo, tienes que dejarlo marchar». Justo antes de que la oleada me embargara, lo vi, vi a Will, lo vi haciendo todo aquello con Solange, a Solange. La escena destelló ante mis ojos y ahogué un grito antes de apartarme hasta quedar fuera del alcance de Will y recuperar el aliento, cubriéndome instintivamente los pechos con las manos.

Will dio un tirón, desplazando el sillón unos centímetros.

–No te alejes de mí, Cassie. No. Tengo que tocarte. Esto no parece real si no puedo tocarte. Por favor, desátame. Necesito sentir tu piel...

Me quedé mirándolo atado, indefenso, con la camisa abierta, con su potente erección sobre su muslo tenso, los labios brillantes de mí.

–No puedo, Will –le dije notando cómo pasaba el momento y las lágrimas me quemaban en los ojos–. No puedo hacer esto. Contigo no. Lo siento.

Corrí hacia él. Mientras lo desataba me temblaban los dedos, y él dejó caer la cabeza, decepcionado y en silencio.

–No me pidas perdón, Cassie –dijo en voz baja mientras le liberaba los brazos.

Antes de que pudiera vestirme y largarme, se puso en pie, me rodeó la cintura con uno de sus brazos y tiró de mí con fuerza. Me revolví. Él me colocó con delicadeza un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Nunca jamás vuelvas a pedirme perdón, Cassie.

–Me siento tan estúpida por haber pensado que podía...

–¿Puedo hablar yo ahora?

Con el pulgar me retiró lo que debía de ser maquillaje corrido en mi mejilla. Luego me besó en la boca, dulce, firmemente. Con ambos brazos alrededor de mi cintura, me abrazó con tanta fuerza que hizo que las lágrimas acabaran resbalando por mis mejillas.

–Me siento como una idiota. Se suponía que esto tenía que ser sensual. No tenía que acabar con lágrimas.

–Oh, créeme, Cassie, ha sido... lo que has hecho, ha sido... increíblemente sensual.

Me besó en la frente.

–¿Crees que has aprendido lo suficiente?

–¿Para qué?

–Para llevar a cabo la fantasía.

–Ya. La fantasía. Bueno, esto no es una crítica, Cassie, porque eres una gran maestra. Pero yo soy un desastre de alumno. Así que no creo que haya podido aprender lo suficiente para graduarme con éxito como un ejecutador de fantasías hecho y derecho.

–¿No?

–No. Así que vas a tener que sentarme en el banquillo, a menos que puedas entrenarme un poco más. A lo mejor hay sesiones especiales para lerdos. ¿Tenéis algo así por aquí?

–Podría preguntarlo –contesté siguiéndole la broma.

–Porque la verdad es que, si alguien piensa en un hombre para tener una fantasía, sin duda no sería yo.

–Bueno... para mí lo eres.

Me besó por decir aquello, una vez, dos.

–Y ¿qué pasa con nosotros, los rechazados por S.E.C.R.E.T.? ¿Tienes que matarme o algo así?

–Por desgracia sí.

–¿Por lo menos podemos hacerlo una última vez?

–Sí, pero no aquí –contesté mirando a mi alrededor–. Este sitio es bonito, pero quiero que me lleves a casa.

Antes de poder acabar la frase, me lanzó el vestido y recogió sus pantalones. Nos vestimos más rápido que un par de bomberos alertados por una emergencia de nivel cinco. Él me tendió la mano y con un solo movimiento me cargó sobre su hombro, y yo pataleé y reí mientras me llevaba por el pasillo y salíamos por la puerta principal de la Mansión.

Fue la última vez que pisé aquel lugar durante varios meses. E incluso entonces, no lo hice sola. Ambos volveríamos, para cumplir una fantasía totalmente distinta.

La verdad salió a la luz esa noche a pedacitos, entre sexo y besos, entre mordiscos de pizza y una botella y media de vino que cogimos del restaurante y nos bebimos sentados en el suelo de mi cocina, donde lo hicimos una vez más antes de que saliera el sol. Ambos sabíamos que al día siguiente estaríamos hechos polvo, pero dos personas con resaca tenían que poder manejar al menos un restaurante estelar.

Fue él el primero en sacar el tema.

–Ha sido un infierno no tenerte en mi vida, Cassie. Y cuando digo en mi vida me refiero a mi corazón, a mi lado, en mi cama. Así que, en el fondo, tenía esperanzas de que pasara esto. Esa es la verdadera razón de que me presentara voluntario para S.E.C.R.E.T. Todo lo que he dicho antes sobre el bien que creo que hace esta organización iba en serio. Estaba equivocado. Pero esperaba que o bien te pusieras celosa si no nos emparejaban, o te volvieras loca por perderme si lo hacían.

–Entonces ¿no tenías ninguna intención de llegar al final con lo de la fantasía?

–Bueno, digámoslo así: no habría dejado que me entrenara nadie más, y sabía que si eras tú quien me entraba no iba a querer estar con nadie más.

–Misión cumplida –dije apoyándome en su hombro–. Me sorprendió que te ofrecieras a participar en S.E.C.R.E.T. Creía que todo este asunto te producía rechazo. Creía que yo te producía rechazo.

–Tú nunca me has producido rechazo. La verdad es más embarazosa. Me sentía... amenazado. He sido un imbécil.

Will me rodeó los hombros con el brazo y me atrajo hacia él. Mi mano se deslizó por su cálido y conocido estómago, y luego más abajo, hasta que lo cogí con delicadeza y le provoqué otra erección.

–Creía que tenías citas sin parar. Creía que eras feliz. Y entonces, cuando descubrí tu... no quiero llamarla «vida secreta»... mi primer pensamiento no fue: «Menuda guarra», sino: «No puedo competir con eso». No podía soportar que volvieran a dejarme por un tío mejor, por alguien más... no sé... poderoso, supongo. Ya viste a Carruthers. Su reloj tiene el tamaño de un puto pack de seis latas. Y el coche que conduce, el trabajo que tiene... Los tíos les damos importancia a esas cosas: las cosas que no somos, lo que no tenemos. Aunque no estuviera locamente enamorado de Tracina, sí estaba preparado para

ser su pareja y para ser padre y proveer a mi familia de lo que necesitara, y cuando me dejó por el puto Gran Señor, me dolió. Ya me conoces. Las cosas me cuestan. Y entonces aparece tu novio con su increíble gancho de derechas y hace lo que yo debería haberle hecho al cabrón de Castilla. Fue él quien dio un paso adelante, cuando debería haber sido yo. –Hizo una pausa–. Por cierto, ¿todavía te ves con él? ¿Con el tal Jesse?

Dixie se acercó y se acurrucó entre nosotros como una isla de pelo.

–No. Solo somos amigos. En realidad, siempre hemos sido solo amigos.

–¿No estás enamorada de él?

–Nunca lo he estado. Y él no está enamorado de mí; quiere a otra persona. Y yo también –dije comenzando mi anhelante asalto a su cuerpo.

Lo mejor de Will es que no tenía ni idea de lo atractivo que era, y eso precisamente lo hacía tan atractivo, incluso cuando las cosas le costaban. Sobre todo, entonces. Sobre el suelo de mi cocina, nos desenredamos las piernas de las sábanas que habíamos arrastrado hasta allí y apartamos a la gata con suavidad, pero con firmeza. Will me tendió sobre ese suelo al amanecer y volvió a entrar en mí mientras me besaba, repitiendo mi nombre una y otra vez, sujetándome la cara entre sus manos, y yo agarré su precioso culo y levanté las rodillas presionándolas contra su torso, abriéndome para él, invitándolo a llegar hasta el fondo.

Mientras me embestía, reintroduciéndose en mi cuerpo, fue como si nunca nos hubiéramos alejado. Levanté las caderas y apoyé las manos en las puertas del armario de la cocina para poder arquearme para él. Lo sentía tanto, tan perfecto dentro de mí, que era como si nuestros cuerpos estuvieran hechos justo para esto.

–¿Qué te parece esta fantasía? –susurró–. Sexo conmigo sobre el suelo de la cocina.

–Es la única fantasía que siempre he deseado. La única que esperaba que un día se hiciera realidad.

SOLANGE

Tener relaciones sexuales fantásticas, teatrales y exquisitas con guapos desconocidos me recordó qué era lo que resultaba tan poderoso de tener magníficas relaciones tan solo con uno. Aquel no era el objetivo de S.E.C.R.E.T., ni siquiera el mío. Pero esa fue la revelación que tuve en el vuelo de vuelta a casa, mientras me sacudía de encima el repugnante episodio con Pierre gracias a cada kilómetro que iba interponiéndose entre nosotros, sin dejar de balancear el cuerpo para hacer que el avión fuera más rápido. Había gente que me esperaba. Mi gente: mi hijo y mi hombre.

Prácticamente arrollé a todas las personas que había en la puerta de llegadas, pues me separaban de Gus un segundo más. Mi necesidad de abrazar a mi hijo y olerlo y achucharlo era tan abrumadora, que me preocupaba romperlo en dos. Y allí, de pie detrás de él, estaba mi increíblemente atractivo exmarido, con una sonrisa llena de preguntas. «¿Por qué has vuelto a casa antes de lo previsto, Solange? ¿Por qué has insistido en que viniera a recogerte al aeropuerto? ¿Por qué llevas el pelo como a mí me encanta? Y ¿por qué me miras con esos ojos marrones como si me vieras por primera vez?»

Las respuestas a esas preguntas saldrían a la superficie con naturalidad a lo largo de las siguientes semanas y meses. Pero ese día no quería asignar palabras a mis sentimientos, y por eso apenas dije nada de camino a casa. Me limité a mirar de soslayo a Julius desde el asiento del acompañante de su caravana. Había tenido que aparcarla un poco lejos porque era demasiado grande para el aparcamiento del aeropuerto. En lugar de mostrarme frustrada, hipervigilante y sobrecompetente, dejé que aquel hombre me llevara el equipaje. Lo dejé ser el hombre que él quería ser, en lugar de moldearlo para convertirlo en el que yo creía que debía ser. Es una extraña revelación mirar a alguien que conoces bien y ver toda una nueva dimensión ante la que hasta entonces habías estado ciega.

Mientras Gus jugaba con mi móvil sentado en el elevador detrás de su padre, Julius me puso al día de su negocio, que se había expandido aún más desde el festival de jazz.

—Ahora tenemos tres caravanas en total. Después del festival, dos ya están pagadas, así que a partir de ahora todo serán beneficios. Es una locura, Solange. Pero estoy pensando en abrir un pequeño puesto fijo cerca de Jackson Square. He hablado con otras franquicias para ver si podemos compartir el espacio.

—Felicidades, Julius. Has encontrado tu nicho de mercado.

—He tardado un poco, pero sí, lo he conseguido.

—Se tarda lo que hace falta.

Me miró con otra pregunta muda en su rostro: «¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hipercrítica exmujer?». Me estaba dando cuenta de que la felicidad le había vuelto más guapo, y el éxito, más atractivo. No porque mereciera mi atención al haber hallado seguridad y confianza en sí mismo, sino porque por fin parecía estar orgulloso de sí mismo. Y por alguna razón eso... me relajaba. Prefería mil veces desplazarme con una caravana bamboleante por calles llenas de baches antes que dar un paseo en carruaje por

París.

Al pararse en el camino de entrada a mi casa en State Street, se quedó tan sorprendido cuando lo invité a quedarse a cenar como yo de que aceptara. Pedimos pizza. Charlamos sobre cómo nos había ido la semana, lo que yo había hecho, cómo era París, cómo era yo en París. Les expliqué que había cantado, que había sido por casualidad y medio en broma, pero que era algo que necesitaba volver a probar, aunque fuera solo por mí. Y le conté a Julius la verdad, que la entrevista con el infame y escurridizo multimillonario de Bayou había sido un completo desastre y que no había conseguido lo que esperaba.

–Al final resulta que el tipo no tiene mucho que decir. Por lo menos nada que valga la pena escuchar –comentó dejando un trozo de corteza en la caja de la pizza.

Tal vez algún día la verdad saliera a la luz, y tal vez sacudiera los cimientos de mi mundo. Pero todo lo que sentía en ese momento era gratitud y confianza. Y por ahora, al menos, mis secretos estaban a salvo.

Después de que Gus se fuera a la cama, mi exmarido me dio las buenas noches en la puerta en penumbra de la casa de mi infancia, aunque estaba demasiado lejos de mí. En un momento me eché a reír por algo que acababa de decir, e inconscientemente lo cogí con un dedo de la cintura de los tejanos, en un gesto de intimidad tan automático como respirar.

Él bajó la mirada hacia mi mano con un atisbo de sobresalto y yo la retiré como si hubiera tocado una llama.

–Debería... irme –dijo él con una leve expresión de preocupación.

–Vale.

–Pues buenas noches.

–Buenas noches –me despedí saludando con la mano a la parte de atrás de su cabeza mientras él se alejaba rápidamente en dirección a la caravana de comida aparcada frente a la casa.

Era yo quien había puesto fin a nuestro matrimonio. Debía recordarlo. No iba a resultar nada fácil recuperar su confianza. Y Pierre era un arma cargada. En cualquier caso, en cuanto este sacara a la luz mi participación en S.E.C.R.E.T. no tendría más remedio que hablar con Julius. Era posible que no me juzgara, pero las relevaciones tampoco harían que me ganara su cariño. Sin embargo, había conseguido hacer las paces con esa idea en el vuelo de vuelta a casa. Decidí que hasta la última palabra que le había dicho a Pierre era verdad: no había hecho nada de lo que avergonzarme y aquella era una gran historia con un final feliz, sin importar si Julius y yo volvíamos a estar juntos. Con el tiempo, me había dado cuenta de que la mía era una historia que reproducía la experiencia de todas las mujeres de S.E.C.R.E.T. Todas habíamos mejorado gracias a su existencia: Cassie, Dauphine, Matilda, Angela, Bernice, yo, todas nosotras.

De hecho, lejos de vernos menoscabadas o mancilladas por S.E.C.R.E.T., nuestras vidas se habían enriquecido.

Si iba a descubrirse lo que había hecho, que así fuera.

Si había consecuencias, las afrontaría.

Si perdía mi segunda oportunidad con Julius, ya lo descubriría tarde o temprano.

Una semana después recibí un paquete en el trabajo, una entrega especial de Pierre Castille. Dentro había dos sobres, uno fino con mi nombre y otro grueso dirigido a Matilda. Me dirigí a la Coach House al salir del trabajo con el corazón en un puño.

Matilda y yo nos sentamos a su escritorio una frente a la otra. Yo fui la primera en abrir mi sobre, que contenía una nota y un colgante que cayó al abrirlo, un dije del paso ocho, con la palabra «Arrojo» grabada en una cara.

Querida Solange:

Quiero pedirte disculpas por mi abominable comportamiento. Si nuestros caminos vuelven a cruzarse algún día, solo me cabe esperar mostrar aunque sea una pizca del arrojo que tú mostraste ese día. Por cierto, tu secreto está a salvo. Es tu historia, así que, si alguien tiene que contarla, eres tú.

Con admiración,

PIERRE CASTILLE

Miré a Matilda, que tenía los ojos como platos.

–Apenas puedo creérmelo –dijo con la voz rota.

–Abre el tuyo.

Ella rasgó el sobre y sacó una carta, y luego me la tendió.

–Léemela, Solange. Tengo los nervios de punta.

Leí la nota adjunta, escrita con la misma pulcra caligrafía que la mía.

–Te devuelve algo llamado *Rabia Roja*. Llegará mañana con un flete especial.

–¿Que va a hacer qué? Es... es el cuadro que nos compró en Buenos Aires. ¿Qué más dice?

Me aclaré la garganta y leí:

Desde un principio el cuadro nunca fue mío, Matilda. De hecho, soy incapaz de mirarlo sin pensar en mi poco caballeroso comportamiento hacia Cassie, hacia Dauphine en Buenos Aires, y estoy seguro de que te habrás enterado de lo de Solange en París. No soy un hombre acostumbrado a escuchar un no, a que se me niegue lo que quiero. He decidido compensarlo devolviéndoos el cuadro. Albergo la esperanza de que podamos conservar en «secreto», por así decirlo, todo este asunto, ahora y para siempre. Espero que este cuadro garantice muchos más años de salud a vuestro grupo.

Con arrepentimiento,

PIERRE CASTILLE

Las dos nos quedamos calladas un rato.

–Vaya, vaya, este ha sido un día de lo más interesante –comentó Matilda mirando al vacío–. ¿Qué le hiciste exactamente a ese hombre, Solange?

Le expliqué el que debía de haber constituido su momento de lucidez: mi rodillazo en su entrepierna.

–Bueno, no cabe duda de que le dejaste huella. Siento mucho que tuvieras que vivir ese momento. Lo único que puedo decirte es gracias. Esto quiere decir que S.E.C.R.E.T. no solo seguirá vivo y coleando, sino que además tenemos los medios para hacer que tu

última fantasía sea realmente, realmente buena –dijo.

–Si te soy sincera, Matilda, el tiempo que he pasado en S.E.C.R.E.T. ha sido increíble. Y quiero darte las gracias por todas y cada una de mis fantasías. El caso es que también me han permitido apreciar mi realidad de una forma totalmente nueva. Y hay una realidad que me mira directamente a los ojos. No puedo ignorarla por más tiempo.

Le hablé de mis renovados sentimientos hacia Julius, que habían aparecido de la nada.

–¿Julius lo sabe? –preguntó.

–Creo que sospecha que pasa algo. Pero fui yo la que terminó con lo nuestro, así que se muestra receloso y con toda la razón. ¿Algún consejo sobre cómo recuperar a tu ex?

–Ojalá lo supiera yo también, Solange –contestó melancólica.

En ese momento oímos el sonido metálico de la verja principal al abrirse. A través de la oficina de su despacho, vimos entrar una limusina que giró hacia el pórtico delantero de la Mansión.

Matilda consultó la hora en su reloj.

–Quédate ahí sentada un segundito. Tu reclutado acaba de llegar para su sesión de entrenamiento.

–Podrías darle la noche libre –bromeé reprimiendo el impulso de echar un vistazo.

–Es cierto. Podría hacerlo –repuso ella con la mirada todavía clavada en la limusina y una sonrisa pícara en los labios–. Pero creo que dejaré que la sesión siga adelante. ¿Por qué no? Tan solo es sexo, ¿no? Esa es la parte fácil. El amor es lo que duele.

Gus tenía muchas ganas de quedarse a dormir en casa de su padre, y yo de ver a Julius, así que ambos nos sentimos un poco decepcionados cuando me mandó un mensaje diciendo que el encargado de las frituras y el cajero de una de sus caravanas habían llamado para decir que estaban enfermos. Los dos.

Cuando le expliqué a Gus que se cancelaba su noche con su padre, en lugar de enfurruñarse, dijo:

–¿Por qué no vamos a ayudarlo?

–Qué hijo tan listo tengo –contesté cubriéndole la cara de besos.

Él se resistió, pero solo un poco.

Nos dirigimos a la ubicación en Freret Street vestidos para atender a los clientes. La freidora era lo mío, y Gus se hizo un experto contando monedas. Algunas personas me reconocieron por el noticiario de la tele, y yo bromeé diciendo que estaba pluriempleada para poder pasar más tiempo con mis hombres.

–Un gran trabajo en equipo –comentó Julius a la hora del cierre, mientras cerraba con llave la caravana y recogía el toldo.

–Los Formidables Faraday –añadió Gus.

–Eso somos, hijo –dije sin apartar la mirada de Julius.

No había preparado una bolsa para que Gus pasara la noche con él, así que Julius tuvo que llevarnos a casa. Le invité a entrar para comer algo y él se sacó los zapatos en la puerta y no se marchó. Comimos juntos y nos reímos juntos, los tres sentados a una mesa. Después de la cena, y de que yo lo limpiara todo, y de que él arropara a Gus, Julius me encontró al pie de las escaleras mirando hacia arriba, a él, esperanzada, expectante, llena de adoración.

–¿Vas a bajar? ¿O... subo yo? –pregunté con voz temblorosa.

–Encontrémonos a medio camino –contestó.

Subí los escalones lentamente uno a uno, y me acurruqué entre sus grandes brazos.

–¿Esto es de verdad, Solange?

Yo lo miré y asentí. Él me besó en la boca y por un segundo todo me resultó nuevo: sus manos, sus labios, su sabor. Al cabo de un minuto se separó de mí solo para cogerme de la mano y tirar de mí escaleras arriba. En el dormitorio, con la puerta cerrada, su cuerpo se convirtió en un lugar en el que ya había estado antes y que conocía muy bien y que echaba muchísimo de menos.

Me desnudó con la concentración de un médico que estuviera retirando las vendas a alguien casi curado. Yo le dejé hacer. La camiseta que aún olía a la comida de la caravana voló por los aires. Por un segundo me dejó puesto el sujetador, admirándolo. Esta vez yo había elegido minuciosamente mi lencería, con la esperanza de que hubiera una posibilidad de que aquello sucediera. Con el nudillo resiguió la forma de mis pechos debajo del encaje, sabiendo que cuando me lo sacara ya no habría vuelta atrás: aquel hombre siempre se había vuelto loco ante la visión de mis pechos.

Me quitó los tejanos, primero una pierna y luego otra. Lo hizo con reverencia, incrédulo, esperando a que yo lo detuviera, a que le dijera: «Esto es una locura; es imposible que vuelva a funcionar». Yo era incapaz de hablar, tan solo podía maravillarme ante su cuerpo musculoso, mientras con los dedos tomaba posesión de cada centímetro que tocaba. «Este estómago, mío. Estos brazos que ahora me aprisionan mientras estoy tendida en la cama, míos. Esta espalda que acaricio con las uñas, mía.»

Cuando entró en mí estaba tan mojada, y él tan duro, tan insistente, repitiendo mi nombre una y otra vez en mi oído, con la voz encendida, provocándome vértigo con cada embestida de su cuerpo, que lo único que pude pensar fue: «Mío. Mío. Mío otra vez».

Epílogo

CASSIE

Cuando llegó el momento de la boda, Matilda me dijo que no reparara en gastos.

–¿De verdad? –pregunté demasiado excitada para contenerme—. Pero será en la semana del Mardi Gras. Todo va ser más caro.

–Gasta lo que haga falta, Cassie. ¿Qué es una boda sino una gran fantasía, la fantasía por excelencia?

En una mañana insulsamente cálida de febrero, con el cielo insoportablemente azul y una brisa suave, mientras la ciudad se preparaba para su gran fiesta, Will y yo nos dirigimos al French Market al amanecer y elegimos las langostas más grandes y los langostinos más jugosos, que servirían para preparar el mayor jambalaya nunca visto en un jardín trasero de Nueva Orleans. Había sido idea de Dell hervir el maíz y las patatas en tres calderas colocadas en el jacuzzi de cemento, que habíamos vaciado para la ocasión.

Todo el jardín trasero de la Mansión estaba decorado con cintas y flores, con jarrones llenos de las primeras magnolias, serpentinas rosas y blancas en las mesas de pícnic, por entre las que Gus y Finn corrían con los demás niños sobre el césped cubierto de pétalos y brotes blancos y lilas. Queríamos que aquella boda fuera perfecta, y preparamos meticulosamente hasta el último detalle, desde el vestido que Dauphine Mason me ayudó a conseguir para que lo enviaran desde París hasta la música que Mark Drury se ofreció a tocar, pasando por el pastel que encargamos a Jesse Turnbull.

Claire se había pasado media noche despierta ayudando a Jesse a dar los toques finales a la tarta y aprendiendo todo lo que había que aprender sobre la elaboración de rosas de mazapán. Pero cuando llegó el momento de ayudar a Jesse a sacar la obra de arte de cinco pisos de la parte trasera de su furgoneta, la única persona en la que yo confiaba para hacerlo era Will. Ver a aquellos dos hombres seguirme por el camino que bordeaba el lateral de la Mansión, con actitud cooperante, cuidadosa, tierna y calmada, transportando una tarta de boda del tamaño de una persona menuda, me permitió entender el verdadero significado de la amistad y la alegría, del perdón y el amor.

Tengo que admitir que me sorprendió que Solange eligiera *aquel* vestido asegurando que era con el que siempre había soñado, pero cuando salió del vestidor del Funky Monkey con él puesto, todas nos enamoramos también de él.

–¿Qué te parece? –preguntó extendiendo sus largos brazos cubiertos de encaje español color crema—. Lo vi en París. ¿No es demasiado?

–Definitivamente, es demasiado, pero esa es su gracia –respondí, y me reí ante lo absurdamente despampanante que se la veía en su vestido de alta costura con un escote de hombros caídos, que se ceñía a su diminuta cintura y cuya falda alzaba el vuelo en una nube de tul color crema pálido.

–Por todos los santos del cielo y de la estratosfera –dijo Dauphine llevándose una mano al pecho—. Solange, es... perfecto.

–También cuesta más que mi coche –dijo esta–. No sé si puedo aceptar todo esto.

–Deberías haberlo pensado antes de aceptar nuestro paso –señalé conmovida al verla.

Semanas después, en la casa de la piscina donde nos reunimos todas antes de la ceremonia para brindar en privado por la novia, Matilda había colgado el dije del paso nueve de Solange, «Exuberancia», en su pulsera.

–Ahí lo tienes, algo nuevo –dijo–. Y te puedo prestar mi viejo pañuelo azul para cumplir con el resto de los requisitos.

En ningún momento se planteó ninguna duda acerca de si Solange se quedaría en S.E.C.R.E.T. para su paso diez. Una vez volvió con Julius, quedó claro que aquel sería su paso final, una fantasía única que todas estábamos decididas a facilitar. Al verla avanzar hacia el altar al atardecer para volver a casarse con Julius, el amor de su vida, acompañada por su hijo Gus, y al ver a Julius alzarle el velo antes de pronunciar los votos que se habían escrito mutuamente, sentí que el corazón se me abría de par en par con un estallido. Y supe que nunca volvería a cerrarse.

Escruté la multitud en busca de mis encantadoras ayudantes: Angela, Kit, Bernice y Pauline estaban todas hechas un mar de lágrimas. Tras ellas, Jesse estiró como quien no quiere la cosa el brazo por encima del respaldo de la silla de Matilda. Ella se removió, algo incómoda; todavía no se había acostumbrado a aquellas muestras públicas de devoción. Después de la ceremonia, me acerqué furtivamente a ella mientras Jesse iba a buscar bebidas para todos.

–¿Qué te parece? –le pregunté.

–Es una bonita boda. Es posible que hayamos dado con otra fuente de ingresos. Aunque la verdad es que ya no necesitamos el dinero –añadió refiriéndose al cuadro devuelto. Me cogió la mano–. ¿Y qué, Cassie, nos echas de menos?

–Os echo de menos a las chicas y a ti. Aunque si decidimos encargarnos del catering de los actos que celebréis aquí, vamos a vernos a menudo.

La banda de Mark Drury, The Careless Ones, terminaron su primera actuación y Mark le tendió el micrófono a Solange para que le cantara a Julius. El novio estaba resplandeciente al fondo del jardín, con una cerveza en una mano y la otra sobre los hombros de Gus, ambos completamente derretidos de amor.

–Hola, cariño –oí a mi espalda.

Me di la vuelta y contemplé el rostro de mi propio hombre. Will me tendió una copa de champán y chocó la suya contra la mía. Me había pedido que le llevara un traje para cambiarse cuando la fiesta estuviera en su apogeo, pero estaba tan atractivo con sus tejanos, su camisa de esmoquin con algunos botones desabrochados, la pajarita metida en el bolsillo de atrás y las gafas de sol en lo alto de la cabeza... Bebimos de las copas de champán, sin apartar la mirada sonriente del otro.

–Bueno –dijo él secándose la boca con el dorso de la mano y deslizándolo su brazo sobre mis hombros–. Creo que nuestra primera boda ha ido realmente bien.

–Podría ser un buen trabajo extra. Podríamos contratar personal para el catering, un

par de ayudantes para Dell, y tal vez instalar una caldera para hacer barbacoas.

Él me miró.

–Joder, ¿te he dicho lo guapa que estás esta noche?

–Sí –contesté echando una mirada hacia mi vestido color aciano sin mangas.

–¿Te he dicho lo bien que se te da todo esto?

–Esto... un par de veces ya.

–¿Y te he dicho lo mucho que te quiero?

–También, hace un rato, cuando me has llevado debajo del emparrado y me has besado delante de toda esa gente.

–Ah, sí. Eso lo recuerdo.

Nos quedamos allí, meciéndonos al ritmo de la preciosa voz de Solange.

–Me pregunto si tendríamos que encargarnos del catering de nuestra propia boda –comentó–. O tal vez sea mejor contratar a otra empresa para poder relajarnos y disfrutar.

Mis ojos se abrieron como platos mientras me esforzaba por no llorar.

–No era consciente de que íbamos a celebrar una boda.

–Bueno, si no quieres casarte conmigo, me conformo con seguir siendo tu fantasía preferida para el resto de tu vida. Es un gran paso.

Por fin me volví hacia él, mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas.

–Sí, pero acepto ese paso. Lo acepto con todo mi corazón.

–Entonces ¿eso es un sí?

Asentí vehementemente, demasiado abrumada por la alegría para hacer nada que no fuera besarle durante un largo rato. «Yo te elegí a ti y tú me elegiste a mí.»

La banda atacó el tema «Street Parade» y empezó una pequeña conga. Yo me sequé los ojos y cogimos nuestras copas y nos cogimos de la mano, y todo el mundo se contoneó y bailó detrás de los músicos, subiendo por Third Street hasta St. Charles Avenue.

Llegamos justo a tiempo de incorporarnos a la cola de la larga conga; me eché hacia atrás para apoyarme en Will y él me rodeó con los brazos mientras el sol se ponía en aquella loca y hermosa ciudad que por fin podía considerar realmente mía.

AGRADECIMIENTOS

Desde el primer momento he tenido el apoyo, el aliento, la guía y la dirección de mi editora literaria, Nina Pronovost. No habría podido embarcarme en esta aventura sin ella y sin todo el personal de Random House Canadá, en especial mi editora comercial, Kristin Cochrane; Scott Richardson, Zoe Maslow y Adria Iwasutiak, extraordinaria publicista. Gracias a Suzanne Brandreth y la Agencia Cooke por apostar como nadie por mi libro en todo el mundo. Tengo la mejor agente del negocio editorial, que resulta ser también una lectora intuitiva y mi amiga: Christy Fletcher y su equipo estelar; gracias, en especial a Rachel Crawford, Melissa Chinchillo y Kevin Cotter. Y todo mi reconocimiento a Gregg Sullivan por darme a conocer a tantos nuevos y apasionados lectores.

Gracias a mis mejores amigas y primeras lectoras: Lisa Laborde, Cathie James, Sarah Durning y mi hermana, Susan Gabriele; cada una de vosotras realizasteis el material original con vuestras agudas preguntas e inteligentes sugerencias. Muchísimas gracias. Y, por último, y, sobre todo, desearía dar las gracias a todos y cada uno de los lectores que se han enganchado a esta serie y han corrido la voz en más de treinta países colocando estos libros directamente en las manos de sus amigos. Gracias por hacer espacio en vuestras abarrotadas librerías a una clase distinta de historia de amor. Gracias, gracias, y gracias otra vez.

Notas

1. Festividad que se celebra el 26 de diciembre en la que se promueven las donaciones y los regalos a los pobres. (*N. de la T.*)

S.E.C.R.E.T. Deseos revelados

L. Marie Adeline

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *S.E.C.R.E.T. Revealed*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Dari Ya

© L. Marie Adeline, 2014

© de la traducción, Begoña Prat Rojo, 2017

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2017

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.arrobabooks.com

Un sello editorial de Círculo de Lectores

www.circulo.es

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-16826-14-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Table of Contents

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Diez pasos](#)

[Prólogo. Cassie](#)

[1. Solange](#)

[2. Cassie](#)

[3. Solange](#)

[4. Cassie](#)

[5. Solange](#)

[6. Cassie](#)

[7. Solange](#)

[8. Cassie](#)

[9. Solange](#)

[10. Cassie](#)

[11. Solange](#)

[12. Cassie](#)

[13. Solange](#)

[14. Cassie](#)

[15. Solange](#)

[16. Cassie](#)

[17. Solange](#)

[18. Cassie](#)

[19. Solange](#)

[Epílogo. Cassie](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)